3 1761 09545771 9

Presented to
The Library
of the
University of Toronto
~~by~~
from
the library of
the late Professor M.W. Buchanan

Victor A. Bukunin
Montreal 1903

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/teatroescogidode03moli

LS
M7223H

TEATRO ESCOGIDO

DE

FRAY GABRIEL TELLEZ,

CONOCIDO CON EL NOMBRE DE

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

TOMO III.

545627
2.7.52

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.
=
1839.

DON GIL DE LAS CALZAS VERDES,

COMEDIA.

PERSONAS.

DOÑA JUANA.
DON MARTIN.
DOÑA INES.
DON PEDRO, *viejo.*
DOÑA CLARA.
DON JUAN.
QUINTANA, *criado.*
CARAMANCHEL, *lacayo.*
OSORIO.
DON DIEGO.
DON ANTONIO.
CELIO.
FABIO.
DECIO.
VALDIVIESO, *escudero.*
AGUILAR, *page.*
UN ALGUACIL.
MÚSICOS.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Entrada al puente de Segovia.

ESCENA I.

DOÑA JUANA, *de hombre, con calzas y vestido todo verde.* QUINTANA.

QUINTANA.

Ya que á vista de Madrid,
y en su puente segoviana,
olvidamos, doña Juana,
huertas de Valladolid,
Puerta del Campo, Espolon,

puentes, galeras, Esgueva,
con todo aquello que lleva,
por ser como inquisicion
de la pinciana nobleza;
pues cual brazo de justicia,
desterrando su inmundicia,
califica su limpieza;
ya que nos traen tus pesares
á que de esta insigne puente
veas la humilde corriente
del enano Manzanares,
que por arenales rojos
corre, y se debe correr,
que en tal puente venga á ser
lágrima de tantos ojos;
¿no sabremos qué ocasion
te ha traido de esa traza?
¿qué peligro te disfraza
de damisela en varon?

DOÑA JUANA.

Por agora no, Quintana.

QUINTANA.

Cinco dias hace hoy
que mudo contigo voy.
Un lunes por la mañana
en Valladolid quisiste
fiarte de mi lealtad:
dejaste aquella ciudad,
y á esta corte te partiste,
quedando sola la casa
de la vejez que te adora,
sin ser posible hasta agora
saber de tí lo que pasa,
por conjurarme primero
que no examine qué tienes,
por qué, cómo, ó dónde vienes;
y yo, humilde majadero,
callo y camino tras tí,
haciendo mas conjeturas
que un matemático á escuras.
¿Dónde me llevas ansí?
Aclara mi confusion,

si á lástima te he movido;
que si contigo he venido,
fue tu determinacion
de suerte, que temeroso
de que si sola salias,
á riesgo tu honor ponias,
tuve por mas provechoso
seguirte, y ser de tu honor
guarda-joyas, que quedar,
yéndote tú, á consolar
las congojas de señor.
Ten ya compasion de mí;
que suspensa el alma está
hasta saberlo.

DOÑA JUANA.

Será
para admirarte. Oye.

QUINTANA.

Di.

DOÑA JUANA.

Dos meses ha que pasó
la pascua, que por abril
viste bizarra los campos
de felpas y de tabís,
cuando á la puente (que á medias
hicieron, á lo que oí,
Pedro Anzures y su esposa)
va todo Valladolid.
Iba yo con los demas;
pero no sé si volví,
á lo menos con el alma,
que no he vuelto á reducir;
porque junto á la Vitoria
un Adonis bello ví,
que á mil Venus daba amores,
y á mil Martes celos mil.
Dióme un vuelco el corazon,
porque amor es alguacil
de las almas, y temblé
como á la justicia ví.
Tropecé, pues, con los ojos,
si con los pies al salir,

la libertad en la cara,
en el umbral un chapin.
Llegó, descalzado el guante,
una mano de marfil
á tenerme de su mano....
¡Qué bien me tuvo! ¡ay de mí!
Y diciéndome: "señora,
»tened; que no es bien que así
»imite al querub soberbio
»cayendo tal serafin,"
un guante me llevó en prendas
del alma, y si he de decir
la verdad, dentro del guante
el alma que le ofrecí.
Toda aquella tarde corta
(digo, corta para mí;
que aunque las de abril son largas,
mi amor no las juzgó ansí)
bebió el alma por los ojos,
sin poderse resistir,
el veneno que brindaba
su talle airoso y gentil.
Acostóse el sol de envidia,
y llegóse á despedir
de mí al estribo de un coche,
adonde supo fingir
amores, celos, firmezas,
suspirar, temer, sentir,
ausencias, desden, mudanzas,
y otros embelecos mil,
con que engañándome el alma,
Troya soy, si Scitia fuí.
Entré en casa enagenada.
Si amaste, juzga por tí
en desvelos principiantes
qué tal llegué. No dormí,
no sosegué; parecióme
que olvidado de salir
el sol, ya se desdeñaba
de dorar nuestro cenit.
Levantéme con ojeras,
desojada por abrir

un balcon, de donde luego
mi adorado ingrato ví.
Aprestó desde aquel dia
asaltos para batir
mi libertad descuidada.
Dió en servirme desde allí;
papeles leí de dia;
músicas de noche oí;
joyas recibí, y ya sabes
qué se sigue al recibir.—
¿Para qué te canso en esto?
En dos meses don Martin
de Guzman (que así se llama
quien me obliga á andar ansí)
allanó dificultades,
tan árduas de resistir
en quien ama, cuanto amor
invencible todo ardid.
Dióme palabra de esposo;
pero fue palabra en fin,
tan pródiga en las promesas,
como avara en el cumplir.
Llegó á oidos de su padre
(debióselo de decir
mi desdicha) nuestro amor;
y aunque sabe que nací,
si no tan rica, tan noble,
el oro, que es sangre vil
que califica intereses,
un portillo supo abrir
en su codicia. ¡Qué mucho,
siendo él viejo, y yo infeliz!
Ofrecióse un casamiento
de una doña Ines, que aquí
con setenta mil ducados
se hace adorar y aplaudir.
Escribió su viejo padre
al padre de don Martin,
pidiéndole para yerno:
no se atrevió á dar el sí
claramente, por saber
que era forzoso salir

á la causa mi deshonra.
Oye una industria civil.
Previno postas el viejo,
y hizo á mi esposo partir
á esta corte, toda engaños:
ya, Quintana, está en Madrid.
Díjole que se mudase
el nombre de don Martin,
atajando inconvenientes,
en el nombre de don Gil;
porque si de parte mia
viniese en su busca aquí
la justicia, deslumbrase
su diligencia este ardid.
Escribió luego á don Pedro
Mendoza y Velasteguí,
padre de mi opositora,
dándole en él á sentir
el pesar de que impidiese
la liviandad juvenil
de su hijo el concluirse
casamiento tan feliz;
que por estar desposado
con doña Juana Solís,
si bien noble, no tan rica
como pudiera elegir,
enviaba en su lugar
y en vez de su hijo, á un don Gil
de no sé quién, de lo bueno
que ilustra á Valladolid.
Partióse con este embuste;
mas la sospecha, adalid
lince de los pensamientos,
y argos cauteloso en mí,
adivinó mis desgracias,
sabiéndolas descubrir
el oro que en dos diamantes
bastante son para abrir
secretos de cal y canto.
Supe todo el caso, en fin,
y la distancia que hay
del prometer al cumplir.

Saqué fuerzas de flaqueza,
dejé el temor femenil,
dióme alientos el agravio,
y de la industria adquirí
la determinacion cuerda;
porque pocas veces vi
no vencer la diligencia
cualquier fortuna infeliz.
Disfracéme como ves;
y fiándome de tí,
á la fortuna me arrojo,
y al puerto pienso salir.
Dos dias ha que mi amante,
cuando mucho, está en Madrid:
mi amor midió sus jornadas;
¿y quién duda, siendo así,
que no habrá visto á don Pedro
sin primero prevenir
galas con que enamorar,
y trazas con que mentir?
Yo, pues, que he de ser estorbo
de su ciego frenesí,
á vista tengo de andar
de mi ingrato don Martin,
malogrando cuanto hiciere:
el cómo, déjalo á mí.
Para que no me conozca,
(que no hará, vestida ansí)
falta solo que te ausentes:
no me descubran por tí.
Ballecas dista una legua;
disponte luego á partir
allá; que de cualquier cosa,
ó próspera ó infeliz,
con los que á vender pan vienen
de allá, te podré escribir.

QUINTANA.

Verdaderas has sacado
las fábulas de Merlin.
No te quiero aconsejar.
Dios te deje conseguir
el fin de tus esperanzas.

DOÑA JUANA.

A Dios.

QUINTANA.

¿Escribirás?

DOÑA JUANA.

Sí.

(*Vase Quintana.*)

ESCENA II.

CARAMANCHEL.—DOÑA JUANA.

CARAMANCHEL.

Pues para fiador no valgo,
sal acá, bodegonero;
que en esta puente te espero.

DOÑA JUANA.

¡Hola! ¿Qué es eso?

CARAMANCHEL.

Oye, hidalgo;
eso de *hola*, al que á la cola
como contera le siga;
y á las doce, solo diga:
"olla, olla," y no "hola, hola."

DOÑA JUANA.

Yo que hola agora os llamo,
daros esotro podré.

CARAMANCHEL.

Perdóneme, pues, usté.

DOÑA JUANA.

¿Buscais amo?

CARAMANCHEL.

Busco un amo;
que si el cielo los lloviera,
y las chinches se tornaran
amos, si amos pregonáran
por las calles, si estuviera
Madrid de amos empedrado,
y ciego yo los pisara,
nunca en uno tropezara,

segun soy de desdichado.

DOÑA JUANA.

¿Qué tantos habeis tenido?

CARAMANCHEL.

Muchos; pero mas inormes,
que Lazarillo de Tormes.—
Un mes serví, no cumplido,
á un médico muy barbado,
belfo, sin ser aleman;
guantes de ambar, gorgoran,
mula de felpa (1), engomado,
muchos libros, poca ciencia;
pero no se me lograba
el salario que me daba
porque con poca conciencia
lo ganaba su mercé;
y huyendo de tal azar,
me acogí con Cañamar. (2)

DOÑA JUANA.

¿Mal lo ganaba? ¿por qué?

CARAMANCHEL.

Por mil causas; la primera,
porque con cuatro aforismos,
dos testos, tres silogismos,
curaba una calle entera.
No hay facultad que mas pida
estudios, libros galenos,
ni gente que estudie menos,
con importarnos la vida.
Pero ¿cómo han de estudiar,
no parando en todo el dia?
Yo te diré lo que hacia
mi médico. Al madrugar,
almorzaba de ordinario
una lonja de lo añejo,
(porque era cristiano viejo)
y con este letüario,
y *aqua vitis*, que es de vid,

---

(1) Mula con gualdrapa de felpa.
(2) Verso trovado de otro que hay en la jácara de *Escarramán*.

visitaba sin trabajo
calle arriba, calle abajo,
los *egrotos* de Madrid.
Volviamos á las once:
considere el pio lector,
si podria el mi doctor,
puesto que fuese de bronce,
harto de ver orinales,
y fistulas, revolver
Hipócrates, y leer
las curas de tantos males.
Comia luego su olla,
con un asado manido,
y despues de haber comido,
jugaba cientos, ó polla.
Daban las tres, y tornaba
á la médica atahona,
yo la maza, y él la mona;
y cuando á casa llegaba,
ya era de noche. Acudia
al estudio, deseoso
(aunque no era escrupuloso)
de ocupar algo del dia
en ver los espositores
de sus Rasis y Avicenas;
asentábase, y apenas
ojeaba dos autores,
cuando doña Estefanía
gritaba: "ola, Ines, Leonor,
id á llamar al doctor;
que la cazuela se enfria."
Respondia él: "en un hora
no hay que llamarme á cenar:
déjenme un rato estudiar.
Decid á vuestra señora
que le ha dado garrotillo
al hijo de tal condesa;
y que está la ginovesa
su amiga con tabardillo;
que es fuerza mirar si es bueno
sangrarla estando preñada;
que á Dioscórides le agrada;

mas no lo aprueba Galeno."
Enfadábase la dama,
y entrando á ver su doctor,
decia: "acabad, señor;
cobrado habeis harta fama,
y demasiado sabeis
para lo que aquí ganais:
advertid, si así os cansais,
que presto os consumireis.
Dad al diablo los galenos,
si os han de hacer tanto daño:
¿qué importa al cabo del año
veinte muertos mas ó menos?"
Con aquestos incentivos
el doctor se levantaba;
los testos muertos cerraba
para estudiar en los vivos.
Cenaba, yendo en ayunas
de la ciencia que vió á solas;
comenzaba en escarolas,
acababa en aceitunas,
y acostándose repleto,
al punto de madrugar,
se volvia á visitar,
sin mirar ni un cuodlibeto.
Subia á ver al paciente;
decia cuatro chanzonetas;
escribia dos recetas
de estas que ordinariamente
se alegan sin estudiar;
y luego los embaucaba
con unos modos que usaba
estraordinarios de hablar.
"La enfermedad que le ha dado,
señora, á vueseñoría,
son flatos y hipocondría;
siento el pulmon opilado,
y para desarraigar
las flemas vítreas que tiene
con el quilo, le conviene
(porque mejor pueda obrar
naturaleza) que tome

unos alquermes que dén
al hépate y al esplén
la sustancia que el mal come."
Encajábanle un doblon,
y asombrados de escucharle,
no cesaban de adularle,
hasta hacerle un Salomon.
Y juro á Dios, que teniendo
cuatro enfermos que purgar,
le ví un dia trasladar
(no pienses que estoy mintiendo)
de un antiguo cartapacio
cuatro purgas, que llevó
escritas (fuesen ó no
á propósito) á palacio,
y recetada la cena
para el que purgarse habia,
sacaba una y le decia:
"Dios te la depare buena."—
¿Parécele á vuesasté
que tal modo de ganar
se me podia á mí lograr?
Pues por esto le dejé.

DOÑA JUANA.

¡Escrupuloso criado!

CARAMANCHEL.

Acomodéme despues
con un abogado, que es
de las bolsas abogado,
y enfadóme que aguardando
mil pleiteantes que viese
sus procesos, se estuviese
catorce horas enrizando
el bigotismo; que hay trazas
dignas de un jubon de azotes.
Unos empina-bigotes
hay á modo de tenazas,
con que se engoma el letrado
la barba que en punta está:
¡miren que bien que saldrá
un parecer engomado!
Dejéle, en fin; que estos tales,

por engordar alguaciles,
miran derechos civiles,
y hacen tuertos criminales.
Serví luego á un clerigon
un mes (pienso que no entero)
de lacayo y despensero.
Era un hombre de opinion:
su bonetazo calado,
lucio, grave, carilleno,
mula de veintidoseno,
el cuello torcido á un lado;
y hombre, en fin, que nos mandaba
á pan y agua ayunar
los viernes por ahorrar
la pitanza que nos daba;
y él comiéndose un capon,
(que tenia con ensanchas
la conciencia, por ser anchas
las que teólogas son)
quedándose con los dos
alones cabeceando,
decia, al cielo mirando:
"¡ay ama, qué bueno es Dios!"
Dejéle, en fin, por no ver
santo que tan gordo y lleno,
nunca á Dios llamaba bueno,
hasta despues de comer.
Luego entré con un pelon,
que sobre un rocin andaba,
y aunque dos reales me daba
de racion y quitacion,
si la menor falta hacia,
por irremisible ley,
olvidando el *Agnus Dei*,
qui tollis racion, decia.
Quitábame de ordinario
la racion; pero el rocin
y su medio celemin
aumentaban mi salario,
vendiendo sin redencion
la cebada que le hurtaba:
con que yo racion llevaba,

y el rocin la quitacion.
Serví á un moscatel marido
de cierta doña Mayor,
á quien le daba el señor
por uno y otro partido
comisiones, que á mi ver
el proveyente cobraba,
pues con comision quedaba
de acudir á su muger.
Si te hubiera de contar
los amos que en varias veces
serví, y andan como peces
por los golfos de este mar,
fuera un trabajo escusado;
bástete el saber que estoy
sin cómodo el dia de hoy,
por mal acondicionado.

DOÑA JUANA.

Pues si das en coronista
de los diversos señores
que se estreman en humores,
desde hoy me pon en tu lista,
porque desde hoy te recibo
en mi servicio.

CARAMANCHEL.

¡Lenguaje
nuevo!—¿Quién ha visto page
con lacayo?

DOÑA JUANA.

Yo no vivo
sino solo de mi hacienda;
ni page en mi vida fui:
vengo á pretender aquí
un hábito ó encomienda;
y porque en Segovia dejo
malo á un mozo, he menester
quien me sirva.

CARAMANCHEL.

¿A pretender
entrais mozo? saldreis viejo.

DOÑA JUANA.

Cobrando voy aficion

á tu humor.

CARAMANCHEL.

Ninguno ha habido
de los amos que he tenido
ni poeta, ni capon;
parecéisme lo postrero;
y así, señor, me tened
por criado, y sea á merced;
que medrar mejor espero
que sirviéndoos á destajo,
en fé de ser yo tan fiel.

DOÑA JUANA.

¿Llámaste?

CARAMANCHEL.

Caramanchel,
porque nací en el de abajo.

DOÑA JUANA.

Aficionándome vas
por lo airoso y lo sutíl.

CARAMANCHEL.

¿Cómo os llamais vos?

DOÑA JUANA.

Don Gil.

CARAMANCHEL.

¿Y qué mas?

DOÑA JUANA.

Don Gil no mas.

CARAMANCHEL.

Capon sois hasta en el nombre;
pues si en ello se repara,
las barbas son en la cara
lo mismo que el sobrenombre.

DOÑA JUANA.

Agora importa encubrir
mi apellido. ¿Qué posada
conoces limpia y honrada?

CARAMANCHEL.

Una te haré prevenir
de las frescas y curiosas
de Madrid.

DOÑA JUANA.

¿Hay ama?

CARAMANCHEL.

Y moza.

DOÑA JUANA.

¿Cosquillosa?

CARAMANCHEL.

Y que retoza.

DOÑA JUANA.

¿Qué calle?

CARAMANCHEL.

De las Urosas.

DOÑA JUANA, *aparte.*

Vamos; que noticia llevo
de la casa donde vive
don Pedro. Madrid, recibe
este forastero nuevo
en tu amparo.

CARAMANCHEL, *aparte.*

¡Qué bonito
que es el tiple moscatel!

DOÑA JUANA.

¿No venís, Caramanchel?

CARAMANCHEL.

Vamos, señor don Gilito. (*Vanse.*)

Sala en casa de don Pedro.

ESCENA III.

DON PEDRO. DON MARTIN. OSORIO.

DON PEDRO, *leyendo una carta.*

Digo, en conclusion, que don Martin, si fuera tan cuerdo como mozo, hiciera dichosa mi vejez, trocando nuestra amistad en parentesco. Ha dado palabra á una dama de esta ciudad, noble y hermosa, pero pobre; y ya vos veis en los tiempos presentes lo que pronostican hermosuras sin hacienda. Llegó este negocio á lo que suelen los de su especie; á arrepentirse él, y á

ejecutarle ella por la justicia: ponderad vos lo que sentirá quien pierde vuestro deudo, vuestra nobleza y vuestro mayorazgo, con tal prenda como mi señora doña Ines; pero ya que mi suerte estorba tal ventura, tenedla á no pequeña que el señor don Gil de Albornoz, que esta lleva, esté en estado de casarse, y deseoso de que sea con las mejoras que en vuestra hija le he ofrecido. Su sangre, discrecion, edad y mayorazgo (que heredará brevemente de diez mil ducados de renta) os pueden hacer olvidar el favor que os debo, y dejarme á mí envidioso. La merced que le hiciéredes recibiré en lugar de don Martin, que os besa las manos. Dadme muchas y buenas nuevas de vuestra salud y gusto, que el cielo aumente, &c. Valladolid y julio, &c.=Don Andres de Guzman.

DON PEDRO.

Seais, señor, mil veces bien venido
para alegrar aquesta casa vuestra;
que para comprobar lo que he leido,
sobra el valor que vuestro talle muestra.
Dichosa doña Ines hubiera sido,
si para ennoblecer la sangre nuestra,
prendas de don Martin con prendas mias
regocijáran mis postreros dias.
Ha muchos años que los dos tenemos
recíproca amistad, ya convertida
en natural amor, que en los estremos
de la primera edad tarde, se olvida:
no pocos há tambien que no nos vemos;
á cuya causa, en descansada vida,
quisiera yo, comunicando prendas,
juntar como las almas las haciendas.
Pero pues don Martin inadvertido
hace imposible el dicho casamiento,
que vos en su lugar hayais venido,
señor don Gil, me tiene muy contento.
No digo que mejora de marido
mi Ines; que al fin será encarecimiento
de algun modo en agravio de mi amigo;
mas que lo juzgo creed, si no lo digo.

DON MARTIN.

Comenzais de manera á aventajaros

en hacerme merced, que temeroso,
señor don Pedro, de poder pagaros
aun en palabras, (que en el generoso
son prendas de valor) para envidiaros,
en obras y en palabras vitorioso,
agradezco callando, y mudo muestro
que no soy mio ya porque soy vuestro.
Deudos tengo en la corte, y muchos de ellos
títulos, que podrán daros noticia
de quien soy, si os importa conocellos;
que la suerte me fué en esto propicia:
aunque, si os informais, de los cabellos
quedará mi esperanza, que codicia
lograr abrazos y cumplir deseos,
abreviando noticias y rodeos.
Fuera de que mi padre (que quisiera
darme en Valladolid esposa á gusto
mas de su edad que á mi eleccion) me espera
por puntos; y si sabe que á disgusto
suyo me caso aquí, de tal manera
lo tiene de sentir, que si del susto
de estas nuevas no muere, ha de estorbarme
la dicha que en secreto podeis darme.

DON PEDRO.

No tengo yo en tan poco de mi amigo
el crédito y estima, que no sobre
su firma sola, sin buscar testigo
por quien vuestro valor alientos cobre.
Negociado teneis para conmigo;
y aunque un hidalgo fuérades tan pobre
como el que mas, á doña Ines os diera,
si don Andres por vos intercediera.

DON MARTIN.

(*Aparte á Osorio.*)

El embeleco, Osorio, va escelente.

OSORIO.

(*Aparte á don Martin.*)

Aprieta con la boda, antes que venga
doña Juana á estorbarlo.

DON MARTIN.

(*Aparte á Osorio.*)

Brevemente

mi diligencia hará que efeto tenga.

DON PEDRO.

No quiero que cojamos de repente,
don Gil, á doña Ines, sin que prevenga
la prudencia palabras para el susto
que suele dar un no esperado gusto.
Si verla pretendeis, irá esta tarde
á la huerta del Duque convidada,
y sin saber quién sois hareis alarde
de vuestra voluntad.

DON MARTIN.

¡Oh prenda amada!
Camine el sol, porque otro sol aguarde,
y deteniendo el fin á su jornada,
haga inmovil su luz para que sea
eterno el dia que sus ojos vea.

DON PEDRO.

Si no teneis posada prevenida,
y esta merece huesped tan honrado,
recibiré merced.

DON MARTIN.

Apercebida
está cerca de aquí, segun me han dado
noticia, la de un primo; aunque la vida
que en esta sus venturas ha cifrado,
hiciera aquí de su contento alarde.

DON PEDRO.

En la huerta os espero.

DON MARTIN.

El cielo os guarde.

(*Vanse don Pedro, don Martin y Osorio por una puerta, y salen doña Ines y don Juan por otra.*)

ESCENA IV.

DOÑA INES. DON JUAN. *Al fin de la escena* DON PEDRO.

DOÑA INES.

En dando tú en recelar,
no acabaremos ogaño.

DON JUAN.

Mucho deseas acabar.

DOÑA INES.

Pesado estás hoy, y estraño.

DON JUAN.

¿No ha de pesar un pesar?
No vayas hoy, por mi vida,
(si es que te importa) á la huerta.

DOÑA INES.

Si mi prima me convida....

DON JUAN.

Donde no hay voluntad cierta,
no falta escusa fingida.

DOÑA INES.

¿Qué disgusto se te sigue
de que yo vaya?

DON JUAN.

Parece
que el temor que me persigue
triste suceso me ofrece,
sin que mi amor le mitigue.
Pero, en fin, ¿te determinas
de ir allá?

DOÑA INES.

Vé tú tambien,
y verás como imaginas
de mi firmeza no bien.

DON JUAN.

Como en mi alma predominas,
obedecerte es forzoso.

DOÑA INES.

Celos y escrúpulos son
de un especie; y un curioso
duda de la salvacion,
don Juan, del escrupuloso.

(*Vuelve don Pedro, y se queda escuchando á la puerta.*)

Tú solamente has de ser
mi esposo; vé allá á la tarde.

DON PEDRO, *aparte.*

¡Su esposo! ¿Cómo?

DON JUAN.

A temer

voy. A Dios.

DOÑA INES.

Él te me guarde.

(*Vase don Juan por donde salió.*)

ESCENA V.

DON PEDRO. DOÑA INES.

DON PEDRO.

Ines.

DOÑA INES.

Señor, ¿es querer
decirme que tome el manto?
Aguardándome estará
mi prima.

DON PEDRO.

Mucho me espanto
de que des palabra ya
de casarte. ¿Tiempo tanto
há que dilato el ponerte
en estado? ¿Tantas canas
peinas, que osas atreverte
á dar palabras livianas
con que apresures mi muerte?
¿Qué hacia don Juan aquí?

DOÑA INES.

No te alteres, que no es justo;
que yo palabra le dí,
presuponiendo tu gusto;
y no pierdes, siendo ansí,
nada en que don Juan pretenda
ser tu yerno, si el valor
sabes que ilustra su hacienda.

DON PEDRO.

Esposo tienes mejor;
deten al deseo la rienda.
No te pensaba dar cuenta
tan presto de lo que trazo;
pero con tal priesa intenta
cumplir tu apetito el plazo,

(no sé si diga en tu afrenta)
que aunque mude intento, quiero
atajarla. Aquí ha venido
un bizarro caballero,
muy rico y muy bien nacido,
de Valladolid. Primero
que le admitas, le verás.
Diez mil ducados de renta
hereda, y espera mas,
y corre ya por mi cuenta
el sí que á don Juan le das.

DOÑA INES.

¿Faltan hombres en Madrid
con cuya hacienda y apoyo
me cases sin ese ardid?
¿No es mar Madrid? ¿No es arroyo
de este mar Valladolid?
Pues por un arroyo ¿olvidas
del mar los ricos despojos?
¿Es bien que mi gusto impidas,
y entrando amor por los ojos,
dueño me ofrezcas de oidas?
Si la codicia civil,
que á toda vejez infama,
te vence, mira que es vil
defeto. ¿Cómo se llama
ese hombre?

DON PEDRO.

Don Gil.

DOÑA INES.

¿Don Gil?
¿Marido de villancico?
¡Gil! ¡Jesus! no me le nombres:
ponle un cayado y pellico.

DON PEDRO.

No repares en los nombres
cuando el dueño es noble y rico.
Tú le verás, y yo sé
que has de volver esta noche
perdida por él.

DOÑA INES, *con ironía.*

Sí haré.

DON PEDRO.

Tu prima aguarda en el coche
á la puerta.

DOÑA INES.

(*Aparte.* Ya no iré
con el gusto que entendí.)
Dénme un manto.

DON PEDRO.

Allá ha de estar;
que yo se lo dije ansí.

DOÑA INES, *aparte.*

¿Con Gil me quieren casar?
¿Soy yo Teresa? ¡Ay de mí! (*Vanse.*)

La huerta del duque.

ESCENA VI.

DOÑA JUANA, *de hombre.*

A esta huerta he sabido que don Pedro
trae á su hija doña Ines, y en ella
mi don Martin ingrato piensa vella.
Dichosa he sido en descubrir tan presto
la casa, los amores y el enredo,
que no han de conseguir, si de mi parte,
fortuna, mi dolor puede obligarte.
En casa de mi opuesta he ya obligado
á quien me avise siempre: darle quiero
gracias de estos milagros al dinero.

ESCENA VII.

CARAMANCHEL.—DOÑA JUANA.

CARAMANCHEL.

(*Sin ver á doña Juana.*)
Aquí dijo mi amo hermafrodita

que me esperaba; y vive Dios, que pienso
que es algun familiar, que en trage de hombre
ha venido á sacarme de jüicio;
y en siéndolo, doy cuenta al santo oficio.

DOÑA JUANA.

Caramanchel.

CARAMANCHEL.

¡Señor! *Bene venuto.*
¿A donde bueno ó malo por el prado?

DOÑA JUANA.

Vengo á ver una dama, por quien bebo
los vientos.

CARAMANCHEL.

¿Vientos bebes? ¡Mal despacho!
¡Barato es el licor, mas no borracho!
¿Y tú la quieres bien?

DOÑA JUANA.

La adoro.

CARAMANCHEL.

¡Bueno!
No os hareis, á lo menos, mucho daño;
que en el juego de amor, aunque os deis priesa,
si de la barba llego á colegillo,
nunca hareis chilindron, (1) mas capadillo.
(*Suena música dentro.*)
Mas ¿qué música es esta?

DOÑA JUANA.

Los que vienen
con mi dama serán, que convidada
á este paraiso, es ángel suyo.
Retírate, y verás hoy maravillas.

CARAMANCHEL, *aparte.*

¿Hay cosa igual? ¡Capon y con cosquillas!

---

(1) *Chilindron* son sota, caballo y rey: aquí significa tres figuras, tres personas. *Capadillo* es otra voz de juego.

ESCENA VIII.

MÚSICOS, *tocando y cantando.* DON JUAN. DOÑA INES *y* DOÑA CLARA, *como de campo.*—DOÑA JUANA. CARAMANCHEL.

MÚSICOS.

Alamicos del prado,
fuentes del duque,
despertad á mi niña
porque me escuche;
y decid que compare
con sus arenas
sus desdenes y gracias,
mi amor y penas:
y pues vuestros arroyos
saltan y bullen,
despertad á mi niña
porque me escuche.

DOÑA CLARA.

¡Bello jardin!

DOÑA INES.

Estas parras,
de estos álamos doseles,
que á los cuellos, cual joyeles,
entre sus hojas bizarras
traen colgando los racimos,
nos darán sombra mejor.

DON JUAN.

Si alimenta Baco á Amor,
entre sus frutos opimos
no se hallará mal el mio.

DOÑA INES.

Siéntate aquí, doña Clara,
y en esta fuente repara,
cuyo cristal puro y frio
besos ofrece á la sed.

DON JUAN.

En fin, ¿quisiste venir

á esta huerta?

DOÑA INES.

A desmentir,
señor, á vuesa merced,
y examinar mi firmeza.

DOÑA JUANA.

(*Aparte á Caramanchel.*)
¿No es muger bella?

CARAMANCHEL.

(*Aparte á su ama.*)
El dinero
no lo es tanto; aunque prefiero
á la suya otra belleza.

DOÑA JUANA.

(*Aparte á Caramanchel.*)
Pues por ella estoy perdido.
Hablarla quiero.

CARAMANCHEL.

(*Aparte á su ama.*)
Bien puedes.

DOÑA JUANA.

Besando á vuesas mercedes
las manos, licencia pido,
por forastero siquiera,
para gozar el recreo
que aquí tan colmado veo.

DOÑA CLARA.

Faltando vos, no lo fuera.

DOÑA INES.

¿De dónde es vuesa merced?

DOÑA JUANA.

En Valladolid nací.

DOÑA INES.

¿Cazolero?

DOÑA JUANA.

Tendré ansí
mas sazon.

DOÑA INES.

Don Juan, haced
lugar á ese caballero.

DON JUAN, *aparte.*

Pues que mi lado le doy,

con él cortesano estoy.
Ya de celos desespero.

DOÑA INES, *aparte.*

¡Qué airoso y gallardo talle!
¡Qué buena cara!

DON JUAN, *aparte.*

¡Ay de mí!
¿Mírale doña Ines? Sí.
¡Qué presto empiezo à envidialle!

DOÑA INES.

¿Y que es de Valladolid
vuesarced? ¿Conocerá
un don Gil, tambien de allá,
que vino agora á Madrid?

DOÑA JUANA.

¿Don Gil de qué?

DOÑA INES.

¿Qué sé yo?
¿Puede haber mas que un don Gil
en todo el mundo?

DOÑA JUANA.

¿Tan vil
es el nombre?

DOÑA INES.

¿Quién creyó
que un *don* fuera guarnicion
de un *Gil*, que siendo zagal,
anda rompiendo sayal
de villancico en cancion?

CARAMANCHEL.

El nombre es digno de estima,
á pagar de mi dinero;
y si no....

DOÑA JUANA.

Calla, grosero.

CARAMANCHEL.

Gil es mi amo, y es la prima
y el bordon de todo el nombre;
y en *gil* se rematan mil;
que hay pere*gil*, toron*gil*,
ceno*gil*, porque se asombre
el mundo de cuán sutil

es, cuando rompe cambray;
y hasta en Valladolid hay
puerta de *Teresa Gil.*

DOÑA JUANA.

Y yo me llamo tambien
don Gil, al servicio vuestro.

DOÑA INES.

¿Vos don Gil?

DOÑA JUANA.

Si en serlo muestro
cosa que no os esté bien,
ó que no gusteis, desde hoy
me volveré á confirmar.
Ya no me pienso llamar
don Gil; solo aquello soy
que vos gusteis.

DON JUAN.

Caballero,
no importa á las que aquí están
que os llameis Gil ó Beltran.
Sed cortés, y no grosero.

DOÑA JUANA.

Perdonad si os ofendí;
que por gusto de una dama.....

DOÑA INES.

Paso, don Juan.

DON JUAN.

Si se llama
don Gil, ¿qué se nos dá aquí?

DOÑA INES, *aparte.*

Este es sin duda el que viene
á ser mi dueño; y es tal,
que no me parece mal.
¡Estremada cara tiene!

DOÑA JUANA.

Pésame de haberos dado
disgusto.

DON JUAN.

Tambien á mí,
si del límite salí:
ya yo estoy desenojado.

DOÑA CLARA.

La música en paz os ponga.

(*Levántanse.*)

DOÑA INES.

(*A don Juan.*)

Salid, señor, á danzar.

DON JUAN, *aparte.*

Este don Gil me ha de dar
en que entender ; mas disponga
el hado lo que quisiere;
que doña Ines será mia,
y si compite y porfia,
tendráse lo que viniere.

DOÑA INES.

¿No salís?

DON JUAN.

No danzo yo.

DOÑA INES.

¿Y el señor don Gil?

DOÑA JUANA.

No quiero
dar pena á este caballero.

DON JUAN.

Ya mi enojo se acabó.
Danzad.

DOÑA INES.

Salga, pues, conmigo.

DON JUAN, *aparte.*

¡Que á esto obligue el ser cortés!

DOÑA CLARA.

(*Aparte.* Un ángel de cristal es
el rapaz: cual sombra sigo
su talle airoso y gentil.)
Con doña Ines danzar quiero.

DOÑA INES, *aparte.*

Ya por el don Gil me muero;
que es un brinquillo (1) el don Gil.

(*Danzan las tres damas.*)

MÚSICOS.

Al molino del amor

---

(1) Un dije.

alegre la niña va
á moler sus esperanzas:
quiera Dios que vuelva en paz.
En la rueda de los celos
el amor muele su pan,
que desmenuzan la harina,
y la sacan candeal.
Rio son sus pensamientos,
que unos vienen y otros van,
y apenas llegó á su orilla,
cuando asi escuchó cantar:

Borbollicos hacen las aguas,
cuando ven á mi bien pasar;
cantan, brincan, bullen y corren
entre mil conchas de coral;
y los pájaros dejan sus nidos,
y en las ramas del arrayan
vuelan, cruzan, saltan y pican
torongil, murta y azahar.

Los bueyes de las sospechas
el rio agotando van;
que donde ellas se confirman
pocas esperanzas hay;
y viendo que á falta de agua,
parado el molino está,
de esta suerte le pregunta
la niña que empieza á amar:

Molinico, ¿por qué no mueles?—
Porque me beben el agua los bueyes.

Vió al amor lleno de harina,
moliendo la libertad
de las almas que atormenta,
y así le cantó al llegar:

Molinero sois, amor,
y sois moledor.—
Si lo soy, apartesé;
que le enharinaré.

(*Acaban el baile.*)

DOÑA INES.

(*Aparte á doña Juana.*)

Don Gil de dos mil donaires,

á cada vuelta y mudanza
que habeis dado, dió mil vueltas
en vuestro favor el alma;
ya sé que á ser dueño mio
venís: perdonad si ingrata
antes de veros rehusé
el bien que mi amor aguarda.
¡Muy enamorada estoy!

DOÑA CLARA, *aparte.*

¡Perdida de enamorada
me tiene el don Gil de perlas!

DOÑA JUANA.

(*Habla aparte con doña Ines.*)
No quiero solo en palabras
pagar lo mucho que os debo.
Aquel caballero os guarda,
y me mira receloso:
voime.

DOÑA INES.

¿Son celos?

DOÑA JUANA.

No es nada.

DOÑA INES.

¿Sabeis mi casa?

DOÑA JUANA.

Y muy bien.

DOÑA INES.

¿Y no ireis á honrar mi casa,
pues por dueño os obedece?

DOÑA JUANA.

A lo menos á rondarla
esta noche.

DOÑA INES.

Velaréla,
argos toda á sus ventanas.

DOÑA JUANA.

A Dios.

DOÑA CLARA, *aparte.*

¡Que se va! ¡ay de mí!

DOÑA INES.

No haya falta.

DOÑA JUANA.

No habrá falta.

(*Vanse doña Juana y Caramanchel.*)

ESCENA IX.

DOÑA INES. DOÑA CLARA. DON JUAN. MÚSICOS.

DOÑA INES.

Don Juan, ¿que melancolía
es esa?

DON JUAN.

Esto es dar al alma
desengaños que la curen,
y aborrezcan tus mudanzas.
¡Ah Ines! en fin, salí cierto.

DOÑA INES.

Mi padre viene: remata,
ó para despues olvida
pesares.

DON JUAN.

Voyme, tirana;
mas tú me lo pagarás. (*Vase.*)

DOÑA INES.

¡Ay que me las jura, Clara!
Mas quiero el pie de don Gil,
que la mano de un monarca.

ESCENA X.

DON MARTIN. DON PEDRO.—DOÑA INES. DOÑA CLARA. MÚSICOS.

DON PEDRO.

Ines.

DOÑA INES.

Padre de mis ojos,
don Gil no es hombre, es la gracia,
la sal, el donaire, el gusto,

que amor en sus cielos guarda:
ya le he visto, ya le quiero,
ya le adoro, ya se agravia
el alma con dilaciones
que martirizan mis ansias.

DON PEDRO.

(*Habla aparte con don Martin.*)
Don Gil, ¿cuándo os vió mi Ines?

DON MARTIN.

Si no es al salir de casa,
para venir á esta huerta,
no sé yo cuando.

DON PEDRO.

Eso basta;
milagros, don Gil, han sido
de esa presencia bizarra.
Negociado habeis por vos;
llegad, y dalda las gracias.

DON MARTIN.

Señora, no sé á quien pida
méritos, obras, palabras,
con que encarecer la suerte
que á tanto bien me levanta.
¿Posible es que solo el verme
en la calle os diese causa
á tanto bien? ¿es posible
que me admitís, prenda cara?
Dadme....

DOÑA INES.

¿Qué es esto? ¿Estais loco?
¡Yo de vos enamorada!
Yo á vos ¿cuándo os ví en mi vida?
¿Hay mas donosa maraña?

DON PEDRO.

Hija, Ines, ¿perdiste el seso?

DON MARTIN, *aparte.*

¿Qué es esto, cielos?

DON PEDRO.

¿No acabas
de decir que á don Gil viste?

DOÑA INES.

Pues bien....

DON PEDRO.

¿Su talle no ensalzas?

DOÑA INES.

Digo que es un ángel, pues.

DON PEDRO.

¿No le ofreces sí y palabra
de esposa?

DOÑA INES.

¿Qué sacas de eso?
que de mis quicios me sacas.

DON PEDRO.

Que á don Gil tienes presente.

DOÑA INES.

¿A quién?

DON PEDRO.

Al mismo que alabas.

DON MARTIN.

Yo soy don Gil, Ines mia.

DOÑA INES.

¿Vos don Gil?

DON MARTIN.

Yo.

DOÑA INES.

¡Qué bobada!

DON PEDRO.

Por mi vida, que es el mismo.

DOÑA INES.

¿Don Gil tan lleno de barbas?
Es el don Gil que yo adoro
un Gilito de esmeraldas.

DON PEDRO.

Ella está loca, sin duda.

DON MARTIN.

Valladolid es mi patria.

DOÑA INES.

De allá es mi don Gil tambien.

DON PEDRO.

Hija, mira que te engañas.

DON MARTIN.

En toda Valladolid
no hay, doña Ines de mi alma,
otro don Gil, sino es yo.

el Mulo

DON PEDRO.

¿Qué señas tiene ese? Aguarda.

DOÑA INES.

Una cara como un oro,
de almibar unas palabras,
y unas calzas todas verdes,
que cielos son, y no calzas.
Agora se vá de aquí.

DON PEDRO.

¿Don Gil de cómo se llama?

DOÑA INES.

Don Gil de las calzas verdes
le llamo yo, y esto basta.

DON PEDRO.

Ella ha perdido el jüicio;
¿Qué será esto, doña Clara?

DOÑA CLARA.

Que á don Gil tengo por dueño.

DOÑA INES.

¿Tú?

DOÑA CLARA.

Yo, pues; y en yendo á casa,
procuraré que mi madre
me case con él.

DOÑA INES.

El alma
te haré yo sacar primero.

DON MARTIN.

¡Hay tal don Gil!

DON PEDRO.

Tus mudanzas
han de obligarme....

DOÑA INES.

Don Gil
es mi esposo: ¿qué te cansas?

DON MARTIN.

Yo soy don Gil, Ines mia;
cumpla yo tus esperanzas.

DOÑA INES.

Don Gil de las calzas verdes
he dicho yo.

DON PEDRO.

Amor de calzas
¿quién le ha visto?

DON MARTIN.

Calzas verdes
me pongo desde mañana,
si esta color apetece.

DON PEDRO.

Ven, loca.

DOÑA INES, *aparte.*

¡Ay don Gil del alma!

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de doña Juana.

ESCENA I.

DOÑA JUANA, *de muger.* QUINTANA.

QUINTANA.

No sé á quién te comparar;
Pedro de Urdemalas eres;
¿pero cuándo las mugeres
no supistes enredar?

DOÑA JUANA.

Esto, Quintana, hasta aquí
es lo que me ha sucedido.
Doña Ines pierde el sentido
con la libertad por mí;
don Martin anda buscando
este don Gil que en su amor
y nombre es competidor;
mas con tal recato ando
huyéndole la presencia,
que desatinado entiende
que soy hechicero ó duende.
Pierde el viejo la paciencia,
porque la tal doña Ines
ni sus ruegos obedece,
ni á don Martin apetece;
y de tal manera es
el amor que me ha cobrado,
que como no vuelvo á vella,
desde entonces atropella
con pundonores de estado;
y como de mí no sabe,

no hay page ó criado en casa,
ni gente por ella pasa
con quien llorando no acabe
que me busque.

QUINTANA.

Si te pierdes,
quizás te pregonará.

DOÑA JUANA.

A los que me buscan dá
por señas mis calzas verdes.
Un don Juan que la servia,
loco de ver su desden,
para matarme tambien
me busca.

QUINTANA.

Señora mia,
¡ojo á la vida; que anda
en terrible tentacion!
Procede con discrecion,
ó perderás la demanda.

DOÑA JUANA.

Yo me libraré de todo.
Una doña Clara, que es
prima de mi doña Ines,
tambien me quiere de modo,
que á su madre ha persuadido,
si viva la quiere ver,
que me la dé por muger.

QUINTANA.

Harás notable marido.

DOÑA JUANA.

A este fin me hace buscar
casi, Quintana, á pregones
por posadas y mesones,
sin cansarse en preguntar
por un don Gil de unas calzas
verdes, de Valladolid.

QUINTANA.

¡Señas son para Madrid
buenas! Bien tu ingenio ensalzas.

DOÑA JUANA.

El criado, que te dije

que en partiéndote de mí,
en la puente recibí,
tambien confuso se aflige;
porque desde ayer acá
no ha podido descubrirme;
ni yo ceso de reirme
de ver cual viene y cual va,
buscándome como aguja
por esta calle, despues
que le dice doña Ines
que me esconde alguna bruja;
y como no halla noticia
de mí, afirmará por cierto
que el dicho don Juan me ha muerto.

QUINTANA.

Pondrále ante la justicia.

DOÑA JUANA.

Bien puede ser, porque es fiel,
gran servicial, lindo humor,
y me tiene estraño amor.

QUINTANA.

¿Llámase?

DOÑA JUANA.

Caramanchel.

QUINTANA.

Pues bien, agora ¿á que fin
te has vuelto muger?

DOÑA JUANA.

Engaños
son todos nuevos y estraños
en daño de don Martin.
Esta casa alquilé ayer
con su servicio y ornato.

QUINTANA.

Aunque no saldrá barato,
no es nuevo agora el haber
en Madrid quien una casa
dé con todo su apatusco.
El por qué la alquilas busco.

DOÑA JUANA.

Oye, y sabrás lo que pasa.
Pared enmedio de aquí

vive doña Ines, la dama
de don Martin que me ama.
Esta mañana la ví,
y dándome el parabien
de la nueva vecindad,
tenemos brava amistad;
porque afirma quiere bien
á un galan de quien retrato
soy vivo, y que en mi presencia
la aflige menos la ausencia
de su proceder ingrato.
Si yo su vecina soy,
podré saber lo que pasa
con don Martin en su casa;
y como tan cerca estoy,
facilmente desharé
cuanto trazare en mi daño.

QUINTANA.

Retrato eres del engaño.

DOÑA JUANA.

Y mi remedio seré.

QUINTANA.

En fin, vienes á tener
dos casas.

DOÑA JUANA.

Con mi escudero
y lacayo.

QUINTANA.

¿Y el dinero?

DOÑA JUANA.

Joyas tengo que vender
ó empeñar.

QUINTANA.

¿Y si se acaban?

DONA JUANA.

Doña Ines contribuirá;
que no ama quien no da.

QUINTANA.

En otros tiempos no daban.
Vuélvome, pues, á Ballecas
hasta ver de estas marañas
el fin.

DOÑA JUANA.

Di de mis hazañas.

QUINTANA.

Yo apostaré que te truecas
hoy en hombre y en muger
veinte veces.

DOÑA JUANA.

Las que viere
que mi remedio requiere,
porque todo es menester;
mas ¿sabes lo que he pensado
primero que allá te partas?
Que con un pliego de cartas
finjas que ahora has llegado
de Valladolid en busca
de mi amante.

QUINTANA.

¿Y á qué fin?

DOÑA JUANA.

Trae sospechas don Martin
de que quien su amor ofusca
soy yo que en su seguimiento
desde mi patria he venido,
y soy el don Gil fingido.
Porque en este pensamiento
no se asegure, será
bien fingir que yo le escribo
desde allá, y que por él vivo
como quien sin alma está.
Dirásle tú que me dejas
en un convento encerrada,
con sospechas de preñada,
y darásle muchas quejas
de mi parte; y que si sabe
mi padre de mi preñez,
malograré su vejez,
ó me ha de dar muerte grave.
Con esto le desatino,
y creyendo que allá estoy,
no dirá que don Gil soy.

QUINTANA.

Voime á poner de camino.

DOÑA JUANA.

Y yo á escribir.

QUINTANA.

Vamos, pues:
darásme la carta escrita.

DOÑA JUANA.

Ven, que espero una visita.

QUINTANA.

¿Visita?

DOÑA JUANA.

De doña Ines.

(*Vanse doña Juana y Quintana por una puerta, y salen por otra doña Ines y don Juan.*)

ESCENA II.

DOÑA INES, *con manto.* DON JUAN.

DOÑA INES.

Don Juan, donde no hay amor
pedir celos es locura.

DON JUAN.

¿Que no hay amor?

DOÑA INES.

La hermosura
del mundo tanto es mayor,
cuanto es la naturaleza
mas varia en él; y así quiero
ser mudable, porque espero
tener ansí mas belleza.

DON JUAN.

Si la que es mas varïable,
esa es mas bella, en tí fundo
la hermosura de este mundo,
porque eres la mas mudable.
¿Por un rapaz me desprecias,
antes de saber quién es?
¡Por un niño, doña Ines!

DOÑA INES.

Escusa palabras necias,
y mira, don Juan, que estoy
en casa agena.

DON JUAN.

¡Inconstante.....!
No lograrás á tu amante.
A matar tu don Gil voy.

DOÑA INES.

¿A qué don Gil?

DON JUAN.

Al rapaz,
ingrata, por quien te pierdes.

DOÑA INES.

Don Gil de las calzas verdes
¿no es quien perturba tu paz?
Así nos dé vida Dios,
que no le he visto despues
de aquella tarde. Otro es
el don Gil que priva.

DON JUAN.

¿Hay dos?

DOÑA INES.

Sí, don Juan, que el don Gilico,
ó fingió llamarse así,
ó si á vivir vino aquí
de asiento, te certifico
que de todos se burló.
El que de casa te ha echado
es un don Gil muy barbado,
á quien aborrezco yo;
pero quiéreme casar
con él mi padre, y es fuerza
que por darle gusto, tuerza
mi inclinacion. Si á matar
estotro don Gil te atreves,
de Albornoz tiene el renombre;
y aunque dicen que es muy hombre,
como amor y ánimo lleves,
el premio á mi cuenta escribe.

DON JUAN.

¿Don Gil de Albornoz se llama?

DOÑA INES.

Ansí lo dice la fama,
y en casa del conde vive,
nuestro vecino.

DON JUAN.

¿Tan cerca?

DOÑA INES.

Por tenerme cerca á mí.

DON JUAN.

¡Y qué! ¿le aborreces?

DOÑA INES.

Sí.

DON JUAN.

Pues si con su muerte merca
mi fe tu amor, el laurel
ya mi cabeza previene;
que te hago voto solene
que pueden doblar por él. (*Vase.*)

ESCENA III.

DOÑA INES.

¡Ojalá! que de esta suerte
aseguraré la vida
del don Gil por quien perdida
estoy, pues dándole muerte,
quedaré libre, y mi padre
no aumentará mi tormento
con su odioso casamiento,
por mas que su hacienda cuadre
á su avaricia maldita.

ESCENA IV.

DOÑA JUANA, *de muger*. VALDIVIESO.—DOÑA INES.

DOÑA JUANA.

¡O señora doña Ines!
¿En mi casa? El interes
estimo de esta visita.
En verdad que iba yo á hacer
en este punto otro tanto.
¡Hola! ¿no hay quien quite el manto
á doña Ines?

VALDIVIESO.

(*Aparte á doña Juana.*)
¿Qué ha de haber?
¿Qué dueñas has recibido,
ó doncellas de labor?
¿Hay otra vieja de honor
mas que yo?

DOÑA JUANA.

No habrá venido
Esperancilla ni Vega.
¡Jesus! ¡y qué de ello pasa
la que mudando de casa,
hacienda y trastos trasiega!
Quitalde vos ese manto,
Valdivieso.

(*Valdivieso quita el manto á doña Ines y se retira.*)

ESCENA V.

DOÑA JUANA. DOÑA INES.

DOÑA INES.

Doña Elvira,
tu cara y talle me admira;
de tu donaire me espanto.

DOÑA JUANA.

Favorécesme, aunque sea
en nombre ageno; ya sé
que bien te parezco, en fe
del que tu gusto desea.
Seré como la ley vieja,
que tendré gracia en virtud
de la nueva.

DOÑA INES.

Juventud
tienes harta: estremos deja;
que aunque no puedo negar
que te amo, porque pareces
á quien adoro, mereces
por tí sola enamorar
á un Adonis, á un Narciso,
y al sol que tus ojos viere.

DOÑA JUANA.

Pues yo sé quien no me quiere,
aunque otros tiempos me quiso.

DOÑA INES.

¡Maldígale Dios! ¿Quién es
quien se atreve á darte enojos?

DOÑA JUANA.

Las lágrimas á los ojos
me sacaste, doña Ines.
Mudemos conversacion;
que refrescas la memoria
de mi lamentable historia.

DOÑA INES.

Si la comunicacion
quita la melancolía,
y en nuestra amistad consientes,
tu desgracia es bien me cuentes,
pues ya te dije la mia.

DOÑA JUANA.

No, por tus ojos; que amores
agenos cansan.

DOÑA INES.

Ea, amiga....

DOÑA JUANA.

En fin, ¿quieres te la diga?

Pues escúchame, y no llores.
En Búrgos, noble cabeza
de Castilla, me dió el ser
don Rodrigo de Cisneros,
y sus desgracias con él.
Nací amante, ¡qué desdicha!
pues desde la cuna amé
á un don Miguel de Ribera,
tan gentil como crüel.
Correspondió á los principios,
porque la voluntad es
cambio (1), que entra caudaloso;
pero no tarda en romper.
Llegó nuestro amor al punto
acostumbrado, que fue
á pagar yo de contado,
fiada en su prometer.
Dióme palabra de esposo....
¡Mal haya la simple, amen,
que no escarmienta en palabras,
cuando tantas rotas ve!
Partióse á Valladolid;
(cansado debió de ser)
estaba sin padres yo;
súpelo, fuíme tras él;
engañóme con achaques;
y ya sabes, doña Ines,
que el amor que anda achacoso,
de achaques muere tambien.
Dábale su casa y mesa
un primo que don Miguel
tenia, mozo y gallardo,
rico, discreto y cortés:
llamábase este don Gil
de Albornoz y Coronel,
de un don Martin de Guzman
amigo; pero no fiel.
Sucedió que al don Martin
y á su padre don Andres,
les escribió de esta corte

(1) Cambista.

(tu padre pienso que fue)
pidiéndole para esposo
de una hermosa doña Ines,
que si mal no conjeturo,
tú sin duda debes ser.
Habia dado don Martin
á una doña Juana fé
y palabra de marido;
mas, no osándola romper,
ofreció este casamiento
al don Gil; y el interes
de tu dote apetecible
alas le puso á los pies.
Dióle cartas de favor
el viejo, y quiso con él
partirse al punto á esta corte,
nueva imagen de Babel.
Comunicó intento y cartas
al amigo don Miguel,
mi ingrato dueño, ensalzando
la hacienda, belleza y ser
de su pretendida dama
hasta los cielos; que fue
echar fuego al apetito,
y su codicia encender.
Enamoróse de oidas
don Miguel de tí: al poder
de tu dote lo atribuye;
que ya amor es mercader;
y atropellando amistades,
obligacion, deudo y fé
de don Gil, le hurtó las cartas
y el nombre, porque con él
disfrazándose, á esta corte
vino, pienso que no há un mes.
Vendiéndose por don Gil,
te ha pedido por muger:
yo, que sigo como sombra
sus pasos, vine tras él,
sembrando por los caminos
quejas, que vendré á coger
colmadas de desengaños,

que es caudal del bien querer.
Sabiendo don Gil su agravio,
quiso seguirle tambien;
y encontrámonos los dos,
siendo fuerza que con él
caminase hasta esta corte
habrá nueve dias ó diez,
donde aguardo la sentencia
de mi amor, siendo tú el juez.
Como vine con don Gil,
y la ocasion siempre fue
amiga de novedades,
(que basta, en fin, ser muger)
la semejanza hechicerá
de los dos pudo encender,
mirándose él siempre en mí,
y yo mirándome en él,
descuidos. Enamoróse
con tantas veras....

DOÑA INES.

¿De quién?

DOÑA JUANA.

De mí.

DOÑA INES.

¿Don Gil de Albornoz?

DOÑA JUANA.

Don Gil, á quien imité
en el talle y en la cara,
de suerte, que hizo un pincel
dos copias y originales
prodigiosos esta vez.

DOÑA INES.

¿Uno de unas calzas verdes?

DOÑA JUANA.

Y tan verdes como él,
que es abril de la hermosura,
y del donaire Aranjuez.

DOÑA INES.

Bien le quieres, pues le alabas.

DOÑA JUANA.

Quisiérale, amiga, bien,
si bien no hubiera querido

á quien mal supo querer.
Tengo esposo, aunque mudable;
soy constante, aunque muger;
nobleza y valor me ilustran;
aliento, y no celos, ten;
que despreciando á don Gil,
y viendo que don Miguel
tiene ya el sí de tu padre,
si sin tí le puede haber,
hice alquilar esta casa,
donde de cerca sabré
el fin de tantas desdichas
como en mis sucesos ves.

DOÑA INES.

¿Que don Miguel de Ribera
el don Gil fingido fué,
que dueño tuyo y tu esposo,
quiere que yo el sí le dé?

DOÑA JUANA.

Esto es cierto.

DOÑA INES.

¿Que el don Gil
verdadero y cierto fue
aquel de las verdes calzas?
¡Triste de mí! ¿Qué he de hacer
si te sirve, cara Elvira?
Y aun por eso no me ve;
que no le bastan dos ojos
para llorar tu desden.

DOÑA JUANA.

Como á don Miguel desprecies,
tambien yo desdeñaré
á don Gil.

DOÑA INES.

¿Pues de eso dudas?
Hombre que tiene muger,
¿cómo puede ser mi esposo?
No temas eso.

DOÑA JUANA.

Pues ven;
que á don Gil quiero escribir
en tu presencia un papel,

que llevará mi escudero,
y su muerte escrita en él.

DOÑA INES.

¡Ay Elvira de mis ojos!
tu esclava tengo de ser.

DOÑA JUANA, *aparte.*

Ya esta boba está en la trampa.
Ya soy hombre, ya muger,
ya don Gil, ya doña Elvira;
mas si amo, ¿qué no seré? (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA VI.

DON MARTIN. QUINTANA.

DON MARTIN.

¡Y qué! ¿tú mismo la dejas
en un convento, Quintana?

QUINTANA.

Yo mismo, á tu doña Juana,
en san Quirce, dando quejas
y suspiros, porque está
con indicios de preñada.

DON MARTIN.

¿Cómo?

QUINTANA.

No la para nada
en el estómago, y dá
unas arcadas terribles;
la basquiña se le aova;
pésale mas que una arroba
el paso que da; imposibles
se le antojan.... Vituperio
de su linage serás,
si á consolarla no vas,
y pare en el monasterio.

DON MARTIN.

Quintana, jurara yo
que desde Valladolid
habia venido á Madrid
á perseguirme.

QUINTANA.

Eso no.
Ni haces bien en no tenella
en opinion mas honrada.

DON MARTIN.

¿No pudiera disfrazada
seguirme?

QUINTANA.

¡Bonita es ella!
Esta es la hora que está
rezando entre sus iguales
los salmos penitenciales
por tí. Esa carta, ¿no da
certidumbre que te digo
la verdad?

DON MARTIN.

Quintana, sí.
Las quejas que escribe aquí
mucho han de poder conmigo.
Vine á cierta pretension
á Madrid, que el rey confirme,
y partí sin despedirme
de ella, por la dilacion
forzosa que en mi partida
su amor habia de poner;
pero pues llego á saber
que corre riesgo su vida,
y que mi amor coge el fruto
que su hermosura me ofrece,
cualquier tardanza parece
pronóstico de mi luto.
Partiréme esta semana
sin falta, concluya ó no
á lo que vine.

QUINTANA.

Pues yo
tomo la posta mañana,

y á pedirla me adelanto
las albricias.

DON MARTIN.

Bien harás.
Hoy esta corte verás,
y yo escribiré entretanto.
¿Dónde tienes la posada?
Que no te llevo á la mia
porque malograr podria
una traza comenzada,
que despues sabrás despacio.

QUINTANA.

Junto al meson de Paredes
vivo.

DON MARTIN.

Bien.

QUINTANA.

Mañana puedes,
si tienes de ir á palacio,
darme las cartas allá.

DON MARTIN.

En buen hora. (*Aparte.* No he querido
que vaya donde he fingido
ser don Gil; que deshará
la máquina que levanto.)

QUINTANA, *aparte.*

Voime, pues, á negociar.

DON MARTIN.

A Dios.

QUINTANA, *aparte.*

¿En qué ha de parar,
cielos, embeleco tanto? (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON MARTIN.

Basta, que ya padre soy,
basta, que está doña Juana
preñada. Aficion liviana,
villano pago le doy.

Con un hijo, es torpe modo
el que aquí pretender quiero,
indigno de un caballero.
Pongamos remedio en todo,
dando la vuelta á mi tierra.

ESCENA VIII.

DON JUAN. — DON MARTIN.

DON JUAN.

Señor don Gil de Albornoz,
si como corre la voz,
valor vuestro pecho encierra
para lucir el acero,
al paso que pretender
contra su gusto muger,
pensamiento algo grosero;
yo, que soy interesado
en esta parte, quisiera
que saliésemos afuera
del lugar, y que en el prado
ó puente, sin que delante
tuviésemos tanta gente,
mostrásedes ser valiente,
como mostrais ser amante.

DON MARTIN.

La cólera requemada
cortad por lo que os importa;
que para quien no la corta,
corta cóleras mi espada,
y yo que mas flema tengo,
no riño sin ocasion.
Si vos teneis aficion
cuando yo á casarme vengo,
y me aborrece mi dama;
pues en su mano dejó
naturaleza el *sí* y *no*,
y vos presumís que os ama;
pretendámosla los dos;
que cuando el *no* me dé á mí,

y vos salgais con el *sí*,
no reñiré yo con vos.

DON JUAN.

Ella me ha dicho que es fuerza.
hacer de su padre el gusto,
y que amándola, no es justo
la deje casar por fuerza;
y en fe de esta sinrazon,
ó nos hemos de matar,
ó no os habeis de casar,
dejando su pretension.

DON MARTIN.

¿Doña Ines dice que quiere
á su padre obedecer,
y mi esposa admite ser?

DON JUAN.

A su inclinacion prefiere
la caduca voluntad
de su padre.

DON MARTIN.

Y por ventura,
perder esa coyuntura
¿no seria necedad?
Si con lo que yo procuro
salgo, ¿no es torpe imprudencia
el poner en contingencia
lo que ya tengo seguro?
¡Muy bueno fuera, por Dios,
que despues de reducida,
si yo no os quito la vida,
me la quitásedes vos,
perdiendo muger tan bella,
y que despues de adquirido
el nombre de su marido,
os la dejase doncella!
No señor: permitid vos
que logre de doña Ines
la belleza, y de allí á un mes
podremos reñir los dos.

DON JUAN.

Ó haceis de mí poco caso,
ó teneis poco valor;

pero á vuestro necio amor
sabré yo atajar el paso
en parte donde no tema
el favor que aquí os provoca. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON MARTIN.

Para su cólera loca,
no ha sido mala mi flema.
Si está doña Ines resuelta,
y á ser mi esposa se allana,
perdonará doña Juana,
y mi amor dará la vuelta,
si á Valladolid queria
llevarme; que el interes
y beldad de doña Ines
escusan la culpa mia.

ESCENA X.

OSORIO.—DON MARTIN.

OSORIO.
Gracias á Dios que te veo.
DON MARTIN.
Seas, Osorio, bien venido.
¿Hay cartas?
OSORIO.
Cartas ha habido.
DON MARTIN.
¿De mi padre?
OSORIO.
En el correo,
á la mitad de su lista,
á ciento y doce leí

este pliego para tí.

(*Dásele.*)

DON MARTIN.

(*Abriéndole.*)

Libranza habrá á letra vista.

OSORIO.

¿Quién duda?

DON MARTIN.

Este sobrescrito
dice: "á don Gil de Albornoz."

OSORIO.

Corre por tí la tal voz. (1)

DON MARTIN.

Estotra cubierta quito.
(Lee.) *A mi hijo don Martin.*
Y estotra... (Lee.) *A Agustin Solier de Camargo, mercader.*

OSORIO.

Bien haya el tal Agustin,
si en él nos libran dinero.

DON MARTIN.

Eso, Osorio, es cosa cierta.

OSORIO.

¿Adonde vive?

DON MARTIN.

A la puerta
de Guadalajara.

OSORIO.

Quiero
besarla por lo que á mí
me toca; que ya no habia
casi blanca.

DON MARTIN.

Abro la mia
primero.

OSORIO.

Bien.

---

(1) Los catorce versos que siguen, faltan en las dos ediciones de esta comedia hechas en 1826 y 1827, publicada la una en la *Coleccion general*, é imprèsa la otra separadamente.

DON MARTIN.

Dice ansí.

(Lee.) *Hijo: cuidadoso estaré hasta saber el fin de vuestra pretension, cuyos principios, segun me avisais, prometen buen suceso: para que le consigais, os remito esa libranza de mil escudos, y esa carta para Agustin Solier, mi corresponsal. Digo en ella que son para don Gil de Albornoz, un deudo mio: no vais vos á cobrarlos, porque os conoce, sino Osorio, diciendo que es mayordomo de dicho don Gil. Doña Juana de Solis falta de su casa desde el dia que os partistes; si en ella están confusos, no lo ando yo menos, temiendo os haya seguido y impida lo que tan bien nos está. Abreviad lances, y en desposándoos, avisadme para que yo al punto me ponga en camino, y tengan fin estas marañas.=Dios os me guarde como deseo. Valladolid y agosto, &c.=Vuestro padre.*

OSORIO.

¿No escuchas que doña Juana
falta de su casa?

DON MARTIN.

Ya
yo sé donde oculta está:
agora llegó Quintana
con carta suya, y por ella
he sabido que encerrada
está en san Quirce, y preñada.

OSORIO, *aparte.*

Parirá en fe de doncella.

DON MARNIN.

Huyóse sin avisar
á su padre; que afligida
de celos de mi partida,
no la darian lugar
el sobresalto y la prisa;
y esta será la ocasion
de la pena y confusion
que aquí mi padre me avisa;
pero entretendréla ahora
escribiéndola, y despues
que posea á doña Ines,
puesto que mi ausencia llora,

la diré que tome estado
de religiosa.

OSORIO.

Si está
en san Quirce, ya tendrá
lo mas del camino andado.

ESCENA XI.

AGUILAR.—DON MARTIN. OSORIO.

AGUILAR.

¿Es el señor don Gil?

DON MARTIN.

Soy
amigo vuestro, Aguilar.

AGUILAR.

Don Pedro os envia á llamar,
y por buena nueva os doy
que pretende hoy desposaros
con su sucesora bella,
aunque llantos atropella.

DON MARTIN.

Quisiera en albricias daros
el Potosí; esta cadena,
aunque de poco valor,
en fe de vuestro deudor....

(*Va á echarse las cartas en la faldriquera; mételas por entre la sotanilla, y cáensele en el suelo.*)

AGUILAR.

Para mal de ojos es buena.

DON MARTIN.

Vamos, y irás á cobrar
esos escudos, Osorio;
que si es hoy mi desposorio,
todos los he de emplear
en joyas para mi esposa.

OSORIO.

Para su belleza es poco.
(*Aparte á don Martin.*)

Bien se dispone.

DON MARTIN.

(*Aparte á Osorio.* Estoy loco.)
¡Ay mi doña Ines hermosa! (*Vanse.*)

ESCENA XII.

DOÑA JUANA, *de hombre.* CARAMANCHEL.

CARAMANCHEL.

No he de estar mas un instante,
señor don Gil invisible,
con vos; que es cosa terrible
despareceros delante
de los ojos.

DOÑA JUANA.

Si me pierdes.

CARAMANCHEL.

Un pregonero he cansado,
diciendo: "el que hubiere hallado
á un don Gil con calzas verdes,
perdido de ayer acá,
dígalo, y daránle luego
su hallazgo." Ved ¡qué sosiego
para quien sin blanca está!
Un real de misas he dado
á las ánimas por vos,
y á san Antonio otros dos,
de lo perdido abogado.
No quiero mas tentacion;
que me dais que sospechar
que sois duende ó familiar,
y temo á la inquisicion.
Pagadme, y á Dios.

DOÑA JUANA.

Yo he estado
todo este tiempo escondido
en una casa, que ha sido
mi cielo, porque he alcanzado
la mejor muger en ella

de Madrid.

CARAMANCHEL.

¿Chanzas haceis?
¿Muger vos?

DOÑA JUANA.

Yo.

CARAMANCHEL.

¿Pues teneis
dientes vos para comella?
¿Es acaso doña Ines,
la damaza de la huerta,
por las verdes calzas muerta?
Sí será.

DOÑA JUANA.

A lo menos es
otra mas bella, que vive
pegada á la casa de esa.

CARAMANCHEL.

¿Es juguetona?

DOÑA JUANA.

Es traviesa.

CARAMANCHEL.

¿Da?

DOÑA JUANA.

Lo que tiene.

CARAMANCHEL.

¿Y recibe?

DOÑA JUANA.

Lo que la dan.

CARAMANCHEL.

Pues retira
la bolsa, iman de una dama.
¿Llámase?

DOÑA JUANA.

Elvira se llama.

CARAMANCHEL.

Elvira, pero sin vira.

DOÑA JUANA.

Ven, llevarásme un papel.

CARAMANCHEL.

(*Repara en las cartas que se le cayeron á don Martin y las alza.*)

De ellos hay un pliego aquí.
Oye, que son para tí.

DOÑA JUANA.

¿Para mí, Caramanchel?

CARAMANCHEL.

El sobrescrito rasgado
dice: "á don Gil de Albornoz."

DOÑA JUANA.

Muestra. (*Aparte.* ¡Ay cielos!)

CARAMANCHEL.

En la voz
y cara te has alterado.

DOÑA JUANA.

Dos cerradas y una abierta
vienen.

CARAMANCHEL.

Mira para quien.

DOÑA JUANA.

Pronósticos de mi bien
hacen mi ventura cierta.
(Lee.) *A don Pedro de Mendoza*
y Velasteguí. Este es
el padre de doña Ines.

CARAMANCHEL.

Algun galan de la moza
te pone por medianero
con su padre, que querrá
que le cases.

DOÑA JUANA.

Y hallará
á propósito el tercero.

CARAMANCHEL.

Mira esotro sobrescrito.

DOÑA JUANA.

Dice aquí: *á Agustin Solier*
de Camargo, mercader.

CARAMANCHEL.

Ya le conozco; un corito
es, que tiene mas caudal
de cuantos la puerta ampara
aquí de Guadalajara.

DOÑA JUANA.

Pues tenlo á buena señal.
Esta abierta es para mí.

CARAMANCHEL.

Mírala.

DOÑA JUANA, *aparte.*

¿Quién duda que es
el pliego de don Andres
para don Martin?
(*Léele para sí.*)

CARAMANCHEL.

¿Que así
haya quien hurte en la corte
las cartas? ¡Delito grave!
Pero si las nuevas sabe
á costa no mas del porte,
¿quién las dejará de ver?
A alguno que las sacó
y el pliego por yerro abrió,
se le debió de caer.

DOÑA JUANA, *aparte.*

¡Dichosa soy en estremo!
A buen presagio he tenido
que á mi mano hayan venido
estas cartas. Ya no temo
mal suceso.

CARAMANCHEL.

¿Cuyas son?

DOÑA JUANA.

De un mi tio de Segovia.

CARAMANCHEL.

¿A Ines querrá para novia?

DOÑA JUANA.

Acertaste su intencion.
Una libranza me envia
para que joyas la dé
de hasta mil escudos.

CARAMANCHEL.

Fue
mi sospecha profecía.
¿Vendrá en Agustin Solier
librada?

DOÑA JUANA.

En esta le escribe
que los dé luego.

CARAMANCHEL.

Recibe
el dinero en tu poder,
y no me despediré
de tí en mi vida.

DOÑA JUANA, *aparte.*

A Quintana
voy á buscar. ¡Qué mañana
tan dichosa! ¡Con buen pie
me levanté hoy! Marañas
traza nuevas mi venganza.
Hoy cobrará la libranza
Quintana, y de mis hazañas
verá presto el fin sutil.

CARAMANCHEL.

Por si otra vez te me pierdes,
me encajo tus calzas verdes.

DOÑA JUANA.

Hoy sabrán quién es don Gil.

Sala en casa de don Pedro.

ESCENA XIII.

DOÑA INES. DON PEDRO.

DOÑA INES.

Digo, señor, que vives engañado,
y que el don Gil fingido que me ofreces,
no es don Gil, ni jamás se lo han llamado.

DON PEDRO.

¿Por qué mintiendo, Ines, me desvaneces?
Don Andres, ¿no me ha escrito por este hombre?
¿No dices que es don Gil el que aborreces?

DOÑA INES.

Don Miguel de Cisneros es su nombre,
con una doña Elvira desposado;
su patria es Burgos: porque mas te asombre,
la misma doña Elvira me ha contado
todo el suceso, que en su busca viene,
y del mismo don Gil es un traslado.
Pared en medio de esta casa tiene
la suya; hablarla puedes y informarte
de todo este embeleco, que es solene.

DON PEDRO.

Advierte, Ines que debe de burlarte,
pues no puede ser falsa aquesta firma,
ni á la naturaleza engaña el arte.

DOÑA INES.

Pues si esa carta tu opinion confirma,
repara en que don Gil el verdadero,
en quien mi voluntad su amor confirma,
es un gallardo y joven caballero,
que por la gracia de un verde vestido
con que le ví en la huerta el dia primero,
Calzas Verdes le dí por apellido.
Este, pues, por la fama aficionado
de mí ó mi dote, y luego persuadido
de don Andres á que tomase estado,
le hizo que viniese con el pliego
en su abono, que tanto te ha engañado.
Era su amigo don Miguel, y luego
que supo de él, estando de partida,
mi hacienda y calidad, encendió fuego
el interes que la amistad olvida;
y sin mirar que estaba desposado
con doña Elvira, un tiempo tan querida,
teniéndole en su casa aposentado,
le hurtó las cartas una noche, y vino
en la posta á esta corte disfrazado.
Ganóle por la mano en el camino;
fingió que era don Gil; dióte ese pliego,
y con él entabló su desatino.
El don Gil verdadero vino luego,
que fue el que ví en la huerta y al que mira
como á su objeto mi amoroso fuego:

:

no osó contradecir tan gran mentira
por ver tan apoyado su embeleco,
hasta que á verme vino doña Elvira.
Esta me dijo el marañoso trueco,
y los engaños del don Gil postizo,
que funda su esperanza en marmol seco.
Doña Elvira, señor, me satisfizo.
Mira lo mucho que en casarme pierdes,
con quien lo está con otra, y esto hizo.

DON PEDRO.

¡Hay semejante embuste!

DOÑA INES.

Que te acuerdes
de este suceso importa.

DON PEDRO.

¿No veria
yo al don Gil de las calzas, Ines, verdes?

DOÑA INES.

Doña Elvira me dijo le enviaria
á hablarte y verme aquesta misma tarde.

DON PEDRO.

¿Pues cómo tarda?

DOÑA INES.

Aun no es pasado el dia.
¿Pero no es este, cielos? Haga alarde
con su presencia la esperanza mia.

ESCENA XIV.

DOÑA JUANA, *de hombre.*— DOÑA INES. DON PEDRO.

DOÑA JUANA.

A daros satisfaccion,
señora, de mi tardanza
vengo, y á pedir perdon,
no de que en mí haya mudanza,
sino de mi dilacion.
Hame tenido ocupado
estos dias el cuidado
en que me puso un traidor,
que por lograr vuestro amor,

hasta el nombre me ha usurpado;
no falta de voluntad,
pues desde el punto que os ví,
os rendí la libertad.

DOÑA INES.

Yo sé que eso no es así;
pero sea ó no verdad,
conoced, señor don Gil,
á mi padre que os desea,
y entre confusiones mil,
persuadilde á que no crea
enredos de un pecho vil.

DOÑA JUANA.

A mucha suerte he tenido,
señor, haberos hallado
aquí, y llegara corrido
á no haberme asegurado
cartas que hoy he recibido
de don Andres de Guzman,
que quimeras desharán
de quien con firmas hurtadas
pretendió ver malogradas
mis esperanzas. Si dan
fé y crédito estos renglones,
(*Enséñale las cartas, y míralas don Pedro.*)
y me abona este papel,
no admitais satisfacciones
fingidas de don Miguel,
ó guardaos de sus traiciones.

DON PEDRO.

Yo estoy, señor, satisfecho
de lo que decís y afirma
vuestro generoso pecho.
Esta letra, y esta firma,
del agravio que os he hecho
(si es que soy yo quien le hice)
fue la causa, y agora es
favor con que os autorice.
Sí, letra es de don Andres.
(*Mira las cartas otra vez.*)
Quiero mirar lo que dice.
(*Lee para sí.*)

DOÑA INES.

(*Habla aparte con doña Juana.*)
¿Cómo va de voluntad?

DOÑA JUANA.

Vos, que sus llaves teneis,
por mí la respuesta os dad.

DOÑA INES.

Desde ayer acá quereis
mucho nuestra vecindad.

DOÑA JUANA.

¿Desde ayer? Desde que os mira
el alma que en ella os ve,
y en vuestra ausencia suspira.

DOÑA INES.

¿En mi ausencia?

DOÑA JUANA.

¿Pues no?

DOÑA INES.

¿A fé?
¿Y no en la de doña Elvira?

DON PEDRO.

Aquí otra vez me encomienda
don Andres la conclusion
de vuestra boda, y que entienda
la mucha satisfaccion
de vuestra sangre y hacienda.
¡El don Miguel de Cisneros
es gentil enredador!
Mucho gano en conoceros.
Hoy habeis de ser señor
de esta casa.

DOÑA JUANA.

¿Que teneros
por dueño y padre merezco?
Mil veces me dad los pies.

DON PEDRO.

(*Abrazándole.*)
Los brazos sí que os ofrezco,
y en ellos á doña Ines.

DOÑA INES.

Mi dicha al cielo agradezco.

DOÑA JUANA.

(*Abrazando á doña Ines.*)

De esta suerte satisfago
los celos de la vecina
que teneis.

DOÑA INES.

Y yo deshago
sospechas, porque me inclina
vuestro amor.

DOÑA JUANA.

Con ese os pago.

ESCENA XV.

QUINTANA.— DICHOS.

QUINTANA.

Don Gil mi señor ¿está
aquí?

DOÑA JUANA.

(*Aparte á él.*)

¡Quintana! ¿has cobrado
libranza y escudos ya?

QUINTANA.

(*Aparte á su ama.*)

En oro puro y doblado.

DOÑA JUANA.

Yo vendré á la noche acá;
que una ocurrencia forzosa,
mi bien, me obliga á apartar
de vuestra presencia hermosa.

DON PEDRO.

No hay para qué dilatar
el desposorio, que es cosa
que corre peligro.

DOÑA JUANA.

Pues
esta noche estoy resuelto
en desposarme.

DON PEDRO.

Mi Ines
será vuestra.

DOÑA JUANA.

Habeisme vuelto
el alma al cuerpo.

DOÑA INES.

¡Interes
dichoso!

DOÑA JUANA.

La vuelta doy
luego.

QUINTANA, *aparte.*

¡Quimera sutil!

DOÑA JUANA.

A Dios, que á palacio voy.

QUINTANA.

(*Aparte á su ama.*)
Vamos Juana, Elvira, Gil.

DOÑA JUANA.

(*Aparte á Quintana.*)
Gil, Elvira y Juana soy.

ESCENA XVI.

DON PEDRO. DOÑA INES.

DON PEDRO.

¡Qué muchacho y qué discreto
es el don Gil! Grande amor
le he cobrado, te prometo.
Vuélvame el enredador
á casa; verá el efeto
de sus embustes.

ESCENA XVII.

DON MARTIN *y* OSORIO, *en el fondo.*—DOÑA INES. DON PEDRO.

DON MARTIN.

¿Adónde
se me pudieron caer?
Si lo advertiste, responde.

OSORIO.

¿Pues puédolo yo saber?
Junto á la casa del conde
¿no las leiste?

DON MARTIN.

¿Has mirado
todo lo que hay desde allí?

OSORIO.

De modo, que no he dejado
un solo átomo hasta aquí.

DON MARTIN.

¿Hay hombre mas desdichado?
¡Pliego y escudos perdidos!

OSORIO.

Haz cuenta que los jugaste
en vez de comprar vestidos
y joyas.

DON MARTIN.

¿No lo miraste
bien?

OSORIO.

Con todos mis sentidos.

DON MARTIN.

Pues vuelve; que podrá ser
los halles.

OSORIO.

¡Linda esperanza!

DON MARTIN.

Pero no; vé al mercader
que no acete la libranza.

OSORIO.

Eso es mejor.

DON MARTIN.

¡Que á perder
un pliego de cartas venga
un hombre como yo!

OSORIO.

Aquí
está tu dama.

DON MARTIN.

Hoy se venga
su menosprecio de mí.

OSORIO.

Ruega á Dios que no la tenga
pagada. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

DOÑA INES. DON MARTIN. DON PEDRO.

DON MARTIN.

¡Oh señores! (*Aparte.* Quiero
disimular mi pesar.)

DON PEDRO.

¿Es digno de un caballero,
don Miguel, el enredar
con disfraces de embustero?
¿Es bien que os finjais don Gil
de Albornoz, si don Miguel
sois, y con astucias mil,
siendo ladron de un papel,
querais por medio tan vil
usurparle á vuestro amigo
el nombre, opinion y dama?

DON MARTIN.

¿Qué decís?

DON PEDRO.

Esto que digo;
y guardaos que de esta trama
no os haga dar el castigo

que mereceis. Si os llamais
vos don Miguel de Cisneros,
¿para qué nombres trocais?

DON MARTIN.

¿Yo? No acabo de entenderos.

DON PEDRO.

¡Qué bien lo disimulais!

DON MARTIN.

¿Yo don Miguel?

DOÑA INES.

Ya sabemos
que sois de Burgos.

DON MARTIN.

Mentira
solene.

DOÑA INES.

¡Buenos estremos!
Cumplid la fé á doña Elvira,
ó á la justicia diremos
cuán grande embelecador
sois.

DON MARTIN.

¡Pues habeisme cogido
los dos de muy buen humor,
en ocasion que he perdido
seso y escudos! Señor,
¿quién es el autor crüel
de quimera tan sutil?

DON PEDRO.

Sabed, señor don Miguel,
que el verdadero don Gil
se va agora de aquí, y de él
tengo la satisfaccion
que vuestro crédito pierde.

DON MARTIN.

¿Qué don Gil ó maldicion
es este?

DON PEDRO.

Don Gil el verde.

DOÑA INES.

Y el blanco de mi aficion.

DON PEDRO.

Id á Burgos entre tanto
que él se casa, y hareis bien,
y no finjais ese espanto.

DON MARTIN.

¡Válgate el demonio, amen,
por don Gil ó por encanto!
Vive Dios, que algun traidor
os ha venido á engañar.
Oid....

DOÑA INES.

Pasito, señor;
que le haremos castigar
por archi-embelecador.
(*Vanse doña Ines y don Pedro.*)

ESCENA XIX.

DON MARTIN.

¿Hay confusion semejante?
¡Que este don Gil me persiga
invisible cada instante,
y que, por mas que le siga,
nunca le encuentre delante!
Estoy tan desesperado,
que por toparme con él
diera cuanto he grangeado.
¡Yo en Burgos! ¡yo don Miguel!

ESCENA XX.

OSORIO. DON MARTIN.

OSORIO.

¡Buen lance habemos echado!

DON MARTIN.

¿Has hablado al mercader?

OSORIO.

Mas me valiera que no.
Un don Gil, ó lucifer,
todo el dinero cobró.
Malgesí (1) debe de ser.

DON MARTIN.

¿Don Gil?

OSORIO.

De Albornoz se firma,
dándole carta de pago.
Solier me enseñó su firma.

DON MARTIN.

Este don Gil será estrago
de toda mi casa.

OSORIO.

Afirma
el Solier que anda vestido
de verde, porque te acuerdes
de lo que has por él perdido.

DON MARTIN.

Don Gil de las calzas verdes
ha de quitarme el sentido.
Ninguno me haga creer
sino que se disfrazó,
para obligarme á perder,
algun demonio, y me hurtó
las cartas que al mercader
ha dado.

OSORIO.

Hará enredos mil;
que sabe muchas vejeces
el enemigo sutil.
Ven, señor.

DON MARTIN.

¡Jesus mil veces!
¡Válgate el diablo, el don Gil!

---

(1) Un encantador.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de don Martin.

ESCENA I.

DON MARTIN. QUINTANA.

DON MARTIN.

No digas mas: basta y sobra
saber por mi mal, Quintana,
que murió mi doña Juana:
muy justa venganza cobra
el cielo de mi crueldad,
de mi ingratitud y olvido.
El que su homicida ha sido
soy yo, no su enfermedad.

QUINTANA.

Déjame contarte el cómo
sucedió su muerte, en suma.

DON MARTIN.

Vuela el mal con pies de pluma,
viene el bien con pies de plomo.

QUINTANA.

Llegué no poco contento
con tu carta, en que fundé
albricias que no cobré.
Regocijóse el convento;
salió á una red doña Juana;
díjela que en breves dias
en su presencia estarias;
que su sospecha era vana.
Leyó tu carta tres veces,
y cuando iba á desprender
joyas con que enriquecer

mis albricias, (todas nueces,
gran rüido y poco fruto)
dijéronla que venia
su padre, y que pretendia
convertir su gozo en luto,
dando venganza á su honor.
Encontráronse á la par
el placer con el pesar,
la esperanza y el temor;
y como estaba preñada,
fue el susto tan repentino,
que á malparir al fin vino
una niña mal formada;
y ella, al dar el primer grito,
dijo *á Dios*, *don Mar*.... y en fin,
quedándose con el *tin*,
murió como un pajarito.

DON MARTIN.

No digas mas.

QUINTANA.

Ni aunque quiera
podré, porque en pena tanta,
tengo el alma á la garganta,
y á un suspiro, saldrá fuera.

DON MARTIN.

¿Agora que no hay remedio,
osais, temor atrevido,
echar del alma el olvido,
y entraros vos de por medio?
¿Agora llora y suspira
mi pena? ¿Agora pesar?

QUINTANA, *aparte.*

No sé en lo que ha de parar
tanta suma de mentira.

DON MARTIN.

No es posible, sino que es
el espíritu inocente
de doña Juana el que siente
que yo quiera á doña Ines;
y que en castigo y venganza
del mal pago que la dí,
se finge don Gil, y aquí

hace guerra á mi esperanza;
porque el perseguirme tanto,
el no haber parte ó lugar
adonde á darme pesar
no acuda, si no es encanto,
¿qué otra cosa puede ser?
El no dejar casa ó calle
que no busque por hallalle,
el nunca llegarle á ver,
el llamarse de mi nombre,
¿no es todo esto conjetura
de que es su alma que procura
que la vengue y que me asombre?

QUINTANA.

(*Aparte.* ¡Esto es bueno! Doña Juana
cree que es alma que anda en pena.
¿Vió el mundo chanza mas buena?
Pues no le ha de salir vana,
porque tengo de apoyar
este disparate.) A mi
parecíame hasta aquí
lo que escuchaba contar
desde el dia que murió
mi señora, que seria
sueño que á la fantasía
el pesar representó;
pero despues que te escucho
que el alma de mi señora
te persigue cada hora,
no tendré, señor, á mucho
lo que en Valladolid pasa.

DON MARTIN.

¿Pues qué es lo que allá se dice?

QUINTANA.

Temo que te escandalice;
pero no hay persona en casa
de mi señor tan osada,
que duerma sin compañia,
sino fuí yo, desde el dia
que murió la mal lograda;
porque se los aparece
con vestido varonil,

diciendo que es un don Gil,
en cuyo hábito padece,
porque tú con este nombre
andas aquí disfrazado,
y sus penas has causado.
Su padre, en trage de hombre,
todo de verde, la vió
una noche, y que decia
que á perseguirte venia;
y aunque el buen viejo mandó
decir cien misas por ella,
afirman que no ha cesado
de aparecerse.

DON MARTIN.

El cuidado
causé yo de su querella.

QUINTANA.

¿Y es verdad, señor, que aquí
te llamas don Gil?

DON MARTIN.

Mi olvido
y ingratitud ha querido
que me llame, amigo, ansí.
Vine á esta corte á casarme,
y ofendiendo su belleza,
codiciando la riqueza
de una doña Ines, que á darme
el justo castigo viene
que mi crueldad mereció,
en don Gil me transformó.
Mi padre la culpa tiene
de estas desgracias, Quintana,
su codicia y interes.

QUINTANA.

Pues no dudes de que es
el alma de doña Juana
la que por Valladolid
causa temores y miedos,
y dispone los enredos
que te asombran en Madrid.
Pero ¿piénsaste casar
con doña Ines?

DON MARTIN.

Si murió
doña Juana, y me mandó
mi avaro padre intentar
este triste casamiento,
no concluirle seria
de algun modo afrenta mia.

QUINTANA.

¿Cómo saldrás con tu intento,
si una alma del purgatorio
á doña Ines solicita,
y la esperanza te quita,
que tienes del desposorio?

DON MARTIN.

Misas y oraciones son
las que las almas amansan;
que en fin con ellas descansan.
Vamos; que en esta ocasion
en el Carmen y Vitoria
haré que se digan mil.

QUINTANA, *aparte.*

A puras misas, don Gil,
os llevan vivo á la gloria.

Sala en casa de don Pedro.

ESCENA II.

DOÑA INES. CARAMANCHEL.

DOÑA INES.

¿Dónde está vuestro señor?

CARAMANCHEL.

¿Sélo yo, aunque traiga antojos,
y le mire con mas ojos
que una puente? Es arador
que de vista se me pierde:
por mas que le busco y llamo,

nunca quiere mi verde amo
que en sus calzas me dé un verde.
Aquí le ví no ha dos credos;
y aunque estaba en mi presencia,
cual dinero de Valencia,
se me perdió entre los dedos:
mas tal anda el motolito
por una vuestra vecina,
que es hija de Celestina,
y le gazmió en el garlito.

DOÑA INES.

¿A vecina nuestra quiere
don Gil?

CARAMANCHEL.

A una doña Elvira,
desde que le sirvo, mira
de tal suerte, que se muere,
señora, por sus pedazos.

DOÑA INES.

¿Sabeis vos eso?

CARAMANCHEL.

Sé yo
que esta noche la pasó,
cuando menos, en sus brazos.

DOÑA INES.

¿Esta noche?

CARAMANCHEL.

Sí. ¿Os remuerde
la conciencia? Y otras mil;
que aunque es lampiño el don Gil,
en obras y en nombre es verde.

DOÑA INES.

Vos sois un grande hablador,
y mentís; porque esa dama
es muger de buena fama,
y tiene mucho valor.

CARAMANCHEL.

Si es verdad, ó si es mentira,
lo que digo sé por él,
y por el dicho papel
(*Enséñasele.*)
que traigo á la tal Elvira.

Está su casa cerrada,
y mientras que vuelve á ella
page, escudero ó doncella
(que no debe haber criada
que no sepa lo que pasa)
y el papel la pueda dar,
á mi amo entré á buscar,
por si estaba en vuestra casa.

DOÑA INES.

¿De don Gil es ese?

CARAMANCHEL.

Sí.

DOÑA INES.

Pues bien, ¿por fuerza ha de ser
de amores?

CARAMANCHEL.

Llega á leer
lo que puedas por aquí;
(*Entreabriendo la carta cerrada, y señalándole las palabras que lee.*)
que yo que siempre he pecado
de curioso y resabido,
las razones he leido
que hácia aquí se han asomado.
¿Aquí no dice: *Ines vengo....*
deseo.... de mi disgusto?
¿No dice aquí: *plazo justo....*
y allí: *noche.... gusto tengo....*
y hácia aquella parte: *tarde....*
amor.... á doña.... á ver voy....
y á aquel lado: *vuestro soy....*
luego: *mio. El cielo os guarde*?
¡Ved si es barro el papelillo!
Todo esto es plata quebrada:
saque vusté, si le agrada,
el hilo por el ovillo.

DOÑA INES.

A lo menos sacaré,
(*Quítasele.*)
leyéndole, el falso trato
de un traidor y de un ingrato.

CARAMANCHEL.

Eso, nones: sueltelé;
que me reñirá don Gil.

DOÑA INES.

Alcahuete, ¿he de dar voces?
¿He de hacer que os den mil coces?

CARAMANCHEL.

Dos da un asno, que no mil.

DOÑA INES.

(*Abre el papel y lee.*)
No hallo contento y gusto
cuando con vos no le tengo,
puesto que á ver á Ines vengo
á costa de mi disgusto.
Ya deseo el plazo justo
de volver á hacer alarde
de mi amor; y aunque esta tarde
á ver á doña Ines voy,
no os dé celos. Vuestro soy,
dueño mio. El cielo os guarde.
¡Qué regalado papel!
á su dueño se parece,
tan infame que apetece
las sobras de don Miguel.—
¡Doña Ines le da disgusto!
¡Válgame Dios! ¿ya empalago?
¿Manjar soy que satisfago
antes que me pruebe el gusto?
¿Tan bueno es el de su Elvira,
que su apetito provoca?

CARAMANCHEL.

No es la miel para la boca
del.... *et cætera.*

DOÑA INES.

La ira
que tengo es tal, que dejara
un ejemplo cruel de mí,
á estar el mudable aquí.

ESCENA III.

AGUILAR.—DOÑA INES. CARAMANCHEL.

AGUILAR.

Mi señora doña Clara
viene á verte. (*Vase.*)

DOÑA INES.

Pretendiente
es tambien de este galan
empalagado. (*Aparte.* A don Juan,
que mi amor celoso siente,
he de decir que le mate,
y me casaré con él.)
Llevad vos vuestro papel
(*Arrójasele.*)
á esa dama, que es remate
del gusto que en él confiesa,
que aunque no es Lucrecia casta,
para tan vil hombre basta
plato que sirvió á otra mesa. (*Vase.*)

CARAMANCHEL.

¡Malos años! La pimienta
que lleva la doña Ines
no la comerá un inglés.
¡Qué mal hice en darla cuenta
del papel! No fuí discreto;
mas purguéme en su servicio,
porque en gente de mi oficio
es cual ruibarbo un secreto.

(*Vase por una puerta, y salen doña Juana y Quintana por otra.*)

ESCENA IV.

DOÑA JUANA, *de hombre.* QUINTANA.

QUINTANA.

Misas va á decir por tí,
en fé que eres alma que anda
en pena.

DOÑA JUANA.

¿Pues no es ansí?

QUINTANA.

Mas no deja la demanda
de doña Ines.

DOÑA JUANA.

¡Ay de mí!
A mi padre tengo escrito
como que á la muerte estoy
por don Martin, que en delito
de que esposa suya soy,
y de adorarle infinito,
de puñaladas me ha dado
dejándome en Alcorcon;
que loco de enamorado
por doña Ines, su aficion
á matarme le ha obligado.
Escríbole que ha fingido
ser un don Gil de Albornoz,
porque con este apellido
encubra la muerte atroz
que mi amor ha conseguido;
que todo es castigo justo
de una hija inobediente,
que contra su honor y gusto
de su patria y casa ausente,
ocasiona su disgusto;
pero que si algun amor
le merezco, y este alcanza
en mi muerte su favor,
satisfaga su venganza

las pérdidas de mi honor.

QUINTANA.

Pues ¿para qué tanto ardid?

DOÑA JUANA.

Es para que de esta suerte
parta de Valladolid
mi padre, y pida mi muerte
á don Martin en Madrid;
que he de perseguir si puedo,
Quintana, á mi engañador
con uno y con otro enredo,
hasta que cure su amor
con mi industria ó con su miedo.

QUINTANA.

Dios me libre de tenerte
por contraria.

DOÑA JUANA.

La muger
venga agravios de esta suerte.

QUINTANA.

A hacerle voy entender
nuevas chanzas de tu muerte. (*Vase.*)

ESCENA V.

DOÑA CLARA.—DOÑA JUANA

DOÑA CLARA.

Señor don Gil, justo fuera,
sabiendo de cortesía
tanto, que para mí hubiera
un dia.... ¿Qué digo un dia?
Una hora, un rato siquiera.
Tambien tengo casa yo
como doña Ines; tambien
hacienda el cielo me dió;
y tambien quiero yo bien
como ella.

DOÑA JUANA.

¿A mí?

DOÑA CLARA.

¿Por qué no?

DOÑA JUANA.

A saber yo tal ventura
creed, bella doña Clara,
que por lograrla segura,
fuera si otro la gozara,
pirata de esa hermosura.
Mas como de mí imagino
lo poco que al mundo importo,
ni sé, ni me determino
á pretender; que en lo corto
tengo algo de vizcaino.
Por Dios, que desde que os ví
en la huerta, el corazon,
nueva salamandra, os dí,
llevándoos vos un giron
del alma que os ofrecí;
mas ni sé donde vivís,
qué galan por vos se abrasa,
ni qué empleos admitís.

DOÑA CLARA.

¿No? Pues sabed que mi casa
es á la Red de San Luis;
mis galanes mas de mil;
mas quien en mi gusto alcanza
el premio por mas gentil,
es verde cual mi esperanza,
y es en el nombre don Gil.

DOÑA JUANA.

Esta mano he de besar,
(*Bésasela.*)
porque del todo me cuadre
favor tan para estimar.

ESCENA VI.

DOÑA INES, *al paño.* — DICHAS.

DOÑA INES, *para sí,*

Como me llamó mi padre.

fueme forzoso dejar
á mi prima por un rato....
¿Mas no es el que miro ¡cielos!
don Gil el falso, el ingrato?
el que cebando mis celos
es de mi opuesta retrato?
(1) ¡La mano pone en la boca,
de mi prima! ¿No es encanto
que hombre de barba tan poca
se atreva á ser para tanto?
¡A qué furia me provoca!
Quiero escuchar desde aquí
lo que pasa entre los dos.

DOÑA CLARA.

En fin, ¿os morís por mí?
¡Buena mentira!

DOÑA JUANA.

Por Dios,
que no me trateis ansí.
Desde el dia que en la huerta
os ví, hermosa doña Clara,
para mi ventura abierta,
ni tuve mañana clara,
ni noche segura y cierta;
porque la pesada ausencia
de la luz de esa hermosura,
sol que mi amor reverencia,
noche es pesada y oscura.

DOÑA CLARA.

No lo muestra la frecuencia
de doña Ines que os recrea,
y es todo vuestro interes.

DOÑA JUANA.

¿Yo á doña Ines, mi bien?

DOÑA CLARA.

Ea....

DOÑA JUANA.

Vive Dios, que es doña Ines
á mis ojos fria y fea:

---

(1) El orden gramatical es: ¡En la boca pone (á su boca llega) la mano de mi prima!

si Francisca se llamara,
todas las efes tuviera.

DOÑA INES, *aparte.*

¡Qué buena don Gil me para!

DOÑA JUANA, *aparte.*

¡Mas si doña Ines me oyera!

DOÑA INES, *aparte.*

¡Y le creerá doña Clara!

DOÑA CLARA.

Pues si no amais á mi prima,
¿cómo asistís tanto aquí?

DOÑA JUANA.

Eso es señal que os estima
la libertad que os rendí,
y en vuestros ojos se anima;
porque como no sabia
donde vivís, y me abrasa
vuestra memoria, venia
por instantes á esta casa
creyendo que os hallaria
alguna vez en ella.

DOÑA CLARA.

Es
lindo modo de escusar
vuestro amor.

DOÑA JUANA.

¿Escusar?

DOÑA CLARA.

Pues
¿habia mas de preguntar
por mi casa á doña Ines?

DOÑA JUANA.

Fuera darla celos eso.

DOÑA CLARA.

No quiero apurar verdades,
don Gil; que os amo os confieso,
y que vuestras sequedades
me quitan el sueño y seso;
si un amor sencillo y llano
os obliga, asegurad
mi pena, dadme esa mano.

DOÑA JUANA.

De esposo os la doy: tomad;
que por lo que en ello gano,
os la beso.

DOÑA INES, *aparte.*

¿Esto consiento?

DOÑA CLARA.

Mi prima me espera: á Dios.
Idme á ver hoy....

DOÑA JUANA.

Soy contento.

DOÑA CLARA.

Porque tracemos los dos
despacio este casamiento. (*Vase.*)

DOÑA JUANA.

Ya que dí en embelecar,
salir bien de todo espero.
A doña Ines voy á hablar.

ESCENA VII.

DOÑA JUANA. DOÑA INES.

DOÑA INES, *saliendo.*

Enredador, embustero,
pluma al viento, corcho al mar:
¿no basta que á doña Elvira
engañes, que no repara
en honras que el cuerdo mira;
sino que á mí y doña Clara
embeleque tu mentira?
¿A tres mugeres engaña
el amor que fingir quieres?
A salir con esa hazaña,
casado con tres mugeres,
fueras gran turco en España.
Conténtate, ingrato, infiel,
con doña Elvira, relieves
y sobras de don Miguel,
que cuando sus gages lleves,

y la escribas el papel
que mis penas han leido,
á tí te viene sobrado,
en fé de poco advertido,
fruto que otro ha desflorado,
y ropa que otro ha rompido.

DOÑA JUANA.

¡Qué dices, mi bien!

DOÑA INES.

¿Tu bien?
Doña Elvira, cuyos brazos
sueño de noche te den,
te responderán. ¡Pedazos
un rayo los haga, amen!

DOÑA JUANA.

(*Aparte.* Caramanchel la ha enseñado
el papel que me escribí
á mí misma, y heme holgado,
porque esperimente en sí
congojas que me ha causado.)
¿Qué Elvira te dá sospecha?
En lo que dices repara.

DOÑA INES.

¡No está mala la deshecha!
Dígale eso á doña Clara,
pues la tiene satisfecha
su amor, su palabra y fe.

DOÑA JUANA.

¿Eso te ha causado enojos?
¿Luego nos viste? No fue
sino burla: por tus ojos,
que es una necia. Hablamé,
vuélveme esos soles, ea,
que su luz mi regalo es.

DOÑA INES.

¡Y dirá, porque le crea:
"¡Vive Dios, que es doña Ines
á mis ojos fria y fea!"

DOÑA JUANA.

¿Pues crees tú que lo dijera,
si burlar á doña Clara
de ese modo no quisiera?

DOÑA INES.

"Si Francisca se llamara,
todas las efes tuviera:"
Pues si tantas tengo, y mira
desechos de don Miguel
que por mis prendas suspira,
casándome yo con él,
castigaré á doña Elvira.
Don Miguel es principal,
y su discrecion, al fin,
ha dado clara señal
que en amar muger tan ruin
y mudable hiciera mal.
Por mi esposo le señalo:
á mi padre voy á hablar;
que pues á mi gusto igualo
el suyo, hoy le pienso dar
la mano.

DOÑA JUANA.

(*Aparte.* Esto va muy malo.)
¿Con remedios tan atroces
castigas una quimera?
Oye, escucha.

DOÑA INES.

Si doy voces,
haré que por la escalera
os eche un lacayo á coces.

DOÑA JUANA.

Por Dios, que por mas crüel
que seas, has de escuchar
mi disculpa, y que soy fiel.

DOÑA INES.

¿No hay quien se atreva á matar
á este infame? ¡Ah don Miguel!

DOÑA JUANA.

¿Don Miguel está aquí?

DOÑA INES.

¿Quieres
trazar ya alguna maraña?
Aquí está: de miedo mueres.
(*A voces.*)
Este es don Gil, el que engaña

de tres en tres las mugeres.
Don Miguel, véngame de él;
tu esposa soy.

DOÑA JUANA.

Oye, mira....

DOÑA INES.

Muera este don Gil crüel,
don Miguel.

DOÑA JUANA.

Que soy Elvira,
lleve el diablo á don Miguel.

DOÑA INES.

¿Quién?

DOÑA JUANA.

Doña Elvira: ¿en la voz
y cara no me conoces?

DOÑA INES.

¿No eres don Gil de Albornoz?

DOÑA JUANA.

Ni soy don Gil, ni des voces.

DOÑA INES.

¿Hay enredo mas atroz?
¡Tu doña Elvira! Otro engaño.
Don Gil eres.

DOÑA JUANA.

Su vestido
y semejanza hizo el daño.
Si esto no te ha persuadido,
averigua el desengaño.

DOÑA INES.

¿Pues qué provecho interesa
tu embeleco?

DOÑA JUANA.

¡Vive Dios,
que no ser don Gil me pesa
por tí, y que somos las dos
pata para la traviesa!

DOÑA INES.

En conclusion, ¿he de darte
crédito? No vi mayor
semejanza.

DOÑA JUANA.

Por probarte,
y ver si tienes amor
á don Miguel, pudo el arte
disfrazarme; y es ansí,
que una sospecha crüel
me dió recelos de tí.
Creyendo que á don Miguel
amabas, yo me escribí
el papel que aquel criado
te enseñó, creyendo que era
don Gil quien se lo habia dado,
y dije que te le diera
por modo disimulado,
y que advirtiese por él
tus celos, y si intentabas
usurparme á don Miguel.

DOÑA INES.

¡Estrañas industrias!

DOÑA JUANA.

Bravas.

DOÑA INES.

¿Que tú escribiste el papel?

DOÑA JUANA.

Y á don Gil pedí el vestido
prestado, que está por tí
de amor y celos perdido.

DOÑA INES.

¿De amor y celos por mí?

DOÑA JUANA.

Como el suceso ha sabido
de don Miguel, cuya soy,
no apetece prenda agena.

DOÑA INES.

Confusa y dudosa estoy.

DOÑA JUANA.

¡Ingeniosa traza!

DOÑA INES.

Buena,
y de suerte, que aun no doy
crédito á que eres muger.

DOÑA JUANA.

¿Pues cómo haremos que quedes
segura?

DOÑA INES.

Ansí se ha de hacer.
Vestirte en tu trage puedes;
que con él podremos ver
cómo te entalla y te inclina.
Ven, y pondráste un vestido
de los mios; que imagina
mi amor en ese fingido
que eres hombre, y no vecina.
Ya se habrá ido doña Clara.

DOÑA JUANA.

¡Buena irá!

DOÑA INES, *aparte.*

¡Qué varonil
muger! Por mas que repara
mi amor, dice que es don Gil
en la voz, presencia y cara. (*Vanse.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN. CARAMANCHEL.

DON JUAN.

¿Vos servís á don Gil de Albornoz?

CARAMANCHEL.

Sirvo
á un amo que no veo en quince dias
que há que como su pan. Dos ó tres veces
le he hallado desde entonces: ved ¡qué talle
de dueño en relacion! ¡Pues decir, tiene
fuera de mí otros pages y lacayos!
Yo solamente y un vestido verde,
en cuyas calzas funda su apellido,
(que ya son casa de solar sus calzas)
posee en este mundo, que yo sepa.
Bien es verdad que me pagó por junto,
desde que entré con él hasta hoy, raciones

y quitaciones, dándome cien reales;
pero quisiera yo servir á un amo
que me oleara cada instante. "¡Hola,
Caramanchel, limpiadme estos zapatos;
sabed como durmió doña Grimalda;
id al marqués, que el alazan me empreste;
preguntad á Valdés con qué comedia
ha de empezar mañana," y otras cosas
con que se gasta el nombre de un lacayo.
Pero ¡que tenga yo un amo en el mundo
como el macho de Vamba, que ni manda,
ni duerme, come, ó bebe, y siempre anda!

DON JUAN.

Debe de estar enamorado.

CARAMANCHEL.

Y mucho.

DON JUAN.

¿De doña Ines, la dama que aquí vive?

CARAMANCHEL.

Ella le quiere bien; pero ¿qué importa,
si vive aquí pared en medio un angel?
Que aunque yo no la he visto, á lo que él dice,
es tan hermosa como yo, que basta.

DON JUAN.

Soislo vos mucho.

CARAMANCHEL.

Viéneme de casta.
Este papel la traigo; mas de suerte
simbolizan los dos en condiciones,
que jamás doña Elvira, ó doña Urraca,
para en casa, ni en ella hay quien responda;
pues con ser tan de noche, que han ya dado
las once, no hay memoria de que venga
quien lástima de mí y el papel tenga.

DON JUAN.

¿Y que ama doña Ines á don Gil?

CARAMANCHEL.

Tanto,
que abriéndome el papel, y conociendo
lo que por él decia á doña Elvira,
hizo estremos de loca.

DON JUAN.

Y yo los hago
de celos. Vive Dios, que aunque me cueste
vida y hacienda, tengo de quitarla
á todos cuantos Giles me persigan.
En busca voy del vuestro.

CARAMANCHEL.

¡Bravo Aquiles!

DON JUAN.

Yo agotaré, si puedo, los don Giles. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DOÑA JUANA, *de muger.* DOÑA INES.—CARAMANCHEL.

DOÑA INES.

Ya esperimento en mi daño
la burla de mis quimeras:
don Gil quisiera que fueras;
que yo adorara tu engaño.
No he visto tal semejanza
en mi vida, doña Elvira:
en tí su retrato mira
mi entretenida esperanza.

DOÑA JUANA.

Yo sé que te ha de rondar
esta noche, y que te adora.

DOÑA INES.

¡Ay doña Elvira! ya es hora.

CARAMANCHEL, *aparte.*

Doña Elvira oí nombrar.
Aquella sin duda es,
que con doña Ines está:
el diablo la trajo acá;
que estando con doña Ines,
mal podré darla el papel
que mi don Gil la escribió,
y ya su merced leyó.
Hermano Caramanchel,
á palos me vais oliendo.

DOÑA INES.

Hola ¿qué buscais aquí.

CARAMANCHEL.

¿Sois vos doña Elvira?

DOÑA JUANA.

Sí.

CARAMANCHEL.

¡Jesus! ¿qué es lo que estoy viendo?
¡Don Gil con basquiña y toca!
No os llevo mas la mochila.
¿De dia Gil, de noche Gila?
¡Oste puto! punto en boca.

DOÑA JUANA.

¿Qué decís? ¿estais en vos?

CARAMANCHEL.

¿Qué digo? Que sois don Gil,
como Dios hizo un candil.

DOÑA JUANA.

¿Yo don Gil?

CARAMANCHEL.

Sí, juro á Dios.

DOÑA INES.

¿Piensas que soy sola yo
la que tu presencia engaña?

CARAMANCHEL.

Azotes dan en España
por menos que eso. ¿Quién vió
un hembri-macho, que afrenta
á su linage?

DOÑA INES.

Esta dama
es doña Elvira.

CARAMANCHEL.

Amo, ó ama,
despídome: hagamos cuenta.
No quiero señor con saya
y calzas, hombre y muger;
que querreis en mí tener
juntos lacayo y lacaya.
No mas amo hermafrodita;
que comer carne y pescado
á un tiempo, no es aprobado.

Despachad con la visita,
y á Dios.

DOÑA JUANA.

¿De qué es el espanto?
¿Pensais que vuestro señor
sin causa me tiene amor?
Por parecérseme tanto
emplea en mí su esperanza.
Díselo tú, doña Ines.

DOÑA INES.

Causa suelen decir que es
del amor la semejanza.

CARAMANCHEL.

Sí; ¿mas tanta? No, par Dios.
¿A mí engañifas, señora?

DOÑA JUANA.

Y si viene antes de un hora
don Gil aquí, y á los dos
nos veis juntos, ¿qué direis?

CARAMANCHEL.

Que hablé por boca de ganso.

DOÑA JUANA.

El vendrá, y humilde y manso
vos á él mismo le hablareis,
conociendo la verdad.

CARAMANCHEL.

¿Dentro un hora?

DOÑA JUANA.

Y á ocasion
que os admire.

CARAMANCHEL.

Pues chiton.

DOÑA JUANA.

En la calle le esperad,
y subámonos las dos
al balcon para aguardalle.

CARAMANCHEL.

Bájome pues á la calle.
Este me dió para vos;
(*Dá un papel á doña Juana.*)
mas rehusé por doña Ines
la embajada.

DOÑA JUANA.

Ya es mi amiga.

CARAMANCHEL, *aparte.*

Don Gil es, aunque lo diga
el conde Partinuplés. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA X.

DON JUAN, *como de noche.*

Con determinacion vengo
de agotar estos don Giles,
que agravian por medios viles
las esperanzas que tengo.
Dos son: ¿quién duda que alguno
su dama vendrá á rondar?
Ó me tienen de matar,
ó no ha de quedar ninguno.

ESCENA XI.

CARAMANCHEL.— DON JUAN.

CARAMANCHEL, *aparte.*

A esperar vengo á don Gil,
si calles ronda y pasea;
que por Dios, aunque lo vea,
no dos veces, sino mil,
no lo tengo de creer.

ESCENA XII.

DOÑA INES *y* DOÑA JUANA, *de muger*, *á la ventana.*—DICHOS.

DOÑA INES.

¡Qué estraordinario calor!

DOÑA JUANA.

Pica el tiempo y pica amor.

DOÑA INES.

¿Si ha de venirnos á ver
mi don Gil?

DOÑA JUANA.

¿Y dudas de eso?
(*Aparte.* Para poderme apartar
de aquí, me vendrá á llamar
brevemente Valdivieso,
y podré, de hombre vestida,
fingirme don Gil abajo.)

DON JUAN, *aparte.*

El premio de mi trabajo
escucho: mi Ines querida,
si no me engaña la voz,
es la que á la reja está.

DOÑA INES.

Gente siento. ¿Si será
nuestro don Gil de Albornoz?

DOÑA JUANA.

Háblale y sal de esa duda.

CARAMANCHEL, *aparte.*

Un rondante se ha parado.
¿Si es mi don Gil encantado?

DON JUAN.

(*Aparte.* Llegad y hablad, lengua muda.)
¡Ah de arriba!

DOÑA INES.

¿Sois don Gil?

DON JUAN, *rebozado.*

(*Aparte.* Allí le pica: diré
que sí.) Don Gil soy, que en fe

de que en vos busco mi abril,
en viéndoos, señora mia,
mi calor pude templar.

DOÑA INES.

Eso es venirme á llamar
por gentil estilo, fria.

CARAMANCHEL, *aparte.*

Muy grueso don Gil es este.
El que sirvo habla atiplado.
Si no es ya que haya mudado
de ayer acá....

DON JUAN.

Manifieste
el cielo mi dicha.

DOÑA INES.

En fin,
¿que á un tiempo os abraso y hielo?

DON JUAN.

Quema amor, hiela un recelo.

DOÑA JUANA, *aparte.*

Sin duda que es don Martin
el que habla. ¡Qué en vano pierdes
el tiempo, ingrato, sin mí!

DOÑA INES.

(*Aparte.* No parece él.) ¿Sois, decí,
don Gil de las calzas verdes?

DON JUAN.

¿Luego no me conoceis?

CARAMANCHEL, *aparte.*

Ni yo tampoco, par Dios.

DOÑA INES.

Como me pretenden dos....

DON JUAN.

Sí; mas vos ¿á cuál quereis?

DOÑA INES.

A vos, aunque en el hablar
nuevas dudas me habeis dado.

DON JUAN.

Hablo bajo y rebozado;
que es público este lugar.

ESCENA XIII.

DON MARTIN, *con vestido verde.* OSORIO.—DICHOS.

DON MARTIN.

(*Habla aparte con Osorio.*)

Osorio, ya doña Juana
muerta, como dicen, sea
quien me persigue y desea,
en la opinion de Quintana,
que no goce á doña Ines;
ya otro amante disfrazado
el nombre me haya usurpado
por ver cuán querido es,
el seso de envidia pierdo.
¿Puede doña Ines amalle
por de mejor cara y talle?

OSORIO.

No por cierto.

DON MARTIN.

¿Por mas cuerdo?
Tú sabes cuán celebrado
en Valladolid he sido.
¿Por mas noble ó bien nacido?
Guzmana sangre he heredado.
¿Por mas hacienda? Ocho mil
ducados tengo de renta,
y en la nobleza es afrenta
amar el interes vil.
Pues si solo es porque vino
con trage verde, yo y todo
he de andar del mismo modo.

OSORIO.

Ese es gentil desatino.

DON MARTIN.

¿Qué dices?

OSORIO.

Que el seso pierdes.

DON MARTIN.

Piérdale ó no, yo he de andar
como él, y me han de llamar
don Gil de las calzas verdes.
Vete á casa; que hablar quiero
á don Pedro.

OSORIO.

En ella aguardo. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

DOÑA JUANA. DOÑA INES. DON MARTIN. DON JUAN. CARAMANCHEL.

DOÑA INES.

(*A don Juan.*)
Don Gil discreto y gallardo,
poco amais y mucho os quiero.

DON MARTIN, *aparte.*

¿Don Gil? ¡Cómo! Este es sin duda
quien contradice mi amor.
¿Si es doña Juana? El temor
de que en penas anda, muda
mi valor en cobardía.
En no meterme me fundo
con cosas del otro mundo;
que es bárbara valentía.

DOÑA INES.

Gente parece que viene.

DON JUAN.

Reconoceré quien es.

DOÑA INES.

¿Para qué?

DON JUAN.

¿No veis, mi Ines,
que nos mira y se detiene?
Diré que pase adelante:
entretanto me esperad.—
¿Hidalgo?

DON MARTIN.

¿Quién va?

DON JUAN.

Pasad.

DON MARTIN.

¿Dónde, si por ser amante,
tengo aquí prendas?

DON JUAN, *aparte.*

Don Gil
es este, el aborrecido
de doña Ines; conocido
le he en la voz.

CARAMANCHEL, *aparte.*

¡Oh que alguacil
tan á propósito agora!
¡y qué dos espadas pierde!

DON JUAN.

Don Gil el blanco ó el verde,
ya se ha llegado la hora
tan deseada de mí,
y tan rehusada de vos.

DON MARTIN, *aparte.*

Conocídome ha por Dios;
y quien rebozado así
sabe quien soy, no es mortal,
ni salió mi duda vana:
el alma es de doña Juana.

DON JUAN.

Dad de vuestro amor señal,
don Gil, que es de pechos viles
ser cobarde y servir dama.

CARAMANCHEL, *aparte.*

¿Don Gil estotro se llama?
A pares vienen los Giles.
Pues no es mi don Gil tampoco,
que hablara á lo caponil.

DON JUAN.

Sacad la espada, don Gil.

CARAMANCHEL, *aparte.*

O son dos, ó yo estoy loco.

DOÑA INES.

Otro don Gil ha venido.

DOÑA JUANA.

Debe de ser don Miguel.

DOÑA INES.

Bien dices, sin duda es él.

DOÑA JUANA, *aparte.*

¿Ya hay tantos de mi apellido?
No conozco á este postrero.

DON JUAN.

Sacad el acero, pues,
ó habré de ser descortés.

DON MARTIN.

Yo nunca saco el acero
para ofender los difuntos,
ni jamas mi esfuerzo empleo
con almas; que yo peleo
con almas y cuerpos juntos.

DON JUAN.

Eso es decir que estoy muerto
de asombro y miedo de vos.

DON MARTIN.

Si estais gozando de Dios,
que así lo tengo por cierto,
ó en carrera de salvaros,
doña Juana, ¿qué buscais?
Si por dicha en pena andais,
misas digo por libraros.
Mi ingratitud os confieso,
y ojalá os resucitara
mi amor, que con él pagara
culpas de mi poco seso.

DON JUAN.

¿Qué es esto? ¿Yo doña Juana?
¿yo difunto? ¿yo alma en pena?

DOÑA JUANA, *aparte.*

¡Lindo rato, burla buena!

CARAMANCHEL.

¿Almitas? ¡Santa Susana!
¡san Pelagio! ¡santa Elena!

DOÑA INES.

¿Qué será esto, doña Elvira?

DOÑA JUANA.

Algun loco: calla y mira.

CARAMANCHEL, *aparte.*

¿Almas de noche y en pena?
¡Ay Dios! todo me desgrumo.

DON JUAN.

Sacad la espada, don Gil,
ó haré alguna hazaña vil.

CARAMANCHEL, *aparte.*

¡Oh quién se volviera en humo,
y por una chimenea
se escapara!

DON MARTIN.

Alma inocente,
por aquel amor ardiente
que me tuviste y recrea
mi memoria, que ya baste
mi castigo y tu rigor.
Si por estorbar mi amor,
cuerpo aparente tomaste,
y llamándote en Madrid
don Gil, intentas mi ultrage;
si con ese nombre y trage
andas por Valladolid,
y no te has vengado harto;
por el malogrado fruto,
ocasion de triste luto
que dió á tu casa el mal parto,
que no aumentes mis desvelos.
Alma, cese tu porfia;
que no entendí yo que habia
en el otro mundo celos;
pues por mas trazas que des,
ya estés viva, ya estés muerta,
ó la mia verás cierta,
ó mi esposa á doña Ines. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DOÑA JUANA. DOÑA INES. DON JUAN. CARAMANCHEL.

DON JUAN.

¡Vive el cielo que se ha ido,

escusando la cuestion,
con la mas nueva invencion
que los hombres han oido!

CARAMANCHEL, *aparte.*

¿Lacayo Caramanchel
de alma en pena? ¡Esto faltaba!
Y aun por eso no le hallaba
cuando andaba en busca de él.
¡Jesus mil veces!

DOÑA JUANA.

Amiga,
averiguar un suceso
me importa. A Dios: Valdivieso
me espera abajo: prosiga
la plática comenzada,
pues don Gil contigo está.

DOÑA INES.

¿No te esperarás, y irá
contigo alguna criada?

DOÑA JUANA.

¿Para qué, si un paso estoy
de mi casa?

DOÑA INES.

Toma, pues,
un manto.

DOÑA JUANA.

No, doña Ines;
que en cuerpo y sin alma voy.
(*Quítase de la ventana.*)

DON JUAN.

Quiero volverme á mi puesto,
por ver si el don Gil menor
es hoy tambien rondador.

DOÑA INES.

En gran peligro os ha puesto,
don Gil, vuestro atrevimiento.

DON JUAN.

Amor que no es atrevido,
no es amor, afrenta ha sido.
Escuchad, que gente siento.

ESCENA XVI.

DOÑA CLARA, *de hombre.*— DON JUAN. DOÑA INES. CARAMANCHEL.

DOÑA CLARA.

Celos de don Gil me dan
ánimo á que en trage de hombre
mi mismo temor me asombre:
¡á fe que vengo galan!
Por ver si mi amante ronda
á doña Ines y me engaña,
hice esta amorosa hazaña:
él mismo por mí responda.

DON JUAN.

Aguardad, sabré quien es.
(*Apártase don Juan, y llega á la ventana doña Clara.*)

DOÑA CLARA.

(*Aparte.* Gente á la ventana está:
llegarme quiero hácia allá,
por si acaso doña Ines
á don Gil está esperando;
que él me tengo de fingir,
por si puedo descubrir
los celos que estoy temblando.)
¡Ah del balcon! Si merece
hablaros, bella señora,
un don Gil que en vos adora,
en fé que el alma os ofrece,
don Gil de las calzas soy
verdes, como mi esperanza.

CARAMANCHEL, *aparte.*

¿Otro Gil entra en la danza?
Don Giles llueve Dios hoy.

DOÑA INES, *aparte.*

Este es mi don Gil querido;
que en el habla delicada
le reconozco: engañada
de don Juan sin duda he sido,

que es sin falta el que hasta aquí
hablando conmigo ha estado.

DON JUAN, *aparte.*

El don Gil idolatrado
es este.

DOÑA INES, *aparte.*

¡Triste de mí!
que temo que ha de matalle
este don Juan atrevido.
(*Llégase don Juan á doña Clara.*)

DON JUAN.

Huélgome que hayais venido
á este tiempo y á esta calle,
señor don Gil, á llevar
el pago que mereceis.

DOÑA CLARA.

¿Quién sois vos que os prometeis
tanto?

DON JUAN.

El que os ha de matar.

DOÑA CLARA.

¿Matar?

DON JUAN.

Sí; y don Gil me llamo,
aunque vos habeis fingido
que es don Miguel mi apellido.
A doña Ines sirvo y amo.

DOÑA CLARA, *aparte.*

El diablo nos trujo acá.
Aquí os matan, doña Clara.

ESCENA XVII.

DOÑA JUANA, *de hombre.* QUINTANA.—DICHOS.

DOÑA JUANA.

A ver vengo en lo que para
tanto embeleco; y si está
doña Ines á la ventana
todavia la he de hablar.

QUINTANA.

Ahora acaba de llegar
tu padre á Madrid.

DOÑA JUANA.

Quintana,
persuadido que me ha muerto
don Martin en Alcorcon,
á tomar satisfaccion
vendrá ya.

QUINTANA.

Tenlo por cierto.

DOÑA JUANA.

Gente hay en la calle.

QUINTANA.

Espera,
reconoceré quien es.

DOÑA CLARA.

¿Don Gil sois?

DON JUAN.

Y doña Ines
mi dama.

DOÑA CLARA.

¡Buena quimera!

DOÑA JUANA.

¡Ah caballeros! ¿Hay paso?

DON JUAN.

¿Quién lo pregunta?

DOÑA JUANA.

Don Gil.

CARAMANCHEL, *aparte.*

Ya son cuatro, y serán mil.
¡Endiablado está este paso!

DON JUAN.

Dos don Giles hay aquí.

DOÑA JUANA.

Pues conmigo serán tres.

DOÑA INES.

¿Otro Gil? ¡Cielos! ¿cuál es
el que vive amante en mí?

DON JUAN.

Don Gil el verde soy yo.

DOÑA CLARA.

(*Aparte.* Ya he vuelto mi miedo en celos.
A doña Ines ronda. ¡Cielos!
sin duda que me engañó.
De él me tengo de vengar.)
Don Gil de las calzas verdes
soy yo solo.

QUINTANA.

(*Aparte á doña Juana.*)
El nombre pierdes:
de él te salen á capear
otros tres Giles.

DOÑA JUANA.

Yo soy
don Gil el verde ó el pardo.

DOÑA INES.

¿Hay suceso mas gallardo?

DON JUAN.

Guardando este paso estoy.
O váyanse, ó matarélos.

DOÑA JUANA.

¡Sazonada flema á fé!

QUINTANA.

Vuestro valor probaré.

CARAMANCHEL.

Mueran los Giles.

(*Echan mano, y hiere Quintana á don Juan.*)

DON JUAN.

¡Ay cielos!
Muerto soy.

DOÑA JUANA.

Porque te acuerdes
de tu presuncion, despues
dí que te hirió, á doña Ines,
don Gil de las calzas verdes.

(*Retíranse don Juan, doña Juana y Quintana.*)

DOÑA CLARA, *aparte.*

Pártome desesperada
de celos: ¿mas no me dió
fé y palabra? haréle yo
que la cumpla. (*Vase.*)

DOÑA INES.

Bien vengada
de don Juan don Gil me deja.
Querréle mas desde hoy. (*Vase.*)

CARAMANCHEL.

Lleno de don Giles voy.
Cuatro han rondado esta reja;
pero el alma enamorada
que por suyo me alquiló,
del purgatorio sacó
en su ayuda esta Gilada.
Ya la mañana serena
amanece: sin sentido
voy. ¡Jesus! ¡Jesus! ¡que he sido
lacayo de un alma en pena! (*Vase.*)

El prado de san Gerónimo.

ESCENA XVIII.

DON MARTIN, *vestido de verde.*

Calles de aquesta corte, imitadoras
del confuso Babel, siempre pisadas
de mentiras, al rico aduladoras
como al pobre severas, desbocadas:
casas á la malicia, á todas horas
de malicias y vicios habitadas;
¿quién á los cielos en mi daño instiga,
que nunca falta un Gil que me persiga?
Árboles de este prado, en cuyos brazos
el viento mece las dormidas hojas,
de cuyos ramos, si pendieran lazos,
colgára por trofeo mis congojas:
fuentes risueñas, que feriais abrazos
al campo, humedeciendo arenas rojas;
pues sabeis murmurar, vuestra agua diga
que nunca falta un Gil que me persiga.
¿Qué delitos me imputan, que parece
que es mi contraria hasta mi misma sombra?

A doña Ines adoro: esto ¿merece
el castigo invisible que me asombra?
¿Qué don Gil mis deseos desvanece?
¿Por qué, fortuna, como yo se nombra?
¿Por qué me sigue tanto? ¿Es porque diga
que nunca falta un Gil que me persiga?
Si á doña Ines pretendo, un don Gil luego
pretende á doña Ines, y me la quita;
si me escriben, don Gil me usurpa el pliego,
y con él sus quimeras facilita;
si dineros me libran, cuando llego,
hallo que este don Gil cobró la dita.
Ya ni sé adonde vaya, ni á quien siga,
pues nunca falta un Gil que me persiga.

ESCENA XIX.

DON DIEGO. QUINTANA. UN ALGUACIL.—DON MARTIN.

QUINTANA.

(*Hablando con don Diego á un lado.*)
Este es el don Gil fingido,
á quien conoce su patria
por don Martin de Guzman,
y el que ha muerto á doña Juana,
mi señora.

DON DIEGO.

¡Oh quién pudiera
teñir las prolijas canas
en su sangre sospechosa,
que no es noble quien agravia!
Llegad, señor, y prendedle.

ALGUACIL.

Dad, caballero, las armas.

DON MARTIN.

¿Yo?

ALGUACIL.

Sí.

DON MARTIN.

¿A quién?

ALGUACIL.

A la justicia.

DON MARTIN.

(*Dando la espada y la daga.*)
¿Qué es esto? ¿Hay nuevas marañas?
¿Por qué culpas me prendeis?

DON DIEGO.

¿Ignoras, traidor, la causa,
despues de haber dado muerte
á tu esposa malograda?

DON MARTIN.

¿A qué esposa? ¿Qué malogros?
De esposo la dí palabra;
partíme luego á esta corte;
dicen que quedó preñada:
si de malparir una hija
se murió, estando encerrada
en san Quirce, ¿tengo yo
culpa de esto? Tú, Quintana,
¿no sabes la verdad de esto?

QUINTANA.

La verdad que yo sé clara,
es, don Martin, que habeis dado
sin razon de puñaladas
á vuestra inocente esposa,
y en Alcorcon sepultada,
pide contra vos al cielo,
como Abel, justa venganza.

DON MARTIN.

¡Vive Dios, traidor...!

ALGUACIL.

¿Qué es esto?

DON MARTIN.

Que á no hallarme sin espada,
la lengua con que has mentido
y el corazon te sacara.

DON DIEGO.

¿Qué importa, tirano aleve,
que niegues lo que esta carta
afirma de tus traiciones?

DON MARTIN.

(*Lee para sí.*)
La letra es de doña Juana.

DON DIEGO.

Mira lo que dice en ella.

DON MARTIN.

¡Jesus! ¡Jesus! ¿Puñaladas
yo á mi esposa en Alcorcon?
¿Yo estuve en Alcorcon?

DON DIEGO.

Basta:
deja escusas aparentes.

ALGUACIL.

Despacio hareis la probanza,
señor, de vuestra inocencia
en la carcel.

DON MARTIN.

Si quedaba
en san Quirce, como muestran
estas escritas palabras
de su mano y de su firma,
decid, ¿cómo pude darla
la muerte yo en Alcorcon?

DON DIEGO.

Porque finges letras falsas,
del modo que el nombre finges.

ESCENA XX.

DICHOS. DON ANTONIO. CELIO.

DON ANTONIO.

(*Aparte á Celio.*)

Ese es don Gil; en las calzas
verdes le conocereis.

CELIO.

(*Aparte á don Antonio.*)

Sí, que estos don Gil lo llaman.
La palabra que le distes
(*A don Martin.*)
á mi prima doña Clara,
señor don Gil, por justicia,
ya que vuestro amor la engaña,

venimos á que cumplais.

DON DIEGO.

Esa es sin duda la dama
por quien á su esposa ha muerto.

DON MARTIN.

¿Quereis volverme esa daga,
acabaré con la vida,
pues mis desdichas no acaban?

DON ANTONIO.

Doña Clara os quiere vivo,
y como á su esposo os ama.

DON MARTIN.

¿Qué doña Clara, señores?
Que no soy yo.

DON ANTONIO.

¡Buena estaba
la escusa! ¿No sois don Gil?

DON MARTIN.

Así en la corte me llaman;
mas no el de las calzas verdes.

DON ANTONIO.

¿No son verdes esas calzas?

CELIO.

Ó habeis de perder la vida,
ó cumplir palabras dadas.

DON DIEGO.

Quitarásela el verdugo,
levantando en una escarpia
su cabeza enredadora
antes de un mes en la plaza.

CELIO.

¿Cómo?

ALGUACIL.

Mató á su muger.

CELIO.

¡Oh traidor!

DON MARTIN.

¡Oh si llegara
á dar remate á mis penas
la muerte que me amenaza!

ESCENA XXI.

FABIO. DECIO.— DICHOS.

FABIO.

(*Hablando con Decio al salir.*)
Ese es el que hirió á don Juan
en la pendencia pasada.
Con él está un alguacil.

DECIO.

La ocasion es estremada.
(*Al alguacil.*)
Poned, señor, en la carcel
á este hidalgo.

DON MARTIN.

¿Hay mas desgracias?

ALGUACIL.

Allá va: pero ¿por qué
prenderle los dos me mandan?

FABIO.

Hirió á don Juan de Toledo
anoche, junto á las casas
de don Pedro de Mendoza.

DON MARTIN.

¿Yo á don Juan?

QUINTANA.

¡Miren si escampa!

DON MARTIN.

¿Qué don Juan, cielos? ¿qué noche?
¿qué casa ó qué cuchilladas?
¿qué persecucion es esta?
Mirad, señores, que el alma
de doña Juana difunta,
que dicen que en penas anda,
es quien á todos enreda.

DON DIEGO.

¿Luego habeisla muerto?

ALGUACIL.

Vaya
á la carcel.

QUINTANA.

Aguardad;
que se apean unas damas
de un coche, y vienen aprisa
á dar luz á estas marañas.

ESCENA XXII.

DOÑA JUANA, *de hombre.* DON PEDRO. DOÑA INES. DOÑA CLARA, *de muger*, *y* DON JUAN *con banda en el brazo.*—DICHOS.

DOÑA JUANA.

¡Padre de los ojos mios!

DON DIEGO.

¡Cómo! ¿quién sois?

DOÑA JUANA.

Doña Juana,
hija tuya.

DON DIEGO.

¿Vives?

DOÑA JUANA.

Vivo.

DON DIEGO.

¿Pues no es tuya aquesta carta?

DOÑA JUANA.

Todo fue porque vinieses
á esta corte, donde estaba
don Martin hecho don Gil,
y ser esposo intentaba
de doña Ines, á quien dí
cuenta de esta historia larga,
y á poner remedio viene
á todas nuestras desgracias.
Yo he sido el don Gil fingido,
célebre ya por mis calzas,
temido por alma en pena.
(*A don Martin.*)
Por serlo tú de mi alma,
dame esa mano.

DON MARTIN.

Confuso
te la beso, prenda cara,
y agradecido de ver
que cesaron por tu causa
todas mis persecuciones.
La muerte tuve tragada.
Quintana contra mí ha sido.

DOÑA JUANA.

Volvió por mi honor Quintana.

DON MARTIN.

(*A don Diego.*)
Perdonad mi ingratitud,
señor.

DON DIEGO.

Ya padre os enlaza
el cuello, quien enemigo
vuestra muerte procuraba.

DON PEDRO.

Ya nos consta del suceso,
y las confusas marañas
de don Gil, Juana y Elvira.
La herida no ha sido nada
de don Juan.

DON JUAN.

Antes por ver
que ya doña Ines me paga
finezas, tengo salud.

DOÑA INES.

Dueño sois de mí y mi casa.

DON PEDRO.

Don Antonio lo ha de ser
de la hermosa doña Clara.

DOÑA CLARA.

Engañóme como á todos
don Gil de las verdes calzas.

DON ANTONIO.

Yo medro por él mis dichas,
pues vos premiais mi esperanza.

DON DIEGO.

Ya, don Martin, sois mi hijo.

DON MARTIN.

Mi padre que venga falta
para celebrar las bodas.

ESCENA XXIII.

CARAMANCHEL, *lleno de candelillas el sombrero y calzas, vestido de estampas de santos, con un caldero al cuello y un hisopo.*— DICHOS.

CARAMANCHEL.

¿Hay quien rece por el alma
de mi dueño, que penando
está dentro de sus calzas?

DOÑA JUANA.

Caramanchel, ¿estás loco?

CARAMANCHEL.

Conjúrote por las llagas
del hospital de las bubas;
abernuncio, arredro vayas.

DOÑA JUANA.

Necio, que soy tu don Gil:
vivo estoy en cuerpo y alma.
¿No ves que trato con todos,
y que ninguno se espanta?

CARAMANCHEL.

¿Y sois hombre, ó sois muger?

DOÑA JUANA.

Muger soy.

CARAMANCHEL.

Eso bastaba
para enredar treinta mundos.

ESCENA XXIV.

OSORIO.— DICHOS.

OSORIO.

Don Martin, ahora acaba

vuestro padre de apearse.

DON PEDRO.

¿De apearse y no en mi casa?

OSORIO.

Esperando os está en ella.

DON PEDRO.

Vamos, pues, porque se hagan
las bodas de todos tres.

DOÑA JUANA.

Y porque su historia acaba
don Gil de las calzas verdes.

CARAMANCHEL.

Y su comedia con calzas.

EXAMEN

DE

DON GIL DE LAS CALZAS VERDES.

No es facil adivinar qué solucion darian los rígidos preceptistas del siglo pasado, perpetuos defensores de la sencillez en los argumentos dramáticos, al proponerles esta cuestion. La comedia de *Don Gil de las calzas verdes*, como otras de nuestros antiguos poetas, tiene un plan enredoso y complicadísimo; esto no obstante, su representacion les agrada á ustedes, los cautiva y embelesa: ¿por qué, pues, establecen como único medio seguro de agradar que el drama ha de ser sencillo? Esos mismos franceses que les han inspirado á ustedes ese gusto árido que jamás fue ni será español, ¿cuál comedia celebran mas? ¿*el Maligno* de Gresset, ó *el Hipócrita* de Molière? La ventaja que la una lleva á la otra en movimiento, se la lleva asimismo en nombradía y aplausos. *El Misántropo*, aquella tan ponderada obra del Terencio moderno, traducida no infelizmente á nuestro idioma, ¿qué efecto ha producido en los teatros de España? Estos hechos, á los cuales se refieren otros mil análogos, ¿no deben darnos á conocer que las fuentes del placer son varias, y que no se debe desatender el gusto nacional al escribir una composicion del género escénico?

Picard, autor frances, á quien no se puede acusar de eso que ahora llaman heregía literaria ó *romanticismo*, decia en el prólogo de la comedia titulada *El Viage interrumpido*, que no ocurriéndosele para aquella composicion desenlace á su gusto, ideó enmarañar y confundir á los personages de la pieza, medio del cual, en vista del buen resultado que obtuvo, temia haber abusado en sus obras posteriores. Aquí tenemos un escritor que se servia con éxito feliz de la complicacion de incidentes, del enredo y tal vez del embrollo, en la misma escena donde dominaban *Atalía* y *Mérope*. No es raro entonces que *Don*

Gil de las calzas verdes hallase tan buena acogida entre espectadores que vieron con indiferencia aquellas dos obras maestras del clasicismo; y si un dramático frances del siglo XIX abusó de aquel medio cómico, no es maravilla tampoco que abusase de él un español que floreció dos siglos antes.

Muy ingenioso, muy fecundo en situaciones cómicas es el pensamiento de hacer á una dama discreta que disfrazada de varon, y con el nombre que un amante pérfido adoptó para encubrirse, le usurpe el corazon de su dama, le enemiste con ella, con su padre, con su rival, con la justicia, con todo el mundo. A favor de este pensamiento primordial, todo lo demas que hay en la comedia, ya innecesario, ya inverosimil, desaparece del todo. No hacian falta grande ni el personage de doña Clara, ni los caballeros que salen á lo último de la comedia; pero despues de vista, ¿qué espectador habrá tan enemigo de su placer que consintiera en que le quitasen uno de los cuatro Giles rondadores, uno de los enemigos que se juntan contra don Martin para llevarle á la carcel? Aquella superabundancia de accion, aquella prodigalidad, aquel lujo de chiste, es una riqueza que admira, que seduce y no cansa.

Lo que sí cansa es el principio de la comedia. La esposicion es penosa y sin artificio, la preciosísima relacion de Caramanchel, plagada de rasgos satíricos muy felices, es inoportuna. Calderon solia ingerir cuentecillos en sus comedias; pero mas breves y mejor traidos al caso. Moratin habia puesto uno en la *Mogigata* (1), y lo suprimió

---

(1) El lector nos perdonará una cita agena del asunto, en atencion á que para ninguna persona de buen gusto será indiferente un trozo inédito de una comedia de Inarco. Los versos que á continuacion copiamos, pertenecen á la escena segunda del acto tercero de la *Mogigata*, y entran en un razonamiento de don Martin.

Ser moderada,
obediente, calladita;
acudir á lo que mandan
las superioras; tratar
á las otras como hermanas....
Eso sí... no andar en chismes
ni rencillas; nada, nada
de eso; ser muy asistente
á todo aquello que encarga
la regla; ser muy devota,
sin que jamas hagas falta
á tu obligacion por cosas
despreciables y livianas.

porque sabia borrar, y porque escribia para un público menos paciente que el que aplaudia á Sanchez y á Pinedo, á Amarilis y á la Baltasara. Desde la escena tercera, la accion se encamina bien. Doña Ines va al jardin prevenida contra el novio que le proponen; este novio es una muger, y apenas la ha visto la esquiva dama, se enamora perdidamente de ella. En tal coyuntura es cosa divertidísima que la apasionada doña Ines esclame de esta suerte:

Padre de mis ojos,
don Gil no es hombre, es la gracia,
la sal, el donaire, el gusto
que amor en sus cielos guarda;
ya le he visto, ya le quiero,
ya le adoro, ya se agravia
el alma con dilaciones
que martirizan mis ansias.

Y esto ¡delante de quién se dice! Delante del verdadero novio, que al ir á agradecer un favor tan inesperado, se queda mas frio que un hielo cuando de aquellos labios, un momento antes llenos de amorosa dulzura, oye salir entre enojos y desvios las crueles espresiones:

¿Qué es esto? ¿Estais loco?
¡Yo de vos enamorada!
Yo á vos ¿cuándo os ví en mi vida?

La pérdida de las cartas y libranza que enviaba á don

DOÑA CLARA.
¡Ay padre! eso no. ¡Qué horror!
Si estoy atemorizada
de un ejemplo que he leido
muy espantoso.
DON MARTIN.
Dí, vaya,
dí el ejemplo, si te acuerdas.
DOÑA CLARA.
Pues dice que allá en Italia,
en un convento de monjas
(yo no sé si eran Bernardas)
en un pasillo tenian
una cruz de caravaca,
y una monja muy devota,
luego que se levantaba,
iba á hacer tres reverencias
á la cruz, cada mañana.
Una vez dejó de hacerlas,
porque atravesó una gata
con un pedazo de congrio
en la boca; ella irritada,
¡ya se ve! no se acordó
de que allí tal cruz estaba.
Cogió un látigo, y marchó,
las faldas arremangadas,
tras de la gata golosa:
y aquella misma semana
una leguita que habia
de vida muy arreglada,
oyó de noche una voz
que dijo como se hallaba
en duda la salvacion
de la madre sor fulana:
refirióselo á la otra,
la cual viendo la amenaza
del cielo, se arrepintió
de su culpa, y murió santa.

Martin su padre, y que vienen á parar á manos de doña Juana, da lugar á las escenas bellísimas que hay al fin del acto segundo, en que el atribulado galan, despedido por don Pedro, escarnecido y amenazado por su hija, sin dineros, sin novia y sin esperanzas, llega á creer que le persigue un demonio en figura de hombre.

Cuando se llega en el tercer acto á la escena en que pasan revista los Giles, el aturdimiento que esperimenta Caramanchel, se comunica á los oyentes, convertido en alegre delirio; y parece imposible que no rompan á carcajadas hasta los bustos que adornan la escocia del coliseo, al oir la contrita plegaria de don Martin, que dirigiéndose á un hombre muy bien barbado, le ruega

por el malogrado fruto,
ocasion del triste luto
que dió á tu casa el mal parto,
que no aumentes mis desvelos.
Alma, cese tu porfia;
que no entendí yo que habia
en el otro mundo celos.

Por el contrario, dificil es ver sin escándalo en el acto segundo, escena segunda, que doña Ines aconseja á don Juan que mate al don Gil á quien ambos aborrecen. La fria crueldad que allí manifiesta la dama, de nada sirve, no es propia de su caracter, y con nada se justifica.

Los resabios de mal gusto son escasos en ésta comedia; las gracias son innumerables. Citar algunas no ofrece mas dificultad que la de escoger; por esto preferimos dejar al lector que se deleite con todas.

La actriz jubilada, doña Agustina Torres, solia en nuestros dias ejecutar en los teatros de la corte el dificil papel de don Gil: su desempeño era la perfeccion del arte.

EL CELOSO PRUDENTE,

COMEDIA.

PERSONAS.

EL REY DE BOHEMIA.
SIGISMUNDO, *príncipe.*
DON SANCHO, *caballero.*
LISENA, *dama.*
DIANA, *dama.*
LEONORA, *princesa.*
FISBERTO, *viejo.*
ALBERTO, *infante.*
ENRIQUE, *conde.*
GASCON, *lacayo.*
CAROLA, *criada.*
ORELIO, *criado.*
LAURINO, *criado.*
FULCIANO, *criado.*
Acompañamiento.

La escena es en Praga, y en una quinta inmediata.

ACTO PRIMERO.

Jardin de casa de Fisberto.—Es de noche.

ESCENA I.

LISENA. DIANA.

(*Lisena tiene en la una mano un librillo de cera blanca encendido, y en la otra un papel que Diana quiere quitarle.*)

LISENA.

No has de verle.—Sueltalé;
que ya pecas de cansada.—
Mira que le rasgaré.

DIANA.

¿Tú has de encubrirme á mí nada?
Bien lo que me amas se ve.
¡Tú á tal hora en el jardin
sola, con luz y papel,
sin que yo sepa á qué fin?
¿Merece saber mas de él
que yo esta murta y jazmin?
Si de testigos te enojas,
que hablar puedan en tu mengua,
cuando cuentes tus congojas,
yo solo tengo una lengua,
y infinitas estas hojas.
Murmurar las siento aquí
con cualquier aura liviana,
y debe de ser de tí;
porque siendo yo tu hermana,
no te osas fiar de mí.
Lisena, suelta el papel,
ó dime lo que contiene,
y á quien estimas en él.

LISENA.

Ni que lo sepas conviene,
ni una letra has de ver de él.

DIANA.

¿No soy tu hermana mayor?

LISENA.

¿Qué importa aquí el parentesco
donde el secreto es mejor?

DIANA.

Pues que verle no merezco,
venta será del honor;
que por ser de mí estimado
en el estremo que entiendes,
á encubrirle te ha obligado.

LISENA.

Bien sé, hermana, que pretendes
que te diga mi cuidado;
y por eso hablas ansí,
aunque en diverso conceto
estoy acerca de tí;
y pues te guardo el respeto

que tú me pierdes á mí,
ni de esa suerte me trates,
ni por fuerza saber quieras
lo que es.

DIANA.

Cuando te recates
de que sepa tus quimeras,
y encubras tus disparates,
como en cosas del honor
no toquen, no soy curiosa;
mas soy tu hermana mayor:
esta es hora sospechosa,
el papel encubridor
de algun liviano suceso;
la luz señal que procuras
publicar tu poco seso;
(que el yerro que se hace á escuras
alivia á la afrenta el peso)
el sitio no conveniente
para quien profesa honor,
y el riesgo que corre siente;
cabiloso tu temor,
ó al menos impertinente,
pues has dado en recelarte
de mí con tan necio estremo.—
Soy tu sangre, tengo parte
en tu mal, ó bien, y temo
no haya venido á engañarte
quien á tal hora provoca
tus deseos inconstantes;
que una travesura loca
es mal de participantes,
que á todo un linage toca.

LISENA.

En mejor reputacion
esté mi fama contigo.
No sé yo por qué razon
me das antes el castigo,
que mi culpa la ocasion.
Mas pensamientos, si en ellos
se han fundado los enojos
con que intentas ofendellos,

tan altos son, que tus ojos
no han de alcanzar ni aun á vellos.
Si eres mi mayor hermana,
y temes que he de ofenderte,
trátame mejor, Diana;
y si malicias, advierte
que la malicia es villana;
y que aunque en los nacimientos
tu edad mas respetos cobra,
te aventajo en pensamientos,
pues del valor que les sobra
te puedo dar alimentos.
Si aquí á tal hora me ves,
advierte, aunque maliciosa
crédito á quimeras des,
que no hay hora sospechosa,
si la persona no lo es,
y que como no la esmalta
el sol, de los cielos vida,
por si algun temor me asalta,
vengo con luz encendida,
supliendo lo que le falta:
señal que no ha de temerse
cosa indigna de mi ser,
y que de mí ha de creerse,
que aun de noche no sé hacer
cosa que no pueda verse.
Este papel que ha causado
la inquietud que en tí se ve,
aunque le hayas injuriado,
basta que en mi mano esté,
para estar calificado.
Y el sitio, pues yo le piso,
da nuevo ser á su ornato,
y á tus sospechas aviso;
y aunque culpes mi recato,
porque llamarte no quiso,
no importa; que él es discreto,
y yo basto á dar valor,
contra tu rüin conceto,
al sitio, noche, temor,
la luz, papel y el secreto.

DIANA.

¿Pues puédesme tú negar,
que enamorados desvelos
no te han hecho trasnochar?

LISENA.

¿Mas si me pidieses celos?

DIANA.

Bien sabes que no sé amar,
y que hasta agora no ha habido
quien me haya puesto en cuidado.

LISENA.

Ya yo sé que te has querido
alzar con el principado
de la crueldad y el olvido,
y que cuantos quieren bien,
una Anaxarte alemana
en tu severidad ven,
siendo en el nombre Diana,
como en belleza y desden:
y así yo que con temor
ando de ver el estremo
de tu intratable rigor,
huyo de tí porque temo
á quien nunca tuvo amor.

DIANA.

¡Gracias á Dios que he sacado
en limpio esta confusion!
En fin, ¿amor te ha quitado
el sueño, y como ladron,
de noche te ha salteado?
Ya pues los principios sé,
saber puedo lo demas.
¿Quién el venturoso fue,
en cuyo papel estás
deletreando tu fé?
Dime, hermana, la verdad.
Ea....

LISENA.

Háceseme grave
descubrir mi voluntad
á quien, porque amar no sabe,
es de agena facultad.

DIANA.

No tanto, que aunque no adore,
ni tus desvelos imite,
favorezca, escriba, y llore,
ni la prática ejercite,
vuestra teórica ignore.
De amor sé la pasion ciega,
quizá mejor que quien tira
sus gages, y al centro llega
de su esfera; que quien mira
mas alcanza que el que juega.
Conservo mi libertad;
mas no porque no consiento
tu amorosa ceguedad,
eches al entendimiento
culpas de la voluntad.
Acaba: declaraté.

LISENA.

¿Haste de enojar conmigo?

DIANA.

¿Tan baja tu eleccion fue,
que estás temiendo el castigo,
si la prenda que amas sé?

LISENA.

Antes es tan generoso,
que entiendo, en siendo sabida
de tí mi eleccion honrosa,
que me llames atrevida,
y me riñas envidiosa.

DIANA.

¡Válgame Dios! ¿quién será
este hipérbole de amor?
Pára aqueste monte ya.

LISENA.

Si el conde de Peñaflor
fuese el que ocasion me da
de estimarle, ¿qué dirias?

DIANA.

Que á tu sangre corresponde
el amor que en ella crias.

LISENA.

¿Y si fuese mas que el conde?

DIANA.

¿Mas que el conde? Desvarias.

LISENA.

¿Si Enrique de Oberisel,
del rey privado y sobrino,
me escribiese este papel...?
¿No es mas galan? ¿no es mas dino
que el conde?

DIANA.

Es monstruo con él.
La alemana bizarría
se avergüenza en su presencia.
¡Dichosa tú, hermana mia!

LISENA.

Si me amase una escelencia,
en vez de una señoría,
con mas razon te admiraras.

DIANA.

¿Escelencia?

LISENA.

El duque Arnesto
¿no puede, si en él reparas,
amarme con fin honesto?

DIANA.

Señales vas dando claras
que estás loca. Un caballero
es nuestro padre, leal,
de noble sangre y acero,
que tuviera mas caudal,
á querer ser lisongero;
y por no igualar su hacienda
con la altiva inclinacion
que su valor me encomienda,
doy desdeñosa ocasion
á que amor de mí se ofenda;
que á falta de fundamentos
del oro, que no hace caso,
ni admite merecimientos,
por no casar mal, me caso
con mis mismos pensamientos.
Mira tú, siendo mi hermana,
y no con mayor tesoro,

si es la eleccion que haces vana,
cuando amor con flechas de oro
hiere, por lo que en él gana.
Si el duque á amarte se mueve,
tomará á censo tu honor;
mas mira que si se atreve,
no hay noble buen pagador,
ni es príncipe el que no debe.

LISENA.

¿Basta á que de la grandeza
de una escelencia admirar
te dé ocasion la pobreza?
Pues aun mas te has de espantar
cuando me llames alteza.

DIANA.

Anda, necia.

LISENA.

Este retrato
(*Sácale.*)
antes que leas el papel,
diga si verdad te trato.

DIANA.

A Sigismundo veo en él.

LISENA.

Y antes que pase gran rato,
verás el original
de ese gallardo traslado.

DIANA.

En amor tan desigual,
donde el pincel ha firmado,
recelo algun grande mal.
Sigismundo es heredero
de Carlos, rey de Bohemia,
tú hija de un caballero,
á quien la fortuna premia,
mas en sangre que en dinero.
El rey espera á Leonora,
de Hungría infanta, y tan bella,
que hasta la envidia enamora,
para que case con ella
el príncipe que la adora.
Por ella en Belgrado está

su hermano el infante Alberto,
y deben de llegar ya:
pues si el casamiento es cierto
de quien retratos te da,
¿qué puedes tú pretender
de tan desigual amor,
ni qué alteza puede haber
que no derribe tu honor,
no siendo tú su muger?

LISENA.

Satisfágate á esa duda
ese papel, que ya puedes
(*Dásele.*)
ver discreta y guardar muda,
para que segura quedes,
y amor á mi dicha acuda.
Y sin hacer mas espantos,
callando tu discrecion,
advierte en favores tantos
que es carta de obligacion,
pero no con *sepan cuantos*;
que en saberlo pocos creo
que el fin que espero verás,
y de mi honra el empleo.

DIANA.

¡Qué satisfecha que estás!

LISENA.

Veráslo si lês.

DIANA.

Pues leo.

(Lee.) *Mi padre el rey, prenda mia,*
me da esposa, y no sois vos,
como si amor, siendo Dios,
preciase estados de Hungría.
Antes que llegue este dia,
esta noche amor concierta
daros la posesion cierta
que á Leonora os adelanta,
porque en viniendo la infanta,
halle cerrada la puerta.
La mano os tengo de dar,
sin poner mi amor por obra;

que no soy como el que cobra
sin intencion de pagar.
Solo os quiero asegurar
que en honesto amor me fundo,
y que desmintiendo al mundo,
contra el gusto y el poder,
sabe amar sin ofender
á su esposa=Sigismundo.
A tan segura firmeza,
tan nunca visto valor,
tan no esperada grandeza,
¿qué mucho triunfe tu amor
de la mudanza y pobreza?
Solo Sigismundo es
quien nombre puede adquirir
de amante firme y cortés,
que el hacer junta al decir,
y da afrenta al interés.
Ya por él perfeto queda
el amor, á quien obliga
á que estimarse en mas pueda;
que estaba lleno de liga,
como la baja moneda,
y en el fuego del valor
con que su fama acredito,
sabe apartar del amor
la mezcla del apetito,
para acendralle mejor.
A amar tu pobreza vino,
quilatando su decoro;
que amor desnudo y divino,
cuanto está mas limpio de oro,
tanto es mas perfeto y fino.
Injuria, hermana, me has hecho
el tiempo que no me has dado
cuenta de tu honra y provecho.

LISENA.

Aunque amor comunicado
dicen que dilata el pecho,
temo la envidia, Diana,
que te pudiera causar.

DIANA.

No es mi inclinacion villana.

LISENA.

No, mas es propio envidiar
una hermana á la otra hermana.

DIANA.

¿Pues puédeme estar mal, dí,
que en Bohemia el reino goces?

LISENA.

Ya lo ves.

DIANA.

Pues que de mí
lo que te quiero conoces,
deposita desde aquí
secretos dentro la esfera
de mi pecho, que constante,
verte ya reinar quisiera.

LISENA.

Mal sabrás, no siendo amante,
saber servir de tercera.

DIANA.

Todo el ingenio lo alcanza.
Mas dime: ¿qué tanto há
que entre el temor y esperanza,
el príncipe por tí está
dando guerra á la mudanza?

LISENA.

Que me quiere bien, ha un año
me jura, y que yo lo sé,
un mes.

DIANA.

¡Sufrimiento estraño!
¿Y quién el Mercurio fue
de este provechoso engaño?

LISENA.

Harto humilde, te prometo.
Gascon, lacayo de casa,
á falta de otro sugeto,
es arcabuz por quien pasa
nuestro amoroso secreto.
El príncipe le ha pegado
parte de su discrecion

y de él el alma ha fiado.

DIANA.

Tiene buen humor Gascon.

LISENA.

Bien conmigo lo ha mostrado;
pues entre burlas y veras,
introducir ha sabido
en mi pecho estas quimeras.

DIANA.

De ordinario, hermana, han sido
las gracias lindas terceras.
No desecha ripio amor,
que es Dios muy aprovechado,
pues al humilde favor
de un hombre bajo ha obligado
de Sigismundo el valor.

LISENA.

Y tanto, que él solo tiene
de su secreto la llave.
Con él solo á verme viene
de noche; que otro no sabe
la pena que le entretiene.
De manera, que es de dia
de nuestro padre criado,
de los de menor cuantía;
pero de noche privado
del que menosprecia á Hungría.

DIANA.

Milagros del amor son,
que coronas atropella.
¿Y entra otro mas que Gascon
en la danza?

LISENA.

Una doncella,
á quien han dado ocasion
mis desvelos de acecharme,
sabe algo de esto tambien.

DIANA.

No haces, pues, mucho en fiarme
tu pecho, si otros le ven.

LISENA.

No ha bastado el recatarme.

DIANA.

¿Fué Carola la curiosa?

LISENA.

Sí, hermana; mas solo sabe
que de mi pena amorosa
es el dueño un hombre grave,
que me sirve para esposa;
sin que del príncipe tenga
ni sospecha ni noticia,
ni conmigo al jardin venga.

DIANA.

Importa que á la malicia
amor discreto prevenga.
Princesa has de ser, en fin.
¿Y por dónde te entra á hablar?

LISENA.

Llave tiene del jardin.

DIANA.

Seguro puede llegar,
si eres tú su serafin;
y mi padre, estando ausente,
no estorbará tu ventura,
que el cielo, hermana, acreciente.

LISENA.

Mira ¡qué alegre murmura
este jardin, esta fuente!
Pues entre dientes me avisa
que el príncipe viene ya.
¿No ves aumentar su risa?
¿No ves el olor que da
el suelo en que flores pisa?
Pues todas señales son
de que Sigismundo ha entrado.

DIANA.

¡Sabrosa exageracion!

ESCENA II.

SIGISMUNDO *y* GASCON, *como de noche.*—LISENA. DIANA.

SIGISMUNDO.

(*Hablando con Gascon en el fondo.*)
La noche se ha desojado
en ver mis dichas, Gascon.
Ojos son esas estrellas,
con que hecha un argos, pretende
ver mi amor por todas ellas.

GASCON.

Pues luminarias enciende,
tus bodas anuncia en ellas.

SIGISMUNDO.

Agradécele el favor
con que á ayudarme ha venido
vestida de resplandor.
Dila algo.

GASCON.

En mi vida he sido
culto versificador;
mas pues tú lo mandas, vaya.
Zarca antípoda de Febo,
que hecho este jardin Pancaya,
para alumbrarle de nuevo,
bordas de estrellas tu saya;
tú que al amante prometes
favores como al ladron,
y acompañando corchetes,
como si fueras jubon,
estrellas traes por ojetes;
tú que sustentas con ellas
ya el favor y ya el desden,
y mientras brillas centellas,
haciendo el cielo sarten,
sus yemas rubias estrellas;
bien pudiera, pues que vuelas
con tan estrellado bulto,

decirte (y aun lo recelas)
con cierto poeta culto
que estás llena de viruelas,
ó que como eres curiosa,
entre el resplandor hechizo
nos muestras la cara hermosa
con tanto lunar postizo,
que ya pecas de pecosa.
Pero solo digo, en fin,
que mas bella que otras noches,
vienes hoy á este jardin,
llena de dorados broches
desde el copete al chapin,
y que de los cielos bellos
donde es bien que te rotules,
pudieras, á sufrirlo ellos,
por lo que tienen de azules,
cortar cambray para cuellos.

SIGISMUNDO.

Anda, necio.

GASCON.

Al uso es esto.

LISENA.

¡Ay Diana! vesle allí.

DIANA.

Despejarte quiero el puesto
hasta que sepa de tí
que soy de amor tan honesto
medianera.

LISENA.

La luz mato.
(*La apaga.*)

DIANA.

Haces bien: aquí te espero;
que siempre es cuerdo el recato.

LISENA.

¿Y el papel?

DIANA.

Guardarle quiero,
envuelto en él el retrato.

(*Échase Diana en la manga el retrato y el papel, y apártase á un lado.*)

LISENA.

¡Príncipe!

SIGISMUNDO.

Lisena mia,
ya es medio dia, ya en verte
se ausentó la noche fria.

GASCON.

Veremos de aquesa suerte
estrellas al medio dia.

SIGISMUNDO.

Recelos húngaros son
los que el deseo apresuran,
pues para satisfaccion
del amor que en tí aseguran,
te entregan su posesion.
Dicen que viene la infanta
á injuriar merecimientos,
mi bien, de hermosura tanta;
y para que impedimentos,
con que amor niño se espanta,
mi dicha no hagan dudosa,
mi esperanza determina,
Lisena del alma, hermosa,
que esta noche sea madrina,
y tú mi adorada esposa.

LISENA.

El crédito has restaurado,
príncipe, que en los señores,
por no pagar se ha quebrado;
pues siendo todos deudores,
tú pagas adelantado.
No estados podré ofrecerte
cual la infanta, Sigismundo,
aunque mi amor es de suerte,
que tiene cual mar profundo,
infinitos en quererte.
Rey serás desde este dia
de un alma humilde que adora
tu amorosa cortesía,
puesto que envidio en Leonora,
no el amarte, sino á Hungría.
Mas ya que en estados reales

mas ilustre la haga Dios,
consolaráuse mis males
en que, á lo menos, las dos
somos en almas iguales.
Y en esto mi dicha fundo,
mas que ella en su real blason,
pues siendo de Sigismundo,
estimo en mas tu eleccion,
que las coronas del mundo.

SIGISMUNDO.

Paguen esa fé, Lisena,
mis brazos, de amor tuson.
Noche alegre, quinta amena,
si porque mis bodas son
sin testigos, os dan pena,
padrino el silencio sea;
estos cuadros, reales salas,
que himeneo alegre vea;
las flores, telas y galas,
que teja y vista Amaltea;
mis deseos, convidados;
músicos, aquestas fuentes
y arroyos de amor templados,
que den tono á sus corrientes,
y hagan fugas por los prados;
vos, jazmin, murta, arrayan,
aromas que al aura pura
fragancia en sus flores dan....

GASCON.

Y yo vendré á ser el cura,
ó al menos el sacristan.—
Deja el arroyo templado,
el arrayan, murta y flor,
viento, fuente, jardin, prado,
(que has de darle cuenta á amor
de este tiempo mal gastado)
y empieza tus aventuras;
que si amor anda con venda
en fábulas y pinturas,
es porque siempre encomienda
al amante que obre á escuras.
Estas violetas que ves,

su tálamo os pueden dar,
si agora alfombra á tus pies.
Solos os quiero dejar;
que al tronco de aquel ciprés
me espera un sueño liviano,
y darle dos filos quiero.
Tahur es amor tirano,
y este jardin tablajero;
jugad los dos mano á mano,
y tiraos como enemigos
los restos; que yo os prometo
que estais picados, amigos.
(*Apártase.*)

SIGISMUNDO.

Al amor llamó un discreto,
escritura sin testigos.
No hace su honesta lucha
de anfiteatros caso
donde mira gente mucha.
Dadme pues....

LISENA.

Príncipe, paso;
que hay aquí quien os escucha.
No solo os imagineis;
que mi ventura ha traido
un testigo que estimeis,
y á sello agora ha venido
de la merced que me haceis.
Diana fue salteadora
de los secretos de amor,
y aunque sus leyes ignora,
ensalza vuestro valor,
y vuestra grandeza adora.
Dalda licencia que os hable.

SIGISMUNDO.

Gracias le debe este gusto,
por ella comunicable.

LISENA.

A mi amor honesto y justo,
el cielo se muestra afable,
pues todos le favorecen.—
Hermana, el príncipe os llama. (*Llega Diana.*)

DIANA.

Tantas mercedes me ofrecen
con que ensalce vuestra fama
las glorias que os engrandecen,
gran señor, que puesta en duda,
para no haceros agravio,
cuando á alabaros acuda,
podré decir con un sabio,
que la copia me hizo muda.
Que como la admiracion
es del silencio señal,
me ha causado confusion
el ver que un sugeto real,
digno de veneracion,
cual vuestra alteza, se agrada
de ensalzar nuestra bajeza;
aunque no ignoro espantada
ser propio de la grandeza
el dar ser á lo que es nada.

SIGISMUNDO.

Vos lo habeis dicho tan bien,
que á pesar de la opinion
que culpa vuestro desden,
la hermosura y discrecion
hermanarse en vos se ven.
Estimad vuestra ventura;
que porque os lleveis la palma,
quiere que rindais segura
con la discrecion el alma,
los ojos con la hermosura.
Y no reinos, ni riqueza
creais que son el tesoro,
Diana, de mas grandeza:
los diamantes, plata y oro,
se crian en la aspereza
de una infrutífera sierra;
las perlas que el mundo estima,
una concha las encierra;
la púrpura que sublima
la vanidad de la tierra,
es sangre de un vil pescado;
las piedras que el sol congela,

un monte las ha criado;
las sedas de tanta tela,
que dan soberbia al brocado,
un gusanillo pequeño
las hila de sus entrañas;
(sacad su valor del dueño)
las monarquías estrañas;
que la ambicion funda en sueño,
tal vez dan blasones reales
á un bárbaro sin razon;
mas no dotes naturales
de hermosura y discrecion,
porque esos son celestiales.
Y pues esto os engrandece,
dejad la admiracion ya;
que mi eleccion apetece
en mas lo que el cielo da,
que lo que la tierra ofrece.

ESCENA III.

CAROLA.— DICHOS.

CAROLA, *para sí.*
¡Válgame Dios por señora,
por amor, y por jardin!
Desde que el sol el mar dora,
hasta que con su carmin
sale el alba á ser pintora,
¿desvelada y quimerista
enjardinada has de estar?
No hay quien al sueño resista,
y ya de puro velar,
se me entorpece la vista.
Divorcio hace con la cama
Lisena, y da en jardinera,
y con ser de un galan dama,
y haberme hecho su tercera,
sé que adora, y no á quien ama.
Pues procúrese guardar

de mí; que siendo muger,
bien pudiera adivinar
que rebiento por saber,
y en sabiendo, por hablar.
Escucharélos de aquí.

GASCON.

(*Aparte.* Carola es esta: tentalla
quiero.) ¡Ah mi reina!

CAROLA.

¡Ay de mí!
¿Quién es?

GASCON.

Quien por adoralla,
vive en ella y no está en sí.
Tierna comunicacion
á su señora entretiene
aquí: ¿habrá conversacion?

CAROLA.

¿Luego él con su amante viene?

GASCON.

Vengo por su motilon,
y por servidor leal
de esa cara.

CAROLA.

Apartesé;
que ese nombre huele mal.

GASCON.

Es de noche, y me vacié.

CAROLA.

Diga *agua va*, pesia tal,
y hable mas limpio, si intenta
que no me vaya.

GASCON.

Yo busco
una trucha con pimienta,
una viña con rebusco,
y una huéspeda sin cuenta.

CAROLA.

Pues yo, hermano, no pretendo
á quien busca gangas muchas,
y que me pesque defiendo,
porque no se cogen truchas....

Ya lo entiende.

GASCON.

Ya lo entiendo.

CAROLA.

Si rebusco busca en viña,
no hay en mí que rebuscar;
que estoy en cierne, y soy niña,
y en agraz por madurar.

GASCON, *aparte.*

Si lo jura su basquiña.

CAROLA.

Huéspeda soy; mas si intenta,
cuando disgustos despueblo,
comer, irse, y no hacer cuenta,
pique; que cerca está el pueblo,
y no hay posada en la venta.

GASCON.

Discretaza eres: ser quiero
perdigon de tu reclamo.

CAROLA.

¿Quiero, dijo? ¡Ay qué grosero!
Sepamos quién es su amo,
y quién es él; que me muero
de este antojo, y podrá ser,
que algun monipodio hagamos.

GASCON.

Vaya, pues has de saber....

CAROLA.

¿Tan presto nos tuteamos?

GASCON.

Soy hombre, y eres muger.

CAROLA.

¿Quién son los dos? Que recelo
que nos quieren dar papilla.

GASCON.

Caballeros, vive el cielo,
sino que este lo es de silla,
y yo caballero en pelo.
A medias gano salario
de dos amos por su turno,
á quien sirvo de ordinario,
de adelantado al diurno,

y á esotro de secretario.
Causaráte maravilla
este modo de servir;
pues advierte que en Castilla
por mí se vino á decir
lo que de aquella seguidilla.

Dime qué señas tiene,
niña, tu hombre.—
Lacayito de dia,
bufon de noche.

CAROLA.

Tan en ayuno me quedo
de saber quién es, como antes.
¿Quién es su señor?

GASCON.

No puedo
decillo; que en los amantes
el secreto quita el miedo;
mas si me das un favor,
todo lo desbucharé.

CAROLA.

¿Qué quiere?

GASCON.

¿No hay cinta ó flor,
guante de la mano ó pie,
y otros diges del amor?

CAROLA.

Diérale yo este liston;
mas pediráme el que trato
cuenta de él, y con razon.

GASCON.

Lo contado come el gato.
¿Es el dichoso Gascon?

CAROLA.

¿Gascon? ¡Gentil desatino!
¿Yo amores con un gavacho
que á casa en *puribus* vino?

GASCON.

¿En *puribus*?

CAROLA.

Es borracho,
y anda en cueros como el vino;

mas cúmplame aqueste antojo,
(*Dásele.*)
y hele aquí.

GASCON.

Venga el liston;
que ya de celos me enojo.
¿Ha de olvidar á Gascon,
y escogerme á mí?

CAROLA.

Sí escojo.

GASCON.

¿Olvidarále?

CAROLA.

¡Jesú!
Dale ya por olvidado.

GASCON.

¿No es monazo?

CAROLA.

De Tolú.

GASCON.

¿No es un puerco?

CAROLA.

Socarrado.
¿Qué falta?

GASCON.

Escupille.

CAROLA.

(*Escupe.*)
¡Puh!

GASCON.

(*Aparte.* La mitad de tu apellido
escupiste.) Digo, pues,
ya que obligarme has querido,
que este caballero es....

CAROLA.

¡Ay Dios!

GASCON.

¿Qué sientes?

CAROLA.

Rüido.
(*Llegando á las damas.*)
Lisena, señora mia,

tu padre en casa.

LISENA.

¡Ay de mí!

SIGISMUNDO.

¿El pesar tras la alegria?

DIANA.

Vete, gran señor, de aquí.

GASCON, *aparte.*

La fiesta se queda fria.

SIGISMUNDO.

Ya, mi bien, que sois mi esposa,
no temo siniestro fin.
A Dios, mi Diana hermosa.

LISENA.

La puerta está del jardin
abierta.

(*Vase Sigismundo.*)

GASCON.

Pues es forzosa
la amistad que hemos trabado,
¿cómo te llamas?

CAROLA.

Carola.

GASCON.

Dolor de tripas me has dado;
mas por esa causa sola
traeré el cuello es-carolado. (*Vase.*)

ESCENA IV.

FISBERTO. ORELIO, *con una hacha encendida.*—LISENA. DIANA. CAROLA.

FISBERTO.

(*Hablando aparte con Orelio.*)
¿Hombre dices que salió
del jardin?

ORELIO.

¿No ves abierta
la puerta?

FISBERTO.

Y con ella abrió
sospecha á mi agravio cierta
quien en él de noche entró.
Alumbra. ¿Quién está aquí?

LISENA.

¡Oh señor! seas bien venido.

FISBERTO.

Vine, y ví; mas no vencí,
pues miro el honor perdido
que industrioso conseguí.
¿Qué haceis las dos á tal hora
y en tal sitio?

LISENA.

Es el calor
del sueño enemigo agora,
y huyendo de su rigor,
pedimos alivio á Flora.

FISBERTO.

¿Y abrístele, para echalle,
la puerta?

DIANA.

Lugar seguro
es el jardin, sin cerralle,
pues sale el postigo al muro,
y no á la plaza y la calle.
Deja agora, señor, eso,
y dinos si traes salud.

FISBERTO.

Que lo imaginé confieso;
mas la falta de virtud
quitan la salud y el seso.
La que yo tenia era cierta;
pero tan mal me ha tratado
quien darme muerte concierta,
que el honor me ha registrado
el cierzo de aquella puerta.
¿Qué hombre fue el que salió
por ella agora?

DIANA.

¿Qué dices?

LISENA.

¿Hombre aquí?

FISBERTO.

Direis que no;
pero lo que tú desdices,
colijo en la cara yo.

DIANA.

Si no volviera por mí,
la opinion que de intratable
en el mundo conseguí,
temiera algun mal notable
de ver que me hables ansí.
¿Sabes que Bohemia sabe
en lo que mi honor se precia,
sin que de humanarse acabe,
y que en opinion de necia
estoy por honesta y grave?
Pues ¿qué sospechoso humor
quitarme intenta este nombre,
sin estima de mi honor?
La sombra no mas de un hombre
suele causarme temor.
Mi hermana, ya es cosa cierta
lo que su fama procura.
No culpes jardin ni puerta.

FISBERTO.

Sin puerta aun no está segura
la honra en muger y huerta,
cuanto y mas haciendo prueba,
abriéndola, del rigor
con que un viento se la lleva;
que á Adan le quitó el honor
estando en un jardin Eva.
Estais en jardin, y crece
el deseo, y cuando vaya
al natural que apetece,
podreis decir que bien haya
quien á los suyos parece.
Carola, dí la verdad.
¿Quién era el que estaba aquí?

CAROLA.

Yo, señor....

FISBERTO.

(*Saca la daga.*)
De mi crueldad
entenderás....

CAROLA.

¡Ay de mí!
Uno de la vecindad
buscaba (aquesto es sin duda)
de parte de la comadre....
Deja la daga desnuda....—
Para cierto mal de madre,
unos cogollos de ruda.

FISBERTO.

Vive el cielo, que ha de ser
hoy sepulcro este jardin,
vuestro, ó tengo de saber
qué hombre, ó para qué fin
acabais de hablar y ver.

DIANA.

Ya no se puede esperar
tanta afrenta y vituperio.
¿Eso se ha de imaginar
de mí? Iréme á un monasterio,
y podráste asegurar.

FISBERTO.

¡Ah muger, al fin ligera!

DIANA.

Por no serte inobediente,
me voy.

FISBERTO.

(*Hace que se va, y tiénela Fisberto de la manga donde escondió el papel.*)
¿Dirás que es quimera
lo que yo he visto? Detente.
¿Qué papel es este? Espera.
(*Sácale el papel y el retrato.*)

DIANA.

¿Es nuevo traer papeles
en la manga una muger?

FISBERTO.

¿Cuándo tú traerlos sueles?
¡Bueno! ¿Estudios vengo á ver

de plumas y de pinceles?

(*Lee.*)

Regalado está el papel,
y el príncipe en su retrato
se muestra amoroso y fiel.
¿Eres tú la del recato,
la desdeñosa y crüel?
¡Creyendo á un príncipe estás,
que mañana ha de casarse!
¡Bien tu sangre honrando vas!
¿Papeles que han de rasgarse
cobras, cuando tu honra das?
¿Es mas aquesta pintura
de un papel en que trabaja
el engaño, pues procura
la deshonra en su baraja
darte un rey solo en figura?
Dá crédito á firmas fieles,
funda en ella tus cuidados,
sabrás, cuando mas receles,
que á mugeres y soldados
paga un príncipe en papeles.
¿Eres tú la recatada?

LISENA, *aparte.*

Ya lloro de mi secreto,
la dicha desbaratada.

DIANA.

(*Aparte á Lisena.*)

Por sacarte de este aprieto,
tengo de ser la culpada.

FISBERTO.

¿Y tú, Lisena, á terciar
en mi afrenta te enseñaste?
¡Bien te sabes estimar!

LISENA.

Al punto que aquí llegaste,
acababa yo de entrar,
y el hombre que salir viste,
de mí debió de irse huyendo,
al tiempo que tu veniste;
mas de aquí saco y entiendo
que en un engaño consiste

cualquier vana hipocresía.
Ya sabemos á qué fin
se echaba á dormir de dia:
por velar en el jardin
cada noche.

DIANA.

¡Hermana mia...!

LISENA.

Creyó subir á lo sumo
de la real autoridad,
y de aquí á lo que presumo,
crecen de su vanidad
los humos, que al fin son humo.
Dí, necia, ¿locura tanta
te hizo desvanecer
por un papel, que te encanta?
Por cierto ¡hermosa muger
para hacer punta á una infanta!
Si mi padre ha de tomar
venganza, y me cree á mí,
á tí te habia de quemar,
y al retrato, porque así
reineis los dos á la par.
Será un hecho sin segundo,
si en pago de tu corona,
os viese quemar el mundo,
á tí por loca en persona,
y en retrato á Sigismundo.
¡En gentil reina habia puesto
Bohemia su monarquía!
Castígala, señor, presto.
(*A ella aparte.*)
Perdóname, hermana mia,
que me va la vida en esto.
(*Vanse Lisena y Carola.*)

ESCENA V.

DIANA. FISBERTO. ORELIO.

FISBERTO.

Quien loca imposibles prueba,
y á subir se desvanece
á donde el viento la lleva,
cuando caiga, bien merece
que cualquiera se la atreva.
De ese retrato te asombra,
si á cobrar tu seso vienes,
pues si su esposa te nombra,
y en sombra al príncipe tienes,
princesa serás en sombra.
Y mientras yo voy á hablar
al rey y á poner cordura
á quien te viene á burlar,
descarta aquesa figura,
y tu honor podrás ganar.
(*Vanse Fisberto y Orelio.*)

ESCENA VI.

DIANA.

¡Gentil fraterna me han dado!
Basta, que llevo la pena
de lo que nunca he pecado;
mas como reine Lisena,
yo lo doy por bien empleado.
Con este enredo codicio
darle á amor su posesion:
pues de tercera es mi oficio,
seré amante en opinion,
pues no puedo en ejercicio. (*Vase.*)

Salon de palacio.

ESCENA VII.

EL REY. ALBERTO.

ALBERTO.

Una jornada, gran señor, de Praga
queda Leonora, infanta, donde espera
el pálio real, que en parte satisfaga
la ausencia de su patria, en ella fiera.
Si amor servicios de este modo paga,
y el príncipe la dicha considera
que los cielos le ofrecen con Leonora,
no á la infanta de Hungría, al sol adora.
Disimula prudente la tristeza
que á pesar de su industria, por los ojos
no agravia, antes aumenta su belleza;
que suelen ser afeite los enojos:
causarálos mudar naturaleza,
si ya no es que acierten los antojos
de quien afirma mas que fuera justo
que se casa la infanta á su disgusto.
Tibio tambien á Sigismundo advierto
en estas bodas: poco se disfraza.
Al camino creimos que encubierto
saliera á ver la infanta, y que la caza
su amor coloreára; mas lo cierto
es que en otros empleos se embaraza
voluntad que á tal tiempo es tan remisa,
si amor á los principios todo es prisa.

REY.

Pues bien; ¿qué me querrás decir por eso?

ALBERTO.

¡Ay rey! ¡ay padre! si el principio mio
tu sangre fue, y es cierto que intereso
de ella el amor, por quien vivir confio;

si aquesta mano que obediente beso,
por afrentar larguezas de Darío,
con que al monarca Macedon escedes,
se llama mano por manar mercedes;
ansí al bohemio reino jamás falte
tu vista venerable; ansí preserve
el tiempo tu vejez, sin que le asalte
decrépito rigor que en tí reserve;
ansí la eternidad su trono esmalte
en esa plata, donde se conserve
una vida inmortal, sin que venganza
des jamás al olvido, y la mudanza;
que el reino del amor no tiranices,
ni voluntades con violencia enlaces;
que no la fuerza doma las cervices
del tálamo himeneo que deshaces:
cuando campos de plata esterilices,
que entre los lazos de amorosas paces,
hijos producen con que eterno queda,
no habrá quien en los reinos te suceda.
Yo, padre caro, que á Leonora adoro,
y en sus ojos recíprocos colijo
correspondiente gusto, en lazos de oro
de sus cabellos mi prision elijo.
Sigismundo no la ama; si el decoro
de mi vida te mueve, el ser tu hijo,
y no me quieres presto llorar muerto,
agrada á Sigismundo, obliga á Alberto.
Accion tengo á Sajonia: en su conquista
feliz, asiste el español don Sancho;
ya dicen que ha rendido á escala vista
las poblaciones de su término ancho;
y como tu rigor no lo resista,
si con Hungría su ducado ensancho,
la fama vencerás de tus mayores,
y dejarás dos reyes sucesores.

REY.

No merece respuesta quien no estima
palabras reales que respeta el mundo:
tu necio amor sus ímpetus reprima,
sin culpar el que tiene Sigismundo;
que ni Leonora el suyo desestima,

ni tú, que en nacimiento eres segundo,
cuando en Sajonia por su duque quedes,
es justo que como él, un reino heredes.

ALBERTO.

Pues, vive el cielo....

REY.

Loco, ¿qué es aquesto?

ALBERTO.

Que si á otro que á mí su esposo llama....

REY.

¡Tú conmigo atrevido y descompuesto!
¡Hola! ¿No hay gente aquí?

ALBERTO.

Que en viva llama
á Roma ha de imitar tu corte presto,
y yo á Neron, que á la tarpeya fama
pondré en olvido. (*Vase.*)

REY.

¿No hay quien lleve preso
este desatinado, este sin seso?

ESCENA VIII.

FISBERTO. — EL REY.

FISBERTO.

Vuestra magestad se sirva
de oirme aparte un secreto,
y esta prisa no le espante,
porque la pide el remedio.

REY.

Si no es de tanta importancia,
despues me hablareis, Fisberto.

FISBERTO.

Vaos en ello, gran señor,
el gusto, y la paz del reino.

REY.

¡La paz del reino y mi gusto!
¿Qué será? ¡Válgame el cielo!
Llegaos aquí, y escusad

preámbulos y rodeos.

FISBERTO.

La noticia que de mí
os dieron mozo mis hechos,
gran señor, aunque olvidada,
no del todo se habrá muerto.
De ella habreis ya colegido
la lealtad con que os sirvieron
mis nobles progenitores,
imitándolos yo en esto.
Testigo el pobre caudal
con que su opinion sustento;
que privar y salir pobre,
limpio nombre da, aunque nuevo.
Hánme quedado dos hijas,
con cuya vista consuelo
servicios no bien pagados,
sino es en merecimientos.

REY.

Querreis, Fisberto, pedirme
sus dotes: yo os los concedo.
¿Es este el caso importante?

FISBERTO.

No dotes, señor, pretendo;
que los de naturaleza
tienen, y los que las dieron
sus nobles antepasados,
que son los que estimo y precio.
Bástales ser hijas mias;
que si nobles casamientos
mi vejez apeteciera,
no viniera á lo que vengo,
ni algun príncipe faltara,
que llamándose mi yerno,
ensalzara prendas mias
hasta su trono supremo.—
Diana, que es la mayor,
y en los altos pensamientos
mi natural semejanza,
tan sublimes los ha puesto,
que el príncipe Sigismundo
es, gran señor, por lo menos,

el blanco de su esperanza,
y de su amor el sugeto.

REY.

No será la primer loca,
que dando en esos estremos,
con príncipe bodas finja,
y pare su tema en reinos.
¿Qué quieres decirme mas?

FISBERTO.

Por locura pasara esto,
si el príncipe, gran señor,
no hubiera sido el primero,
que á pesar de inconvenientes,
menospreciando conciertos,
que con la infanta Leonora
por él en Hungría has hecho,
persuadiera la entereza
de Diana al fin honesto
con que la iglesia permite
vivir un alma en dos cuerpos.

REY.

¡Sigismundo con Diana!

FISBERTO.

Esta es verdad.

REY.

Anda, necio;
ya sé que se ha concertado
contigo el infante Alberto
para que me persüadas
que el príncipe, aborreciendo
á Leonora, pronostica
infeliz su casamiento.

FISBERTO.

De mi hacienda vine anoche,
hallé mi jardin abierto,
ví salir un hombre de él,
y estar mis dos hijas dentro.
Sospechas averigué,
que en este papel perdieron
el nombre, pues ya no son
sospechas indicios ciertos.

(*Dale el papel y el retrato, y mírale el rey.*)

Lèle, y mira este retrato;
y si tomas mi consejo,
no con alborotos hagas
agravio al sabio silencio;
que yo casaré á Diana,
buscando algun caballero
igual á su sangre y dote,
con la brevedad que veo
que para este caso importa;
y puesto este impedimento,
volverá el príncipe en sí,
será de la infanta dueño,
y yo quedaré premiado
con que sepan que he antepuesto
la lealtad á una corona
que me daba reyes nietos.

REY.

Fisberto, si yo supiera
el valor que en ese pecho
atesora tu lealtad,
tú ocuparas otro puesto;
mas yo enmendaré descuidos.
Tomar quiero tu consejo,
sin que, cual dices, enojos
publiquen lo que es secreto.
Bien me parece que cases
á Diana, y que sea luego;
que en el peligro presente
es el mas árduo remedio.
Pero ha de ser de mi mano
el esposo; que ya quiero,
aunque tarde, comenzar
á pagar lo que te debo.
Don Sancho de Urrea merece (1),
por noble, pues descendieron
de los reyes de Aragon
los que á su casa ser dieron;
por valeroso, cual muestra

---

(1) *Merecer* es aquí verbo intransitivo, en la significacion de *ser digno de aprecio*, de *tener mérito*.

Sajonia, por cuyos hechos
rendida me reconoce;
por su noble entendimiento,
y por su edad, no liviana,
como en los años primeros,
cuya mudable inquietud
mil mal casados ha hecho,
sino en madurez viril,
que los gustos himeneos,
para que duren felices,
tasa sabio, y goza cuerdo:
y en fin porque yo le estimo,
y dalle estados pretendo,
que el ambicioso murmure,
y no indignen al discreto.
Me parece que será
merecido y justo empleo
de tu lealtad y mi gusto.

FISBERTO.

Agradecido te beso,
gran señor, tus pies reales;
que á medida del deseo,
dueño á mi casa has cortado.

ESCENA IX.

SIGISMUNDO. ALBERTO. GASCON.—EL REY. FISBERTO.

SIGISMUNDO.

(*Habla aparte con su hermano y con Gascon.*)
Los brazos te diera, Alberto,
á no estar mi padre aquí,
por ver que en la infanta has puesto
los ojos, y amando estorbas
este odioso casamiento.
De mi parte está seguro;
porque al paso la aborrezco,
que en otra parte idolatro.

GASCON.

Príncipe, ¿no ves aquello?

Retrato, viejo, y papel
te acusan.

SIGISMUNDO.

Ya sé el enredo,
Gascon, que en ayuda mia
anoche hicieron los cielos.
La sospechosa es Diana,
de mi amor, y por lo menos,
Lisena estará segura.

GASCON.

Amor todo es embelecos.

REY.

Príncipe.

SIGISMUNDO.

Señor.

REY.

¿Qué aguardas,
si está tu esposa en mis reinos,
y una jornada de aquí,
que á vella no vas?

SIGISMUNDO.

Sospecho....

REY.

No hay que sospechar: al punto
parte, y quítala recelos;
que tu descuido habrá dado
materia á su llanto y celos.

SIGISMUNDO.

(*Aparte á Alberto.*)
¿Qué responderé?

ALBERTO.

(*Aparte á Sigismundo.*)
Que vas
á verla, y juntos podremos,
contra caducos enojos,
entablar nuestros sucesos.

REY.

¿No partes?

SIGISMUNDO.

Ya, señor, parto.

REY.

Fisberto, venid; que tengo

que deciros muchas cosas
concernientes al bien vuestro.

(*Vanse el rey y Fisberto.*)

SIGISMUNDO.

Quédate, Gascon.

GASCON.

De dia
soy vigilia de este viejo,
pues siempre le voy delante.

SIGISMUNDO.

¿Y de noche?

GASCON.

Tu linterno. (*Vase.*)

SIGISMUNDO.

Partamos, pues; que Leonora
y Hungría serán de Alberto,
ó no seré Sigismundo.

ALBERTO.

Pon en mi cara dos hierros.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

EL REY. SIGISMUNDO. ALBERTO. DIANA *y* DON SANCHO, *de novios*. LISENA. FISBERTO. GASCON.

REY.

No poco contento estoy,
noble Sancho, bella Diana,
pues la hermosura alemana
al valor de España doy;
que de tan justos amores,
de tal marido y muger,
me prometo han de nacer
valerosos sucesores,
que honrar mi reino procuren,
y en la venidera edad
tengan en pie la lealtad,
y esta corona aseguren.
Y pues de la parte vuestra
ya está cumplido mi gusto,
de la mia será justo
que dé mi largueza muestra
de que soy buen pagador.
Sancho, servicios os debo,
dignos que al estado nuevo
que gozais, haga favor.
A Sajonia me habeis dado:
en ella el condado os doy
de Alba Real.

DON SANCHO.

Por tí estoy
á un tiempo rico y casado,
gran señor: á renacer
vuelvo de nuevo á esas plantas,

pues mi pequeñez levantas,
y das á mi dicha ser.
Bien conozco cuánto agravio
hace á mi bella consorte
el cielo, y que en esta corte
esposo mas mozo y sabio
correspondiera á su edad;
(que amor que las almas mide,
como en las costumbres, pide
en años conformidad)
y en tálamo juvenil
gozaran justos amores;
que no vienen bien las flores
del amor, sino en su abril.
Yo que del estío paso,
y ya al otoño me allego,
aunque al amoroso fuego
de esta belleza me abraso,
por mas que la adoro tierno,
temo, aunque el alma la doy,
ver que en el otoño estoy,
y á las puertas de mi invierno.
Mas pues vuestra magestad
por cuenta suya ha tomado
el darme esposa y estado,
y ella, aunque en tan tierna edad,
por esos estorbos pasa,
tengo por cierto, y es justo,
que reducirá su gusto
al gusto de quien nos casa.

FISBERTO.

Diana, conde, es discreta,
y conmigo ha consultado
cuán bien dice con su estado
vuestra edad sábia y discreta.
Yo responderé por ella
á vuestra escusada duda;
que en tal accion, el ser muda
hace á la novia mas bella.
En la juventud ha hecho
el amor prueba infalible
de que es mas apetecible;

mas no de tanto provecho
como la viril edad,
medio entre estremos viciosos;
pues si campos viste hermosos
la joven amenidad
del verano, y da en tributo
las flores, que un aire seca,
el otoño cuerdo trueca
sus flores en fértil fruto,
que á Ceres y á Baco alegre,
sin que la vejez le espante;
porque á un otoño abundante,
se sigue un invierno alegre.
Y así en el símil que toco,
Diana, que es de este acuerdo,
os ama por moral cuerdo,
mas que por almendro loco.

DIANA.

Habló mi padre por mí,
como mi padre en efeto.
En su gusto comprometo
todo el del alma que os dí,
rindiendo al rey mi señor
las gracias de haberme honrado;
que de tal mano, tal dado,
tal premio, de tal valor.

REY.

Pues aun no os he dado á vos
ninguna cosa, condesa.

DIANA.

Lo que mi esposo interesa,
es, gran señor, de los dos.

REY.

No: razon es que por él
las arras pague; y ansí
os llamareis desde aquí
duquesa de Florabel.

(*Llegan á besar la mano al rey, don Sancho, Diana, Fisberto y Lisena.*)

FISBERTO.

Dénos vuestra magestad
los pies.

REY.

Lisena, ¿tambien
llegais vos? Pero haceis bien.
¿Mercedes quereis? Alzad;
que de Mons la baronía
para dote vuestro os doy.

LISENA.

A Alejandro escedes hoy.

SIGISMUNDO.

(*Aparte á Lisena.*)
¡Ay prenda del alma mia!
¡Con qué venturoso engaño
de mi padre se rie amor!
Estorbos pone el temor
en mi provecho y su daño.
¡Casando á Diana, entiende
que lo he de estar con Leonora!
Que eres tú mi esposa ignora,
y creyendo que me ofende,
no sabe que me asegura
cuando baronías te dé,
y que yo el varon seré
que he de gozar tu hermosura.

REY.

¿Cómo, príncipe, no dais
á don Sancho el parabien,
si de su aumento y su bien,
como es razon, os holgais?

SIGISMUNDO.

(*Aparte.* Fingirme sentido quiero
de que Diana se case,
para que adelante pase
el engaño de que espero
conseguir mi alegre intento.)
Vuestra magestad le ha dado
por todos.... aunque escusado
fuera aqueste casamiento.

REY.

¿Por qué ocasion?

SIGISMUNDO.

Yo la sé,
y aunque por no alborotalle

en esta ocasion, la calle,
algun dia la diré.

DON SANCHO.

No quiera Dios, gran señor,
que si esto no corresponde
á vuestro gusto....

SIGISMUNDO.

Andad, conde.

DON SANCHO.

¿Qué causa á tal disfavor
he dado yo?

SIGISMUNDO.

Bueno fuera
darme cuenta á mí, si es ley
que á vuestro príncipe....

DON SANCHO.

El rey
nuestro señor....

SIGISMUNDO.

Bien pudiera
el rey mi padre....

REY.

¿Qué es esto?

SIGISMUNDO.

Sentimientos justos son.

GASCON, *aparte.*

¡Oh príncipe socarron!
¡Miren qué mustio se ha puesto!

REY.

¿No basta ser gusto mio?

SIGISMUNDO.

Basta y sobra; pero....

REY.

Andad,
y á su casa acompañad
los novios, infante.—El brio,
príncipe, que os descompone,
ya yo sé de dónde nace.
Quien tan mala eleccion hace,
y á riesgo palabras pone
de su padre y rey, merece....

SIGISMUNDO.

¿Puédesme dar mas castigo
que el que ahora usas conmigo?

REY.

Paso.

SIGISMUNDO.

Si intentas....

REY.

¡Parece
que los daños que prevengo,
te dan causa de atreverte!
Pues si eres príncipe, advierte
que otros hijos sin tí tengo
que me sucedan despues,
y que sabré á alguna alteza,
cortándole la cabeza,
humillarla hasta mis pies. (*Vase.*)

ESCENA II.

SIGISMUNDO. ALBERTO. DON SANCHO. DIANA. LISENA. FISBERTO. GASCON.

SIGISMUNDO.

Eres padre; no há lugar
á que contra tí me ofenda.
(*Al irse Sigismundo, pasa por junto á Lisena, y dícela:*)
¡Ay mi bien!

LISENA.

(*Aparte á Sigismundo.*)
¡Ay cara prenda!

SIGISMUNDO.

(*Aparte á Lisena.*)
Todo esto es disimular.

DON SANCHO, *aparte.*

No entiendo aquestas enîmas.

ALBERTO.

Vamos, condes.

DIANA.

(*Aparte á Lisena.*)
¡Qué discreto

guarda el príncipe el secreto,
Lisena, que en él estimas!

LISENA.

(*Aparte á Diana.*)
Prudentemente ha fingido
lo que que me case siente.

FISBERTO, *aparte.*

Estorbé este inconveniente,
dando á Diana marido.
Ahora que tiene dueño,
él mirará por su honor.

DON SANCHO, *aparte.*

¡ Ay inconstante favor,
cera al sol, tesoro en sueño!
¿Privar hoy y temer ya?

GASCON, *aparte.*

¡ Gentil enredo va urdido!

DON SANCHO, *aparte.*

¡De mí el príncipe ofendido!
¡Válgame Dios! ¿qué será? (*Vanse.*)

ESCENA III.

ENRIQUE.

Dos meses há que importuno,
y ausente amor se ha cansado,
porque ausente y olvidado
ya yo sé que todo es uno.
Principios tuve dichosos,
que habrá deshecho la ausencia,
pues siendo correspondencia
los deseos amorosos
que la firmeza celebra,
¿quién los fiará de muger,
si en la ausencia, es mercader
que en faltando el caudal, quiebra?
Bien llamarte fuego intenta,
amor, quien tus llamas siente,
porque el fuego al que está ausente,

ni le abrasa ni calienta.
Y al cabo de tantos dias
que Lisena no me vió,
¿quién duda que no dejó
mi amor, ni aun cenizas frias?
Mandóme que fuese el rey
á ver al emperador;
partí por su embajador;
su gusto tuve por ley.
Y habiendo en principios sido
venturoso pretendiente
de su amor, estando ausente,
ya todo se habrá perdido;
pues consistiendo en ventura
el amar y el pleitear,
¿qué suerte puede esperar
el que pierde coyuntura?
Si otra vez mi dicha pruebo,
bien sé que mi amor dirá:
"pretendiente que se va,
que vuelva á empezar de nuevo."
Haceldo ansí, pensamientos;
que cuando hallais derribada
la fábrica comenzada,
en pie os quedan los cimientos.

ESCENA IV.

GASCON.—ENRIQUE.

GASCON.

(*Sin ver á Enrique.*)

¡Brava máquina levanta
sobre un engaño el amor!
Peon soy de esta labor:
cantera traigo que espanta.
Al príncipe vengo á dar
un recado de Lisena,
que es la cal de aquesta arena,
con quien se intenta mezclar;

y temo, aunque ando á destajo,
si el rey sabe este edificio,
que la obra ha de hacer vicio,
y ha de cogerme debajo.

ENRIQUE.

(*Aparte.* Este pienso que es criado
del padre de quien adoro.
Lo que sospecho y ignoro
sabré de él.) Hola, hombre honrado.

GASCON.

Hombre sí; que esotro no.

ENRIQUE.

¿No sois honrado?

GASCON.

Con *ola*
no; que la honra viene sola;
y como *ola* me llamó,
no puedo ser hombre honrado;
que las *honras*, como es cierto,
se suelen hacer á un muerto,
pero nunca á un *oleado.*

ENRIQUE.

¡Buen humor gastais!

GASCON.

Por casto
los malos sudé primero,
y á falta de otro dinero,
humor es solo el que gasto.

ENRIQUE.

¿No servís vos á Fisberto?

GASCON.

Inmediatamente, no:
sirvo á sus caballos yo,
porque los pulo y concierto.

ENRIQUE.

¿Sois lacayo suyo, en fin?

GASCON.

En fin, no lo quiera el cielo.
Ser despensero es consuelo,
que esotra plaza es rüin:
hasta que hasta aquí me vea
dando á sus caballos ripio,

y ser lacayo al principio,
sin que al fin tambien lo sea.

ENRIQUE.

A estar en mi casa vos,
yo os cumpliera ese deseo,
porque en vuestro trato veo
donosas cosas, por Dios.
No debeis de conocerme.

GASCON.

Si os saco por el olor,
me vais oliendo á señor,
y si es que habeis menesterme
entre discreto y bellaco,
os serviré de podenco
para todo lo mostrenco;
que por el olor lo saco.
Porque nunca los señores,
sino en las comedias, hablan
con lacayos, si no entablan
por sus medios sus amores.

ENRIQUE.

Vos habeis dado en lo cierto.

GASCON.

¡Miren si lo dije yo!
Si es Diana la que os dió
en las mataduras, muerto,
ó matado estais en vano,
porque todo su desden
paró en casarse, aunque bien,
con uno, que ni es verano
ni invierno.

ENRIQUE.

¿Casada está?

GASCON.

Como venís de camino,
en todo sois peregrino.
La mano á don Sancho da
de Urrea, y es ya duquesa
de Florabel y Alba Real.

ENRIQUE.

Es don Sancho muy leal,
y la sangre aragonesa

que ser le dió, conocida,
y de reyes descendiente.

GASCON.

Si fuérades maldiciente,
hiciérades de su vida
otro *Flos Sanctorum.*

ENRIQUE.

Soy
de don Sancho muy amigo,
y de sus hechos testigo.

GASCON.

Las gracias por él os doy,
y colijo que no estais
de Diana enamorado,
pues celos no os han picado,
y á su marido alabais.

ENRIQUE.

Acertais como discreto.

GASCON.

Segun eso, de Lisena
debeis de ser alma en pena;
y que lo errais os prometo.
Que aunque el gusto os alborota
por las galas con que viene,
dicen que mas faltas tiene
que seis juegos de pelota.
Yo como ladron de casa,
y que hablo con las doncellas,
tal vez, que asisten con ellas,
sé lo que en aquesto pasa.
Si adoraís madejas rizas
de sus espurios cabellos,
agenos son los mas de ellos;
trae pantorrillas postizas;
tiene muchos escrementos,
muchos hoyos de viruelas,
háse sacado tres muelas
de achaque de corrimientos.
Tiene jiba, bien que es poca,
calza diez puntos de pie,
y lo peor que de ella sé,
es que la olisca la boca.

Y con todo eso, mil locos
andan muertos por su amor,
y estimaran por favor
que les diera un par de mocos.
Principalmente, anda muerto
cierto título por ella,
que por casarse con ella
habló á su padre Fisberto.

ENRIQUE.

¿Cómo? ¿Qué decís? ¿Quién es
quien se casa con Lisena?

GASCON, *aparte.*

Picóle.

ENRIQUE.

Aquesta cadena
ha de ser el interés
por quien me habeis de decir
quién es el que se desposa.

GASCON.

(*Aparte.* No hay cosa mas provechosa
como un discreto mentir.)
Ello ha de ir por aquí ya,
aunque entredicho me han puesto.
Sabed que es el duque Arnesto
el que concertado está,
y el que á escusas de su padre
ha hecho las escrituras.

ENRIQUE.

Ciertas son mis desventuras.

GASCON.

Si celos son mal de madre,
y vos os sentís celoso,
una tostada tomá:
y tras ella....

ENRIQUE.

Calla ya,
coronista malicioso;
que aunque la ausencia crüel
haya podido mudalla,
solamente ha de gozalla
el conde de Oberisel. (*Vase.*)

ESCENA V.

GASCON.

¡Oste puto! ¿El conde es este
de Oberisel? ¿el sobrino
del rey? A mal tiempo vino.
Paciencia el príncipe preste,
si Enrique hablando á Fisberto,
quiere ser el desposado;
que este ama á lo declarado,
y el príncipe á lo encubierto.
Por disuadille su amor,
faltas en ella fingí,
y el picon al marqués di
del nuevo competidor
que con Lisena se casa.
A muchas cosas me atrevo;
pero todo se lo debo
al príncipe; que si pasa
adelante este embeleco,
se trueca en reales y escudos
Gascon, lacayo en menudos.
¿Paréceles barro el trueco?

ESCENA VI.

SIGISMUNDO.—GASCON.

SIGISMUNDO.

(*Para sí.* Amor, de este laberinto,
si tú la mano me das,
saldré seguro.) ¿Aquí estás
Gascon?

GASCON.

Como se lo pinto.

SIGISMUNDO.

Quimeras dificultosas
ha levantado mi amor.

GASCON.

De príncipes es, señor,
intentar terribles cosas.
Diana y Lisena están
en este engaño conformes,
y dicen que te transformes
en un fingido galan
de Diana, y en nombre suyo
corresponderá Lisena,
entreteniendo tu pena,
para que si el padre tuyo
acaso tu amor supiere,
vea que es muger casada
la dama que es de tí amada,
y que si casarte quiere
con Leonora, no podrá
impedirlo aqueste amor.
Dejando á salvo su honor,
licencia á aquesto te da;
que á trueco de ver su hermana
reinar en Bohemia, intenta
tomar su amor por su cuenta;
y así, ya sea en la ventana,
ya en papeles, ya en acciones,
el sugeto de tu amor
es Diana en lo esterior,
si bien en las intenciones
Lisena tu gusto obligue:
será amor en tal quimera,
"á tí te lo digo, nuera...."
y lo demas que se sigue.

SIGISMUNDO.

¡Qué de ello debo á Diana!
El cielo me favorece;
premio escelente merece
quien hace tan buena hermana.
Fingirme su galan trato,
y con debido secreto
guardar el justo respeto

que pide el cuerdo recato
de don Sancho, que es su esposo,
y el vasallo mas leal
de Bohemia, y haré mal
si vive por mí celoso.

GASCON.

A eso voy; que es cosa llana,
si le damos ocasion,
que ha de echar el bodegon
don Sancho, por la ventana.
Yo estoy en casa, y por mí
pasará aqueste embeleco,
que soy como puerto seco.
Lo que la he de decir di;
que aguarda, como á las doce
la campana el motilon.

SIGISMUNDO.

Esta noche mi aficion
quiere que la dicha goce
de que la hable á la ventana.
Dile á mi Lisena bella
que salga á las once á ella,
y que se finja Diana;
que por ella la he de hablar.

GASCON.

Basta, que en esta quimera
es Gascon la lanzadera.
Alto; urdir, y enmarañar. (*Vase.*)

Cámara del rey.

ESCENA VII.

EL REY, ALBERTO.

ALBERTO.

Luego que vió á Leonora Sigismundo,
y en ella el cielo mismo transformado,

trocó el primero amor por el segundo,
y la infanta que es toda amor y agrado,
si tibia su descuido la tenia,
desvelos dió de nuevo á su cuidado.
Yo que la truje, gran señor, de Hungría,
y en la continuacion de su presencia,
veneno daba al alma cada dia,
no pude hacer tan fuerte resistencia,
que no diese esperanzas al deseo,
bien que pagando costas la paciencia;
pero, pues la ama Sigismundo, y veo
que ella se muestra noble, agradecida
á tu palabra y su amoroso empleo,
de pensamientos mudaré y de vida;
que no imposibles del amor escojo,
ni en tus reinos la paz es bien que impida.
Si me perdonas el pasado enojo,
y esta mano me pones en los labios,
ya que á tus pies con humildad me arrojo,
jamás saldrá de tus consejos sabios
mi debida obediencia, ni atrevidos
ofenderán tus canas mis agravios.

REY.

A defetos, Alberto, conocidos,
siendo yo padre, no hay dudar que ofrezca
abrazos por enojos, entre olvidos;
que el príncipe, ya cuerdo, no aborrezca
lo que tan bien le está, me satisface,
y que á su amor Leonora el suyo ofrezca;
pero no los estremos con que hace
Sigismundo que entienda el caso poco
que de lo mucho que le quiero nace.
Dí á Diana á don Sancho, porque loco
con desigual amor, ofensa hacia
á mi palabra real, y aunque no toco
otros inconvenientes que podria,
basta la enemistad que ocasionaba
entre Bohemia, y su vecina Hungría.
Por esto ¿es bien cuando de ver acaba
la infanta, que me dices que ya adora,
y en su hermosura mi eleccion alaba,
viendo á don Sancho con Diana agora,

en nudo conyugal é igualdad cuerda
público hacer lo que mi corte ignora?
¿El respeto es razon que así me pierda
el príncipe? ¡A su padre, Sigismundo!
¡Bien su obediencia con mi amor concuerda!

ALBERTO.

No en tanta culpa como juzgas fundo
su repentino enojo, si prudente
miras la mocedad que diste al mundo.
Vió á su dama casada de repente,
llegando en tal suceso descuidado;
quísola bien; no sale fácilmente
amor en muchos dias arraigado.
Sintiólo. ¿Qué te espantas? Ya se olvida,
y el alma á su Leonora ha dedicado.

REY.

¿Es muy hermosa?

ALBERTO.

(*Aparte.* Aquí venís nacida,
mentirosa invencion.) Es un retrato
de Lisena.

REY.

¿De quién?

ALBERTO.

No ví en mi vida
en el cuerpo, en la cara, y en el trato
dos símiles tan grandes. Esto es cierto:
la verdad verás presto que te trato.

REY.

¿De Lisena, la hija de Fisberto?

ALBERTO.

Esa es otra Leonora, otra belleza,
y un tanto monta suyo.

REY.

Suele, Alberto,
de cuando en cuando hacer naturaleza,
aunque es en variar tan admirable,
igual conformidad de su destreza.
No es el primero ejemplo (aunque es notable)
el que has visto en Leonora y en Lisena.
Siempre la semejanza ha sido amable.
Pero ¿cómo la infanta entrar no ordena

en mi corte?

ALBERTO.

De industria lo dilata;
que su hermano, señor, la trae con pena.
Uladislao, á quien la suerte ingrata
en lo último tiene de la vida,
antes que el tiempo el oro trueque en plata,
es la ocasion que de su boda impida
las fiestas que la aprestas, por agora,
porque quiere que en todo sea cumplida.
Si muere Uladislao, y triste llora
su joven falta, cuando el reino hereda,
¿cómo podrá gozar fiestas Leonora?

REY.

Es la infanta muy cuerda: tiempo queda
en que heredando el reino, que ya es cierto,
con sus bodas mi corte alegrar pueda.
Iréla á visitar mañana, Alberto,
por ver lo que á Lisena se parece.

ALBERTO.

Y está puesto en razon.

REY.

Saldré encubierto.

ALBERTO.

(*Mirando adentro.*)
El príncipe es aqueste.

REY.

Pues se ofrece
á tan buena ocasion, hablalle á solas
pretendo. Vete, infante.

ALBERTO, *aparte.*

Alegre crece
mi tímida esperanza entre tus olas,
amor, piélago inmenso; dame ayuda,
pues sigo las banderas que enarbolas.
No mudes tu bonanza; si se muda
el mar que con borrascas se levanta,
el viento en popa de tu gracia acuda:
la infanta quiero, amor; dame la infanta. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

SIGISMUNDO, *por una puerta, y por otra* DON SANCHO, *que se detiene viendo al rey hablar con el príncipe.*—EL REY.

DON SANCHO.

El príncipe se ha indignado
porque de Diana soy
dueño, y aunque de ella amado,
si fé, sospechas, os doy,
armas daré á mi cuidado.—
Mas el rey está con él.—
A dalle satisfaccion
venia.... Sospecha cruel,
dejad mi imaginacion;
que alterais su quietud fiel.
No revolvais tantas cosas,
todas contra mi sosiego;
que si pasiones celosas
de amor alteran el fuego,
mis penas serán forzosas.
Oir quiero lo que tratan.

REY.

Príncipe, si á libertades,
que descompuestas maltratan
las reales autoridades,
y de amor las llamas matan,
hubiera de dar castigo,
mi enojo esperimentaras,
no hijo, sino enemigo;
tanto, que otra vez no osaras
descomponerte conmigo.
Mas soy tu padre, y así
templo leyes del rigor,
que me inclinan contra tí,
porque está embotando amor
filos que al enojo dí.
Hámele en parte templado

el haberme dicho Alberto
que de opinion has mudado;
y si, como afirma, es cierto
que á Leonora el alma has dado,
y dejando otras quimeras,
hacer mi gusto codicias,
trocando burlas en veras,
yo te perdono, en albricias
de que ya á la infanta quieras.

SIGISMUNDO.

No puedo negar, señor,
que cuando en Diana ví
menospreciado el amor
que la he tenido....

DON SANCHO.

¡Ay de mí!
¿Qué oís, combatido honor?

SIGISMUNDO.

Sin consultar la prudencia
que justos respetos mira,
ofendí tu real presencia,
dando ocasion á tu ira
mi alterada inadvertencia.
Mas lo que mi dicha gana
conozco, y que se mejora
mi eleccion hasta aquí vana,
pues restauro con Leonora,
lo que perdí con Diana.

REY.

No con eso satisfecho
das sosiego á mi cuidado:
esperiencia larga he hecho
que de un amor arraigado
reliquias conserva el pecho.
Nunca sale de raiz
una pasion encendida;
que en el hombre mas feliz,
aunque se sane la herida,
se queda la cicatriz.
Solo en tí no ha de haber tal;
porque tu amorosa pena
ha de ser (ó haráslo mal)

como quien pisa la arena
para borrar la señal.
Ya yo sé que de tal suerte
Diana te dió cuidado,
que á no impedillo la suerte,
tú vivieras mal casado,
y aceleraras mi muerte.
Lo que en el jardin pasó
sé tambien, y que por poco
te hallara en él, cuando entró,
Fisberto, y de tu amor loco
los claros indicios vió.
Él con prudencia y recato,
dió á su hija igual marido,
y ella á tí te da en barato,
pues juego su amor ha sido,
este papel y retrato.
(*Muéstraselos.*)
Don Sancho es noble y leal;
Diana es ya su muger;
tú tienes esposa igual;
ángel de guarda ha de ser
suya mi respeto real.
Si contra su honor porfias,
y otra vez encender piensas,
memorias que afirmas frias,
de don Sancho las ofensas,
no son suyas, sino mias.
Ella tiene esposo honrado,
y para que no la ofendas,
tu papel te da, y traslado;
que pues te vuelve las prendas,
su amor ha desempeñado.
Si en papeles y pinturas
censo tu amor quiso echar,
y redimille procuras,
ya como censo al quitar,
te vuelve las escrituras.
Rásgalas; que en esto fundo
tu dicha, y no seas ligero;
que en agravios, Sigismundo,
si te perdono el primero,

no sé lo que haré al segundo.
(*Deja al príncipe el papel y el retrato, y vase.*)

ESCENA IX.

SIGISMUNDO. DON SANCHO, *oculto.*

SIGISMUNDO.

Todo lo va haciendo amor
á medida del deseo.

DON SANCHO.

¡Ay sospechoso temor!
¡qué mala informacion veo
sustanciar contra mi honor!
Jardin, retrato y papel
tienen mi ventura en calma,
siendo en pleito tan crüel
tres enemigos del alma,
y tres testigos en él.
¿Esto es, cielos, ser casado?

ESCENA X.

GASCON.—SIGISMUNDO. DON SANCHO, *oculto.*

GASCON.

(*Al príncipe.*)
Brevemente; que me llama
cierta prisa.

DON SANCHO.

¿No es criado
de mi casa este?

GASCON.

A tu dama
dí, príncipe, tu recado,
y responde que te espera
esta noche en la ventana.
Prosigue con tu quimera,

y hablarás una Diana,
que es tercera, y es primera;
que aunque en casa hay nuevo dueño,
tú eres mas antiguo en ella,
y estotro en tiempo pequeño,
aunque tiene esposa bella,
por mas bello tendrá el sueño,
pues no hay mas blandos colchones
para dormir, que los años.

SIGISMUNDO.

Gascon, las obligaciones
pagaré de estos engaños.

GASCON.

Honrarás á los Gascones.
¿Qué es lo que metes ahí?

SIGISMUNDO.

El retrato, y el papel,
que á mi amado dueño dí.

(*Hace que los echa en la faltriquera, y cáensele al suelo.*)

GASCON.

Que diera en tierra por él,
esta máquina entendí;
pero bien se ha remediado
á costa de un casamiento,
un condado y un ducado.

SIGISMUNDO.

Diérale yo, Gascon, ciento,
por salir de este cuidado.
Vamos; que ya es tarde, y quiero
vestirme de noche.

GASCON.

Y yo,
que te sirvo de tercero,
¿tengo de medrar?

SIGISMUNDO.

¿Pues no?

GASCON.

¿De lacayo á caballero?
¡Bravo salto!

SIGISMUNDO.

Ya te vieras
rico, si no me importara

tanto, Gascon, que estuvieras
en su casa.

GASCON.

Es cosa clara,
porque á no estallo, no hubieras
logrado tanta fatiga.
Si medro de aquestas trazas,
por armas pondré una higa,
y á sus lados dos almohazas,
con una letra que diga:
"para Carola."

SIGISMUNDO.

¿A qué fin?

GASCON.

Háceme trampas.

SIGISMUNDO.

¿Y tú
las sufres?

GASCON.

No, que es rüin;
escupióme y dijo: ¡puh!
testigo todo un jardin.

(*Vanse los dos.*)

ESCENA XI.

DON SANCHO.

¡Qué bien, honra, os acomoda
el rey, autor de mi queja,
pues casándome, aun no os deja
gozar el pan de la boda!
Mi tragedia escuché toda.
¡Nunca el rey me diera estado,
muger, privanza y ducado!
pues si me desacredita
y advierte lo que me quita,
¿qué vale lo que me ha dado?
La muger mas noble y bella,
¿qué valor nunca ha tenido,

pues al mas bajo marido
le dan dineros con ella?
La privanza que atropella
títulos, ¿de qué interés,
cielos rigurosos, es,
pues en el mas alto puesto,
para que caiga mas presto,
de grillos sirve á los pies?
¿De qué estima es el estado
que el rey puede dar mayor,
ni qué valdrá, si el honor
cae por él, de su estado?
Honra, cuanto nos han dado,
todo os incita á caer:
la privanza es Lucifer,
que cae al paso que sube,
el estado rayo en nube,
torre en viento la muger.
(*Alza del suelo el retrato y papel que dejó caer el príncipe.*)
El retrato y papel son
estos que á mis pies están:
cayéronsele, y querrán
á mis pies pedir perdon.
Mas no; que en esta ocasion,
donde su ser mi honra pierde,
áspid entre la flor verde
mi desventura los llama,
que porque muera mi fama,
sube al pecho, y el pie muerde.
Casóme el rey sin mi gusto;
Diana es moza y hermosa,
mi edad poco apetitosa,
lazo desigual y injusto,
mozo el príncipe y robusto,
sin respetos el poder;
el amante, ella muger,
y conformados los dos....
Honra, sospechaldo vos;
que yo no os oso ofender.
En el jardin ¿no se vieron?
¿Luego es cierto...?—Calla, lengua;
que publicarán mi mengua,

las paredes que te oyeron.
¡Ay cielos! Si allí estuvieron....
y el príncipe gozar pudo....—
Al pronunciar esto, un ñudo
de mi garganta es cordel;
mas dígalo este papel,
que da facil y habla mudo.

(Lee.) *Mi padre el rey, prenda mia,*
me da esposa, y no sois vos,
como si amor, siendo Dios,
preciase estados de Hungría.
No es deidad la tiranía:
ese atributo condeno;
justicia guarda el que es bueno;
de Diana soy señor:
ó no os llameis dios, amor,
ó no apetezcais lo ageno.

(Lee.) *Antes que llegue este dia,*
esta noche amor concierta
daros la posesion cierta....
¿Qué aguardais, sospecha fria?
¡Posesion! ¡Ay honra mia!
Justo temor os espanta.

(Lee.) *Porque en viniendo la infanta,*
halle cerrada la puerta.
La muerte la hallará abierta,
si averiguo afrenta tanta.

(Lee.) *La mano os tengo de dar,*
sin poner mi amor por obra;
que no soy como el que cobra
sin intencion de pagar.
Volved, honra, á respirar;
que si contra el comun uso,
su amor por obra no puso,
y vos os quedais en pie,
yo, honra, os defenderé,
sin que me tengais confuso.

(Lee.) *Solo os quiero asegurar*
que en honesto amor me fundo.
Mentido habeis, Sigismundo,
pues me quereis deshonrar.
¿Qué crédito os puedo dar,

papel, viendo que mintió
la mano que os escribió?
¿Y quién creerá, aunque lo ignora,
si intenta gozarla agora,
que entonces no la gozó?
No leo mas. En conclusion,
de mi sospecha haré alarde;
que no hay amante que guarde
palabras en la ocasion.
Valientes escusas son
las que este papel me enseña;
pero no es señal pequeña
las prendas que en contra están;
que adonde prendas se dan,
alguna cosa se empeña.
Vos, retrato, habeis estado
en su poder y su pecho,
y habiendo asiento en él hecho,
la posada habeis pagado.
No sois vos el descartado,
sino yo; que á toda ley,
si el amor no guarda ley,
¿quién duda, aunque os halle aquí,
que me descartará á mí,
por quedarse con un rey?
Esta noche se han de hablar:
ya Sigismundo previno
el trage á su desatino:
honor, hacer, y callar.
El silencio sabe obrar;
indicios he visto llanos;
si á pensamientos livianos
obras aplica en mi mengua
Diana, calle la lengua,
porque el honor todo es manos. (*Vase.*)

Sala en casa de don Sancho.—Va anocheciendo.

ESCENA XII.

LISENA. DIANA.

DIANA.

En fin, ¿esta noche, hermana,
viene Sigismundo á hablarte?

LISENA.

Y el nombre tengo de hurtarte,
siendo solo en él Diana.

DIANA.

Provechosa es la invencion.

LISENA.

Sí; que si á saberlo viene
el rey, que solo ojo tiene
á que llegue á ejecucion
el casarle con Leonora,
viendo que ya tú lo estás,
y impedirlo no podrás,
cuando sepa que te adora,
reparará poco ó nada;
pues cuando te ame y le quieras,
lo que doncella impidieras,
no lo has de impedir casada.

DIANA.

Deseo tanto, te prometo,
esto de verte reinar,
que en fin, como ha de durar
poco, y con tanto secreto,
consiento en aqueste engaño,
como no toque al decoro
de don Sancho; que le adoro
ya como si hubiera un año
que por dueño le deseara.
Tan señor se hizo de mí,

que desde que no le ví,
como si un siglo tardara,
maldiciones echo al sol
porque su curso no pasa;
que en fin de noche está en casa.

LISENA.

Es discreto, y español.
Hace gran ventaja España,
en amar, á otras naciones,
que fértil es en varones.

DIANA.

Don Sancho, Lisena, engaña
los años con el buen gusto,
la alegre conversacion,
la apacible condicion;
y yo, en fin, que de esto gusto,
vivo contenta y segura,
sin que me inquieten desvelos;
que amor mozo, todo es celos,
y el mio todo es ventura.

LISENA.

¡Ay qué casada tan buena!
El amor lleve adelante
amor tan fino y constante.

DIANA.

Y porque el tuyo, Lisena,
no pierda ocasion por mí,
irme y dejarte pretendo.
Mi honra y nombre te encomiendo.

LISENA.

¿Pones mas que el nombre aquí?

DIANA.

Corre riesgo, y me da pena.
Guárdamele, y no te asombre,
porque quien tiene mal nombre,
nunca cobra fama buena. (*Vanse.*)

Calle.—Vista de la casa de don Sancho.

ESCENA XIII.

ALBERTO *y* SIGISMUNDO, *de noche.*

ALBERTO.

Hice al rey creer, en fin,
que Lisena de la infanta
era, príncipe, un retrato,
y admirable semejanza.
Creyólo, y determinó
irla á visitar mañana
á Valdellores, en donde
tendrán fin estas marañas.
Leonora que mis deseos
con otros iguales paga,
y procura reducillos
al yugo que amor enlaza,
sabe todas estas cosas,
y á cuantos tiene en su casa,
porque por ellos no pierda
nuestra marañosa traza,
ha mandado que prosigan
con este engaño; y aguarda,
para industriarla en el caso,
que lleves allá á tu dama.
Comunicará con ella
las acciones y palabras
que al rey tiene de decir,
para que no caiga en falta;
y porque no se descubra
esta ficcion por su causa,
encerrándose, no quiere
que entre nadie á visitarla.
Esto escusa con decir
que no es razon, siendo hermana

del príncipe Uladislao,
cuya muerte malograda
sabe ya por cosa cierta,
dar á visitas entrada,
divirtiendo el sentimiento,
que es justo la aflija el alma.
Como há tan poco que vino,
y llegó tan recatada,
que no hay ninguno en Bohemia
que le haya visto la cara,
por todo el reino ha corrido
esa mentirosa fama,
y todos crèn en la corte
que en Lisena se retrata.
Lo que falta, hermano, agora,
es que con brevedad vaya,
y á Leonora comunique,
pues es poca la distancia;
que supuesto que su padre,
de la corte y de su casa
ausentándose, se emplea
ya en su hacienda, ya en la caza,
diciendo que parte á vella,
y ayudando á esto Diana,
sin dar lugar á sospechas,
dulce fin tendrán tus ansias.

SIGISMUNDO.

Peregrino ingenio tienes.
¡Disposicion estremada,
y á medida de mi gusto!
Con Gascon haré avisarla;
que no fio este secreto,
aunque agora vengo á hablarla,
supuesto que oyen las piedras,
de paredes y ventanas.
Mas oye, que viene gente.

(*Hablan bajo los dos.*)

ESCENA XIV.

ENRIQUE, *de noche.*—SIGISMUNDO. ALBERTO.

ENRIQUE.

(*Creyéndose solo.*)

¿Posible es, Lisena ingrata,
que en una ausencia tan corta,
olvidándome, te casas?
Mas es poderoso Arnesto.
Un duque ¿qué no contrasta?
una ausencia ¿qué no olvida?
un interés ¿qué no alcanza?
Quien no parece, perece.
Ausente el fuego, no abrasa;
anublado el sol, no alumbra;
la ausencia es nube pesada.
Comenzábate á servir,
tú á quererme comenzabas,
si me ausenté á los principios,
y lo poco casi es nada,
¿qué me quejo? ¿qué te culpo?
Maldiga amor la embajada,
el camino amor maldiga,
y al rey que de ella fue causa.—
Pero ¿qué gente es aquesta?
Mas si el duque á Lisena ama,
y es justicia amor, que ronda,
mi pregunta fue escusada.
Mataréle. Pero no;
que si los celos me agravian,
celos con celos se vengan,
no con desiguales armas.—
¡Ah de la calle! ¿Quién son?

SIGISMUNDO.

¿Quién lo pregunta?

ENRIQUE.

Quien pasa
desde el amor al olvido.

SIGISMUNDO.

¡Estraordinaria distancia!

ENRIQUE.

Notable. Pero vos, duque,
sois ocasion de que la haya,
y que yo entre estos estremos
esperimente desgracias.

SIGISMUNDO.

¿Yo soy duque? ¿Conocéisme?

ENRIQUE.

Disimulais nombre y habla,
duque Arnesto; que aunque á escuras,
los celos son luz del alma.
Ya sé que tan adelante
lograis vuestras esperanzas,
que Fisberto os da á Lisena,
y con vos honra su casa.

SIGISMUNDO, *aparte.*

¿Cómo es esto?

ENRIQUE.

Y tambien sé
que si en la de amor guardaran
antigüedades, pudiera
la mia haceros ventaja.
Escrituras teneis hechas....
¡Ay cielos, quién las rasgara!
En secreto os casais, duque:
celos públicos me matan.
Porque vuestro padre viejo
lo ignore, habeis dado traza
de casaros de esta suerte;
mas como nadie las guarda,
las plumas con que se hicieron
vuestras escrituras, andan,
para publicálle á voces,
en las alas de la fama.
A ser yo celoso al uso,
vuestras dichas estorbara;
favores mi amor fingiera,
que á Lisena deshonraran;
pero no lo quiera Dios;
que soy noble, y aunque ingrata

ella, es espejo de honor,
si ejemplo de la mudanza.
A servilla comencé;
principios tuve en su gracia,
ausentéme, entrasteis vos;
y amores que no se arraigan,
hiélanse con una ausencia.
Casaos, Arnesto: gozalda,
pues que sois mas venturoso;
que cuando vos saqueis galas,
hagais fiestas, deis libreas,
podrá ser, y Dios lo haga,
que os corte funestos lutos
la muerte que me amenaza.
Deudo soy cercano vuestro;
mas si amor deudas os paga
á letra vista de gustos,
y en Lisena os da libranzas,
¿qué os importará mi muerte?
pues cuando sintais mi falta,
nunca mucho costó poco;
lo mas caro mas se ama.
Logre el cielo vuestra suerte;
que yo para no estorballa,
de vos envidioso y de ella,
iré á repasar desgracias. (*Vase.*)

ESCENA XV.

ALBERTO. SIGISMUNDO.

SIGISMUNDO.

Alberto, ¿no escuchas esto?
¿No oyes que á Lisena casa
en secreto con el duque
su padre, y que desbarata
la máquina de mi amor?
¿No oyes confirmar palabras
en contratos y escrituras?

ALBERTO.

Todo lo oigo.

SIGISMUNDO.

Pues ¿qué aguardas,
infante? Dame la muerte:
saca aquese acero, saca
este corazon, primero
que el duque con esto salga.

ALBERTO.

No sé, por Dios, qué sospeche
de estas nuevas disfrazadas,
sin conocer al autor,
ni el efecto á que se causan.
El duque Arnesto es mi amigo,
y hasta aquí no sé que haya
tenido amor, que es señal
que sale luego á la cara.
¿No podrá ser que este sea
algun burlon de estos que andan
dando picones de noche,
y cifran su trato en gracias?

SIGISMUNDO.

No, hermano; verdades son,
en mi daño averiguadas,
todas cuantas este ha dicho:
ni las finge, ni me engaña.

ALBERTO.

Pues bien, cuando verdad sea,
Lisena ¿está ya casada?
¿aborrécete por dicha? (1)

SIGISMUNDO.

¡Ay Alberto! no sé.

ALBERTO.

Calla,
y procura hacer de suerte
que á ver á Leonora vaya;
que si ella su intento ayuda,
y te desposas mañana,
¿qué celos hay que te inquieten,

---

(1) Por acaso.

ni qué escrituras que valgan
contra consumados gustos
y dichas anticipadas?

SIGISMUNDO.

Es ansí; mas ¿qué sé yo
si su padre y la mudanza,
habrán hecho lo que suelen?

ALBERTO.

Gente siento á la ventana.
Si es ella, buena señal,
Sigismundo, es que te ama.

SIGISMUNDO.

¿Y si viene á despedirme?

ALBERTO.

¡Bueno es que te persüadas
á que Lisena es tan necia,
que mas estimacion haga
de un ducado que de un reino!

SIGISMUNDO.

No sosegaré hasta hablarla.

ESCENA XVI.

—

DON SANCHO, *como de noche.* LISENA, *á una ventana.*—
SIGISMUNDO. ALBERTO.

DON SANCHO, *para sí.*

A desengaños tan ciertos,
y á sospechas confirmadas,
¿de qué sirve, honor, buscar
tanto indicio, prueba tanta?
Pero si sois juez, haceldas;
que todas son de importancia,
hasta cerrar el proceso,
y ejecutar la venganza.
¿Si habrá el príncipe venido?
Mas este es; que quien agravia,
y mas en casos de honor,
diligente se adelanta.
La ventana está tambien

por mi deshonra ocupada.
Escuchad, silencio cuerdo;
que el dar voces es infamia.

LISENA.

Hablar sentí á Sigismundo.—
¿Sois vos, señor?

SIGISMUNDO.

¿Es Diana?

LISENA.

Soy, y no soy.

SIGISMUNDO.

Ya lo entiendo:
mi amor ese enigma alcanza.

DON SANCHO, *aparte.*

Sospechas, ya no hay escusa;
no salieron, honor, falsas
las nuevas de mis desdichas;
que no mienten si son malas.

LISENA.

¿Cómo estais, mi bien?

SIGISMUNDO.

Quejoso.

LISENA.

¿Por qué ocasion?

SIGISMUNDO.

Porque asalta
mi ventura un dueño antiguo,
que me atormenta y os ama.

DON SANCHO, *aparte.*

Como soy su esposo yo,
y dueño de aquesta casa,
antiguo en años y en penas,
su dueño antiguo me llama.

LISENA.

¿Yo dueño antiguo, y no vos?

SIGISMUNDO.

Sí, crüel, que me amenaza
con casamientos que estorban
el lograr mis esperanzas.

DON SANCHO, *aparte.*

De mi casamiento tiene
celos. ¡ Nunca se enlazara

mi libertad, ya cautiva,
en redes que el honor matan!

LISENA.

Yo no conozco otro dueño,
ni mientras influya el alma
vida en este corazon,
como amor dentro dé llamas,
reconoceré otro esposo,
ni daré á otro amante el alma,
que no fuere Sigismundo.
Si es querer probarme, basta.

SIGISMUNDO.

Luego el duque que os adora,
¿no es dueño vuestro?

DON SANCHO, *aparte.*

¿Qué os falta,
agravios, si á la vergüenza
por las calles mi nombre anda?
¡Nunca el rey me hiciera duque!

SIGISMUNDO.

Disculpas tendreis pensadas:
direis que de aquestas bodas
es vuestro padre la causa.

LISENA.

Príncipe, yo no os entiendo;
si porque ya amais la infanta,
andais mendigando escusas,
no me culpeis, y gozalda;
que yo me daré la muerte.

DON SANCHO, *aparte.*

¡Celos le pide la ingrata!

SIGISMUNDO.

Diana, si es que á mi amor
quereis dar debida paga,
ocasion se ofrece.

LISENA.

¿Cómo?

SIGISMUNDO.

Gozándoos.

LISENA.

¿Cuándo?

SIGISMUNDO.

Mañana.

LISENA.

¿Dónde?

SIGISMUNDO.

Yo os lo avisaré;
que en la calle es ignorancia
fiar secretos á piedras,
que tienen ecos y hablan.
Estad, mi bien, prevenida,
y pues no teme quien ama,
no temais inconvenientes,
y á Dios, porque vienen hachas.
(*Vanse Sigismundo y Alberto.*)

ESCENA XVII.

LISENA, *á la ventana.* DON SANCHO.

LISENA.

¿Qué celos, cielos, son estos,
que mi dicha desbaratan?
Aguardar quiero este aviso,
y de él sabré estas marañas.
¿Qué duque es este, que dice
Sigismundo, que me llama
su esposa? Confusa voy.
¡Ay noche! ¡qué de ello engañas!
(*Quítase de la ventana.*)

ESCENA XVIII.

DON SANCHO.

Fuése el príncipe, y entróse
la que ocasiona mi infamia,
y ciega se determina
quitarme el honor mañana.
¡Válgame Dios! ¡Que las leyes

del mundo fundado hayan
la honra en una muger!
¡En una pluma liviana,
el honor, de tanto peso!
¡Cielo! el matrimonio ¿ata
con una tan frágil cuerda,
que la mas fuerte es de lana?
A cabo de tantos dias,
honra por mí conservada,
con tanta industria querida,
ilustre con tanta hazaña,
¿un pensamiento os destruye?
¿un soplo liviano os mata?
¿un poco de viento os quiebra?
¿una muger os maltrata?
Mas sois de vidro: ¿qué mucho
que si os derriba una ingrata,
cayendo el vidro se quiebre,
y el honor pedazos se haga?
Mañana me ha de afrentar;
mañana ha dado palabra
de poner mi mal por obra:
corta es, honor, la distancia.
Dalde la muerte. Mas ¿cómo?
Si ve el vulgo mi venganza,
y estando hasta aquí secreto
mi agravio, le saco á plaza,
¿satisfaráse ansí? No;
que aunque mas le satisfagan,
en público siempre queda
la señal donde hubo mancha.
Secretos, buscad remedios;
discurrid, industria honrada;
no sepa de mí ninguno
cosa con que me dé en cara.
No ha de haber quien imagine
que una muger alemana
osó afrentar atrevida
la honra y valor de España.
Pues si hoy no la doy la muerte,
ha de afrentarme mañana;
si la mato, pregonera

saldrá en mi ofensa la fama.
¡Ah peligros del honor!
¡nunca yo esperimentara,
á costa de mi sosiego,
los daños que me amenazan!

ESCENA XIX.

GASCON, *con una hacha encendida. Despues* CAROLA.— DON SANCHO.

GASCON.

Esto de aguardar señores
en el patio y con una hacha,
hecho cofrade de luz,
por Dios, que es cosa pesada.

CAROLA.

Gascon, ¿ha venido el duque?

GASCON.

¿Quién lo pregunta?

CAROLA.

Quien anda
buscando achaques por verte,
gavacho de mis entrañas.
Un siglo há que estoy sin tí.
Esto de tener en casa
dueño nuevo, descomulga
de los pages las criadas;
y tú, como no me quieres,
por ocasiones que haya,
aunque hecha un argos me veas
por corredores y salas,
sin volver á mí los ojos,
como si yo te injuriara,
como silla de dosel,
te hallo siempre de espaldas.

GASCON.

Hágase allá: no me toque.

CAROLA.

¡Ay traidor! ¿así me tratas?

¿Pues por qué?

GASCON.

Como es-Carola,
sopean muchos su ensalada.

CAROLA.

¿Celitos?

GASCON.

Hágase allá;
que la esconderé esta daga,
si llega, en los menudillos,
por lo que tiene de vaina.

CAROLA.

Si te he ofendido en mi vida,
un rayo del cielo caiga
sobre.... sobre....

GASCON.

¿Quién?

CAROLA.

El turco.

GASCON.

Linda pieza, buena lanza,
¿qué es del liston que la dí
para la cruz, esta pascua,
á costa de dos raciones?

CAROLA.

¿Liston?

GASCON.

No estoy para gracias.

CAROLA.

¿El de carne de doncella?

GASCON.

Ese mismo, mula falsa;
que pierde en ella ese nombre,
y no quiero que le traiga.
¿Qué es de él?

CAROLA.

Como me sangré
de un tobillo, estando mala
ayer, sirvióme de cinta;
y el barbero, que mal haya,
dijo que eran gages suyos,
y dísele.

GASCON.

Si se sangra
con barberos de palacio,
y listona, á fuer de dama,
pique; que no pico yo
vena que está tan picada
por jardineros bufones.

CAROLA.

¡Ay qué testimonio!

GASCON.

Vaya,
y no haga caso de mí;
que soy....

CAROLA.

¿Qué, Gascon del alma?

GASCON.

Soy un puerco socarrado,
aunque ella no me socarra;
un monazo de Tolú,
y como seca en garganta,
soy escupido.

CAROLA.

(*Aparte.* ¡Oste, puto!)
Gascon, esa ha sido maula.
(*Aparte.* Sopla vivo ha andado aquí.)
No hagas caso de palabras,
borreguito de mi vida.

GASCON.

¡Vive Dios...!

CAROLA.

No chero: encaja.
(*Tómale la barba.*)

GASCON.

¡Que me engaite aquesta ansí?

CAROLA.

Ea, pichon.... ¡Ay qué barba!
No te ofenderé otra vez,
por esta bendita.

GASCON.

Basta.
¿Querráme mucho?

CAROLA.

Mu....chísimo.

GASCON.

Si tanto en el *mu* te tardas,
vive Dios, que á perder me eches.
¿No ves lo que en *mu* me llamas?

CAROLA.

Habló el buey, y dijo *mu*.

DON SANCHO.

(*Aparte.* ¡Miren cuál anda mi casa!
Mas ¿qué mucho? Siempre imitan
las criadas á sus amas.)
(*Llegándose á Gascon y Carola.*)
¿Qué es esto?

CAROLA.

Gascon, señor....

GASCON, *aparte.*

Cogído nos ha en la trampa.

DON SANCHO.

¿Qué haceis los dos aquí agora?

GASCON.

Que vinieses aguardaba,
para alumbrarte.

CAROLA.

Yo vengo,
como tanto te tardabas,
á saber si habias venido:
mi señora me lo manda,
que está llena de recelos,
y te espera desvelada.

DON SANCHO.

Andad, subíos allá arriba.

(*Vase Carola: Gascon quiere tambien retirarse, y se detiene llamado por don Sancho.*)

ESCENA XX.

DON SANCHO. GASCON.

DON SANCHO.

Gascon.

GASCON.

Señor.

DON SANCHO.

En España
no se usa hablar los criados
con las doncellas de casa
tan familiarmente.

GASCON.

Acá,
la llaneza de Alemania
todo esto, señor, permite.

DON SANCHO.

¡Es su gente en todo llana!
No esteis en mi casa mas:
al mayordomo id mañana;
pagaráos lo que se os debe.

GASCON.

Si otra vez me vieres....

DON SANCHO.

Basta.
No subais esta escalera
de aquí adelante....

GASCON, *aparte.*

¡Qué estraña
condicion!

DON SANCHO.

Porque en subiendo,
bajareis por la ventana.

GASCON, *aparte.*

De volatin me gradúa.

ESCENA XXI.

DIANA. CAROLA.— DICHOS.

DIANA.

Mi bien, esposo, quien tarda
tanto en principios de gustos,
poco quiere.

DON SANCHO.

¡O mi Diana!
Todas estas son pensiones
del palacio y la privanza.
Yo me enmendaré otra vez,
siquiera por no dar causa
á que bajen á buscarme
á la puerta las criadas,
que es bien esten recogidas.

DIANA.

Yo me doy por avisada.

DON SANCHO, *aparte.*

Disimulad, cuerdo honor;
vamos, discreta venganza;
sin lengua os he menester,
porque el prudente hace y calla.
(*Vanse don Sancho y Diana.*)

GASCON.

Carola.

CAROLA.

¿Qué hay?

GASCON.

Despedido
soy.

CAROLA.

Dios le ayude. (*Vase.*)

GASCON.

¡Oh borracha!
¡Ayude! ¿Estornudo yo?
¡Medrado, por Dios, quedaba,
á no tener de repuesto
el principazo! Bien haya
el que tiene dos oficios.
Ya renuncio el de las calzas.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

LISENA. DIANA.

LISENA.

Hoy se truecan los temores
que te tienen con tristeza,
Diana, en gustos mayores;
hoy han de llamarme alteza
las dichas de mis amores;
hoy ha de envidiarme el mundo
las glorias que en mi amor fundo,
y mi suerte venturosa
me tiene de ver esposa
del príncipe Sigismundo.
La infanta me envia á llamar;
vestida estoy de camino,
porque he de representar
de un ingenio peregrino
una traza singular.
Que me parezco á Leonora
piensa el rey; Gascon agora,
en cochero convertido,
á darme cuenta ha venido
de esta industria enredadora.—
Mas si ya te lo he contado,
¿para qué te lo repito?
Tú, hermana, el reino me has dado;
en bronce la fama ha escrito
el amor que me has mostrado.
Tú has de reinar; que yo no,
pues jamás el mundo vió
hermana que tal hiciese,

ni á tal riesgo se pusiese,
cual tú, porque reine yo.
¿No celebras mis venturas?
¿no sientes el bien que siento?
¿abrazarme no procuras?

DIANA.

Con la sobra del contento,
estás diciendo locuras.
Hasta que el fin de tu amor
asegure mi temor,
no gusto, hermana, de nada;
que está muy enmarañada
y dudosa esta labor.
Parte, Lisena, en buen hora,
y amor tu suerte asegure;
habla á la infanta Leonora,
y ojalá no se conjure
de la fortuna traidora
la inconstancia contra tí;
que para premiarme á mí,
basta el ver que siendo alteza,
á coronar tu cabeza
te saca el cielo de aquí.
Mi padre está en el aldea
de Florel, y ansí diré
á mi don Sancho de Urrea,
que á verle vas, porque sé
que tenerte allá desea.
Melancólico anda, hermana;
pensativas suspensiones
hacen mi dicha tirana;
elévase en las razones;
no come de buena gana;
mal esta noche ha dormido;
óigole hablar entre sí,
aunque nada he percebido:
¿qué he de hacer ¡triste de mí!
si algo de aquesto ha sentido,
y sospechas del honor
mi crédito en duda han puesto?

LISENA.

Desengaños de mi amor

desharán, hermana, presto
las nubes de ese temor.
¿Hase mostrado alterado?
¿mírate, el rostro torcido?
¿cáusale el hablarte enfado?

DIANA.

Don Sancho es cuerdo marido,
y el cuerdo es disimulado.
No solo no me aborrece,
sino que aumenta favores,
galas y joyas me ofrece,
díceme tiernos amores,
con que el que le tengo crece.
Si pregunto qué ocasion
le tiene tan pensativo,
sus brazos respuesta son,
en que amorosa recibo
segura satisfaccion.
Al palacio y la privanza
culpa, y eso debe ser,
porque ninguno la alcanza,
que no le inquiete el temer
vaivenes de la mudanza.

ESCENA II.

GASCON, *de cochero.*—LISENA. DIANA.

GASCON.

(*Desde la puerta.*)

Ce, Lisena; ce, Diana.
¿Hay coco de quien temblar?

LISENA.

Entra.

GASCON.

De bellaca gana;
que nunca aprendí á saltar,
y es muy alta esta ventana.

DIANA.

Fuera está don Sancho.

GASCON.

Pues
dos damas de nuestra infanta,
y un coche, esperan que des
principio á ventura tanta.
Alto, á subir, pues me ves
en cochero convertido.

LISENA.

Hermana, dame esos brazos.

GASCON, *aparte.*

Carola, ¿adónde te has ido?
Pagaréte á latigazos
aquel puh, que me ha escocido.

DIANA.

¿Adónde está el coche?

GASCON.

Está
á la puerta del jardin.
Ya es tarde: acabemos ya;
que ha de hacerme volatin
don Sancho si vuelve acá,
y dame prisa esta pena.

DIANA.

Vamos; que te quiero ver
partir á ocasion tan buena,
que princesa has de volver,
yendo no mas que Lisena.

(*Vanse por una puerta, y un momento despues sale don Sancho por otra.*)

ESCENA III.

DON SANCHO.

En peligro, honra ofendida,
por una muger andais;
á la muerte, mi honra, estais;
hoy no mas os dan de vida.
¡Qué sana os conocí yo!
¡con qué contento y quietud!
Mas la honra y la virtud,

¿cuándo en la muger duró?
¡Ay leyes fieras del mundo,
de las de Dios embarazo!
¿Que hoy no mas os da de plazo,
honra mia, Sigismundo?
¿que hoy os tiene de dar muerte?
¿que no admite apelacion
su crüel ejecucion?
Buscaba una muger fuerte
Dios, por la boca del sabio;
mas responderéisle á Dios
que no sois la fuerte vos,
pues me haceis, Diana, agravio.
Hoy no mas, honra, hay enmedio:
¿qué haceis con tan corto espacio?
Quien va enfermando despacio,
busque despacio remedio;
que en leyes de medicina,
no es el médico prudente,
que á enfermedad de repente
no da cura repentina.
Muera Diana lasciva
hoy, pues afrentarme quiere;
pero si en público muere,
quedará mi afrenta viva.
Mas no hará; que el mundo alaba
al marido varonil,
que su honra en sangre vil
de los adúlteros lava.
Mas ¿qué sangre habrá que pueda
lavarla, si la divulgo,
y en los archivos del vulgo
inmortal la mancha queda?
Manchas hay que salen luego,
si aplicarse el jabon sabe,
mas ¿quién habrá que se alabe
de sacar manchas de fuego?
Pero ¡cielos! ¿quién no alcanza
que la ley del duelo admite,
porque el honor resucite,
crueldades á la venganza?
Esto ¿no es el comun voto?

Sí; mas si el honor se llama
frágil vaso de la fama,
vaso que una vez se ha roto,
aunque le suelde el cuidado,
no cobra el primer valor,
ni es bien que quede el honor
como vaso remendado.
Si la doy muerte que asombre
la corte cuando me vea,
no de don Sancho de Urrea
conservaré el primer nombre;
antes de aquí temer puedo
que cuantos esto supieren,
donde quiera que me vieren,
me señalen con el dedo,
y digan: "este es aquel
á quien deshonró su esposa."
Fama, pues, tan afrentosa,
nombre, cielos, tan crüel,
que ha de quedar inmortal,
¿podré yo borralle luego?
No, porque es mancha de fuego,
que no pierde la señal.

ESCENA IV.

ORELIO.—DON SANCHO.

ORELIO.

(*Mirando hácia dentro.*)
No es honra muy de codicia
la que despues de azotado,
volverle al pobre ha mandado
en público la justicia.

DON SANCHO.

¿Qué es esto?

ORELIO.

¡Oh señor! venia
riyéndome de una accion
que he visto, en satisfaccion

de un azotado, este dia.
Acudió á cierta pendencia
de noche un juez, y uno de ellos
le hirió, queriendo prendellos,
sin que de esta resistencia
se descubriese el autor.
El sastre nuestro vecino,
(que si ya no es con el vino,
nunca ha sido esgrimidor)
estando en su casa quieto,
fue sin culpa denunciado
de un enemigo taimado.
Prendiéronle, y en efeto,
la furia del juez fue tal,
que sin formalle proceso,
ni averiguar el suceso,
sobre el usado animal,
entre la una y las dos
le hizo dar aquella noche
un jubon, cual él se abroche
en galeras, ruego á Dios.
Como era entonces tan tarde,
cual ó cual tuvo noticia
del rigor de la justicia;
pero él, haciendo alarde
de su injuriada inocencia,
del jüez se querelló,
y ante el consejo probó
que cuando la resistencia
sucedió, estaba acostado;
con que mandó el presidente,
en fé de estar inocente,
y el juez haber mal andado,
restituirle la honra;
y así por las calles reales,
con trompetas y atabales,
de la pasada deshonra
se purga, con gorra y calza,
en medio de dos señores,
donde de sus valedores
toda la chusma le ensalza.
Y cada cual admirado,

como no sabe quién es,
pregunta: "¿cuál de los tres
es, compadre, el azotado?"
Y responden: "el de enmedio."
De modo que ya la fama
el azotado le llama.
¡Miren qué gentil remedio
de honrarle en mitad del dia,
si de noche le afrentaron,
y de los que le asentaron
cual ó cual el mal sabia!
Hanle honrado, en fin, los jueces,
y agora pasa esta calle;
mas yo digo, que el honralle
es afrentalle dos veces;
pues despues de paseado,
y soldado su desastre,
no le llamarán *el sastre*,
sino solo *el azotado*. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON SANCHO.

"No le llamarán el sastre,
sino solo el azotado."
¿Con que agravio publicado
añade á la afrenta lastre?
¡Ah Orelio! ¡y á qué ocasion
vino tu aviso discreto!
El agravio que es secreto,
secreta satisfacion
pide. Bien me has avisado.
Cuando al otro el juez honraba,
el vulgo ¿no preguntaba,
que quién era el azotado?
Luego si en público os vengo,
y agora, que cual ó cual
de mi esposa desleal
sabe el daño, ¿qué prevengo?

El que me viere vengado,
no dirá cuando me vea:
"este es don Sancho de Urrea,"
sino: "este es el afrentado."
Alto, pues, honra discreta,
haced que lo sea mi furia;
pues es secreta la injuria,
mi venganza sea secreta.
Mirad que á aquel desdichado,
que imita vuestro desastre,
no le llamarán ya *el sastre*,
sino solo *el azotado.*

ESCENA VI.

DIANA.—DON SANCHO.

DIANA, *aparte.*
Gracias al cielo que puedo,
nombre mio, restauraros.
No pienso otra vez prestaros:
basta un peligro, y un miedo.—
Pero aquí mi esposo está
melancólico y suspenso.

DON SANCHO.
Dalla muerte agora pienso.

DIANA, *aparte.*
¡Cómo! ¿A quién la muerte da?

DON SANCHO.
Pero no ha de ser notoria
la causa porque la doy,
porque con Diana hoy
he de enterrar su memoria.

DIANA, *aparte.*
¿A Diana ha de enterrar?
¿Y hoy ha de ser? ¡Ay de mí!
No en balde, cielos, temí
la ocasion de este pesar.

DON SANCHO.
Yo he leido de un marido,

á quien un grande afrentó,
que en secreto se vengó.

DIANA, *aparte.*

Que yo le ofendo ha creido.

DON SANCHO.

Convidó, en medio el estío,
á su enemigo á nadar,
y á título de jugar,
los dos entrando en el rio,
abrazándose con él,
á la mitad le llevó,
donde su injuria vengó,
siendo sus brazos cordel,
y el verdugo su corriente.
Despues salió voceando:
"favor, que se está anegando
mi amigo; ayudalde, gente."
Y con este medio sabio,
dió nuevo ser á su honor,
paga justa al agresor,
y nadie supo su agravio.
Si no fuera Sigismundo
el que deshonrarme intenta,
yo vengara ansí mi afrenta,
y no la supiera el mundo;
mas es príncipe, en efeto;
su sagrado es mi lealtad;
honra, otro medio buscad,
y advertid que sea secreto.

DIANA, *aparte.*

¡De Sigismundo y de mí
está celoso! Este engaño
al fin resultó en mi daño.
¡Ay cielos!

DON SANCHO.

Tambien leí
que este marido prudente,
despues que dormida vió
su esposa, fuego pegó
al cuarto; que quien consiente,
al agresor acompaña;
y cerrándola la puerta,

despues que tuvo por cierta
su muerte, y la llama estraña
en cenizas esparció
su agravio, porque no hubiese
quien de él noticia tuviese,
desnudo á voces pidió
agua; mas no tiene efeto
cuando la honra incendios fragua,
y ansí del fuego y del agua
fió el honor su secreto.
Fuego, yo tambien le fio
de vuestra llama; y por Dios,
que á no ser, fuego, de vos,
de nadie fiara el mio.
Con ella abrasad mis menguas,
vengad injuriadas famas....
Mas ¡ay Dios! que vuestras llamas
tienen la forma de lenguas,
y que me afrenten presumo.
Mas si en iguales desvelos,
suelen ser humo los celos,
no haya llamas, sed todo humo.

DIANA, *aparte.*

A quemarme con la casa
se dispone. ¿Qué heregía
cometeis, desdicha mia?
Contaréle lo que pasa;
que si hasta aquí fue prudencia
callar, ya no lo será.
Mi hermana á casarse va;
la ocasion me da licencia
á descubrir este engaño;
que si para lo que he hecho
fue el secreto de provecho,
ya de hoy mas, será en mi daño.

(*Llega.*)

Señor.

DON SANCHO.

¡Diana! ¡Oh mi bien!

DIANA.

Si yo, don Sancho, lo fuera,
menos injurias oyera,

mas amor, menos desden.
¿Qué agravios de vuestro honor
mi lealtad andan culpando,
que con vos estais hablando
en ofensa de mi amor?
¿Qué príncipe amenazais?
¿qué esposa os quita el sosiego,
que para ella encendeis fuego,
y para él agua buscais?
Rigurosos pensamientos
mi fé deben de ofender,
pues habeis querido hacer
verdugos los elementos.
Si admiten satisfaccion
vuestros injustos enojos,
y no fiais de los ojos
indicios de la opinion,
don Sancho, escuchad un poco.

DON SANCHO.

(*Aparte.* ¡Ah secretos mal nacidos!
Si el temor todo es oidos,
y el que consigo habla es loco,
¿no os pudiérades quedar
dentro del alma guardados?
¡Ved agora escarmentados
lo que importa el buen callar!)
Esposa del alma mia,
ya que escuchándome estais,
no las quimeras temais
que hace mi melancolía;
pues ni agraviado me quejo,
porque esteis, mi bien, culpada,
ni habrá quien me persüada
á que no sois claro espejo,
en que se mira el honor.
Pero como me casé
en años ya, y siempre fue
de mí estimado el valor
de la honra en tanto estremo,
por ver la desigualdad
de vuestra florida edad,
y la mia, dudo y temo....

sin causa.... pues si la hubiera,
nunca un español dilata
la muerte á quien le maltrata,
ni da á su venganza espera.
Melancólico, cual vistes,
entre mí, Diana mia,
estos discursos hacia:
propio efeto de los tristes.
Si el príncipe, que primero
que me casase, sirvió
á mi esposa y intentó
el dulce estado que adquiero,
con su intento prosiguiese,
y ella (que al fin es muger)
de su edad y su poder
persuadida, me ofendiese,
¿con qué castigo discreto
seria bien me vengase,
sin que el vulgo me afrentase,
ni hiciese agravio al secreto?
Y dije: "haciéndole ahogar."
Porque el agua, esposa mia,
que mudos los peces cria,
no lo habia de parlar;
ni el fuego, que esteriliza
cuanto llega á su poder,
diera lengua á la muger,
esparciéndola en ceniza.
Esto en un esposo honrado
puede un agravio violento,
no mas que en el pensamiento:
ved ¡qué hiciera, averiguado!
Pero de imaginaciones
que conmigo á solas paso,
no hagais vos, esposa, caso,
cuando por tantas razones
vuestra lealtad y inocencia
satisfacerme procura;
pues no hay cosa tan segura
como la buena conciencia. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DIANA.

¡Con qué cuerdo y nuevo aviso
sus sospechas me ha contado!
Ni se dió por agraviado,
ni satisfacciones quiso.
Callaré, pues él lo hace;
que quien de disculpas usa
sin pedirlas, si se escusa,
neciamente satisface.
Hoy se tiene de casar
y ser princesa Lisena,
y hoy saliendo de esta pena
don Sancho, ha de averiguar
mi inocencia y dar sosiego
á su honrada confusion.
Mas antes de esta ocasion,
si pega á la casa fuego,
y dentro de ella me abrasa,
siendo violento homicida,
¿no es razon, amada vida,
volver por vos y mi casa?
¿Quién duda? Si á Valdeflores
voy, donde mi hermana está,
y el cielo alegre fin da
á mi dicha y sus temores,
don Sancho, que ha de buscarme,
verá en un punto deshechas
sus aparentes sospechas,
despenarse, y disculparme.
Este es el mejor remedio:
aseguremos ansí,
temor, la ocasion que os dí,
y pongamos tierra en medio.
Repararé aquesta noche
á un tiempo el honor perdido,
y un engañado marido.—

(*Llamando.*)
¡Hola! Haced sacar un coche. (*Vase.*)

Sala en la quinta de Valdeflores.

ESCENA VIII.

LISENA, *de luto galan.* LAURINO. FULCIANO.

LISENA.

De la princesa Leonora
estoy tan favorecida,
que no pagaré en mi vida
lo que la debo en un hora.
¡Qué apacible! ¡qué agradable!
¡qué discreta! en fin ¡qué bella!
Si soy princesa por ella,
y de esta industria admirable
llego el fin dichoso á ver,
con que amor mis dichas premia,
no princesa de Bohemia,
su esclava sí, que he de ser.

LAURINO.

Vuestra alteza (que ya puedo
llamarla ansí) se asegure,
y en nombre suyo procure
proseguir con este enredo;
que ella nos tiene mandado
que hasta que esto se concluya,
como á la persona suya
la sirvamos.

FULCIANO.

Avisado
tiene á cuantos la servimos
que Leonora la llamemos,
y de esta suerte lo haremos
los que en su casa asistimos.
Su alteza está retirada,

porque ninguno la vea,
y este engaño mejor crea
el rey.

LISENA.

¡Llaneza estremada!
En fin, ¿que soy desde agora
Leonora, infanta de Hungría?

LAURINO.

Leonora sois este dia,
y princesa, gran señora.

ESCENA IX.

GASCON, *de cochero.*— LISENA. LAURINO. FULCIANO.

GASCON.

Chapines he visto yo
de corcho, y altura tanta,
que á una enana hacen giganta;
pero ¿quién chapines vió
que puestos en la cabeza,
(la corona lo ha de ser)
ensalcen á una muger
tan alta, que ya es alteza?

LISENA.

Tambien, Gascon, para vos
de chapines servirán;
tambien os levantarán.

GASCON.

Ya soy cochero. Pardios,
que Sigismundo me va
honrando, pues que me hizo
ser de un coche porquerizo,
"coche, acá; coche, acullá."
Ya deseo que el rey venga,
y cumpliendo mi esperanza,
tenga fin aquesta chanza,
y yo tambien premio tenga.

ESCENA X.

ENRIQUE.— LISENA. GASCON. LAURINO. FULCIANO.

ENRIQUE.

(*Creyéndose solo.*)

Amor ciego, loco estoy.
¿Cómo, rigurosos celos,
si el amante os llama hielos,
abrasándome estais hoy?
Sin saber adonde voy,
hasta aquí me habeis traido.
¡Que una ausencia haya podido
descomponerme tan presto,
porque funde el duque Arnesto
su amor y dicha en mi olvido!
¡Ah Lisena! vos sereis
ocasion de que yo muera
en la verde primavera,
que ya agostar pretendeis.—
Mas, ojos, ¿qué es lo que veis?
¿No es esta, confusos ojos,
la causa de mis enojos?
Pero antojarasemé;
que amor, como poco ve,
se suele poner antojos.
No: vive el cielo, que es ella.
¿Si á ver la princesa vino?
No juzgueis á desatino
la verdad que miro en ella.
Esta es su presencia bella,
sus dos soles son aquellos,
su boca aquella, y cabellos,
aquellas sus manos son:
pinceles de mi aficion
lo afirman, y es bien creellos.

(*A ella.*)

Mudable, dí, ¿de que fruto
me ha de ser tu vista hermosa,

si siendo del duque esposa,
das á mis celos tributo?
¿Por quién te vistes de luto?
Si por mí le traes, ingrata,
cuando amor casarte trata,
y me has quitado la vida,
nunca suele el homicida
traer luto por quien mata.
¿Cómo, mudable, tan presto
(que este nombre es bien te aplique)
favores que gozó Enrique,
los has reducido á Arnesto?
Si mi amor firme y honesto
olvidas en solo un mes,
vencer puedes tu interes
y á premiarme te resuelve;
vuelve á amarme, mi bien, vuelve:
no soy duque; soy marques;
el rey me llama sobrino;
títulos tendré mayores.
Dame esos brazos, amores,
dame ese rostro divino.

LISENA.

¿Qué es esto? ¿qué desatino
á este hombre saca de sí?
(*Á los criados.*)
¿Qué haceis? Echalde de aquí.

LAURINO.

Hola, despejad la sala.

GASCON.

Vaya mucho en hora mala.

FULCIANO.

¿No es donoso el frenesí?

ENRIQUE.

Villanos, viven los cielos,
si os descomponeis conmigo,
que os haga dar el castigo
que dan á mi amor los celos.—
¿Ansí pagas los desvelos
que ya, ingrata, desconoces?
Porque agenos brazos goces,
¿no quieres darme los brazos?

GASCON.

¿Daréle de latigazos?
¿echaréle de aquí á coces?

ENRIQUE.

Tirana, pues hoy verán
cuantos en Bohemia viven,
mientras mi luto aperciben,
la muerte de tu galan.

LAURINO.

Este debe ser truhan
del rey, y bufonizando,
se debe de estar burlando.

LISENA.

(*Aparte.* Bien le conozco; ¡ay de mí!)
Hola; echádmele de aquí;
que agora que estoy llorando
la muerte del malogrado
príncipe, no será bien
que con burlas causa den
á divertir mi cuidado.

FULCIANO.

Tu esposo le habrá enviado
sin duda, porque tu alteza
divierta ansí su tristeza.

ENRIQUE.

¡Qué enredo es este cruel!
¿Al marques de Oberisel
no conoceis?

GASCON.

Linda pieza,
toda esa gracia se enfria,
porque aquí no ha de hacer baza,
ni de su bufona traza
gusta la infanta de Hungría.
Guárdela para otro dia,
y desocupe este puesto.

ENRIQUE.

¿Quién es infanta? ¿Qué es esto?

LAURINO.

Bien finge lo que no ignora.
Con la princesa Leonora
hablais; no seais molesto.

ENRIQUE.

¿Qué princesa? ¡Vive Dios,
villanos...!

GASCON.

Poquito á poco.

ENRIQUE.

¡Princesa! ¿Soy yo algun loco?

GASCON.

Sois uno, y valeis por dos.

ENRIQUE.

¿No sois el lacayo vos
de Fisberto?

GASCON.

Fuí primero
su lacayo, y ya cochero
de la princesa; que, en fin,
voy de rocin á rüin.

ENRIQUE.

¿No me conoceis?

GASCON.

No quiero.
(*Aparte.* Que si quisiera, bien sé
quien es el marques Enrique.)
El seso teneis á pique.
(*Aparte.* Lindamente le engañé.
¡Bien la burla le encajé
de Arnesto!)

VOCES DENTRO.

Plaza; que viene
el rey.

LISENA, *aparte.*

Aquí me conviene
disimular.

ENRIQUE.

¿No es Lisena
esta? ¿Qué maraña ordena
matarme?

GASCON.

¡Buen tema tiene!

ESCENA XI.

EL REY. SIGISMUNDO. ALBERTO. ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

REY.

Alegrara, señora, su venida
á este reino que espera vuestra alteza,
si la muerte del príncipe, afligida
no enlutara á tal tiempo su belleza.
(*Aparte al infante*)
No ví muger jamás tan parecida
á Lisena, ni hará naturaleza,
Alberto, otro traslado semejante.

ALBERTO.

(*Aparte al rey.*)
Digno es de que la admires y te espante.

REY.

Pero pues nunca la fortuna ordena
darnos cumplido el gusto, y es forzoso
mezclar con él aquesta justa pena,
de un hermano el pesar temple un esposo.
(*Aparte al infante.*)
Pienso que estoy hablando con Lisena,
y divertido con el talle hermoso
que en la princesa, copia suya, miro,
cuanto mas la retrata, mas la admiro.

ALBERTO.

(*Aparte al rey.*)
¿No te lo dige yo?

LISENA.

Con haber visto
á vuestra magestad, penas divierto,
el llanto enjugo y el pesar resisto
de Uladislao en tiernos años muerto.

GASCON, *aparte.*

¡Lindamente lo finge, vive Cristo!

LISENA.

Mas ya que no con lágrimas advierto
que al príncipe podré volver la vida,

yo olvidaré su falta, agradecida.
Pierdo un hermano que estimaba el mundo;
mas cobrando un esposo, con quien puedo
su muerte consolar, contenta fundo
mi dicha en él.

GASCON, *aparte.*

Famoso va el enredo.

LISENA.

Quisiera yo ofrecer á Sigismundo
con la corona húngara que heredo,
el globo del imperio soberano,
que besara sus pies al dar mi mano.

SIGISMUNDO.

Yo la beso mil veces, gran señora,
no de mandos ni imperios codicioso,
sino de la hermosura en quien adora
la dicha que me llama vuestro esposo.

ENRIQUE, *aparte.*

A Lisena transforman en Leonora.
¿Qué enredo es este, cielo riguroso?

LISENA.

Para vos, gran señor, mil fueran pocos.

ENRIQUE, *aparte.*

O yo lo estoy, ó todos estan locos.

SIGISMUNDO.

(*Aparte á Lisena.*)

¡Ay dulce esposa!

LISENA.

(*Aparte al príncipe.*)

¡Ay príncipe querido!
Saque este engaño amor á feliz puerto.

SIGISMUNDO.

(*Aparte á Lisena.*)

Sí hará, mi bien; que es Dios agradecido.

LISENA.

Con vos este vïage, infante Alberto,
el vïage se llame *entretenido.* (1)

ENRIQUE, *aparte.*

¡Que no estuviera agora aquí Fisberto!

---

(1) Alusion al de Agustin de Rojas.

LISENA.

Mucho le debo en él á vuestra alteza.
Ni su enfado sentí, ni su aspereza.

ALBERTO.

Estar quejoso de él con razon pude,
pues envidioso que os acompañase,
sus leguas abrevió.

GASCON, *aparte.*

¡Qué bien acude
á todo la bellaca!

ALBERTO.

Y si durase
un siglo, me alegrara.

ENRIQUE, *aparte.*

No hay quien dude
que aquesta no es Lisena. ¡Que esto pase,
y se sufra en Bohemia! ¿Hay tal suceso?
Yo debo de soñar, ó estoy sin seso.

REY.

(*Reparando en Enrique.*)
¡Marqués! ¡Sobrino!

ENRIQUE.

¡Gran señor!

REY.

Parece
que triste celebrais esta alegría.

ENRIQUE.

Ando sin ella, y por instantes crece,
no sin causa, una gran melancolía.
Un deseo, señor, me desvanece,
que por ser imposible, ya podria
dar treguas á mi mal su desatino.

LISENA.

¿A quién llamastes, gran señor, sobrino?

REY.

Eslo mio el marques.

LISENA.

¡Válgame el cielo!
Perdonadme, marques, si inadvertida
no os traté como en tales casos suelo;
que con justa razon estoy corrida.
Pero podreis culpar vuestro recelo,

y el ser yo á alguna dama parecida,
á quien amor teneis.

REY.

Pues bien, ¿qué ha habido?

LISENA.

Con él un lindo caso me ha acaecido.

REY.

¿Con don Enrique?

LISENA.

Ingrata me ha llamado;
en la ausencia de un mes, dice que pudo
no sé qué duque, que es mi desposado,
favores usurpar de amor desnudo:
hasta el luto que traigo está injuriado,
pues dice que si el trage alegre mudo
en él, es porque toda soy mudanza,
y porque he dado muerte á su esperanza.
No se me acuerda el nombre que me llama,
puesto que en él mi ingratitud condena.
En conclusion, señor, sin ser su dama,
ni la culpa tener, llevo la pena.
Hablóme, en fin, por la persona que ama.

REY.

¡Donosa burla! Si os llamó *Lisena*,
no me espanto, Leonora, que se asombre.

LISENA.

Sí; *Lisena* imagino que era el nombre.

REY.

A todos nos causara el mismo engaño,
si el conocer, señora, á vuestra alteza,
no asegurara caso tan estraño;
milagro, en fin, de la naturaleza.

GASCON, *aparte.*

¡Qué fértil en mentiras corre el año!

REY.

Hay, señora, en mi corte una belleza,
imagen vuestra y semejanza en todo,
en la cara, en el talle y en el modo.

LISENA.

¡Válgame Dios!

REY.

A quien aquesto ignora,

dificil se le hará, si llega á veros,
distinguir á Lisena de Leonora.

SIGISMUNDO.

Y aun á mí, que he llegado á conoceros.

LISENA.

Ya no me espanto, si á Lisena adora,
Enrique, vuestra suerte, que á atreveros
su desden os obligue en nombre de ella.
Notablemente gustaré de vella.

ENRIQUE.

(*Aparte.* Alto: yo me engañé; ya ha sucedido
una persona en otra retratarse.)
Culpad mi engaño y condenad su olvido;
y si esta burla puede perdonarse,
perdon, señora, á vuestra alteza pido.

REY.

El suceso merece celebrarse.

LISENA.

La ignorancia me hizo que no hiciera
de vos el caso, Enrique, que debiera.
Mas no tratando por agora de esto,
el rey mi padre, en cuyo real estado
tengo de suceder por el funesto
fin del hermano mio malogrado,
me acaba de escribir que está dispuesto,
pues la muerte las cosas ha mudado,
de darme al de Polonia, porque quede
unida á Hungría, cuando el reino herede.
Mándame que le niegue á Sigismundo
la mano, cuando el alma le he ofrecido;
de suerte que me da esposo segundo,
viuda sin bodas del primer marido;
y cuando me ofreciera todo el mundo,
una vez en el alma recebido,
fuera imposible echarle; que amor ciego
tarde suele salir, aunque entra luego.
Por esto, y por no dar ocasion justa
á guerras, que al poder hacen tirano,
luego que supe su demanda injusta,
de esposa á Sigismundo dí la mano.
Mi dueño es desde ayer, y si es que gusta
vuestra real magestad que el soberano

yugo de amor nuestras cervices ate,
no hay para qué la boda se dilate.
Publíquese en la corte que hoy pretendo
entrar en ella, el luto convertido
en galas reales y festivo estruendo,
pues la presteza su remedio ha sido.

REY.

En vos, princesa, estoy á un tiempo viendo
vuestra belleza, que el amor ha unido
á vuestra discrecion: bella y discreta
os llame el mundo; en todo sois perfeta.
No quiero encarecer vuestra prudencia.
La determinacion ejecutada
fue importante; el amor por escelencia,
y mi injuria con tiempo remediada.
Vea mi corte hoy vuestra presencia;
entrad debajo el pálio, coronada
por princesa de un reino que mejora
su trono real, gozándole Leonora.
Yo voy á hacer la prevencion debida
á vuestro casto amor. Príncipe, vamos.

SIGISMUNDO.

Hoy, dulce esposa, en apacible vida
los trances fuertes del amor trocamos.

ENRIQUE, *aparte.*

¡Que esta es Leonora, cielos!

GASCON, *aparte.*

Bien urdida
hasta aquí tu maraña, amor, llevamos.
¡Oh Lisena taimada y socarrona!
Por pícara mereces la corona. (*Vanse.*)

Sala en casa de don Sancho.

ESCENA XII.

DON SANCHO.

Hoy, honor, no morireis:

un dia mas os dan de plazo.
Sigismundo en Valdeflores,
hoy no os ha de hacer agravio.
Si mañana hacerle intenta,
yo le atajaré los pasos:
castigue el fuego adulterios,
pues es elemento casto.
Asegurar á Diana
me importa; que si ha escuchado
la muerte que dalla intento,
y siempre teme el culpado,
tiene de andar sobre aviso.
Con amorosos engaños
pienso quietar sus temores:
fingid que la amais, regalos.
(*Llamando.*)
Diana. Mi bien. Esposa.—
¡Ay cielos! ¿Si la ha ausentado
su poca satisfaccion?
que es propio de los pecados
el temer á la justicia,
verdugo que á cada paso
de sí mismo se recela,
y trae la soga arrastrando.—
Cardenio, Grison, Orelio.
¿No hay aquí ningun criado?

ESCENA XIII.

ORELIO.— DON SANCHO.

ORELIO.
¿Qué manda vuestra escelencia?
DON SANCHO.
Llamad mi esposa.
ORELIO.
Buen rato
há que en un coche salió,
y ha ido, si no me engaño,
á Valdeflores.

DON SANCHO.

¿Adónde?

ORELIO.

La fama que ha divulgado
que la princesa de Hungría
es de Lisena retrato,
la obligará, gran señor,
á ir á ver este milagro;
que se despuebla la corte
á lo mismo.

DON SANCHO.

No me espanto.
Yo la mandé que lo hiciera;
que en término cortesano,
es bien que á Leonora vea.
Andad con Dios.

(*Vase Orelio.*)

ESCENA XIV.

DON SANCHO.

¡Qué engañado
hasta aquí, honor, estuvistes!
¡Ay infelice don Sancho!
¡Sigismundo en Valdellores!
¡Diana allí, y concertado
para hoy verse los dos!
¿Vos sois cuerdo? ¿yo soy sabio?
¿Quién duda que en el camino
su amor no apreste el teatro
de mi desdicha, que sirva
á mi afrenta de cadalso?
Muerto os han, honor remiso.
Direis que no os lo avisaron;
mas mentís, honor, mentís;
que anoche oyó mi cuidado
el concierto riguroso:
tiempo habeis tenido harto.
Socorro de España sois,

siempre perdido por tardo.
Ya ¿de qué sirve callar,
cuando las aves, los campos,
y las fuentes, que han de verlo,
deben ya de publicarlo?
Demos voces....—Pero no:
mas vale morir callando.
No os afrenteis á vos mismo,
perdido honor; lengua, paso:
no en balde el cuerdo silencio
tiene en la boca un candado:
silencio, deshonra mia,
hasta llegar á vengaros.
Dos modos hay de curar,
y milagrosos entrambos.
El preservativo es uno,
con que se previene el sano,
y se cura antes que llegue
el mal que está recelando;
porque el sangrarse en salud
suele escusar muchos daños.
Ya no podeis usar de este:
tarde, honor, habeis llegado;
enfermo por vuestra culpa,
y por mi desdicha, os hallo.
Pues venga el segundo medio:
procurad, honor, curaros,
ya que en la cama caistes
de la deshonra y agravio.
Apliquemos medicinas.
Lo primero, pues, que os mando,
honor, es guardar la boca;
que no sana el desreglado.
La dïeta es el remedio
mas eficaz y ordinario:
guardad, honor, pues, dïeta
de silencio cuerdo y santo.
Pero es rigurosa cura:
¿qué médico tan estraño
no os ha, honor, de permitir
si estais enfermo, quejaros?
Éntrase por las cavernas

de la tierra el viento vano,
y mientras no halla salida,
con terremotos y espantos
publica á voces su pena.
Tiembla el mundo, y echa abajo,
en fé de su sentimiento,
los edificios mas altos.
Apenas un aire leve
toca las hojas del arbol,
cuando todas se hacen lenguas
porque den voces sus ramos.
Braman celosos los brutos,
las aves se están quejando,
y á falta de lengua, en ecos
da gritos hasta un peñasco.
¿Y no quereis que me queje,
para que imite al caballo
de Troya, que mudo encierra
en el pecho á sus contrarios?
¡Oh terribles agravios!
Mátanme el alma, y ciérranme los labios.
¡Diana con Sigismundo,
su lascivo amor gozando,
mi limpia sangre ofendiendo,
y yo muriendo y callando!
¡Oh España, madre de nobles!
¡Oh Aragon, espejo claro
de la venganza, que puebla
los verdes montes de bandos!
ya no me tendrás por hijo;
ya habrán mi nombre borrado
los libros de tu nobleza,
mi memoria desterrando.
Paredes, ¿no hablais vosotras?
Sí; que por eso os han dado
orejas nuestros proverbios,
y quien oye, que habla es claro;
por eso es sordo el que es mudo.
Tapices, ya se ha alabado
quien oyó vuestras figuras,
y consultó vuestros cuadros.
Puertas, mas de alguna vez

vuestros quicios avisaron,
contra adúlteras ofensas,
á maridos descuidados.
Ventanas, todas sois lenguas,
pues de noche vuestros marcos
oyen, para hablar de dia,
los secretos que os fiaron.
¿En qué pared no se atreve
á hablar el carbon liviano,
ó el hacha en lenguas de fuego,
por escaleras y patios?
Las peñas, aves y brutos,
paredes, tapices, cuadros,
carbon, ventanas y puertas,
todos hablan. ¿Y yo callo?
¡Oh terribles agravios!
Mátanme el alma, y ciérranme los labios.
Pero si el silencio importa,
honor infelice, tanto,
y el buen callar siempre es cuerdo,
callemos, hasta vengarnos.
Disimulemos ofensas,
y pues no estais, honor, sano,
tomad callando el acero,
si quereis desopilaros.
Hablen todos, que son necios;
que á la cigüeña han pintado
por símbolo del prudente
los que sin lengua la hallaron.
Parecelda vos en esto,
honor; que el que está agraviado,
no es bien que al mosquito imite,
que se venga voceando.
Ea, fuego, aquesta noche
el oro que se ha mezclado
con la liga de mi afrenta,
y la da quilates falsos,
acendrarán vuestras llamas,
como quien quema el brocado
por librarle de la seda,
si está viejo ó se ha manchado.
Quememos una muger,

seda frágil que mezclaron
con el oro de mi honra,
para que quede acendrado.
Y vos, lengua, á la prision
donde os atan, retiraos,
y dad todas vuestras veces,
como soleis, á las manos:
y vosotros, agravios,
vengad ofensas y cerrad los labios. (*Vase.*)

Salon de palacio.

ESCENA XV.

EL REY. ENRIQUE.

REY.

De vuestro engaño, marques,
particular gusto tuve,
y casi en el propio estuve,
con saber que Leonora es
tan parecida á Lisena.

ENRIQUE.

A mi costa se burlaron,
con que no poco aumentaron
mi melancolía y pena.
La princesa, en fin, ha entrado
debajo del pálio real,
al sol que la alumbra igual;
y el haber anticipado
sus bodas, fue de importancia;
que siendo, como es, muger,
mudará de parecer,
(pues nunca tienen constancia)
y pudiera ser que diera
gusto á su padre, y causara
la guerra, que estaba clara,
si á Polonia se volviera.

REY.

La vejez del rey de Hungría
le hace mudar de consejo;
yo, que en fin no soy tan viejo,
la palabra estimo mia
mas que cualquier interes
que recrecérseme pueda.
Sigismundo á Hungría hereda
con la princesa, marques.

ENRIQUE.

Esta es, gran señor, que viene.

REY.

Salgámosla á recebir.

ENRIQUE.

Ya no hay para qué salir;
que en su presencia te tiene.

ESCENA XVI.

LISENA *y* SIGISMUNDO, *de las manos*: *á su lado*, DIANA. ALBERTO *y* LEONORA, *de las manos*. GASCON. ACOMPAÑAMIENTO. MÚSICOS.—DICHOS.

LISENA.

Deme vuestra magestad
las manos, señor, pues tengo
padre en vos, y en Sigismundo
seguro y amado dueño.

REY.

Ya el príncipe os dió la suya:
yo los brazos os ofrezco
en que descanseis; que ha sido
prolijo el recebimiento.

SIGISMUNDO.

Tendrá vuestra magestad
desde este punto sosiego,
viéndome puesto en estado,
y que su gusto obedezco.

REY.

A lo menos, no os tuviera

por obediente y discreto,
á no salir del engaño,
Sigismundo, en que os ví puesto.
¿Tambien vos venís, duquesa,
con la princesa?

DIANA.

Si veo
que lo es mi hermana, señor,
y que la obedece un reino,
¿qué mucho que la acompañe?

REY.

¿Qué decís; que no os entiendo?

DIANA.

¿No es la princesa mi hermana,
señor, que delante tengo?

REY.

¿Cómo, princesa? ¡Oh traidores!
¡Vive Dios!

ALBERTO.

(*Habla aparte con el rey.*)
Tenga sosiego,
señor, vuestra magestad;
que Diana crê lo mesmo
que creyó el marques Enrique,
porque entender la hemos hecho
que del príncipe es esposa.

REY.

¿Qué decís?

ALBERTO.

Aquesto es cierto.

REY.

¡Donosas burlas nos hace
la similitud que vemos
en estas dos hermosuras!
Basta el engaño: no quiero
que Diana esté quejosa.
Decídselo.

ALBERTO.

Señor, quedo.

REY.

¿Por qué la habeis de engañar?

ALBERTO.

La princesa gusta de esto.

REY.

Alto; si es su gusto, vaya.

ESCENA XVII.

FISBERTO.— DICHOS.

FISBERTO.

Antes que tal embeleco
resulte en daño del rey,
la he de matar, vive el cielo.
No quiero princesas hijas,
por engaños.

REY.

Pues, Fisberto,
¿qué enojos os alborotan?

FISBERTO.

¿Cómo, qué enojos? ¿No tengo
razon, señor, de quejarme,
si solo por mi consejo
no celebró con Diana
el príncipe casamiento,
y agora á Lisena ha dado
la mano, y en el soberbio
pálio la apellida á voces
su princesa todo el pueblo?

ALBERTO.

(*Hablando aparte con el rey.*)
Tambien le hemos persuadido
la burla y el caso mesmo
á su padre, que á Diana.

REY.

De regocijos es tiempo;
mas ya es bien desengañarle;
que no es razon que el buen viejo
se altere.

ALBERTO.

¡Qué! no, señor.

La princesa gusta de esto.

SIGISMUNDO.

Templad, Fisberto, la ira;
que el rey mi padre ha dispuesto
esto por razon de estado.

FISBERTO.

¿Es esto cierto?

REY.

Y muy cierto.

FISBERTO.

Pues ya yo estoy sosegado.

ESCENA XVIII.

—

DON SANCHO. ORELIO.—DICHOS.

DON SANCHO, *aparte.*

Mi alterado pensamiento,
sin saber adónde voy,
me trae fuera de mí mesmo.
Aquí está el rey, Sigismundo,
Leonora, el infante, ¡ay cielos!
y la ingrata de mi esposa.
¿Quién duda que ya habrán hecho
sacrificio de mi honor?
Pero si no le hay sin fuego,
callad, honra; que esta noche
sereis su ministro cuerdo.

REY.

Decid, príncipe, quién es
esta dama á quien Alberto
trae de la mano, y su cara
obliga á amor y respeto?

LEONORA.

Yo, gran señor, soy Leonora,
hija vuestra, que á dar vengo
al infante con la mano,
de Hungría el antiguo reino.

REY.

¡Cómo! ¿Vos sois la princesa?

LEONORA.

Amor, que todo es enredos,
cuando á vuestra corte vine,
quiso (y yo se lo agradezco)
rendirme á la gallardía
del infante, á quien yo tengo,
como esposo y señor mio,
aposentado en mi pecho.

REY.

¿Luego Lisena es esotra?

SIGISMUNDO.

Y esposa mia.

REY.

Primero
que tal consienta, su muerte
servirá al mundo de ejemplo.

LEONORA.

A vuestros pies, gran señor,
pido y suplico por ellos;
y si fuistes mozo, amante,
perdonad amores, viejo.

REY.

¿Cómo yo habia de sufrir
tal desigualdad?

LEONORA.

Ya vemos
por las escalas de amor
subir cayados á cetros.
Dos hijos que teneis solos (1)
dejais nobles herederos
de dos coronas ilustres.

ALBERTO.

La princesa gusta de esto.

LEONORA.

Su perdon os pido, en pago
de que por obedeceros,
desobedezco á mi padre,

---

(1) Tellez olvidó que en el acto segundo, escena primera, (página 174) habia dicho:

otros hijos sin tí tengo
que me sucedan despues.

y al rey de Polonia dejo.

REY.

¿Pues no amabas á Diana,
traidor?

SIGISMUNDO.

No lo quiera el cielo.
Lisena solo ha triunfado,
señor, de mis pensamientos.

DON SANCHO, *aparte.*

Honra mia, dadme albricias;
que si lo que escucho es cierto,
yo haré á mi silencio sabio
de jaspe y marfil un templo.

REY.

Pues el papel y el retrato
que halló á Diana Fisberto,
y el dia que se casó
las muestras de sentimiento
que hiciste, ¿cómo se hermanan
agora con este enredo?

LISENA.

El retrato y el papel
Diana estaba leyendo,
cuando entró mi padre airado
en nuestro jardin; y viendo
lo que guardalle importaba,
le metió, gran señor, dentro
de la manga en que le halló
mi padre.

DIANA.

Y yo que el deseo
de ver reinar á Lisena
he cumplido con aquesto,
sufrí cuerda los agravios
de mi padre, y al secreto
encomendé la ventura
de este dichoso suceso,
pues de él á don Sancho ilustre
por señor y esposo medro.

GASCON.

Yo doy fé como escribano,
corredor, aunque cochero,

arcadúz, estafetilla,
y á pagar de mi dinero,
que es verdad todo lo dicho.

REY.

Alto; digno es este cuento
que no se acabe en tragedia.
Leonora, por amor vuestro
los perdono.

DON SANCHO, *aparte.*

¿Veis, honor,
si el callar fue de provecho?
Hablen los otros maridos
en su afrenta y vituperio;
que hasta agora nadie sabe,
sino el cielo y yo, mis celos,
que en mi honra averiguados,
del alma alegre los echo.

FISBERTO.

¿En fin, señor, consentís
que Lisena me dé nietos
que reyes Bohemia llame?

REY.

Dios lo haga ansí, Fisberto.

ENRIQUE.

¡Buen retrato de Leonora!
Convertido se ha en Arnesto
el príncipe Sigismundo.

GASCON.

Yo fuí quien os dí ese trueco.
(*Al príncipe.*)
Pero ¿cómo no me pagas
los jornales que merezco
de esta cantera acabada?

SIGISMUNDO.

Hágote mi camarero.

ORELIO.

¡Cómo! ¡un cochero!

GASCON.

Pasito;
que el sol que alumbrando vemos,
es mas ilustre que vos,
y su oficio es carretero.

ORELIO.

Otro cargo pueden darle.

GASCON.

(*A Lisena.*)

¿No es á su gusto este premio?

LISENA.

Sí, Gascon.

GASCON.

¿Vénlo vustedes?
La princesa gusta de esto.

DON SANCHO, *aparte.*

El celoso como yo,
calle y averigue cuerdo
sospechas, mil veces falsas,
como las mias salieron;
y si fueren verdad, cobre
satisfacion con secreto;
que la pública da causas
al vulgo, siempre parlero.
Don Sancho soy; si he callado
á vuestro gusto, por esto
al buen callar llaman Sancho: (1)
en mí teneis el ejemplo.

---

(1) Este título lleva una reimpresion que se hizo del *Celoso Prudente.*

EXAMEN

DE

EL CELOSO PRUDENTE.

El maestro Tellez, como ya anunciamos en la lista de sus obras colocada al principio del primer tomo, incluyó esta comedia en *Los Cigarrales de Toledo.* Supuso que los personages introducidos en aquella novela representaron *el Vergonzoso en palacio*, *Cómo han de ser los amigos*, y *el Celoso Prudente*; y hablando de la ejecucion de la última, y del efecto que produjo en los que la vieron, dice lo siguiente, aludiendo sin duda á los aplausos que habia obtenido en los teatros públicos de la península.

"Bien afortunada fue en todo esta comedia; pues ni en los que la representaron hubo que notar menos que alabanza, ni en ella los escrupulosos hallaron cosa que no fuese á satisfaccion de los gustos y del arte. Afilen agora, dijo don Juan de Salcedo, los zóilos murmuraciones en la piedra de la envidia: veamos si hallarán los que parten un pelo, alguno en esta digno de reprension; censuren los Catones este entretenimiento; que por mas que le registren, no tendrán las costumbres modestas ocasion de distraerse. Aquí pueden aprender los celosos á no dejarse llevar de esperiencias mentirosas, los maridos á ser prudentes, las damas á ser firmes, los príncipes á cumplir palabras, los padres á mirar por la honra de sus hijos, los criados á ser leales, y todos los presentes á estimar el entretenimiento de la comedia, que en estos tiempos, espurgada de las imperfecciones que en los años pasados se consentian á los teatros de España, y limpia de toda accion torpe, deleita enseñando, y enseña dando gusto."

Avínole bien al padre Tellez escribir en una época en que los españoles eran menos descontentadizos en el teatro que son hoy dia; porque si hubiera alcanzado nuestros tiempos, ó hubiera omitido ciertas espresiones en el *Celoso Prudente*, ó hubieran sido muy mal recibidas. Ni el fin

moral de la composicion, ni la claridad de su argumento, ni la regularidad de sus formas, ni el interés que escita el héroe, ni el ingenio que resplandece en el diálogo, hubieran bastado á disculpar lo aventurado de algunas ideas. Críticos severos hubiera hallado el reverendísimo (y no pocos) que le arguyesen, diciéndole que si desde el principio de la comedia nos pintaba los amores de Sigismundo y Lisena como encaminados á un fin honesto, que si la cita de ambos en el jardin era únicamente para darse mano y palabra de esposos, ¿á qué propósito decia Gascon que los dejaba solos porque estaban picados? ¿Por qué, añadirian, por qué Sigismundo en la escena XVI del segundo acto pide á Lisena que se le entregue á merced, y ella sin oponer, ni aun por melindre, un reparo, se limita á preguntar, como si se tratase del asunto mas indiferente, que cuándo y dónde? De los labios de una doncella virtuosa, cual Lisena aparece hasta allí, de los labios de una muger en cuyo corazon se conserve una chispa de pundonor y vergüenza, no pueden salir tales palabras: esta es una impropiedad de caracter gravísima.

La primera objecion es bastante justa, la última peca de exagerada. Aquí hay una falta de plan, de ejecucion; no de pensamiento, no de moralidad. Lo que Sigismundo quiere proponer á Lisena, como se vé claramente despues en la escena undécima del acto tercero, es el casarse ambos con el beneplácito del rey. Tellez, al evitar cuidadosamente servirse de la palabra *matrimonio*, ó de sus sinónimas (porque oidas por don Sancho, se habia de desvanecer el error en que importaba mantenerle) supuso que Lisena conocia en la voz y en el tono la verdadera intencion del príncipe, (como quiera que los amantes se ven los corazones) y contó con que el auditorio, instruido mas que la dama, por el razonamiento de los dos hermanos antes de la salida de Enrique, no llevaria á mal que una doncella se manifestase dócil y dispuesta á cambiar legítimamente de estado. El vulgo ignorante del tiempo de Tellez comprendia estas cosas sin dificultad, y las interpretaba sin malicia; el público ilustrado de ahora no quiere conocerlas, ó las interpreta de otro modo. Esto que en una composicion escénica de un moderno seria un defecto grave, no lo es en una del padre Tellez.

Por una razon análoga, es decir, porque Tellez de or-

dinario hace hablar á los reyes y príncipes de su teatro como personas particulares, disfrazando á caballeros españoles, contemporáneos suyos, con nombres fingidos, perdonaremos lo del cambio de Lisena por Leonora. Pasaremos tambien el que don Sancho crea que oye á su muger en la escena á oscuras del acto segundo, figurándonos que el buen Urrea hacia poco que conocia á Diana, y que la voz de Lisena podia parecérsele mucho. Lo que no admite disimulo es el no haber motivado la circunstancia de dar Sigismundo á Lisena en aquella ocasion el nombre de su hermana. Engañados Fisberto y el rey por el papel y el retrato del príncipe, cuanto hacen este y Lisena para arraigar aquel error es completamente inutil, porque el objeto está conseguido. Que Sigismundo hable á su dama por el terrero, va bien; pero ¿á qué la llama Diana, si ni el rey ni persona alguna enviada por él, los escucha? Este inconveniente estaba salvado con mucha facilidad. El príncipe podia saber que de orden de su padre le acechaba los pasos un palaciego. No habia podido averiguar quién fuese aquel hombre; veia venir un embozado, pensaba que era el espía, queria alucinarle, hablaba para que le oyesen, y el que le oia era el esposo de Diana.

Con dificultad se hallarán en la comedia del *Celoso Prudente* mas lunares que los que dejamos indicados, y esos desaparecen casi del todo á vista del pensamiento fundamental del drama y de su brillante desempeño. El dolor del honrado marido, que se cree agraviado de un príncipe, su respeto al heredero de la corona, el temor del qué dirán, el disimulo que le aconseja su honor, su templanza con la esposa que se le figura culpable, y el desaliento que sus años le infunden, están espresados de un modo admirable. Tal vez pueda decirse sin cavilosidad que don Francisco de Rojas tuvo presente la figura de don Sancho al escribir su magnífico drama *García del Castañar*. La situacion de ambos esposos es muy semejante; los afectos que les dan guerra, son los mismos; la espresion es parecida; el desenlace varía, porque en el un caso hay ofensa, y en el otro no. Hasta el cariño de Diana á su esposo, el sentir que no esté siempre á su lado, y el viaje de Valdeflores, tienen cierta analogía con el caracter de Blanca y con su fuga á Toledo por disposicion del conde de Orgaz.

La bellísima versificacion de *Palabras y Plumas* vuelve á aparecer en *el Celoso Prudente*, y acaso con mas igualdad y tersura. Preciosas son las quintillas de la esposicion, y las décimas de la escena once en el acto segundo. El monólogo de don Sancho al fin del mismo acto, y los otros dos del tercero, están llenos de sentimiento y poesía: abundan los soliloquios en esta pieza; pero no repugnan, porque se ve que don Sancho no debia hablar de sus celos con nadie. Sentimos hallar, en esos magníficos trozos, aquí un jabon que lava la honra, allá un honor opilado, y acullá una cigüeña sin lengua; se siente tropezar en las octavas del acto primero con la que principia: *que el reino del amor no tiranices* (1), por que es muy de sentir leer despropósitos, ó no entender lo que se lee; pero *ubi plura nitent*, todo se disimula. Comedia sin defectos aun no se ha escrito: el sol con sus manchas es el astro del dia.

---

(1) Página 161.

VENTURA TE DÉ DIOS, HIJO,

COMEDIA.

PERSONAS.

EL DUQUE DE MÁNTUA.
CLEMENCIA, *su hija.*
CLAVELA, *dama.*
ENRIQUE, *conde.*
CRISELIO, *caballero.*
GRIMALDO, *viejo.*
OCTAVIA, *su muger.*
OTON, *su hijo.*
CÉSARO, *letrado.*
ROSELA, *su hermana.*
HONORATO, *viejo.*
FULVIO, *gramático.*
LISENO, *caballero.*
RAMON, *alcaide.*
AGUDO, *criado.*
ALBERTO, *soldado.*
GILOTE, *villano.*
UN PAGE.
Acompañamiento, soldados, pages, alabarderos.

La escena es en Pádua, en Mántua, y en otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Grimaldo, en Pádua.

ESCENA I.

OTON, *de estudiante, con el arte de Antonio* (1) *en la mano.*

¿Qué os hice yo, estrellas pias,
que tanto me perseguís?

(1) Nebrija.

¿Qué confusion infundís
en estas potencias mias?
En un año que há que intento,
por dar á mis padres gusto,
estudiar, y el arte ajusto
á mi torpe entendimiento;
por mas que á costa del sueño,
niego á la cama el tributo,
y decorando sin fruto,
soy mas incapaz que un leño;
la primer conjugacion
aun no he podido aprender,
ni el primer tiempo saber,
tarea de mi licion.
¿Por qué consientes, Apolo,
si las ciencias te dan nombre,
gastar tanto tiempo á un hombre,
sin saber un tiempo solo?
Pues no bastan desengaños,
ni el hallar por esperiencia
que el principio de la ciencia
apetece tiernos años
mas que mi madura edad,
para que á mi padre ablande,
y que estudie no me mande
con tanta incapacidad,
¡cielos! mas memoria os pido,
porque soy, siquiera, amante;
que el amor y el estudiante
se infaman con el olvido.
Amo á Rosela divina;
pensar en ella es mi gloria;
y si es para mi memoria
su imagen anacardina (1),
séalo, estudios, tambien
para que en mí os autoricen;
que nunca se contradicen
saber bien, y querer bien.
Ya es hora de dar licion:

(1) Confeccion para dar memoria.

presto el preceptor vendrá;
mas ¿qué le aprovechará,
si en mí sus preceptos son
lo que en ayunque el martillo?
Ahora bien, decorar quiero
aqueste tiempo primero.
¡Oh! ¿quién pudiera infundillo
todo, sin salir de aquí?
Ánimo, ingenio de plomo.—
Purga parece que tomo.
El verbo es de *sum*, *es*, *fui*
el que me hace trasnochar,
y me ocupa el tiempo todo.
(*Leyendo en el arte.*)
Vaya: *Indicativo modo*,
"en el modo de mostrar."
Tempore presenti dice
luego: "en el tiempo presente."
Como aquesto se me asiente,
al preceptor satisfice.
Dice luego: *sum*; "yo soy,"
es, "tú eres...." Adelante:
est, "aquel es." ¡Qué estudiante!
Aquesto basta por hoy;
como el singular decore,
mañana sabré el plural.
¡Que deprenda yo tan mal,
y que tan bien me enamore!
Cierro el arte, y decorar
(*Paseándose.*)
quiero. ¡Qué mal me acomodo!
Vaya. *Indicativo modo*,
"en el modo de mostrar."
Tempore presenti, "el tiempo
presente." *Sum*.... Ea, pues.
Sum.... significa.... (*Titubeando.*) aquel es.
Sin provecho gasto el tiempo.
Si no abro el libro, es en vano.
¡Que una cosa tan comun
me cueste á mí tanto!—*Sum*....
¡Ah memoria de villano!
(*Mirando el libro.*)

Sum, "yo soy," me enseña aquí.
Lo que por el libro aprendo,
lo olvido luego en leyendo.
¡Cielo! ¿en qué estrella nací?
¡Ah gramática maldita!
(*Arroja el arte.*)
¡mal haya quien te inventó!
Si no soy para tí yo,
¿quién á que estudie me incita?
Vete con la maldicion,
arte de embelecos lleno,
de mi memoria veneno,
de mi ingenio confusion;
que ni te quiero aprender,
ni contigo es bien me asombre.
Si es natural en el hombre
el deseo de saber,
y hace en mí tan poco fruto
la doctrina que me das,
no me llamen hombre mas,
sino roble, estátua, bruto.
¿Hay tal desesperacion?
El preceptor sale. ¡Ah cielo!

ESCENA II.

FULVIO.—OTON.

FULVIO.

¡Oton! ¿el arte en el suelo?
¡Bien se sabrá la licion!

OTON.

Arrójale la torpeza
que en mi vil memoria ves;
quizá entrará por los pies,
pues no entra por la cabeza.
¡Por Dios, que es hombre terrible
mi padre, pues en mi afrenta,
gramático hacerme intenta,
siendo en mí tan imposible!
Si á un verbo no hay dar alcance,

¿cuándo llegaré á su fin,
ni cómo sabrá latin
quien no sabe bien romance?
Aunque tengo padres, soy
de edad varonil, que encierra
mas valor para la guerra,
que para el arte en que estoy;
y si es bien que en esto notes,
no son mis años capaces
de facultad, que á rapaces
muestran palmetas y azotes.

FULVIO.

Señor Oton, vuestro padre
tiene, con ser principal,
mas nobleza que caudal;
y porque el estado os cuadre
á vuestro valor debido,
que estudieis á cargo toma;
porque sus deudos, que en Roma
por las letras han valido,
hasta alcanzar el capelo,
prometen haceros hombre.
Estudiad, y no os asombre
la incapacidad que al cielo
quereis ocioso imputar:
sábio vuestro padre os vea;
que no hay cosa que no sea
dificil al comenzar.
De la honra es breve atajo
el estudio, que el cuerdo ama,
porque al templo de la fama
se entra por el del trabajo.
No cobra valor ni medra
la ociosidad regalada;
que una gota continuada
rompe la mas dura piedra.
Uno y otro estudio venza
la memoria, hasta que abrace
lo que os enseño, pues hace
la mitad el que comienza.
Alzad el arte del suelo,
y estimadle en mas, Oton. (*Coge el arte.*)

Ea, decid la licion,
que ayer os enseñé.

OTON, *aparte.*

¡Ah cielo!

FULVIO.

De ese verbo sustantivo
el primer tiempo me dad.
No os confundais; comenzad.

OTON.

Comienzo. Nominativo,
sum....

FULVIO.

¡Donoso majadero!
¿Nombre haceis á *sum*, *es*, *fui*?
¿No es verbo?

OTON.

Dómine, sí.

FULVIO.

Pues decí el tiempo primero.

OTON.

¿No fue en ese tiempo Adan?

FULVIO.

¡A propósito, fray Jarro!
Por cierto, ¡ingenio bizarro
por discípulo me dan!
¿No os enseñé, impertinente,
los tiempos del verbo? Estaba....

OTON.

Ya, ya: no se me acordaba.

FULVIO.

Pues decí el tiempo presente.

OTON.

El presente es bien bellaco,
si el cielo no lo socorre.
Moneda de vellon corre,
y reinan Venus y Baco,
labra casas la lisonja,
es pescadora de caña
la verdad, la lealtad daña,
la ambicion se metió monja.
Es ciencia la presuncion,
ingenio la oscuridad,

el mentir sagacidad,
y grandeza el ser ladron,
vividor el que consiente,
buhonera la hermosura,
vende báculos la usura,
y.... este es el tiempo presente.
Y pues en él la ignorancia
vence á la sabiduría,
y en mí la dicha podria
ser de mayor importancia
que el latin, que aprendo mal,
con vuestro arte os avenid,
(*Arrójale.*)
y á mi padre le decid
que no fuerce el natural
de su hijo con violencia;
que es hacer al cielo agravio,
y si me quiere hacer sábio,
que me dé la suficiencia. (*Vase.*)

ESCENA III.

FULVIO.

El hombre ha dicho muy bien,
y me libra de un trabajo,
que á tomalle yo á destajo,
perdiera el seso tambien.
¡Jesus! ¡qué gran matalote!
Mas há de un mes que le dí
de licion á *sum*, *es*, *fui*,
que la abarca y el capote
del rústico mas comun
le aprendiera en media hora,
¡y sáleme el poste agora
con: nominativo, *sum*!
¡Qué de Otones que me miran,
discretos en la opinion,
que para el Antonio son
tamquam asinus ad lyram! (*Vase.*)

Sala en casa de Honorato, en Pádua.

ESCENA IV.

ROSELA. AGUDO.

ROSELA.

De modo contenta estoy,
que pues no hago acciones locas,
no muestro que hermana soy
de Césaro: albricias pocas
por tales nuevas te doy.
¿Que mi hermano tanta estima
por sus letras ha alcanzado?

AGUDO.

Toda Italia le sublima
por el mas noble letrado
que lê cátedra de prima.
No tiene jurisperito
Europa sábio con él;
su nombre en Bolonia escrito
por las calles, el laurel
le ofrece.

ROSELA.

Gozo infinito
con esas nuevas me das.
¡Qué alegre estará Honorato,
mi padre!

AGUDO.

No quieras mas
que él solo al de Monferrato,
cuya guerra ya sabrás
que con el de Mántua tiene,
ha sido causa total
de las paces que previene.

ROSELA.

Cuéntame eso.

AGUDO.

Gloria igual
á ganar su valor viene.
Dos años há, como sabes,
que sobre la posesion
de algunas ciudades graves,
que en esta comarca son
de Italia y Milan las llaves,
el duque de Mántua viejo,
y el marques de Monferrato,
los dos de la guerra espejo,
con militar aparato
perturban paz y consejo;
y remitiendo á la guerra
pareceres de letrados,
(que el mas sábio tal vez yerra)
de Italia á los potentados
han convocado á su tierra.
Peleaban cada dia,
y combatiendo murallas
la dicha y la valentía,
en asaltos y en batallas
se abrasaba Lombardía;
y sin poder componellos
los que la paz intentaban,
la ocasion andaba entre ellos,
de quien ciegos procuraban,
sin verla, asir los cabellos.
Cansados de guerra, pues,
entró el papa de por medio,
llamando al duque y marques,
y para poner remedio
en tan prolijo interes,
mandó que buscar hiciesen
al mas ilustre letrado
que las leyes conociesen,
en cuyo estudio y cuidado
sus pleitos comprometiesen.
Dió la diligencia prisa,
y volando á las ciudades
de Italia la fama, avisa
á las universidades

de Perusa, Fermo y Pisa.
Vienen letrados de Roma,
los suyos Bolonia apresta;
mas Césaro que los doma,
como el sol se manifiesta
cuando entre estrellas asoma.
Rindiéronse á su opinion
cuantos ser jueces quisieran,
y no fué grande blason,
pues tambien lo mismo hicieran
Bártulo, Baldo y Jason.
Juez árbitro le nombraron
el duque y marques al fin,
y despues que le informaron,
de dar á sus guerras fin
y pasar los dos juraron
por su sábio parecer,
en la justicia resuelto,
que no admite corromper.
Y despues de haber revuelto
todo el derecho, á vencer
vino el duque; pero dió
Césaro tales razones,
y tan eficaz habló,
que á pesar de disensiones,
á los dos apaciguó
con que la hermosa Clemencia,
hija del duque, se case
con el conde de Placencia,
hijo del marques, y pase
la guerra á bodas y herencia.
Vinieron los dos en esto;
y á Césaro aficionados,
en el gobierno le ha puesto
el duque, de sus estados;
y el marques, que ve compuesto
tan á su satisfaccion
pleito tan largo y reñido,
en muestras de su aficion,
de joyas le ha enriquecido,
y una villa en posesion
de mayorazgo le ha dado;

premio de su mucha ciencia,
y para vos ha alcanzado,
siendo dama de Clemencia,
esperanzas de un condado,
con el esposo que os dé.
Ved lo que el estudio alcanza.

ROSELA.

Pues de estado mejoré,
voluntad, á la mudanza
estátuas levantaré.
Villano padre dió el ser
al mio, que mejoró
con el trato mercader:
vieldos en varas trocó,
y el sembrar por el vender.
Admití la voluntad
que mostró tenerme Oton,
ilustre en esta ciudad,
creyendo de su aficion
interesar calidad
á mi sangre con su amor;
(que aunque pobre, es caballero)
pues dándome él su valor,
y yo en trueco mi dinero,
lucieran los dos mejor;
pero pues la diligencia
de mi hermano le sublima
á tan noble preminencia,
y en fé de su mucha estima,
he de privar con Clemencia,
Oton mude su cuidado;
que ya los cielos serenos
de mi amor, se han anublado;
porque no pienso ser menos
que esposa de un titulado.

AGUDO.

A eso y mas puede animarte
Césaro, del mundo espejo. (*Vase.*)

ESCENA V.

OTON.— ROSELA.

OTON.

Rosela, por adorarte,
odiosos estudios dejo;
que al natural cansa el arte.
¿Qué gramática mejor,
qué mas noble facultad,
qué ciencia de mas valor,
que la que halla en tu beldad
mi correspondido amor?
Estudie nominativos
quien como yo no se asombre,
y aplíqueles adjetivos,
como declinen tu nombre
mis deseos siempre vivos.
Conjuguen á *sum*, *es fui*
sin mí los demas desde hoy,
pues solo de él aprendí,
mi bien, con el *sum*, que soy
tuyo, y no vivo sin tí.
Si se enojare mi padre
porque en su gusto no vengo,
ya, le cuadre ó no le cuadre,
á tu amor por padre tengo,
y á tu hermosura por madre.
Abre el amoroso labio,
hónreme tu sí dichoso,
no hagas á mi fé agravio;
que mas quiero ser tu esposo,
que no siéndolo, ser sabio.

ROSELA.

(*Aparte.* ¡Qué donoso impertinente!)
Oton, pobreza y valor
no son dote competente,
ni anda ya desnudo amor
en la opinion de la gente.

Si ya que eres ignorante,
tuvieras hacienda, Oton,
estimárate constante;
que el tener es dicrecion,
y el oro se ha vuelto amante.
El cielo á mi hermano ha dado
tantas letras, que le ven
por ellas entronizado,
y siendo sabio, no es bien
darle á un necio por cuñado.
De tu ignorancia me pesa.
Césaro me ha prometido,
por lo que en esto interesa,
que no ha de ser mi marido
quien no me llame condesa.

OTON.

Respondes como muger,
pues en la hacienda reparas:
hija, al fin, de un mercader,
que mide su amor á varas
en la tienda del tener.
¿Al interes amor llamas?
Amor no es mas que valor
de la voluntad que infamas.

ROSELA.

Pues tú, ¿qué sabes de amor,
si aun no has llegado á *amo*, *amas*?
Anda, vete á *sum*, *es*, *fui*.

OTON.

Sí haré; que soy caballero,
y seré siempre el que fuí,
y el ser villano y grosero
dé un terron al que hay en tí.
Yo, soy yo....

ROSELA.

¿Dasme licion?

OTON.

Y tú, eres tú.

ROSELA.

A conjugar
te vas enseñando, Oton;
mas tu amor no ha de llegar

conmigo á conjugacion,
ni á ser mi amante tampoco;
que mas adelante pasa.

OTON.

A no estimarte tan poco,
villana....

ROSELA.

¿No hay quien de casa
á palos me eche este loco?

ESCENA VI.

AGUDO.—ROSELA. OTON.

AGUDO.

Albricias, señora mia.
Tu padre y hermano están
en casa, y á Mántua van.
Por ellos el duque envia,
y por tí, porque madama
Clemencia te hace favor.

ROSELA.

¿Es justo estimar tu amor,
cuando un príncipe me llama?
Bien pudiera castigar
tu ignorante desacato,
si á Césaro y á Honorato
cuenta de él quisiera dar;
mas en fé de tu desprecio,
bástete, Oton, por agravio,
que él venga á ganar por sabio,
lo que tú pierdes por necio.
Y pues de tí no hago caso,
por lo que te falta de hombre,
declina casos de un nombre,
mientras en Mántua me caso;
que *musa*, *musæ* te escusa,
pues mientras te corresponde,
me casarán con un conde
y á tí, ignorante, con *musa*.

OTON.

¿Que esto sufro? ¿que esto escucho?
¿que esto causa el no saber?

ESCENA VII.

—

CÉSARO, *de letrado galan.* HONORATO.—OTON. ROSELA.
(*Agudo se va.*)

HONORATO.

¡Hija!

CÉSARO.

¡Hermana!

ROSELA.

Si el placer
da la muerte cuando es mucho,
no sé, hermano, como vivo.
Si honró el laurel tu cabello,
honre mis brazos tu cuello,
en que el alma te apercibo.
Ya sé cuán sabio te nombra
la fama que te engrandece;
que el duque te favorece,
y á mí, que estoy á tu sombra.
Ya sé que él con el marques,
por bastar á apaciguallos,
te hacen señor de vasallos,
y conde te harán despues.
Ya sé que entro en la privanza
de madama, y que por mí
vienes, levantando ansí
hasta el cielo mi esperanza;
que á mi padre da valor
la vara, que en tí mejora,
si de medir hasta agora,
ya en tí de gobernador;
sé que á tu sangre enriqueces;
y aunque honrarte tanto escucho,
sé, en fin, si te han dado mucho,
que infinito mas mereces.

CÉSARO.

Yo sé, Rosela querida,
lo que basta á ennoblecer
mi linage, sangre y ser.
Preven luego tu partida;
que te esperan dos carrozas.

ROSELA.

¿Dos?

HONORATO.

¿Pues eso te ha espantado?
Yo espero verte en estado,
si un año á tu hermano gozas,
que te llame su muger
un Colona, ó un Gonzaga.

ROSELA.

¡Ay padre! el cielo lo haga.

OTON, *aparte.*

Saber y ensoberbecer
todo es uno: la ambicion
de estos me ha causado risa.

CÉSARO.

Yo, hermana, vengo de prisa.

ROSELA.

Vamos.

CÉSARO.

¡Oh señor Oton!
¿aquí está vuesamerced?

OTON.

Con el contento y el gusto,
que en esta ocasion es justo.

CÉSARO.

Todo es hacerme merced.
Ya estará bravo latino.
¿Cómo va de construir?
Versos sabrá ya medir;
no envidiará á Calepino.

ROSELA.

¡Y cómo! No hay quien le iguale.
Es en *sum*, *es*, *fui* la prima;
que tanto lo que es estima,
que del *sum*, *es*, *fui* no sale.

CÉSARO.

Hace bien, que es caballero.
Estudie, haga lo que manda
su padre; que el tiempo ablanda
el ingenio mas grosero.
Sus treinta años, poco mas,
debe tener: muchacho es.
Tiempo le queda despues
para aprender lo demas.
¿Azótale el preceptor?

OTON.

Por la licion, honra fuera;
mas si el verdugo los diera
en cás de algun labrador,
fuera afrenta conocida.

CÉSARO.

¿Tan presto se ha de picar?

OTON.

Muchos suelen azotar
porque dan mala medida.
Como mercader no fuí,
no temo azotes por esto.

CÉSARO.

Yo no me corro tan presto,
aunque lo diga por mí.

HONORATO.

¡Vive Dios, hidalgo pobre...!

CÉSARO.

Basta, padre; que la ciencia
es madre de la prudencia.
Humos con su sangre cobre....
Y advertid que entran acá
sus padres.—Estudie, hermano;
que yo le daré la mano.

OTON.

¡Qué de callos que tendrá!

ESCENA VIII.

GRIMALDO. OCTAVIA.—DICHOS.

GRIMALDO.

(*Hablando con Octavia en el fondo del teatro.*)
¡Que el arte arrojó en el suelo!
¿Hay atrevimiento igual?

OCTAVIA.

Ir contra su natural,
es contradecir al cielo.
Si el estudio á Oton repûna,
no le pidas al acero
ni al plomo que sea ligero.

GRIMALDO.

¿No es para cosa ninguna?
Vive Dios, que ha de guardar
los ganados en la aldea.

OCTAVIA.

No hará tal; que aunque no sea
capaz Oton de estudiar,
es vuestro hijo, y yo su madre,
y es bien que ande en trage noble.

GRIMALDO.

¿Hijo mio, un bruto, un roble?
¿Yo de un mentecato, padre?

OCTAVIA.

¿Qué sabeis vos la ventura
que Dios le tiene guardada?

GRIMALDO.

Quien ni por pluma ni espada,
Octavia, medrar procura,
¿qué puerta abierta hallará
para conseguir valor?

OCTAVIA.

El nuevo gobernador
es el que presente está:
vuestro enojo refrenad.

GRIMALDO.

Antes me corro de ver

que un hijo de un mercader,
de tan baja calidad,
que ayer eran unos bueyes,
con una pajiza casa
todo su caudal, hoy pasa
desde el arado á las leyes.
¡Que por su estudio presuma
ganar honrosos blasones,
destripando ayer terrones,
y hoy laureando su pluma!
¡y que este bárbaro ultraje
mi sangre con su rudeza,
y cuando en Césaro empieza,
acabe en él su linage?
¡Quién se pudiera volver
sin ser visto, por no dalle
el parabien!

OCTAVIA.

Llega á hablalle,
que le habremos menester.

GRIMALDO.

Pues es ya gobernador
de nuestro duque, es forzoso.
(*Llegando á él.*)
Goceis, Césaro dichoso,
con otro cargo mayor
el fruto bien merecido,
que premian en vos los cielos
de vuestro estudio y desvelos,
pues tan bien se os ha lucido.

CÉSARO.

¡O Grimaldo! ¡O Octavia! Aquí,
si me hubiérais menester,
gustaré haceros placer.

GRIMALDO, *aparte.*

¿Placer? ¡Que nos hable ansí
el nieto de un tosco arado!

HONORATO.

Césaro es gobernador
de nuestro duque y señor,
y un título le ha mandado.
Por la buena vecindad

que con vos tenido habemos,
ved si hay en qué; que os haremos
cualquiera comodidad. (*Vase.*)

ROSELA.

Y yo, si el duque me casa
con un conde, cual codicio,
recibiré en mi servicio
á Oton y honraré en mi casa. (*Vase.*)

CÉSARO.

Y yo lo mismo os prometo;
mas pues tan ignorante es,
hacelde que sea cortés,
ya que no podeis discreto;
no le enseñe yo, si alcanza
á dar de sí testimonio,
en vez del arte de Antonio,
el de la buena crianza. (*Vase.*)

ESCENA IX.

OTON. GRIMALDO. OCTAVIA.

GRIMALDO.

¿Que esto haya yo consentido,
y caballero me llame?
¿Que de esta suerte un infame
¡cielos! me haya respondido?
¡Un viejo sin calidad!

OCTAVIA.

¡Ah fortuna, toda estremos!

GRIMALDO.

"Ved si hay en qué; que os haremos
cualquiera comodidad."
Por cuatro letras que sabe....

OTON.

"Si me hubiérais menester,
gustaré haceros placer."
Arrogante, necio y grave....

GRIMALDO.

¡Un rústico...! ¿Que esto pasa
y no pierda yo el jüicio?

"Recibiré en mi servicio
á Oton, y honraré en mi casa."
Y por última venganza,
infame, para afrentarte,
¡me dicen que en vez del arte,
te enseñe buena crianza!
La del campo es la mejor.
Un labrador estudiante
te infama, torpe, ignorante:
desde hoy serás labrador;
que si á ser noble comienza,
quiero, pues que te envileces,
que por donde acaba, empieces;
quizá ansí tendrás vergüenza.
¡Hola...!

OCTAVIA.

Grimaldo, señor,
sosegad y no hagais caso
de quien caerá al mismo paso
que sube á buscar valor.
Si se os ha descomedido
el villano entronizado,
él como tal os ha hablado,
vos como noble, sufrido.
¿Qué culpa vuestro hijo tiene
de lo que el otro os enoja?
¿Da la fortuna que escoja
ingenio á quien por él viene?
Dios no le quiere estudiante,
ni será justo que vos
querais hacer mas que Dios.

GRIMALDO.

Quitáosme, Octavia, delante;
que os haré....

OCTAVIA.

¿No soy su madre?
¿no es razon que á mi hijo acuda?

GRIMALDO.

Sí sois; pero estoy en duda
si le habeis dado otro padre.
Desde hoy tiene de guardar
los bueyes.

ESCENA X.

GILOTE.—GRIMALDO. OCTAVIA. OTON.

GILOTE.

¡Válgamos Dios!
¡qué vagar tienen los dos!
¿Hánmos hoy de despachar?
Mándenmos dar pan y queso,
y á cuenta de mi soldada
seis reales; que está preñada
mi Torilda, y pierde el seso
de achaque.... ¿De qué dirá?
De dar al cura....

GRIMALDO.

Gilote,
quítate aquese capote,
y el sayo.

GILOTE.

¡Mas arre allá!

GRIMALDO.

Quita presto.

GILOTE.

¿Mas qué quiere,
que en meter leña me canse?

GRIMALDO.

Desnuda.

GILOTE.

Desnudaránse;
(*Desnúdase el gaban y sayo.*)
que no son bestias: espere.

GRIMALDO.

Quítate aquesa sotana,
tú y todo, idiota.

OTON.

Señor....

GRIMALDO.

Desde hoy has de ser pastor,
con vida tosca y villana.

Quita y calla, ó vive Dios....
(*Desnúdase Oton.*)

GILOTE.

¿Otro danzante tenemos?
¿Mas si quiere que juguemos
á los batanes los dos?

OCTAVIA.

No he de sufrir tal agravio,
aunque muriendo os resista.

GRIMALDO.

Cada cual su trage vista,
tosco, el tosco; sabio, el sabio.

OTON.

Señor, si el cielo permite
mostrárseme siempre estraño....

GRIMALDO.

En el estudio de un año,
cuando el trabajo compite,
en el mas contrario clima,
no resiste la ignorancia,
porque en la perseverancia
la honra ha puesto su estima.
Vístete, Oton, de pastor.
Vístete ese tosco sayo.
(*Se pone Oton el sayo de Gilote.*)

GILOTE.

¿Compréle yo para él?
Tres varas tien de buriel.

GRIMALDO.

Aun un tordo, un papagayo,
una urraca, un cuervo, en fin,
estudia lo que no entiende,
y si le enseñan, aprende
á hablar romance ó latin;
con que afrentándote están,
pues saben lo que tú no.

GILOTE.

Es verdad, tambien habló
la borrica de Balán;
mas de eso, ¿qué culpa tien
mi capote? ¡Aquí de Dios!

GRIMALDO.

Esa ropa es para vos.

GILOTE.

¿Gil de escolar? ¡oh qué bien!

OTON, *aparte.*

¿Que esto mi padre permita?
Su respeto me acobarda.

OCTAVIA.

La dicha que Dios te guarda,
tu obediencia solicita.
No en las letras solamente
consiste, Oton, ni se alcanza
nuestra bienaventuranza.
Ser dichoso el hombre intente:
poco le importa ser sabio,
si no fuere venturoso;
rinde el necio al ingenioso,
y aunque conoce su agravio,
el cobarde se asegura
con dicha, y vence al valiente;
no hay desdichado prudente;
nunca es necia la ventura.
Ya el saber mucho es odioso;
la ignorancia subió el precio
tanto, que importa ser necio
para ser uno dichoso.
Déte Dios, hijo, ventura;
que ella traerá lo demas.

GRIMALDO.

Si esas liciones le das,
¿mas que aprenderlas procura?
Vente conmigo al aldea;
daréte en ella el estado
que tu estudio ha grangeado;
que no osaré que me vea
Pádua, afrentado por tí,
de la boca de un villano.

OTON.

(*Aparte.* ¿Posible es, tiempo tirano,
que me has de afrentar ansí?)
Hijo tuyo soy, señor;
haz de mí cuanto quisieres.

GRIMALDO.

¡Mi hijo! Mientes; tú eres
hijo de algun vil pastor.

OTON.

Madre, á Dios.

GRIMALDO.

¿Tú de mi casta?—
Ven.

OTON.

Obedecerte elijo.

OCTAVIA.

Ventura te dé Dios, hijo;
que el saber poco, te basta.
(*Vanse Oton y sus padres.*)

ESCENA XI.

GILOTE.

¡Héme aquí á mí ensotanado!
¿Qué ha de decir, si me vé
Torilda? Sí, que burlé
antojos de su preñado.
Mas no; que si hue ell antojo
morder del pescuezo al cura;
porque viva la criatura,
y á él no le crezca el ojo,
verme cura es agudeza:
muérdame á mí, en conclusion;
que mas vale un mordiscon,
que estorbos en la cabeza. (*Vase.*)

Sala baja de un castillo á media jornada de Pádua.

ESCENA XII.

CRISELIO. LISENO.

LISENO.

Sosiégate, señor.

CRISELIO.

Morir, Liseno,
es mejor que vivir desesperado.
Si celos, como sabes, son veneno,
¿cómo podré vivir atosigado?
Dos años há que sirvo, mil que peno,
de madama Clemencia enamorado,
y al cabo de esperanzas y desvelos,
por pagar amor mal, me pagó en celos.
Del duque soy de Mántua noble primo;
acrecentar creí su parentesco
con el de yerno.... ¡Ay Dios! ¿cómo reprimo
el fuego riguroso que padezco?
Servíle en estas guerras, y al arrimo
del amor que tiránico obedezco,
cuando á Clemencia imaginé por mia,
en lugar de Raquel, me dan á Lía.
¿Yo, Liseno, á Clavela? ¿yo su esposo?
¿Qué importa que del duque sea sobrina?
¿Qué importa que su dote caudaloso
incline al interes, si á amor no inclina?
Estoy loco, estoy muerto, estoy celoso.
Quien con celos y amor no desatina,
ni siente agravios, ni de veras ama.
¡Enrique con Clemencia y yo sin dama!
Deja, Liseno, que mi honrada furia
me dé la muerte aquí.

LISENO.

Señor....

CRISELIO.

¡Clemencia
del conde! ¿Y yo, villano de Liguria,
quien la lleve cobarde á su presencia?
¿yo autor infame de mi propia injuria?
¿yo vil ejecutor de mi sentencia?
¿yo amante suyo á intitular me atrevo?
¿yo que la adoro, yo, á casar la llevo?
Esta es traicion que contra mí ejecuto.
Perdone el duque, si por hacer paces,
al conde dá de mi trabajo el fruto.

LISENO.

No des voces, señor: mira lo que haces.

CRISELIO.

Amor, venza mi industria, porque astuto
á mi esperanza amante satisfaces.
Yo estorbaré que el conde de Placencia
á Mántua herede y case con Clemencia.

LISENO.

Ya cualquiera remedio vendrá tarde,
pues á este castillo la has traido;
y á Pádua ha de llegar aquesta tarde,
donde el duque y marques han concurrido.

CRISELIO.

Siempre falta ocasion al que es cobarde,
y sobra tiempo y dála al atrevido.
Yo haré que en no casarse se resuelva,
aunque la guerra á sus principios vuelva.

LISENO.

Al conde de Placencia está aguardando,
que hasta aquí ha de salir á recebilla,
y si tan presto llega, no sé cuando
podrás á no casarse persuadilla.

CRISELIO.

En un hora se vió Troya abrasando;
solo un tiro murallas aportilla.

LISENO.

Madama sale.

CRISELIO.

Amor volando obra;
que á quien valor no falta, el tiempo sobra.

ESCENA XIII.

CLEMENCIA *y* CLAVELA, *de camino.* RAMON.— CRISELIO. LISENO.

RAMON.

De que el duque sea servido
de honrar esta fortaleza,
señora, con vuestra alteza,
notable suerte he tenido.
Presto el conde de Placencia,
llegando aquí, gozará
la ventura que le da
tal esposa y tal herencia.
¡Dichoso pleito, por Dios,
mas que la guerra crüel,
pues sentenciando contra él,
el fruto goza con vos!

CLAVELA.

Lo que no pudo la guerra,
las paces han concluido.

CLEMENCIA.

Sin verle, me dan marido:
no sé si mi padre yerra;
pero sí que su hija soy,
y que es fuerza obedecelle.

CLAVELA.

Hoy, prima, tienes de velle.

CLEMENCIA.

Y tambien me casan hoy.
¿Cuándo has visto tú, Clavela,
boda y vistas en un dia?

CRISELIO, *aparte.*

Favoreced, dicha mia,
mi venturosa cautela;
que pues no ama al desposado,
bien mis engaños saldrán.

CLEMENCIA.

Aun mas término le dan

de vida á un ajusticiado.

CLAVELA.

Tu padre tiene buen gusto.

CLEMENCIA.

Ello es hecho: no hay que hablar.—
¡O Criselio!

CRISELIO.

Descansar
del camino será justo;
que madrugó vuestra alteza.

RAMON.

Contra el calor que hoy abrasa,
no hay defensa en esta casa
mejor que esta baja pieza.
Sale á ese fresco jardin,
y él luego á un bosque que abraza
deleitosa pesca y caza.

CLEMENCIA.

Pasatiempo vuestro, en fin.

RAMON.

Y deseoso de honrarse,
con vuestra hermosa presencia.

CLEMENCIA.

Pase del sol la inclemencia,
y deje comunicarse;
que por él nos partiremos.

RAMON.

En fé de eso, estan sus puertas
con vos seguras y abiertas;
que castillo en que tenemos
por huéspeda á vuestra alteza,
cerrarse fuera traicion.

CLEMENCIA.

Noble y cortés sois, Ramon.

RAMON.

Para vos no hay fortaleza.
Dormid, señora, segura. (*Vase.*)

CRISELIO.

Un poco tengo que hablaros.

CLEMENCIA.

Despues.

CRISELIO.

Ha de ser aparte.

CLAVELA, *aparte.*

¿Mas qué pedirla procura
que sus bodas regocije
con las mias? que me adora.

CLEMENCIA.

¿Vaste, prima?

CLAVELA.

Adios, señora.
(*Aparte.* ¡Ay si fuese lo que dije!)
(*Vanse Clavela y Liseno.*)

ESCENA XIV.

CLEMENCIA. CRISELIO.

CRISELIO.

No quiero con preámbulos decirte
lo que la prisa impide ponderarte;
pues basta mi lealtad á persuadirte,
y el tener yo en tu sangre tanta parte;
solo quiero que en premio de servirte,
si mi amor no es indigno de obligarte,
hagas de él, estimándole, mas cuenta,
que quien viene de paz á hacerte afrenta.
Entre el duque y marques de Monferrato,
despues de dar en tu favor sentencia,
fingido se hizo el amoroso trato
de darte por esposo al de Placencia;
mas él al cielo y á su dicha ingrato,
contra la fé y debida reverencia
al papa, que en las paces se interpuso,
á vengarse á tu costa se dispuso.
Hoy que viene por tí, se determina,
forzándote, á afrentar tu sangre y casa;
que tanto puede el odio cuando inclina
la enemistad, si á descendientes pasa.
No á ser tu esposo viene, ni imagina
tenerte amor, cuando en furor se abrasa,

sino hacer con las paces, fementido,
lo que con tantas guerras no ha podido.
Incítale su padre, que imprudente
antepone á su honra la venganza,
y en esta fortaleza ha puesto gente,
porque su alcaide la traicion alcanza,
y dándole favor como pariente,
de medrar por infiel tiene esperanza:
por eso cortesano te recibe,
regalos te hace, y fiestas te apercibe.
De buen original sé todo esto.
Fabio, mi hermano, que al de Monferrato
sirvió de capitan, por haber puesto
amistad en los dos el largo trato,
viendo en tu honor el riesgo manifiesto,
me escribió este suceso, con recato
y temor que el marques noticia tenga,
porque con tiempo tu favor prevenga.
Mira lo que has de hacer.

CLEMENCIA.

Criselio, amigo,
deudo eres mio; por tu cuenta corre
la honra que á perder vendrás conmigo,
cuando esa infamia mi nobleza borre.
De que verdad me dices es testigo
el corazon y el alma, que socorre
con avisos el daño que previene,
pues no sin causa tan forzada viene.
Sin conocer al conde le aborrezco;
que así con su traicion mi desden cuadra.
Mi honra mira.

CRISELIO.

Defenderla ofrezco.
Enciérrate, señora, en esa cuadra;
que en la espesura de este monte fresco
para este daño prevení una escuadra
de amigos y soldados, que procura
servirte, con quien puedes ir segura.
Si mientras vuelvo, llega el falso conde,
hazte fuerte y da voces; que al instante
seré contigo y con mi gente, en donde
hazañas viles de un traidor quebrante.

La puerta del jardin que corresponde
al bosque, y está abierta, es importante.

CLEMENCIA.

¿Avisaré á Clavela?

CRISELIO.

No, señora;
que estriba todo en el secreto agora.

CLEMENCIA.

¡Oh conde fementido!

CRISELIO.

(*Aparte.* Amor, ¡ayuda!
que si á Clemencia venturoso llevo,
y aseguro el amor que he puesto en duda,
á ser del duque sucesor me atrevo.
Mi gente está emboscada, porque acuda
al amoroso robo. Ulises nuevo
me llamen mis engaños y prudencia.
Segundo Páris soy.) A Dios, Clemencia.

(*Vase Criselio, y Clemencia echa la llave á la puerta que dá á lo interior del castillo.*)

ESCENA XV.

CLEMENCIA.

De la poca voluntad,
conde traidor, que te tengo,
á sacar en limpio vengo
que es cierta tu deslealtad.
Heredas la enemistad,
que entre tu sangre y la mia
ha asombrado á Lombardía,
y la costumbre y bajeza,
que en tí es ya naturaleza,
viles pensamientos cria.
Aun en parte estoy contenta
de tu intencion alevosa,
pues me impide el ser tu esposa,
y mi liviandad aumenta.

UNA VOZ DENTRO.

El conde viene, dad cuenta
á madama.

CLEMENCIA.

¡Ay Dios! ¿qué es esto?
Mi peligro es manifiesto,
y afrenta, pues llegó ya
el traidor; que no podrá
Criselio volver tan presto.
La puerta cerré con llave;
mas ¿de qué servirá ¡ay cielo!
si da con ella en el suelo
quien dar con las honras sabe?
El ánimo, honor, acabe
lo que Criselio concierta.
Al bosque sale la puerta
de este jardin, y sin duda
que por darme el cielo ayuda,
quiso que estuviese abierta.
Por ella dice que aguarde
su ya espacioso favor:
buscalle será mejor,
que llorar si viene tarde.
Alas da el temor cobarde;
si las llevo, ¿qué dilato
mi partida? Conde ingrato,
contra el marques que te apoya,
será imitacion de Troya
tu Placencia y Monferrato.
(*Vase por la puerta que dá al jardin.*)

Selva.

ESCENA XVI.

OTON, *de pastor.*

Umbrosas arboledas,

avarientas al sol, al aire francas,
pues le impedís que vuestros troncos dore,
fuentes que jamás quedas,
rubias arenas entre guijas blandas
criais, donde Narciso se enamore,
á que os habite y llore
me envian en desprecio,
si no rehusais que os acompañe un necio.
Ya que letras no entienda,
en que la gente funda sus caudales,
sublima ingenios y establece grados,
en vosotros aprenda
mi dicha, pues sois libros naturales,
por el abril curioso encuadernados:
darán á mis cuidados,
por fin de mis congojas,
las aves plumas, vuestros ramos hojas.
Si de Rosela amante,
un tiempo la adoré, y en su hermosura
fundada la ambicion, tocó á mudanza,
miraréla arrogante
en vuestras hojas, flores y frescura,
y luego en el invierno mi venganza,
que contra la esperanza
de la hermosura ingrata,
trueca el oro de abril enero en plata.
Dad alivio á mi queja,
montes alegres, soledad segura:
ansí jamás os desampare Flora.
Mi madre me aconseja
que busque mi ignorancia á la ventura;
pero ni sé quien es, ni donde mora;
decidme de ella agora;
que es tormento doblado
el ser á un tiempo noble y desdichado.

ESCENA XVII.

CLEMENCIA, *en capotillo, huyendo.*— OTON.

CLEMENCIA.

Pastor, vaquero, serrano,
si se halla alguna nobleza
en tu llana rustiqueza,
(que tal vez en el villano
se hospeda la cortesía
mejor que en la sangre clara)
socorre agora y ampara
á quien de tí su honor fia.
Escóndeme de un traidor,
que mi deshonra pretende,
y con la venganza ofende
las prendas de su valor.
Mira que se acerca aquí
quien solo injuriarme espera.

OTON.

Si la ventura viviera
como la nobleza en mí,
no me diérades el nombre
con que me habeis injuriado;
pero soy tan desdichado,
que aun no merezco ser hombre.
¿Qué temor os acompaña?
El que os agravia ¿quién es?

CLEMENCIA.

Yo te lo diré despues.
Si tienes casa ó cabaña,
en ella esconder procura
á quien un traidor asalta;
que podrá ser, si te falta,
como dices, la ventura,
que por mí seas dichoso.

OTON.

No me obliga el interes;
noble soy, y soy cortés,

aunque á las letras odioso.
Una granja está aquí cerca,
de un padre, que por castigo
de que el estudio no sigo,
que ni se hereda ni merca,
en este trage me ha puesto.
Tiene condicion terrible,
y si os vé, será posible
que os maltrate descompuesto,
sospechando, si allá os llevo,
lo que los años prolijos
culpan en los mozos hijos.
Mas venid; que yo me atrevo,
vistiéndoos de labradora,
de manera disfrazaros,
que cuando intente agraviaros
quien la ley de noble ignora,
pague al valor que me esfuerza
la traicion con que os asalta;
que á quien el ingenio falta,
le suele sobrar la fuerza.
Venid; que harta dicha ha sido
la que ya me favorece,
pues defenderos merece.

CLEMENCIA.

La que contigo he tenido
te ofrece (pues generoso
quieres defender mi agravio)
hacerte, ya que no sabio,
por lo menos venturoso.

ACTO SEGUNDO.

Campo y vista de la granja de Grimaldo.

ESCENA I.

GRIMALDO. OCTAVIA.

GRIMALDO.

Yo le haré que tenga seso,
pues no le puedo hacer sabio.
¿Tras ignorante, travieso?

OCTAVIA.

Grimaldo....

GRIMALDO.

¡Con buen resabio
ha salido! Estará preso,
vive Dios, hasta que olvide
las pasiones que ha trocado
por las letras que despide.
¡Bueno! ¿Oton enamorado,
cuando en el campo reside?
¿Mugercillas en mi quinta?

OCTAVIA.

Esta es una labradora;
no cual vuestro enojo pinta.

GRIMALDO.

Echalda, Octavia, en mal hora,
ó la que traigo en la cinta,
dándola de espalderazos,
mi cólera amansará.
¿Qué mucho, si en tales lazos
gasta el tiempo, cuando dá
al amor torpes abrazos,
que ni lo que estudia sepa,

ni haga cosa de valor?
No hallo yo pecho en quien quepa
el estudio y el amor,
que de la virtud discrepa.
La torpeza no conserva
letras con que el sabio viva,
de los vicios contrayerba;
que si Venus es lasciva,
por eso es virgen Minerva.
¡Bien en la quinta se emplea!
Con tan buenos cartapacios
estudiando en el aldea,
olvidará los palacios,
que el ocioso amor pasea.
No me repliqueis, Octavia:
preso ha de estar. Despedid
esa muger, si sois sábia.

OCTAVIA.

Desenojaos, y advertid
si Oton con ella os agravia,
y castigalde despues
que lo hayais averiguado.

GRIMALDO.

¡Que siempre en las madres es
el amor desatinado!

OCTAVIA.

Como no hay otro interes
que premie lo que nos cuesta
un hijo, sino el amor,
mas sus fuerzas manifiesta.

GRIMALDO.

¿Quereis indicio mayor
de la aficion deshonesta
que Oton tiene á esa muger?
Pues advertid el cuidado
con que vive desde ayer,
que en casa se ha acomodado;
que yo he procurado ver
si á solas se hablan, y han sido
tantas las muestras, y tales
de amor, que me han persuadido
á que en lazos desiguales

se han de casar, si no impido
este desatino luego.

OCTAVIA.

¿Vos los vistes?

GRIMALDO.

Yo, que sé
las propiedades del fuego,
que aunque de lejos se vé,
dá luz, y es para sí ciego.
Por eso en el fuego ha puesto
amor su esfera; y ansí
despedilda, Octavia, presto,
y dejadme hacer á mí;
que yo me entiendo.

OCTAVIA.

¿Qué es esto?

ESCENA II.

EL DUQUE. ENRIQUE. CLAVELA. ROSELA. CRISELIO. RAMON. CÉSARO. *Acompañamiento del Duque y de Enrique. Todos de camino.* — GRIMALDO. OCTAVIA.

DUQUE.

Si con alguna traicion
no provocais mi paciencia,
mirad, conde de Placencia,
que usais mal de la ocasion
que el cielo dá á nuestras paces.
¿Qué es de Clemencia? que en ella
mi vida estriba.

ENRIQUE.

A perdella,
los sentimientos que haces,
gran señor, no son tan grandes
como los que quien ignora
esta desdicha y la adora,
ha de padecer. No mandes
impedirme de esa suerte
la ventura que intereso;

que habrá de costarme el seso,
si no me cuesta la muerte,
la pérdida lastimosa
de su adorada belleza.

CRISELIO.

Conde, en vuestra fortaleza
estuvo Clemencia hermosa.
Para la amorosa entrega
de estas paces la llevé,
y en la cuadra la dejé
que su depósito niega.
Hallar la puerta cerrada,
y abierto el paso al jardin
del bosque, si no es á fin
de alguna traicion pensada,
no sé lo que conjeture.

DUQUE.

El alcaide es deudo vuestro,
y como en ardides diestro,
no me espanto que procure
en mi agravio la venganza
que anteponeis al amor.

RAMON.

Yo nunca he sido traidor.

ENRIQUE.

Ni mi burlada esperanza
se persuadirá jamás
á que de industria no haces,
(para deshacer las paces
que eternas fueran de hoy mas)
duque, aquesa estratagema;
que estarás arrepentido
que siendo yo su marido,
peligros de amor no tema;
y para que no la goce,
la habrás mandado esconder.

DUQUE.

Nunca se atrevió á ofender
mi valor quien le conoce;
y cuando yo no quisiera
que la paz llegara á efeto,
no me puso en tanto aprieto,

conde, vuestra guerra fiera,
que me obligue á compromisos,
ni á usar de tales engaños.

ENRIQUE.

Truecan los maduros años
falta de esfuerzo en avisos,
y intentareis deshacer
lo concertado con eso;
pero esté el alcaide preso,
duque, y en vuestro poder,
mientras se sabe quien es
el que ocasiona la ausencia
y pérdida de Clemencia:
veremos si mi interes
ó el vuestro queda culpado.

DUQUE.

Soy contento.

RAMON.

Gran señor....

CRISELIO, *aparte.*

¿Qué es esto, confuso amor?
¿Cómo os me habeis malogrado?
Mientras por mi gente fuí,
y con engaños tracé
la ganancia que intenté,
mi dama y dicha perdí.
Pero un consuelo me queda,
y es, que no la gozará
el conde, ni amor querrá
que mal mi industria suceda.

CÉSARO, *aparte.*

Mi dicha se desbarata
si Clemencia no parece;
que el duque que favorece
mis letras, y honrarme trata,
ni de mí se ha de acordar,
ni el marques de mí hará caso.

ROSELA, *aparte.*

Con mis desdichas me caso,
si no me vengo á casar
con el conde imaginado.

CLAVELA, *aparte.*

Si mi prima falta, ¡cielos!
aunque sosieguen los celos
que ella y Cristelio me han dado,
como el duque no sosiegue,
¿qué gusto podré tener?

GRIMALDO.

(*Aparte á su muger.*)

¿Qué causa ha podido haber
para que á mi quinta llegue
ansí el duque alborotado,
con el conde de Placencia?

OCTAVIA.

(*Aparte á su marido.*)

Sí no parece Clemencia,
bastante ocasion le han dado.

ESCENA III.

CLEMENCIA, *de pastora.*— DICHOS.

CLEMENCIA.

Pues los cielos te han traido,
padre invicto, duque justo,
á esta quinta, asilo sacro,
donde mi honor aseguro,
no te espante mi disfraz,
ni con amoroso yugo
enlazar cuellos pretendas,
que se aborrecen por uso.
Antiguas enemistades,
desde tus padres augustos,
al marques de Monferrato
dan tiranos atributos;
que los odios que se heredan,
cual muestran ejemplos muchos,
han menester Alejandros
que desenlacen sus ñudos.
La autoridad sacrosanta
del papa, que se interpuso

entre el rigor de la guerra,
envainar aceros pudo,
que no pudiera el valor
de los enemigos tuyos,
pues tantas veces temblaron
solo de verlos desnudos.
Pero prudente y piadoso,
armas á libros redujo,
asaltos á tribunales,
guerras á pleitos confusos,
criminales competencias
á civiles estatutos,
y el derecho de la espada
á las leyes de Licurgo.
Salió por tí la sentencia,
y lo que por tantos lustros
la guerra no pudo hacer,
una sentencia lo pudo,
que estableciendo amistades,
pretendió juntar en uno
nuestros estados y casas:
necio arbitrio, aunque seguro.
Concertadas ya mis bodas,
y reducidos al culto
del amoroso himeneo,
á celebrallas me trujo
Criselio á una fortaleza,
donde el engaño dispuso
que saliese á recebirme
el conde Enrique perjuro.
Dejáronme en una cuadra,
en que obediente á tu gusto,
y rebelde al mio, (que amor
en fé que en los ojos puso
la entrada que hace en el alma,
si no vé, no dá tributo,
porque es mas sordo que ciego)
estaba haciendo discursos,
ya en pró, ya en contra, hasta tanto
que venció el cansancio, y pudo
rendirme, á pesar del miedo,
en brazos del sueño mudo.

Soñando estaba verdades,
que agora en mi daño apuro,
y entonces adivinaba
el alma, profeta oculto,
cuando entrando por la puerta
de un jardin (que si da fruto
debe de ser en traiciones)
el conde, Páris segundo,
y llevándome en los brazos,
con un lienzo dando un ñudo
á la boca que intentaba
obligar al favor justo,
ayudándole traidores,
sobre las ancas me puso
de un caballo que, sin alas,
voló hasta el bosque confuso.
Púsome, en fin, en el suelo,
y díjome: "ansí procuro
vengar antiguos agravios,
mientras que tu honor injurio.
No letrados con sobornos
piense tu padre caduco
que quieten enemistades,
sentenciando en favor tuyo;
á la fuerza de tu honor
violentamente reduzgo
el tálamo que esperabas,
vuelto en afrenta su yugo.
Con deshonrarte me vengo,
para que publique el mundo
con tu afrenta mi venganza,
que es la que há tanto que busco."
Dí voces, pidiendo al cielo
rayos, que siendo verdugos
contra tiranas ofensas,
mi honor dejasen seguro.
Oyólas un labrador,
en cuerpo y trage robusto,
puesto que noble en los hechos,
á quien mi vida atribuyo,
que con un tosco baston,
despojos de un roble duro,

contra el bárbaro atrevido,
sirvió á mis quejas de escudo;
y sin temer los traidores
cobardes, puesto que muchos,
testigos de sus hazañas
hizo los montes incultos.
Huyó el tirano afrentado,
siendo testigo su insulto
que no hay valiente traidor,
pues tantos temblaron de uno;
y el vencedor cortesano
hasta esta quinta me trujo,
sagrado de mis ofensas,
restauracion de mis gustos;
y asegurando recelos
de Grimaldo, padre suyo,
me vistió de labradora,
lenguas enfrenando al vulgo.
De este modo, gran señor,
desde ayer ocasion busco
para darte larga cuenta
de mis agravios y tuyos.
Si el torpe disimulado,
negallos intenta astuto,
su enemistad y mis quejas
serán testigos seguros.
Escarmienta desde hoy mas,
y de enemigos perjuros
no te fies otra vez
cuando aborrecen por uso;
que ni al rio has de pedir
que retroceda su curso,
al sol que engendre tinieblas,
ni que discurran los brutos.
La enemistad heredada,
si á mil ejemplos acudo,
es otra naturaleza:
con el presente te arguyo.
Armas, valor y honra tienes:
vuelva el acero desnudo
á dar filos á tu agravio,
á asaltar traidores muros;

que primero que me obligues
á su aborrecible yugo,
dándome muerte violenta,
cubriré á Mántua de luto.

DUQUE.

Bárbaro conde, ¿qué disculpa tienes,
que á descargarte de este insulto baste?
¿Armado á celebrar tus bodas vienes?
Culpado estás, pues contra mí te armaste;
que pues defensa á tu traicion previenes,
la enemistad y bandos que heredaste
intentas proseguir, porque no ignoras
que en fiestas, armas siempre son traidoras.
Lo que con tantas guerras no has podido,
¿intentas con traiciones? ¡Y blasonas
de ilustre, de cortés, y bien nacido!
A tus armas añade esas coronas.
Con el Papa y con Dios tengo cumplido;
como contrario tú, traidor, pregonas
la guerra en que ha de ser mortal retrato
de Roma por Neron, tu Monferrato.
Viven los cielos, y mi injuria vive,
que no ha de quedar piedra sobre piedra
en ella, si obediente te recibe,
y amparando traidores, crece y medra.
Habitarála, cuando la derribe,
en vez de gente, solitaria yedra,
que siempre verde, en fé de tu castigo,
de mi injusta venganza sea testigo.
Vete á tu padre, como tú engañoso,
y podrásle decir, cuando le avises
de tu intento burlado y cauteloso,
que deje engaños para el griego Ulises,
y que si sale al campo belicoso,
la yerba teñiré, que huyendo pises,
con mas copia de sangre que dió Italia
á los trágicos campos de Farsalia.

ENRIQUE.

A no saber que con tan vil engaño,
de darme á tu Clemencia arrepentido,
tus embustes reduces en mi daño,
con aquesas mentiras prevenido,

fácil pudiera darte el desengaño,
y de mi amor honesto persuadido,
mostrar quien causa aquese trato doble,
quien su sangre envilece, y quien es noble;
mas el amor con que es razon estime
á madama Clemencia, cuya mano
pensé gozar, mi cólera reprime;
que siempre amor es cuerdo y cortesano.
Injurie mi valor, quejas intime
de que inocente estoy, llámeme en vano
cosario de su honor; que en su decoro
no podré decir mas de que la adoro,
y que pues niegas, duque, al juramento
la obligacion y paces, ya quebradas,
no descortés, pero injuriado, intento
hacer que á mi valor te persüadas.
Los tafetanes lisonjeando al viento,
brillando al sol las hojas aceradas,
dando voces las cajas, mi justicia
publicarán, mi amor y tu malicia.

(*Vase con su acompañamiento.*)

ESCENA IV.

EL DUQUE. CLEMENCIA. CLAVELA. ROSELA. CRISELIO. CÉSARO. RAMON. GRIMALDO. OCTAVIA. *Acompañamiento del duque.*

DUQUE.

¿Adónde está el labrador,
de nuestra honra defensa?

CLEMENCIA.

Ese nombre le hace ofensa;
que es caballero, señor.
El dueño de aquesta quinta,
noble, aunque pobre, es su padre,
y su generosa madre
Octavia, que en Oton pinta,
como en imagen, el ser
de su heredada nobleza.

GRIMALDO.

Dénos los pies vuestra alteza.

DUQUE.

¡Oh Grimaldo! el conocer
quien érades me impidió
del conde el villano agravio.
Ya sé que sois noble y sabio;
pero ¿qué cosa os movió
á vestir en tosco trage
á Oton, si es vuestro heredero?

GRIMALDO.

Tiene el ingenio grosero,
siendo ilustre su linage.
Quisiera que se aplicara
á las letras, y valiera
por ellas; mas de manera
la fortuna le fue avara,
que en un año no ha podido
sus principios alcanzar;
y quísele castigar,
de su ignorancia ofendido,
con tenerle retirado
aquí, donde oculto asista,
y el trage grosero vista,
con su ingenio conformado;
que quien no sabe ser hombre,
no es bien que con hombres viva.

DUQUE.

No en solo la ciencia estriba,
Grimaldo, el glorioso nombre
que ilustra un hidalgo pecho;
que si todos sabios fueran,
poco las armas valieran,
que tantos reyes han hecho.
Providencia es celestial
que conserva el universo,
el dar natural diverso,
y distinto á cada cual.
Por eso son las estrellas
tantas, porque á los mortales
den distintos naturales,
girando en los climas de ellas;

y pues no está en la eleccion
del hombre la facultad
que pretende, á Oton dejad
que siga su inclinacion.
¿Dónde está?

GRIMALDO.

Téngole preso
por lo que, si yo no fuera
crüel, premio mereciera.

DUQUE.

Imprudente andais en eso.
Id por él; que he de premialle,
pues, en fin, le soy deudor,
cuando menos, del honor.
(*Vase Grimaldo.*)

ESCENA V.

EL DUQUE. CLEMENCIA. CLAVELA. ROSELA. CRISELIO. CÉSARO. RAMON. OCTAVIA. *Acompañamiento.*

CÉSARO.

(*Hablando aparte con Rosela.*)
Ya yo comienzo á envidialle.

ROSELA.

Y yo, hermano, á arrepentirme
de haberle menospreciado.

CRISELIO, *aparte.*

Los sucesos que he escuchado,
han venido á persuadirme
que el engaño que fingí
con Clemencia, fue verdad.
¿Si en fé de la enemistad
del conde, mientras salí
por mi gente, al bosque entró
el conde, y robó á madama?
Pero pues ella le infama,
y Oton ayuda le dió,
¿qué hay que dudar? Suerte mia,
mi dicha profetizastes:

ayer mintiendo acertastes.
Sosegad, sospecha fria;
que pues ya se desbarata
la amistad, y el casamiento
del conde, á mi honesto intento
no será Clemencia ingrata.

CLEMENCIA, *aparte.*

Lo que Enrique intentó hacer,
dije anticipadamente.
Industria ha sido prudente.
Aborrezco, y soy muger:
destrúyase Lombardía,
y no destruya mi honor
quien se casa sin amor.

OCTAVIA, *aparte.*

Será Oton desde este dia,
aunque incapaz de saber,
por modo estraño dichoso;
que para ser venturoso,
poca ciencia es menester.

ESCENA VI.

GRIMALDO. OTON.— DICHOS.

GRIMALDO.

Este es, gran señor, mi hijo.

DUQUE.

Oton, mucho os soy á cargo.
De vuestro aumento me encargo:
por capitan os elijo
de esta guerra; que mi honor
por vos tan bien defendido,
contra el conde fementido,
espera en vuestro valor.
Pues si solo y desarmado,
le haceis huir y temer,
mejor le sabreis vencer,
de mi gente acompañado.

OTON.

Aunque no tengo esperiencia

en el marcial ejercicio,
el ser en vuestro servicio,
y de madama Clemencia,
suplirá cualquier defeto
que haya, gran señor, en mí.
Pero yo ¿cuándo vencí
al conde?

DUQUE.

Querreis discreto
disimular el afrenta
de quien vencido se vé
por vos. Todo el caso sé,
y el premio queda á mi cuenta.

CLEMENCIA.

Lo que en mi ayuda habeis hecho,
no es encubrillo razon.
(*Aparte á él.*)
El disimularlo, Oton,
os ha de ser de provecho.
Yo vuestra dicha procuro:
daos por entendido ya.

DUQUE.

La guerra otra vez está
declarada, y yo seguro,
pues vais de mi parte vos,
y el conde es vuestro vencido.

OTON, *aparte.*

¡Qué es esto, cielos!

DUQUE.

Cumplido
tengo con el papa, y Dios.
Pues Enrique desbarata
las paces que con él quiero,
y haciéndole mi heredero,
afrentar mi sangre trata,
nadie culpe mi venganza,
si castigo á un desleal.
Otra vez sois general,
Criselio.

CRISELIO.

La confianza,
gran señor, que de mí haceis,

castigará al conde ingrato,
destruyendo á Monferrato.

DUQUE.

Con vos quiero que lleveis
primo, por acompañado,
á Césaro, que es espejo
de Italia; y con el consejo
de tan famoso letrado,
harán junta, su prudencia
y vuestro esfuerzo, estremada,
en vos, primo con la espada,
y en Césaro con la ciencia.

CÉSARO.

Yo procuraré, señor,
sacándote verdadero,
trocar libros por acero,
reconociendo el favor
de que la lealtad escojas
que en mi amor tus ojos ven.

DUQUE.

Libro es la guerra tambien;
las espadas son sus hojas.
Pues sois en las unas sabio,
sed en las otras valiente;
tinta es la sangre caliente;
con ella escribid mi agravio.
Y pues por mí sentenciastes,
y mi justicia entendeis,
id, y mostrad que sabeis
defender lo que estudiastes;
que si volveis con vitoria,
por letrado y capitan,
Marte y Minerva os darán
laurel de eterna memoria.

CÉSARO.

Beso tus pies.

DUQUE.

Vuestra hermana
queda á cargo de Clemencia.
Si del conde de Placencia
la soberbia humillais vana,
un título la dará

mano de esposo.

ROSELA.

En la vuestra,
gran señor, mi dicha muestra
que toda mi dicha está.

DUQUE.

A Oton, Criselio, os encargo.
Ya sabeis lo que le debo.

CRISELIO.

Seguro voy, pues le llevo
en mi ayuda, y con tal cargo.

DUQUE.

Grimaldo, el término es mio
de toda aquesta comarca:
cuanto en dos leguas abarca
esta sierra, valle y rio,
os doy, para que junteis
á vuestra quinta está hacienda.

GRIMALDO.

Jamás tus canas ofenda
el tiempo.

DUQUE.

Esto le debeis
á Oton, y mas lo que intento
hacer por su intercesion
con vosotros.

CÉSARO, *aparte.*

A este Oton
temo ya.

ROSELA, *aparte.*

Que medre siento.

DUQUE.

Vamos á Mántua, de donde
salgais armados los tres,
para postrar á mis pies
la ingrata cerviz del conde.

CLEMENCIA.

Yo quedo alegre y vengada.

CLAVELA, *aparte.*

Yo celosa, y no segura.

OCTAVIA.

Hijo, sigue la ventura

que Dios te tiene guardada.
(*Vanse todos, menos Oton. Sale Gilote.*)

ESCENA VII.

GILOTE.— OTON.

GILOTE.

Diz que vais por capitan
del duco, Oton.

OTON.

¡O Gilote!
Es verdad.

GILOTE.

Si mi capote
(el que os dí cuando gañan,
de escolar, os hizo ser
vueso padre) no hace al caso,
pues que vistiéndoos de raso,
ya no le habreis menester,
volvédmele; que no me hallo,
si he de hablar verdad, sin él.
Tres varas tien de buriel;
abrígame, y he de honrallo
con mi buena compañia.
Ó si no, pagadmelé.

OTON.

Vente conmigo, y te haré
hombre.

GILOTE.

¡Bueno eso sería!
¡Hombre! ¿Pues soy yo muger?

OTON.

No es hombre quien de su tierra
no sale. Prueba en la guerra
tu esfuerzo.

GILOTE.

¿Y qué me heis de her?

OTON.

Irás conmigo, y si fueres

valiente, cabo serás
de escuadra.

GILOTE.

¿Cabo, y no mas?

OTON.

Conforme lo que valieres,
hasta alcanzar la gineta,
te ayudaré.

GILOTE.

El cargo alabo.
Llevadme por vueso cabo;
seré cabo de agujeta.
¿Y qué hemos de her allá?

OTON.

Matar á los enemigos.

GILOTE.

Y si hay proceso y testigos,
el alcalde ¿me ahorcará?

OTON.

Anda, necio.

GILOTE.

Vó á mudar
el trage. Par dios, que es vicio
ser médico en el oficio.
Oton, vamos á matar. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

GRIMALDO. OCTAVIA.— OTON.

GRIMALDO.

Agora tengo de ver
para lo que eres, Oton:
las armas ventura son,
si méritos el saber.
Pues para aquestas no has sido,
en las otras te aventaja:
gente humilde, pobre y baja
por las armas ha subido
hasta la suprema altura,

que en el imperio se encierra;
verás, siguiendo la guerra,
que todo en ella es ventura.
La ventura, de una escala
cuelga sin riesgo la vida;
tal vez viniendo perdida,
pasará por tí una bala,
matándote al compañero,
y dejándote seguro;
caerá al foso desde el muro
todo un escuadron entero,
y la ventura podrá,
á pesar del enemigo,
conservarte por testigo
de la dicha que e dá.
¿Quién á una posta perdida,
blanco de tanto cañon,
sino la ventura, Oton,
hace que vuelva con vida?
Al que sin dicha se emplea,
ni el coselete grabado,
ni el puesto mas retirado,
ni la militar trinchea
darán defensa segura,
si una bala se abalanza,
que á todas partes alcanza,
sino es solo á la ventura:
pues esta te favorece,
usa de ella con valor.
El duque te hace favor:
en palacio solo crece
(del modo que en la milicia)
la ventura; en él verás
quedarse el mérito atras,
y arrinconar la justicia.
Solo medra el venturoso.
No por esto te aconsejo
que del valor, que es espejo
para el noble y valeroso,
apartes tu juventud;
que si en él la dicha manda,
mucho mas puede cuando anda

al lado de la virtud.
Dios una y otra te dé,
para que no degeneres,
en la ocasion, de quien eres.

OCTAVIA.

Hijo, llega y te daré
los brazos.

OTON.

A Dios, señora.
Padre, á Dios. Vuestros consejos
serán desde hoy mis espejos,
en que me mire cada hora.

ESCENA IX.

GILOTE, *de soldado gracioso.*—DICHOS.

GILOTE.

¿Vengo bueno?

GRIMALDO.

¿Va Gilote
contigo?

OTON.

Quiérole bien....

GILOTE.

Vó con Oton, que no tien
con que pagarme el capote.
Soldado soy ya de casta:
encomiéndoos mi cortijo.

OCTAVIA.

Ventura te dé Dios, hijo;
que el saber poco, te basta. (*Vanse.*)

Campo.—Va anocheciendo.

ESCENA X.

CRISELIO. CÉSARO. SOLDADOS.

CRISELIO.

Decidme otra vez la traza
de ese estratagema nuevo;
que aunque mi eleccion le abraza,
es estraño, y no me atrevo
á ejecutalle.

CÉSARO.

Esta plaza,
con las paces descuidada,
mientras que la guerra ignora,
segunda vez publicada,
no se ha de guardar agora
con la prevencion pasada.
Lo mas de la guerra estriba
en ardides y invenciones;
que aunque el esfuerzo derriba
murallas y torreones,
la industria el valor aviva.
Por eso es tan estimada
la soldadesca de Flandes,
porque en su region helada
consigue victorias grandes
el ingenio, y no la espada.
Allí sus gentes inquietas,
con ardides, cada vez,
ganan victorias discretas,
y como en el ajedrez,
se suelen vencer á tretas.
Como vuestra valentia
á mi ingenio se sujete,
fácil, Criselio, seria

la vitoria que os promete
la traza y industria mia.

CRISELIO.

Guiarme el duque ha mandado
por vos en esta ocasion,
y yo estoy determinado
á ver si las letras son
hazañas en el soldado.
Decid lo que hemos de hacer.

CÉSARO.

Que se embosque nuestra gente,
Criselio, al anochecer
en ese pinar, que enfrente
de Monferrato, ha de ser
su perdicion. Cortarán
de leña seis ú ocho carros,
que á la ciudad llevarán
cuatro soldados bizarros,
á sombra de un capitan;
y en villanos transformados,
dándoles franca la puerta,
de este engaño descuidados,
pondrán, en viéndola abierta,
dos de ellos atravesados,
y harán luego una señal,
á la cual acudiremos
con dicha y esfuerzo igual,
y sin sangre ganaremos
la fuerza mas principal;
con que llevando en prision
al marques y al conde, puede
mostrar, ganando opinion,
que á las fuerzas siempre escede
el ingenio y la ocasion.

CRISELIO.

Alto: yo os he de seguir,
como el duque me ha ordenado.
Si no hay mas que prevenir,
ya el sol su curso ha acabado:
al bosque podemos ir.
Veamos si vuestra ciencia
tiene en las armas valor.

CÉSARO.

Mostrarálo la esperiencia.

CRISELIO, *aparte.*

Dadme preso al conde, amor,
y gozareis á Clemencia. (*Vanse.*)

ESCENA XI.

ENRIQUE. SOLDADOS.

Llegar Tántalo al árbol avariento,
y huir la fruta, cuando el labio toca;
el líquido cristal besar la boca,
y burlalle, dejándole sediento;
A la mesa asentarse el rey hambriento,
y cuando apenas el manjar provoca
al apetito, ver que el harpía loca
alza los platos y convida al viento;
Lo mismo por mí pasa. No sintiera
Tántalo el hambre tanto, á no incitalle
del árbol la presencia apetecible.
Ví á Clemencia, y perdíla. ¡Ay suerte fiera!
que ver tan cerca el bien y no gozalle,
es hacer el tormento mas terrible.

ESCENA XII.

ALBERTO.—ENRIQUE. SOLDADOS.

ALBERTO.

Buena ocasion en las manos
te ha ofrecido la ventura:
hoy te dá la noche escura
á tus contrarios tiranos.
En ese pinar están
emboscados, y seguros
que de tu ciudad los muros
esta noche asaltarán.

Con ellos fuí por espía:
una salida no mas
tienen; vencerlos podrás,
antes que al sol mire el dia.
Pega fuego al monte espeso,
y entre tanto que le abraso,
tus soldados pon al paso,
que aseguren el suceso.
Saldrán sus ardides vanos,
y del fuego vengador
huyendo, el mismo temor
hoy te los pondrá en las manos.

ENRIQUE.

¡Válgame el cielo! Eso ¿es cierto?

ALBERTO.

Tu vitoria sea testigo
de que la verdad te digo.

ENRIQUE.

Si salgo con ella, Alberto,
una gineta te aguarda.
Abrásese el bosque luego.
Un amante todo es fuego;
no es mucho que el monte se arda
á imitacion de mi pecho.
¡Oh! ¡quién pudiera abrasar
tu ciudad, duque, y vengar
los agravios que me has hecho! (*Vanse.*)

ESCENA XIII.

OTON, *de capitan.* GILOTE.

OTON.

Pesárame haber llegado
tarde.

GILOTE.

¡Buena flema tienes!
¿A qué fiesta ó boda vienes?
¿Qué mesa te ha convidado?

OTON.

¿Hay mesa de mas valor
que la que la fama envia?

GILOTE.

La mesa de una hostería
es mas barata y mejor.
Allí á pasto bebo y como;
que aquí en esta mortal venta,
dan pólvora por pimienta,
y albondiguillas de plomo.
¡Miren qué conejo ó polla!
¡Fuego de Dios en cocina,
donde es una culebrina
la mas sazonada olla;
alemaniscos manteles,
los lienzos de una muralla,
que intentan desmantelalla
pages de tiros crueles;
sangre, el vino que promete
á quien su brindis admite,
y el postre de su convite
confitura de un mosquete!
¡Qué pecados te han traido
á la muerte convidado?
De tu madre regalado,
en tu quinta entretenido,
levantándote á las once,
y aguardándote al hogar
el lomo para almorzar,
(no en asadores de bronce,
como los que usa la guerra)
la torreznada con huevos,
y los pichones, que nuevos
apenas pisan la tierra;
criado entre miel y natas,
sin haber visto desnuda
una espada, ¿quién te muda,
que ansí malograrte tratas?

OTON.

El esfuerzo suplirá
lo que falta á la esperiencia:
pues no soy para la ciencia,

la guerra me ensalzará.

GILOTE.

¿Qué guerra, pese á mi suegra,
si en la aldea los disantos (1)
nunca esgremiste entre tantos,
una vez la espada negra?
No lo echemos á perder.
Demos vuelta á casa, Oton.

OTON.

Calla, necio.

ESCENA XIV.

ENRIQUE *y* ALBERTO, *con las espadas desnudas.*— OTON. GILOTE.

ENRIQUE.

(*Sin ver á Oton y Gilote.*)
La razon
de mi amor vino á vencer.
Lo que el fuego perdonó,
ha consumido la espada.

ALBERTO.

Vitoria ha sido estremada.

ENRIQUE.

Criselio ¿está preso?

ALBERTO.

No.

ENRIQUE.

Dejaríase abrasar,
por no verse en mi poder.

OTON, *bajo.*

¿Cómo es esto?

GILOTE.

(*Hablan aparte él y Oton.*)
Esto es temer,
y eso debe ser temblar.
(*Desvíanse á un lado.*)

(1) Dia santo, dia de fiesta.

OTON.

Retírate aquí; sabremos
quien son estos, y qué ha sido
de Criselio.

ALBERTO.

(*A Enrique.*)
Yo he venido
á darte cuenta.

OTON.

Escuchemos.

ENRIQUE.

Deja que el campo despoje
lo que el fuego no ha deshecho,
pues es debido derecho
de la guerra; y mientras coge
el premio de su vitoria
mi gente, repara, Alberto,
en que Clemencia me ha muerto,
porque viva su memoria.
Con esta postrera injuria
cerrado habrá la venganza
las puertas á la esperanza;
ya no habrá aplacar la furia
del duque, que por no darme
el galardon prometido,
si en las paces fementido,
traiciones vino á imputarme,
con agravios verdaderos,
¿quién vencerá su rigor?
¡Ay desatinado amor!
imposible es socorreros.

OTON.

(*Hablando aparte con Gilote.*)
Oye: el conde de Placencia
es este, y he colegido
que Criselio está vencido,
y él adorando á Clemencia.
Vive Dios, que he de probar
donde llega mi ventura.

GILOTE.

¿Qué intentas?

OTON.

La noche escura
preso al conde me ha de dar.

GILOTE.

¿Estás loco?

OTON.

Solos dos
son cual nosotros.—¿Qué espero?

GILOTE.

Yo, Oton, no soy mas que cero,
que nada valgo. ¡Por Dios,
que no des triste viudez
á mi Torilda!

OTON.

Importuno,
si eres cero y yo soy uno,
contigo valgo por diez.
(*Adelántase hácia Enrique.*)
Enrique, daos á prision.

ENRIQUE.

¿Qué escucho?

GILOTE, *aparte.*

¡Ay Torilda mia!
No hay Gil desde aqueste dia:
tocas de viuda te pon.

ENRIQUE.

¿Quién eres tú, que arrogante
á tal locura te atreves?

OTON.

Despues que mi esfuerzo pruebes,
sabrás quien tienes delante.

ENRIQUE.

¿Eres Criselio?

OTON.

No tengo
la esperiencia militar
que le ha venido á ilustrar;
pero con mas dicha vengo.
Date á prision, ó prevente,
si no temes mi valor.

ALBERTO.

(*Aparte á Enrique.*)

Dale la muerte, señor,
mientras que llamo tu gente;
que pues habla confiado,
no viene solo.

(*Vase.*)

ESCENA XV.

ENRIQUE. OTON. GILOTE.

GILOTE, *aparte.*

¡Buen modo
de huir!—Tras él me acomodo.

(*Colócase detras de Oton.*)

ENRIQUE.

Si del duque eres soldado,
déjale y mi campo sigue;
que yo capitan te haré.

OTON.

A la lealtad que heredé
no hay interes que la obligue;
que en mi vida fuí traidor.
Date.

(*Pelean, y pierde la espada Enrique.*)

ENRIQUE.

La espada he perdido,
y en un brazo me has herido:
mostrado has bien tu valor.
Esto basta: no me lleves
al duque, y pide el rescate
que gustares.

OTON.

Disparate
es que con el oro pruebes
mi lealtad. Allá has de ir preso,
ó quedar sin vida aquí.

GILOTE.

Valiente revés le dí,
cortéle el brazo hasta el hueso.

ENRIQUE.

¿Eres noble?

OTON.

Y caballero.

ENRIQUE.

¡Cielos! Despues de la gloria
de tan felice victoria
¿tal azar?—Tu prisionero
soy: haz, soldado famoso,
de mí lo que mas gustares.

OTON.

Toda es encuentros y azares
la guerra; sufre animoso.
Ata á la herida este lienzo,
y esta banda aplica al brazo;
que cortés rendirte trazo,
ya que en las armas te venzo.
En ese caballo mio
sube; que en el de este iré.

GILOTE, *aparte.*

¡Héme aquí ginete á pie!
Lleve el diablo el desafio.

ENRIQUE.

Tu noble y hidalgo trato,
aunque enemigo, me obliga
á que envidioso te siga.—
¡Que á vista de Monferrato
me haya preso un hombre solo!

OTON.

Tu gente temo que venga,
y corro, en que me detenga,
peligro, si sale Apolo.
Vamos.

ENRIQUE.

¡Ingrata Clemencia!
cuando me quite la vida
tu padre, por bien perdida
la juzgaré en tu presencia.

OTON.

Si con él soy de provecho,
no tengas de eso temor.

GILOTE.

(*A Oton.*)

¡Qué dices de mi valor?
¡Bravamente lo hemos hecho!

OTON.

¿Tú?

GILOTE.

Yo, pues.

OTON.

Detras de mí,
cobarde, ¿no te ponias?

GILOTE.

Siendo cero, ansí tenias
todo el valor que te dí;
si no, júzgalo tú mismo.
Cuando el cero vá detras,
¿no vale el número mas?

OTON.

¡Valiente eres!

GILOTE.

En guarismo.

OTON.

Gran lebron eres, Gilote.

ENRIQUE.

¡Vitorioso y prisionero!
¡Cielos!

GILOTE.

Llámame tu cero;
que á fé que ha habido cerote. (*Vanse.*)

Sala en el palacio del duque, en Mántua.

ESCENA XVI.

EL DUQUE. CLEMENCIA. CLAVELA. ROSELA.

DUQUE.

No temo infeliz suceso
de esta guerra, pues me ampara

la justicia cierta y clara
del agravio que confieso.
Buen general señalé:
vencedor Criselio ha sido
mil veces del fementido
marques, y si aseguré
su valor con la prudencia
de Césaro, cuerdo y sabio,
¿quién duda que de mi agravio,
juntando al valor su ciencia,
he de quedar satisfecho?

CLEMENCIA.

Y mas cuando te asegura,
señor, de Oton la ventura.

CLAVELA.

Ya el conde estará deshecho.

DUQUE.

Esta es la hora que vienen
triunfando á Mántua los tres,
y presos conde y marques,
por mí á Monferrato tienen.

ROSELA.

De mi hermano no hay dudar,
siendo César, que presuma
juntar la lanza á la pluma,
y vencer como estudiar.

DUQUE.

(*A Rosela.*)
Si él con la vitoria sale,
con Criselio os casaré.

CLAVELA, *aparte.*

¡Ay cielo!

DUQUE.

Y conde le haré
de Regio, para que iguale
el estado á su valor.

ROSELA.

Eres Gonzaga: no puedes
hacer menores mercedes.

CLEMENCIA, *aparte.*

Si le pierdo vencedor,
haced que vuelva vencido.

No le deis ayuda, cielos,
salilde al encuentro celos,
pues yo de seso he salido.
(*Suenan dentro cajas destempladas.*)

ESCENA XVII.

CRISELIO *y* CÉSARO, *de luto.*— EL DUQUE. CLEMENCIA. CLAVELA. ROSELA.

CRISELIO.
(*Se arrodilla.*)
Esta es la primera vez,
invicto duque de Mántua,
que vencido tus pies beso,
que Enrique pisa tus armas.
No atribuyas á descuidos,
desorden, culpables faltas,
ó impericia militar,
tu daño y nuestras desgracias,
sino á la ciega fortuna,
que en las guerras y privanzas,
por parecer mas hermosa,
quiere mostrarse mas varia.
Dísteme por compañero
á Césaro, con quien mandas
que estratagemas consulte,
pida ardides, siga trazas.
No digo yo, aunque pudiera,
la diferencia y distancia
que hay del arnés á la joya,
de la borla á la celada,
cuan mal que se compadecen
hojas de libros y espadas,
ejércitos con escuelas,
y cátedras con murallas;
pero diga la esperiencia
lo que hay de obras á palabras,
de las plumas á la pluma,
de argumentos á batallas;

que si ejemplos testifican,
el presente, duque, basta,
pues por seguir á las letras,
vuelven vencidas las armas.

CÉSARO.

No eches la culpa al ingenio,
Criselio, cuyas ventajas
á tu pesar reconocen
las fuerzas mas celebradas.
Cátedras lê la milicia,
que universidades pagan,
y á especulacion reducen
esperiencias practicadas.
Mi parecer fue ingenioso,
y si á ejecucion llegara,
Monferrato y su marques
fueran proverbio en Italia.
Di tú que no bastan ciencias,
que peine el consejo canas,
que asalte el esfuerzo muros,
que arroje el enojo balas,
si no asiste la ventura,
porque la vez que esta falta,
ni Pompeyo entre legiones,
ni Marco Antonio entre armadas,
á la fortuna del César
se opondrán, que en una barca
del miedo asegura á Amiclas,
y atrevido el mar contrasta.
Mandéte emboscar la gente,
para que al cuarto del alba,
ganando al marques las puertas,
diesen al valor entrada.
Dió la fortuna, envidiosa
de este ardid, cuenta á la fama;
contóselo al enemigo,
que el monte y la gente abrasa,
y por él peleando el fuego,
la vitoria á voces canta,
no el esfuerzo, la ventura;
no el valor, sino las llamas.
Si no fuimos venturosos,

no culpes las letras sábias,
que ponen Marte y Minerva
sobre sus cabezas....

DUQUE.

Basta.
Vencidos venís los dos.
Las letras sin manos hablan;
el valor obra sin lengua,
uno Ulises y otro Ayax;
pero los dos sin ventura,
la elocuencia y la arrogancia,
las armas junto á las letras,
decís bien, no valen nada.
Volveos, Césaro á los libros;
abogad, sentenciad causas;
que no es bien pase la pluma
de la mano á la celada:
de vuestro centro os saqué,
y fuera de él, pesa el agua.
No traen armas los juristas:
con solo un *fallamos*, matan.—
¿Qué es de Oton?

CRISELIO.

No sé si afirme
en su afrenta ó alabanza,
que el temor ó la ventura,
previnieron su tardanza.
No fué al campo.

DUQUE.

Yo lo creo;
que si en él Oton se hallara,
salieran con la vitoria
su valor y mi venganza.

CÉSARO.

¿La vitoria un ignorante,
que en su vida ciñó espada?

DUQUE.

Mejor sois para fiscal
que para soldado: basta.
(*Ruido de cajas dentro.*)

ESCENA XVIII.

OTON. ENRIQUE, *sin armas*, *y con banda al brazo.*—DICHOS.

OTON.

Atribuye á mi ventura,
y no al valor, que me falta,
el ofrecerte, señor,
á Enrique preso á tus plantas.
Vencedor, viene vencido.
Yo tengo pocas palabras.
Tarde al campo me enviaron
cumplimientos de mi casa;
hallé al conde, que con otro
su vitoria celebraba;
pedí ayuda á mi fortuna,
y de suerte me acompaña
que, en fin, vine, ví y vencí.
Por relacion esto basta;
y por premio de mis dichas,
que de ellas te satisfagas.
Solamente te suplico
que mires que eres Gonzaga,
y que el valor resplandezca
en tí, mas que la venganza.
En tu poder está el conde:
el que es generoso paga
agravios con beneficios;
perdónale, si te agravia.

DUQUE.

A vuestras cortas razones,
y á vuestras hazañas largas,
con largos premios prometo
juntar cortas alabanzas.
Mi honor os debo dos veces:
vencido habeis otras tantas
á Enrique, y restituido
á su ser mi antigua fama.
Pues me dais un conde preso,

bien será que conde os haga.
Conde sois de Val-hermoso.

OTON.

Esclavo tuyo me llama.

DUQUE.

Criselio, el baston os vuelvo;
y pues la dicha acompaña
á Oton, seguid su ventura;
que mientras Césaro trata
en mi tribunal de pleitos,
si al valor la dicha ensalza,
valor teneis, y Oton dicha:
restaurad vuestras desgracias.

CRISELIO.

Castigando, señor, premias:
si avergüenzan tus palabras,
tus mercedes dan valor;
justamente á Oton levantas.
Con su feliz compañia,
ni temo suerte contraria,
ni enemigo poderoso,
ni empresa con que no salga.

DUQUE.

Conde, á intercesion de Oton,
debajo vuestra palabra,
la ciudad teneis por carcel,
sin prisiones y sin guardas.

ENRIQUE.

Yo la doy, y á tu grandeza
rindo las debidas gracias,
deseoso que sin ira
de mi amor te satisfagas;
(*Aparte.* ¡Dichosa prision, si estoy
en presencia de mi dama!
Amor, mas cierto anduvieras,
si libertad la llamaras.)

CLEMENCIA.

¿No me hablais, Oton?

OTON.

Señora,
poco agradece quien habla:
la suspension siempre mira,

la obligacion siempre calla.
Por vos tengo el bien que tengo.

CLEMENCIA.

Ya sois conde.

OTON.

Ser me basta
esclavo vuestro.

CLEMENCIA.

Yo haré
que envidien vuestra privanza.

CLAVELA, *aparte.*

Pues no se casa Rosela
con mi Criselio, esperanzas,
dalde, pues vuelve vencido,
pésame no, alegres gracias.

CÉSARO.

El nuevo título goce
vueseñoría edad larga.

OTON.

¡O señor gobernador!
pésame de sus desgracias.
Si hay en que pueda servirle,
(no hacer placer, que es hidalga
siempre en mí la cortesía)
acudiré con el alma.

ROSELA.

No doy á vuestra escelencia
el parabien, de turbada,
con el encarecimiento
que debe quien tanto le ama.

OTON.

¡O hermosa Rosela! Ya
llegó la hora deseada
de que esté en vuestro servicio,
y á Oton honre vuestra casa,
pues sirviéndoos de la mia,
mientras que condesa os llama
un título, vuestro esposo,
y el duque con él os casa,
por dichoso me tendré,
no en que si se ofrece, os haga
cualquiera comodidad,

(que fuera poca crianza)
sino en que como señora,
me mandeis.

ROSELA, *aparte.*

Dióme en el alma.

CÉSARO, *aparte.*

¡Que se antepongan mis letras
de este modo á la ignorancia
de hombre que sabe tan poco!

ROSELA, *aparte.*

La envidia el pecho me abrasa.

CÉSARO, *aparte.*

A quien sobra la ventura,
el saber poco, le basta.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

CLEMENCIA. CLAVELA.

CLEMENCIA.

¿De mí, en fin, estás quejosa?

CLAVELA.

Mi amor te lo certifica.
La voluntad te halla hermosa,
el interés te vé rica,
el parentesco amorosa,
discreta el entendimiento,
tierna la conversacion;
y ansí de Criselio siento,
si tantos tus dotes son,
que intenta tu casamiento.
En la guerra te ha obligado,
en la paz te ha pretendido;
vitorioso, si soldado,
y si galan, preferido:
luego es cierto mi cuidado.

CLEMENCIA.

Otro, Clavela, es el mio,
del tuyo tan diferente,
que le juzgo á desvarío:
nunca de amor que es pariente,
lograr esperanzas fio.
¡Ay prima mia! y ¡qué estrañas
somos las mugeres!

CLAVELA.

¿Pues?

CLEMENCIA.

Porque sepas si te engañas....

¿Ves mi libre desden? ¿ves
mis rigurosas entrañas?
¿lo que al conde de Placencia
aborrecí poderoso?
¿lo que temí su presencia,
pues por no verle mi esposo,
ni mi gusto en contingencia,
el robo y fuerza fingí,
que no llegó á ejecucion,
y con mi padre mentí
vanas hazañas de Oton?

CLAVELA.

Ya, prima, supe de tí
el aviso que tuviste
del conde, tu amor ingrato;
que su venida supiste,
y que de su torpe trato
al bosque turbada huiste;
el buen proceder de Oton;
el por qué te disfrazaste,
y por anticipacion,
que al conde Enrique imputaste
la no gozada traicion.
¿Hay mas que añadir á eso?

CLEMENCIA.

A Enrique desheredado,
á Enrique sin padre, y preso,
sin amigos, sin estado,
y estoy por decir sin seso;
á Enrique que aborrecí,
porque lo que soy publiques,
á Enrique, ya pobre....

CLAVELA.

Sí.

CLEMENCIA.

Pues á Enrique....

CLAVELA.

¿Hay mas Enriques?

CLEMENCIA.

Prima, quiero mas que á mí.

CLAVELA.

¿A quien tu afrenta intentó?

CLEMENCIA.

No sé que eso verdad sea;
sé que quien me lo contó
me amaba, y que amor se emplea
en engaños.

CLAVELA.

Bien sé yo
de las muestras de aficion,
con que mas Enrique siente
tu desden que su prision,
que cualquier fama desmiente
que desdore su opinion;
pero hale el duque quitado
el estado que tenia;
murió su padre cercado,
sin que un pueblo en Lombardía
de tantos le hayan quedado;
si rico fue aborrecido,
no sé como pueda ser,
cuando tan pobre, querido.

CLEMENCIA.

Hazañas son del poder,
á Dios siempre parecido.
Añadir al oro, prima,
esmaltes, cuando por sí
el mundo tanto le estima,
no es mucho, ni que á un rubí,
ó un diamante que sublima
hasta el sol su resplandor,
guarnezca el oro opulento,
y realce su labor;
pues halla, en fin, fundamento
el trabajo en su valor.
Mas de una materia baja
hacer una pieza noble,
un escritorio, una caja,
una imagen, que de un roble,
al oro puro aventaja,
esa es magestad guardada
á Dios solo y al poder,
que con grandeza elevada
se autorizan con dar ser

y valor á lo que es nada.
Esto mismo hacer procura
mi amor, pues porque á luz salga
su poder y mi hermosura,
busca un marido que valga,
prima, no mas que la hechura.

CLAVELA.

Mis celos has satisfecho,
pues esa hechura saldrá
á tu gusto, y mi provecho.

CLEMENCIA.

Mi hechura solo valdrá
si hago al conde, ya deshecho.

CLAVELA.

Rosela sale.

CLEMENCIA.

Pues anda,
y no temas que por mí
pierda tu amor su demanda;
que á mi Enrique el alma dí,
si bronce, ya cera blanda.

(*Vase Clavela.*)

ESCENA II.

ROSELA.—CLEMENCIA.

ROSELA.

En busca de vuestra alteza
me trae, señora, un cuidado,
que ocasiona mi tristeza.

CLEMENCIA.

Como sea enamorado,
á comunicarle empieza;
que los de una facultad
alivian su mal mejor.

ROSELA.

Es, gran señora, verdad.
Mas ¿paga tributo á amor
vuestra alteza?

CLEMENCIA.

Voluntad
tengo á quien aborrecia:
decirme la tuya puedes,
mientras yo callo la mia.

ROSELA.

Segura con las mercedes
que me has hecho desde el dia
que entré en palacio, quisiera,
si de mí te satisfaces....

CLEMENCIA.

¿Querrásme hacer tu tercera?

ROSELA.

Que fueses en unas paces,
gran señora, medianera.

CLEMENCIA.

¿Con quien los enojos son?

ROSELA.

Dias há que he sido amada
con recíproca aficion,
aunque agora mal pagada,
de Oton.

CLEMENCIA.

¿Luego sabe Oton
querer?

ROSELA.

Ninguno lo ignora,
ni él tan venturoso fuera
si no amara, gran señora.

CLEMENCIA.

Bien dices: la planta y fiera,
por dar fruto, se enamora.

ROSELA.

Cuando alcancé tu privanza,
le traté con menosprecio,
y, con ingrata mudanza,
le llamé ignorante y necio;
porque llegó mi esperanza
á prometerse por sí
dar la mano á un potentado;
que aunque plebeya nací,
como mi hermano ha llegado

á tanta dicha, creí
subir donde mi ambicion
pretendió desvanecida.
Sintió mi desden Oton,
y despreciado, me olvida.

CLEMENCIA.

Agravios y celos son
espuelas con que amor vuela,
aunque un desprecio es bastante
á apagar llamas, Rosela.

ROSELA.

De un hombre tan ignorante,
que aun no le admite la escuela,
¿quién pensara tal ventura?

CLEMENCIA.

¿Muger eres de penséque?
Desdicho has de tu cordura.
Ahora, yo haré que se trueque
el aspereza en blandura
de Oton; que si te ha querido,
y otra vez el fuego atizas,
que amortiguaste ofendido,
mientras duran las cenizas,
no ha muerto al fuego el olvido.
Yo despertaré sus llamas.

ROSELA.

Él viene, porque procures
mi paz.

CLEMENCIA.

Si cuerda te llamas,
ni en penséques te asegures,
ni desprecies á quien amas.
(*Vase Rosela.*)

ESCENA III.

OTON.—CLEMENCIA.

OTON.

Aguardando el duque queda
á vuestra alteza.

CLEMENCIA.

Y yo á vos.

OTON.

¿Qué hay en que serviros pueda?

CLEMENCIA.

Conde, ¿no muestra ser Dios
amor con vos, que se hospeda
en el mas rústico pecho,
como en el alma mas rica?

OTON.

No soy para él de provecho:
mas á la guerra se aplica
mi inclinacion.

CLEMENCIA.

Ya habeis hecho
en ella alarde capaz
del valor que en vos se encierra;
pero ya que es todo paz
y se ha acabado la guerra,
cuando reina amor rapaz,
¿en qué soleis ocupar
el tiempo?

OTON.

Pues el mas largo,
¿no es corto para pensar
lo mucho que os soy á cargo,
y no he de poder pagar?

CLEMENCIA.

Vos ¿qué me debeis á mí?

OTON.

Todo el ser que me ha ilustrado:
la privanza á que subí;
el haberme acreditado,
fingiendo que yo vencí
al conde Enrique; el sacarme
de una granja al cargo honroso
con que he venido á ilustrarme;
y el haberme hecho dichoso,
que es lo mas que podeis darme.

CLEMENCIA.

La dicha que es con esceso,
es deuda al cielo debida;

yo no tengo parte en eso.
Fingí de Enrique la huida;
mas trayéndole vos preso,
bien habeis beneficiado
lo que dije en profecía:
el título que os ha dado
mi padre á intercesion mia,
vuestro esfuerzo le ha ganado.
Antes os soy tan deudora,
que si es la paga mejor
la que el amor atesora,
os he de hacer acreedor
de un alma, Oton, que os adora.

OTON.

¿A mí, señora?

CLEMENCIA.

Y tan bella
como la imaginacion,
transformada, Oton, en ella,
os dió en alguna ocasion
ánimo para querella.

OTON.

Si no es que de mí os burlais,
no sé, señora, á qué fin
mi libertad incitais.
No os entiendo.

CLEMENCIA.

A hablar latin,
no es mucho no me entendais.

OTON.

Yo en mi vida tuve dama.

CLEMENCIA.

Pues hartas obligaciones
á la que su dueño os llama
teneis. De aquestas razones
sacad quien es la que os ama.

OTON.

¿Yo obligaciones de amor?

ESCENA IV.

UN PAGE.—CLEMENCIA. OTON.

PAGE.

El duque á llamar envia
á vuestra alteza.

OTON, *aparte.*

Temor,
refrenad á la osadía.

CLEMENCIA.

(*Aparte á Oton.*)
Para sabello mejor,
id esta noche al terrero;
que hablando, conde, conmigo,
con ella hablareis.

(*Vanse Clemencia y el page.*)

ESCENA V.

OTON.

¿Qué espero?
Imaginacion, si os sigo,
imitar Faetones quiero.
¡Válgame Dios! ¿Si madama,
para ensalzar mi ventura
de todo punto, me ama?
Mas ¿qué bárbara locura,
necio pensamiento, os llama?
¿Yo de Clemencia? ¿yo amado
de quien el sol puede ser,
no original, su traslado?
Mas ¿no es Clemencia muger?
¿Qué imposibles no ha allanado
del amor el real decoro?
Dicha, de mi parte os hallo:
hombre soy; no la enamoro

como á la asiria el caballo,
ó como á Pasife el toro.
Refrenaos, lengua habladora,
y no ofendais tal valor.
Pero ¿no me dijo agora:
"os he de hacer acreedor
de un alma, Oton, que os adora?"
¿Mas por fuerza ha de ser ella?
Sí; que "mi imaginacion
transformada (dijo) en ella,
me dió tal vez ocasion,
y ánimo para querella."
Si el ánimo es menester,
cierta es la dificultad.
Ánimo para querer,
si no es para su beldad,
¿para qué otra puede ser?
Pero, imaginacion necia,
¿quién vuestra virtud contrasta?
Clemencia á Enrique desprecia,
y con ella, no fue casta
Penélope ni Lucrecia.
Mas si me dijo madama:
"pues hartas obligaciones
á la que su dueño os llama
teneis; de aquestas razones
sacad quién es la que os ama,"
¿yo á quien tengo obligaciones,
si no es solo á su hermosura?
¿Quién ha sido la ocasion
de mi envidiada ventura,
sino es solo su aficion?
Pues si de aquí sacar quiero
mi dama, que es ella digo.
"Id esta noche al terrero;
que hablando, conde, conmigo,
con ella hablareis?" Grosero
soy, pues en esto reparo.
Si ha de hablar mi dama en ella,
¿qué dudais, ingenio avaro?
"Conmigo, hablareis con ella."
¿Pudo decillo mas claro?

Ea, confusion oscura,
pues ánimo es menester,
el ánimo me asegura,
el ser Clemencia muger,
y lo que es mas, mi ventura. (*Vase.*)

ESCENA VI.

CLEMENCIA. EL DUQUE.

DUQUE.

Yo, Clemencia, haré por tí
lo que me pides.

CLEMENCIA.

A Oton
casarle será razon:
palabra á Rosela dí
de suplicarte por ella.

DUQUE.

Bien con Oton casará,
y él en Rosela tendrá
esposa discreta y bella.
Dotaréla de mi mano,
porque tú la quieres bien,
y porque debo tambien
mucho á Césaro, su hermano.
Mas tú, que por todos ruegas,
y casar quieres á Oton,
¿por qué á tu edad en sazon
tan honestos lazos niegas?
Ya es bien que de este cuidado
me libres, y pues soy viejo,
obediente á mi consejo,
des sucesion á mi estado.
Monferrato es tuyo ya;
á Mántua, Clemencia, heredas;
la mas poderosa quedas
de Lombardía, y podrá
cualquier rey, si el interes
ve de tu dote y belleza,

dar corona á tu cabeza,
porque la mano le des.

CLEMENCIA.

Eso queda á cargo tuyo;
que en mí no fuera razon
esceder de tu eleccion.

DUQUE.

Pues si eso es así, concluyo
con que ya tengo escogido,
mi Clemencia, un noble esposo,
no de suerte poderoso,
que al título de marido,
siendo rey, soberbio añada
el título de señor,
sino á quien siendo menor
que tú, la vida privada
y estado por tí mejore,
á tu gusto se sujete,
por señora te respete,
y por esposa te adore.

CLEMENCIA, *aparte.*

Si no es este Enrique, el conde,
cielos, decid, ¿ quién será ?
Pobre y sin estado está,
y con mi amor corresponde.
Pedidme albricias si es él,
amor.

DUQUE.

Vergonzosa y muda,
mezcla el temor y la duda
en tí el jazmin y el clavel.
Razon será despenarte.
Tu esposo ha de ser, Clemencia,
Criselio.

CLEMENCIA.

¿Quién?

DUQUE.

Su presencia
es digna de enamorarte.
Primo es mio, y su valor,
igual á sus prendas claras,
tanto que si tú faltaras,

le hiciera mi sucesor.

CLEMENCIA.

Antes por ser tan cercano,
ni le admito ni apetezco;
que bodas con parentesco
no se logran.

DUQUE.

Ya es en vano
resistir mi voluntad;
que en fé de ser gusto mio,
para que dispense, envio
mañana á su santidad
á Césaro.

CLEMENCIA, *aparte.*

Amor, ya os lloro
malogrado.

DUQUE.

Este es mi intento.
Sobre sangre, casamiento,
dicen que es sobre azul, oro.

CLEMENCIA, *aparte.*

Ó será mi esposo Enrique,
ó la muerte me daré.
Un papel le escribiré;
mi amor sus penas publique.

DUQUE.

Cuerda y obediente eres.
Míralo, y vuelve despues.

CLEMENCIA.

Como ese hombre no me des,
cásame con quien quisieres. (*Vase.*)

ESCENA VII.

EL DUQUE.

Ejecutaré mi gusto,
ó probarás mi rigor.—
Mas no sufrirá mi amor
que la case á mi disgusto.

¡Qué grande felicidad
fuera, si un padre engendrara,
como en el talle y la cara,
en el alma y voluntad
su semejanza; mas Dios
cria el alma, y la dá el ser;
y así es milagro el hacer
una voluntad de dos.

ESCENA VIII.

CÉSARO.— EL DUQUE.

CÉSARO.

De prevenir la partida
que he de hacer á Roma, vengo.

DUQUE.

Mientras que yo no prevengo
á Clemencia, persuadida
á no hacer mi voluntad,
¿qué importan tus prevenciones?
A ruegos y persuasiones
responde con libertad
que hasta el nombre le es odioso
de Criselio, y porque vea
si hacer mi gusto desea,
le dé cualquiera otro esposo,
fuera de él.

CÉSARO, *aparte.*

¡Buena ocasion
la envidia darme procura,
para atajar la ventura
con que me atormenta Oton!

DUQUE.

Es mi única heredera,
ámola escesivamente,
y aunque pudiera imprudente
forzalla á que el sí le diera,
mucho mas debo á mi hija
que á Criselio; y entregalla

á quien aborrece, es dalla,
no esposo, muerte prolija.
Pues mi palabra empeñada,
y dejar mi sucesion,
á falta de hijo varon,
por muger continuada,
llévolo, Césaro, mal.
Criselio, en fin, es mi primo;
por valeroso le estimo,
por discreto y por leal:
si casara con Clemencia,
mi sangre se continuara,
sin que por ella pasara
á estrangera descendencia.
En aquesta confusion,
que me aconsejes te pido.

CÉSARO.

De que no se case ha sido
gran señor, la causa Oton;
que ya que á este punto llego,
traidor fuera, á no decir
lo que llegué á ver y oir.
Como á amor le pintan ciego,
no repara en calidad.
Madama, gran señor, ama
á Oton.

DUQUE.

¿Qué dices?

CÉSARO.

Madama
le muestra tal voluntad,
que si no es á Oton, no creas
que á otro dé la mano y sí.

DUQUE.

Agora se fué de aquí;
y porque tu engaño veas,
afectüosa me pide
que con tu hermana Rosela
case á Oton.

CÉSARO.

Esa es cautela
con que sospechas impide.

Hácele tanto favor,
y con tal publicidad,
que no falta en la ciudad
quien satirice su amor;
y quiérete deslumbrar
con pedirte que le cases
con mi hermana.

DUQUE.

Si probases
lo que acabas de afirmar,
yo la dicha trocaria
de Oton, de suerte que hiciese
que envidiosos no tuviese.

CÉSARO.

A llamarle, pues, envia,
y díle que luego quieres
que se case con Rosela.
Verás cual duda y recela,
y que si fuerza le hicieres,
madama misma procura
disuadirte el casamiento
que te pidió.

DUQUE.

El sufrimiento
á estos tiempos es cordura.
No ha Oton de perder conmigo,
aunque contra él atestigues,
mi amor, mientras no averigues
méritos de su castigo.
Vele á llamar.

CÉSARO, *aparte.*

Si afrentado
de mi hermana, la aborrece,
y por muger se la ofrece
el duque, es averiguado
que ha de responder que no;
y así queda satisfecha
de Clemencia la sospecha,
y de Oton vengado yo;
que su ventura me tiene
tal, que fuera de mí estoy.

DUQUE.

¿No vas?

CÉSARO.

A llamarle voy.
Pero él mismo, señor, viene.

ESCENA IX.

OTON.— EL DUQUE. CÉSARO.

OTON, *aparte.*

Ingenio siempre ignorante,
¿de cuándo acá discurrís,
conjeturais y argüís,
si soy tan torpe estudiante?
Dejad tanta consecuencia,
y ya que hacerlas quereis,
probad que os desvaneceis,
y que no me ama Clemencia.

DUQUE.

Oton.

OTON.

Gran señor.

DUQUE.

¡Qué poco
de vuestro aumento curais,
cuando á mí me desvelais
por él!

OTON.

Si no es ya que loco
me tenga el favor, que siento
hacerme vos, gran señor,
¿qué aumento quiero mayor,
que el desvelaros mi aumento?

DUQUE.

Ya es tiempo de que os caseis;
que se pasa el tiempo en vano;
y si ha de ser de mi mano,
como ó Rosela la deis,
á su dote me obligais.

OTON.

¿Yo á Rosela, gran señor?

DUQUE.

Vos, pues.

OTON.

No me tiene amor.

DUQUE.

Engañado, conde, estais;
que en su nombre me ha pedido
Clemencia este casamiento.

OTON.

¿Quién, señor?

DUQUE.

Turbado os siento.

CÉSARO.

(*Aparte al duque.*)
No dirás que te he mentido.

OTON.

Túrbome de que madama
pida que me case yo
con Rosela.

DUQUE.

¿Por qué no,
siendo Rosela tu dama?

OTON.

Mire, señor, vuestra alteza
que no pedirá por mí
madama....

DUQUE.

Aquesto es ansí.
(*Aparte.* Mi sospecha es ya certeza.)

OTON.

(*Aparte.* ¡Ay soberbia presuncion!)
Señor, que se burlaria
madama, ó probar querria
de esta suerte mi intencion.

DUQUE.

¿A qué efeto? ¿No es igual
este casamiento?

OTON.

Yo,
ni digo sí, ni que no.

Rosela tiene caudal,
y belleza apetecida
para cualquiera valor:
lo que yo dudo, señor,
es que madama lo pida.

DUQUE.

¿Pues qué hay de dificultad
en eso?

OTON.

¿No es cosa grave,
que cuando madama sabe
no tenerme voluntad
Rosela, quiera ofendella,
y darme esposa á disgusto
de Césaro?

DUQUE.

Por mi gusto
Césaro el suyo atropella.
Andad, y dentro de un hora
me dad la resolucion
de este casamiento, Oton.

OTON, *aparte.*

Cayó la máquina agora,
locura, que en viento labras.
Sobre arena edifiqué,
y aun menos, pues levanté
quimeras sobre palabras. (*Vase.*)

ESCENA X.

EL DUQUE. CÉSARO.

DUQUE.

Bien probaste tu intencion.
Este es de Clemencia amante:
indicio he visto bastante
en su necia turbacion.
¿Qué haremos?

CÉSARO.

Darle la muerte;

que el crimen de deslealtad
es de lesa magestad.

DUQUE.

No pagaré de esa suerte
bien lo mucho que le debo.
Ya no pretendo casarle
con tu hermana, mas sacarle
de Mántua.

CÉSARO.

Tu gusto apruebo,
aunque dejar con la vida
á quien ayer levantaste
del polvo, y le sublimaste
á tu privanza, convida
á que otro como él se atreva
á perturbar tu sosiego.

DUQUE.

¿No dices que amor es ciego?
Pues si es ciego quien le lleva,
y le da mi hija ocasion,
cualquier yerro le disculpa.
Clemencia tiene la culpa:
echando de Mántua á Oton,
y enviándole al gobierno
del despojado marques,
podrá Criselio despues
no malograr su amor tierno.
Con este título honesto,
los inconvenientes quito.

CÉSARO.

Eso es premiar su delito.

DUQUE.

Lo que le amo manifiesto.
Ven, y haré la provision
del estado á que le envio;
y porque algun desvarío
no haga Criselio, en razon
del desden con que Clemencia
niega el pretendido sí,
la palabra que le dí,
y de mi estado la herencia
tambien he de asegurar

con una cédula mia.

CÉSARO, *aparte.*

Mi envidia en vano porfia
á este idiota derribar.

DUQUE.

Crüel eres para juez.

CÉSARO, *aparte.*

¡Gobernador Oton ya!
¿Mas que su estado le dá,
si le persigo otra vez?

ESCENA XI.

ENRIQUE.— CÉSARO.

ENRIQUE, *aparte.*

¡A buen término he venido
por vos, amor! ¡De mi estado,
y libertad despojado,
de Clemencia aborrecido,
sin deudos, y sin amigos
que de mis males se acuerden!
que los trabajos los pierden,
ó los vuelven enemigos.
Pero, amor, lo que mas siento,
es de mi ingrata el desden,
porque á quererme ella bien,
gloria fuera mi tormento.

CÉSARO.

(*Aparte.* Enrique es este; ya estoy
contra Oton determinado;
no gobernará el estado,
ni vivirá, si puedo, hoy.)
¡O conde!

ENRIQUE.

¡O Césaro amigo!

CÉSARO.

Con tal nombre me estimad;
que yo os diera libertad,
á poder dar el castigo

á un bárbaro que merece,
y estorba vuestra ventura.

ENRIQUE.

Libertad, no la procura
mi amor; que aunque me aborrece
Clemencia, contento vive,
padeciendo en su presencia.

CÉSARO.

Si como os ama Clemencia,
y por dueño os apercibe
el alma, no se opusiera
la necia contradiccion,
Enrique, que os hace Oton,
brevemente Mántua os viera
su esposo, y del duque airado
noble yerno y sucesor.

ENRIQUE.

¿Clemencia me tiene amor?

CÉSARO.

Mi hermana cuenta me ha dado
de lo que por vos padece,
lo que vuestra prision llora,
si os estima, si os adora,
y si viéndoos se enternece.
Pero Oton, que al duque hechiza,
ignorante y ambicioso,
pretendiendo ser su esposo,
á Clemencia os tiraniza.
A gobernar vuestro estado
le despacha, y en secreto
quiere esta noche, en efeto,
(¡ved si le tiene hechizado!)
que á Clemencia dé la mano,
mientras Criselio lo ignora;
que como sabeis la adora;
y dándoos muerte inhumano,
en tomando posesion
de Monferrato, nombralle
por su marques, y dejalle
de Mántua la sucesion.
Esto en secreto he sabido,
y á decíroslo me atrevo,

porque á lo mucho que os debo
es bien ser agradecido.
De esto último nada entiende
Clemencia, á vuestro amor fiel,
porque esta noche con él
forzarle á casar pretende.
En fin, dama, estado y vida
de aquí á mañana perdeis,
si remedio no poneis.

ENRIQUE.

Sin Clemencia, bien perdida
será. Déme fin crüel
el duque.

CÉSARO.

Mejor remedio
es quitar á Oton de enmedio;
que yo os prometo, muerto él,
de obligar que el duque viejo
trueque su enojo en amor.
Ya veis que me hace favor,
y que estima mi consejo.

ENRIQUE.

Pues ¿de qué modo os parece
se haga, y yo esté seguro
del duque?

CÉSARO.

Pues que procuro
lo que Clemencia apetece,
fiad de mí vuestra suerte.
Esta noche á Oton matemos;
que á Criselio atribuiremos
seguramente su muerte,
que es su amante declarado;
y el duque tendrá por cierto
que alguno le ha descubierto
el casamiento tratado
con Oton, y que en venganza
de su menosprecio y celos,
le ha muerto.

ENRIQUE.

Ayuden los cielos
vuestra industria y mi esperanza;

que vuestro será mi estado,
y es corta satisfaccion.

CÉSARO.

Quedaremos, muerto Oton,
vos contento, y yo vengado. (*Vanse.*)

ESCENA XII.

OTON. GILOTE.

OTON.

¿Quedaba buena mi madre?

GILOTE.

Buena, contenta y segura
de ver crecer tu ventura,
y bendiciendo tu padre
el dia que te engendró.
Los trigos á la barriga;
las viñas (Dios las bendiga,
y á Noé que las plantó)
señales nos dan cumpridas
de hinchir hasta los capachos
los cestos, y á los borrachos
de llenarles las medidas;
el ganado, hasta los perros,
gordos para rebentar;
rebosando el palomar;
lleno el soto de becerros.
Borregos, (Dios los aumente)
ni en los rediles ni cercos
caben; como tú los puercos,
no quitando lo presente.
Los prados llenos de potros,
y las yeguas tambien llenas
las barrigas, porque apenas
unos paren, que entran otros.
Jugando el cura á la polla,
el barbero y sacristén
damas y rentoy tambien.
No hay hogar que esté sin olla,

ni cuna sin dos chicotes:
á todos hallé con vida,
y á mi Torilda parida
de un rapaz con dos cogotes.
¿Qué hay de nuevo por acá?

OTON.

Que me casa el duque.

GILOTE.

¿Es cura?

OTON.

Rosela enmendar procura
desdenes viejos.

GILOTE.

Sí hará.
Mas tú ¿qué dices á eso?

OTON.

Nuevas imaginaciones
traen mi seso en opiniones.

GILOTE.

Pues quedaráste sin seso.
¿Podremos saber de dónde
nace ese mal, ó lo que es?

OTON.

Pregúntamelo despues;
que sale Criselio.

ESCENA XIII.

—

CRISELIO.—OTON. GILOTE.

CRISELIO.

¡O conde!

OTON.

¡O señor! ¿Adónde...?

CRISELIO.

Vengo
al duque, que por mí envia....

OTON.

Yo y todo, á hablalle venia,
porque de una hora, que tengo

de término para dalle
cierta respuesta, no queda
nada ya.

CRISELIO.

Bien os suceda,
porque yo temo enojalle,
segun vengo alborotado.

OTON.

¿Cómo?

CRISELIO.

Con descuido trata
promesas, que si dilata,
le han de alborotar su estado.
Su primo soy, y Clemencia,
cuando me dé mano y sí,
gana.

OTON.

El duque viene aquí.
Si le hablais, llevad paciencia.

ESCENA XIV.

EL DUQUE.—DICHOS.

DUQUE.

Primo.

CRISELIO.

Gran señor.

DUQUE.

Oton.

OTON.

Señor.

DUQUE.

A los dos estimo,
á vos, Criselio, por primo,
y á vos por inclinacion.
Tomad y leed los dos:
(*Da á cada uno un papel.*)
que así pretendo obligaros:

(*A Criselio.*)
á vos por aseguraros,
(*A Oton.*)
y por honraros á vos. (*Vase.*)

ESCENA XV. (1)

OTON. CRISELIO. GILOTE.

CRISELIO.
¿Por asegurarme á mí?
Mi determinacion sabe.

OTON.
¿Por honrarme? ¿Qué honra cabe,
propicios cielos, aquí?

GILOTE.
¡Oigan! ¡cómo se ha quedado
cada cual con su sentencia!

CRISELIO.
¿Si es cédula en que Clemencia
el sí de esposa me ha dado?

OTON.
¿Si porque á Rosela admita,
algun estado me dá?

CRISELIO.
Suspension, veamos ya
lo que contiene esta dita.

OTON.
Lo que dice quiero ver
el papel que á honrarme viene.

GILOTE.
Casa es cada cual que tiene
su cédula de alquiler.

(*Lee en secreto Oton, y en público Criselio.*)

CRISELIO.
Antes que os caseis, importa á mi servicio, y aumento vuestro, saqueis mentirosa á la envidia que os

(1) Habla para sí cada personage en toda la escena.

pretende descomponer conmigo; y esto ha de ser partiéndoos á Monferrato por gobernador de todo su marquesado. Ocupad luego esa plaza; que sobre aquesta merced, cualquiera pretension vuestra caerá mejor.=El Duque.

OTON.

El amor que os tengo, pasa por cualquier dificultad y contradiccion, aunque haya no pocas para que os dé á mi hija Clemencia, y con ella sucesion de mi estado, que procuran impedirme; y ansí, para vuestra seguridad, y en muestras de mi amor, os doy esta firma de resguardo, y mi palabra con ella, que otro no será su esposo que me herede, sino vos.=El Duque.

CRISELIO.

¡Válgame Dios!

OTON.

¡Dios me valga!

CRISELIO.

¡Jesus!

OTON.

¡Jesus!

GILOTE.

Yo tambien
me santiguo; que si ven
algun diablo, porque salga,
bueno es echar bendiciones.

CRISELIO.

¡Descomponerme procuran!

LOS DOS.

¡Jesus!

GILOTE.

Parece que curan
por ensalmo lamparones.

OTON.

¡A mí palabra de esposo
de Clemencia, y su heredero
el duque!

CRISELIO.

Algun lisonjero,
de mi privanza envidioso,
me descompone atrevido;
y para empezar á honrarme
el duque, y asegurarme

la sucesion, ha querido
que gobierne á Monferrato,
y haciéndome su marques,
darme á Clemencia despues.
¿Qué dudo? ¿En qué me recato,
si en esta cédula corta
asegura con certeza
mi casamiento? ¿No reza:
(Lee.) *antes que os caseis, importa*
á mi servicio y aumento
vuestro...? Luego presupone,
contra quien me descompone,
por cierto mi casamiento.
Pues el duque le asegura,
temores, ¿qué hay que dudar?

OTON.

Esto y mas puede esperar
el que tiene mi ventura.
Yo apostaré que Clemencia
á su padre ha declarado
el amor que me ha mostrado,
y él por hacer esperiencia
del que á Rosela he tenido,
(que de Césaro sabrá
sucesos pasados ya)
me mandó ser su marido,
para saber si la quiero,
ó pasó mas adelante
mi pretension que de amante:
esto en mi provecho infiero.
De sangre ilustre desciendo:
los Grimaldos y Fregosos,
en Italia generosos,
me dan el ser; que pretendo
no perderá calidad
conmigo su ducal casa.
(Lee.) *El amor que os tengo pasa*
por cualquier dificultad
y contradiccion, aunque haya
no pocas para que os dé
á mi hija Clemencia. En fé
de que mi ventura vaya

siempre de bien en mejor,
facil será aquesta empresa.
Pues por escrito confiesa
que me tiene el duque amor,
pues rompe dificultades,
pues su heredero me llama,
pues me promete á madama,
pues sois, sospechas, verdades,
fortuna, tened segura
la rueda sobre que fundo
mi suerte, y seré en el mundo
ejemplo de la ventura.

GILOTE.

Encantado está este dia.
Hecho un papatoste estoy.

CRISELIO.

Clemencia es mia desde hoy.

OTON.

Desde hoy es Clemencia mia.

CRISELIO.

Mi dicha este papel muestra.
Id, amor, y pretended;
(Lee.) *que sobre aquesta merced*
cualquiera pretension vuestra
caerá mejor. Pues por vos
queda seguro este trato,
alto, amor: á Monferrato.—
Conde, á Dios. (*Vase.*)

OTON.

Criselio, á Dios.

ESCENA XVI.

OTON. GILOTE.

OTON.

¿Fuése?

GILOTE.

Ya se fué.

OTON.

¿Qué aguardo?

GILOTE.

¿Qué diablos tienes, señor?
Dí.

OTON.

(Lee.) *Y en muestra de mi amor,*
esta firma de resguardo,
y mi palabra con ella,
que otro no será su esposo....
¡Hay hombre mas venturoso!
¿Tal oigo, Clemencia bella?

GILOTE.

Ó me despide, ó procura
decirme qué es lo que tienes.

OTON.

Vida, gusto, estado, bienes,
amor, esposa y ventura.

GILOTE.

Ó enloquezcamos los dos,
ó dime en qué eres dichoso.

OTON.

(Lee.) *Que otro no será su esposo,*
que me herede, sino vos.
Besa, besa este papel.

GILOTE.

¿Gánase alguna indulgencia?

OTON.

Gano por él á Clemencia.

GILOTE.

Quien la gana bese en él.
¿Qué dices?

OTON.

Si tú supieras
leer....

GILOTE.

¡Y como que sé!

OTON.

(*Le da el papel.*)
Pues lê aquí.

GILOTE, *deletreando.*

Q. U. E.=*que.*

¡Por Q comencé! ¿Qué esperas?
¡Bellaco agüero, por Dios!

OTON.

(*Quitándole el papel.*)
Suelta, torpe.

GILOTE.

Lê, ingenioso.

OTON.

(Lee.) *Que nadie será su esposo,*
que me herede, sino vos.

GILOTE.

¿No dice mas?

OTON.

¿Esto es poco?

GILOTE.

Clemencia está aquí, señor.

OTON.

Hasta en esto, tierno amor,
tengo dicha.

GILOTE.

Y en ser loco.

ESCENA XVII.

CLEMENCIA. ROSELA, *y despues* UN PAGE.— DICHOS.

CLEMENCIA.

(*Hablando con Rosela en el fondo.*)
El duque me ha prometido
que te dotará, y que Oton
satisfará tu aficion,
haciéndole tu marido.

ROSELA.

Beso tus pies.

PAGE, *saliendo.*

Gran señora,
el duque dice que al punto
le veais.

CLEMENCIA, *aparte.*

Lo que es barrunto.

Querrá que el sí le dé agora
á Criselio; pero aplique
ruegos, promesas, rigor;
que solo dice mi amor:
"ó morir, ó ser de Enrique."

PAGE.

El duque, señora, espera.

CLEMENCIA.

(*Aparte.* Hasta en dar prisa es crüel.)
(*Aparte á Rosela.*)
Dale al conde este papel,
(*Le da un billete en secreto.*)
y que importa considera.
(*Vanse Clemencia y el page.*)

ESCENA XVIII.

ROSELA. OTON. GILOTE.

ROSELA, *aparte.*

¡Para el conde, y sin nombralle,
papel madama me da,
y que importa! ¿Quién será
el conde á quien he de dalle?
En Mántua hay dos solamente:
Oton y Enrique. ¿Qué haré?
Mas si Enrique conde fue,
conde es de anillo al presente;
aborrécele madama,
y por no verle se esconde;
luego no es Enrique el conde,
á quien de esta suerte llama.
De Oton me hablaba Clemencia,
antes de darme el papel,
y estándome hablando de él,
nombralle era impertinencia.
Podrá ser, pues mensagera
me hace, que en él le diga
el dote con que le obliga,
y el estado que le espera,

si con mi amor corresponde.
Lo que imagino será.—
Pero si aquí Oton está,
y dijo: "dale este al conde,"
no hay duda de que le vió;
y dándola el duque prisa,
discretamente me avisa
que para Oton le escribió.
Llego á hablarle. ¡O señor conde!

OTON.

¡O Rosela!

ROSELA.

(*Le da el papel.*)
Aqueste envia
madama á vueseñoría,
y si discreto responde,
aunque viva descuidado
de suerte tan venturosa,
respete y adore esposa
que le da en dote un estado. (*Vase.*)
(*Anochece.*)

ESCENA XIX.

OTON. GILOTE.

OTON.

No hay ya que poner reparo
en lo que amor apercibe,
pues que madama me escribe,
y Rosela habla tan claro,
en Mántua es público ya
mi casamiento.

GILOTE.

Por eso,
¿estás tan fuera de seso?

OTON.

Si el duque su hija me da,
¿no es, Gilote, bien perdido?

GILOTE.

¿Cómo? ¿á quién te da?

OTON.

A Clemencia.

GILOTE.

Esa es linda impertinencia.
¿No dices que te ha pedido
que te cases con Rosela?

OTON.

Ya de parecer mudó,
y en popa mi amor, rompió
estorbos á remo y vela.
(*Lee el papel aparte.*)
Conde, con la brevedad
que á tanta prisa conviene,
Clemencia afirma que os tiene
rendida la voluntad.
Pues anochece, gozad
la ocasion que os corresponde;
que el jardin os dirá adónde
la dicha es bien que os espere,
que Criselio usurpar quiere.=
Clemencia, esposa del conde.
Criselio estorba sin duda
el bien que casi adquirí.
(*Entristécese.*)
¿Qué he de hacer, ¡triste de mí!
si el duque parecer muda?

GILOTE.

¿Hemos menester ayuda?
¿Tan presto se ha destemplado
la gaita, ó habemos dado
salto en vago? ¿Qué hay de nuevo?

OTON, *aparte.*

Si amor de mi parte llevo,
¿qué estorbos me dan cuidado?
(*Alégrase.*)
Alto; al jardin, que procura
ser templo de mi trofeo,
tálamo de mi himeneo,
teatro de mi ventura.
El duque me la asegura

en el papel, donde afirma
que su palabra confirma;
pues cuando lo sepa airado,
mostraré que me he casado
con su gusto, y con su firma.

GILOTE.

Hombre eres de tornasol:
ya estás alegre, ya triste.
¿Qué camaleon te viste
catalufas de arrebol?

OTON.

Esta noche gozo á un sol.

GILOTE.

Sol de noche, no sé adónde
le haya.

OTON.

Un jardin le esconde,
y este papel le confirma,
pues en él dice esta firma:
Clemencia, esposa del conde. (*Vanse.*)

ESCENA XX.

EL DUQUE. CRISELIO, *y despues* CLAVELA.

DUQUE.

Ansí, Criselio, aseguro
vuestra herencia y casamiento.

CRISELIO.

Y yo en agradecimiento
de tanta merced, procuro
no salir de lo que ordena
mi cédula y provision.

DUQUE.

Tormento es la dilacion;
pero alivie vuestra pena
la palabra que os he dado,
primo, en ella.

(*Sale Clavela.*)

CLAVELA.

Mi lealtad
ha de decir la verdad,
si hasta agora la he callado.

DUQUE.

Clavela, pues ¿qué quereis?

CLAVELA.

Que volvais por vuestro honor.
Madama ha escrito, señor,
primero que la obligueis
á que á otro esposo dé el sí,
al conde Enrique un papel,
pidiendo que vaya en él
á vella....

DUQUE.

¿Cómo?

CRISELIO.

¡Ay de mí!

CLAVELA.

Esta noche á su jardin;
porque, ó ha de ser su esposa,
ó con muerte rigurosa
dar á sus amores fin.
Que lo remedieis es justo,
pues el tiempo da lugar;
que ya no es razon callar
bodas á vuestro disgusto.
Mirad que es de noche ya,
y podrá ser que por obra
ponga el conde el bien que cobra,
y esté, gran señor, allá.

DUQUE.

¡Ay cielos! Pues ¿tiene amor
Clemencia á Enrique?

CLAVELA.

¿Quién duda
que el tiempo y frecuencia muda,
como la edad, el rigor?
Si esposo suyo le llama,
claro está que bien le quiere.

DUQUE.

La sangre que de él vertiere,

apagará su vil llama.
El no haberle yo quitado
la vida, causa todo esto;
mas no es tarde: vamos presto.
Que eres mi sangre has mostrado.
Yo, Clavela, premiaré
el aviso que me das.

CRISELIO, *aparte.*

Nunca de mi parte estás,
ciego amor, rapaz sin fé.
Ó tu fuego no me abrase,
ó sé piadoso conmigo.

CLAVELA, *aparte.*

De esta vez al duque obligo
que con Criselio me case. (*Vanse.*)

Vista esterior del jardin.

ESCENA XXI.

OTON *y* GILOTE, *de noche.*

OTON.

Señas del jardin han hecho:
aquí, Gilote, me aguarda.

GILOTE.

¡Miren á qué chimenea,
con qué bota y qué lunadas!

OTON.

Yo, Gilote, te haré rico.

GILOTE.

Sal presto; que tengo el alma
en la prensa del temor;
que esos son pueblos en Francia.

OTON.

Ea, propicia fortuna,
este escalon no mas falta
para subir á la cumbre

de la ventura mas alta:
dadme la mano, y vereis
como celebro en estátuas
vuestra memoria. (*Vase.*)

ESCENA XXII.

GILOTE.

Colóse,
y creo que va á her colada.
¡Miren á qué Valdovinos,
que le guarde las espaldas!
que es fiarlas del verdugo,
y ya ven como las guarda.
Gente parece que viene.
Mi suerte es tan desdichada,
que la traerá de Moscovia,
cuando no la hubiese en Mántua.

ESCENA XXIII.

EL DUQUE. CRISELIO. *Acompañamiento.*— GILOTE.
(*El acompañamiento se retira á un lado.*)

DUQUE.

Cortaréle la cabeza,
viven los cielos, mañana,
siendo el tálamo un cadalso,
y los palacios la plaza.

GILOTE, *aparte.*

Cabezas cortan, Gilote.
¡Que se cifren mis desgracias,
á donde quiera que voy,
del cogote á la garganta!
Si en mi tierra, á mi muger
se le antojan mordiscadas;
si aquí, degüellan.—¡San Blas!

mi gaznate se os encarga.

CRISELIO.

Aguardemos, señor, que entre;
justificarás tu causa,
sin que escusas le disculpen,
y vendrá bien tu venganza.

DUQUE.

Dices bien. Mas junto al muro,
siento un hombre.

GILOTE, *aparte.*

¡Madre Urganda!
convertidme en lagartija.

CRISELIO.

¿Quién va?

GILOTE, *aparte.*

¡Oh quién se transformara
en moldura de estas piedras!

DUQUE.

¿Quién va?

GILOTE.

Todo lo que anda,
va, señores, su camino:
el huesped á su posada,
el arrïero á la venta,
y el que ha bebido á la cama.
Va á ganar bollos el cura,
la dama á caza de gangas,
y yo, sin irme, me voy;
testigos mis pobres calzas.

DUQUE.

¿Quién sois?

CRISELIO.

¿Sois el conde?

GILOTE.

¿Yo?
Condenada esté mi alma;
que yo estó, en vez de ser conde,
con desmayos que me acaban.

DUQUE.

¿Qué haceis aquí?

GILOTE.

¿He de decillo?

Unas cámaras estrañas
título dan á un lacayo
de marques de Camarasa.

DUQUE.

Decid quien sois....—Ó prendelde.

GILOTE.

Venga acá: ¿puede ser nada
un lacayo en este mundo?

DUQUE.

¿Lacayo sois?

GILOTE.

Hasta el alma.

DUQUE.

¿De quién?

GILOTE.

Del conde, señores.

DUQUE.

¿Luego mi jardin y casa
ha escalado?

GILOTE.

Sí señor:
melones enteros cala.

DUQUE.

Echad en tierra esas puertas.

GILOTE.

La importante está ya echada,
que no hallará cerrageros,
que vuelvan á remendalla.

CRISELIO.

¡Ay cielos!

ESCENA XXIV.

ENRIQUE. CÉSARO.—DICHOS.

CÉSARO.

Este es Oton.

CONDE.

Muera pues, y mi esperanza
viva.

(*Sacan las espadas y acometen al duque y á Criselio.*)

DUQUE.

¡Ah traidores! ¿Qué es esto?
¡Hola, gente! ¡Ah de mi guarda!

CÉSARO, *aparte.*

El duque es, nuestro señor.

DUQUE.

(*A Criselio.*)

Dá voces.

ESCENA XXV.

ALABARDEROS. PAGES, *con hachas. Acompañamiento.*— DICHOS.

UN PAGE.

Aquí están hachas
y alabardas: no hay huir.

ENRIQUE, *aparte.*

Aquí con mi vida acaban
mis desdichas.

DUQUE.

¡Conde Enrique!
¡Césaro! ¿contra mí espadas?
¿á mí la muerte?

CÉSARO.

Señor,
si merecen mis palabras
crédito, á Oton y no á tí,
quisimos dar muerte airada.

DUQUE.

¿Pues por qué?

CÉSARO.

Yo por envidia.

ENRIQUE.

Yo por celos, que me abrasan.

DUQUE.

¿Celos, traidor? Si Clemencia
para su esposo te llama,
y á escalar mi jardin vienes
con la noche que te ampara....

ENRIQUE.

¿Yo, gran señor?

DUQUE.

Tú, traidor.

CRISELIO.

A tí te ha escrito madama,
y este lacayo es testigo
de que vienes á gozarla.

GILOTE.

Yo no estoy para firmar.

ENRIQUE.

¿Vos contra mí tal maraña?
¿Conocéisme vos á mí?

GILOTE.

En mi vida le eché paja.

CÉSARO.

Este es criado del conde
Oton.

GILOTE.

¡Miren la bobada!
Pues aquí ¿quién se lo niega,
si por acaso barajan?
¿No há que les estoy diciendo
dos horas ya, que se casa
con Clemencia el conde Oton,
y por un papel ó carta
que le dió suyo Rosela,
viene á her la encamisada
que en las bodas se acostumbra?

DUQUE.

¡Clemencia á Oton!

GILOTE.

¿Qué pensaba?

DUQUE.

Derribad luego esas puertas.

CRISELIO, *aparte.*

Pues mis celos no me matan,
poco á Clemencia he querido.

ENRIQUE.

¿Hay tal traicion?

CÉSARO, *aparte.*

La venganza

que el duque tomará de él,
mi envidia quieta y amansa.

ESCENA XXVI.

CLEMENCIA. OTON. CLAVELA. ROSELA.—DICHOS.

CLEMENCIA.

(*A Oton al salir.*)
Crüel, ¿qué traicion es esta?

OTON.

¿Yo traicion, cuando te llamas
mi esposa, cédulas firmas,
y en este jardin me aguardas?

DUQUE.

Prended este hombre.

OTON.

Señor,
humilde estoy á tus plantas.

DUQUE.

No te levantarás de ellas
con vida.

OTON.

Si tú lo mandas,
dichosa será mi muerte;
pero no sé que haya causa
para tan crüel sentencia.

DUQUE.

¡Cuando de afrentarme acabas,
dices que no hay causa, infame!

OTON.

Por este papel, madama,
que me envió con Rosela,
como á su esposo me trata,
á sus bodas me convida,
y si vine á celebrarlas,
es por ser, señor, tu gusto.

DUQUE.

¿Mi gusto?

OTON.

No habrá mudanza
que niegue, duque, ser tuya
esta cédula firmada
de tu nombre, en que me das
seguridad y palabra
de casarme con Clemencia.

DUQUE.

Yo para que gobernaras
á Monferrato te dí
la provision.

OTON.

Hablen cartas.

CRISELIO.

A mí, gran señor, me diste
la gobernacion que acabas
de decir.

OTON.

Y á mí de ser
sucesor tuyo, esperanza.

DUQUE.

¡Troquélas! Vuestra ventura,
Oton, estas cosas traza.
Caballero noble sois,
de lo mas limpio de Italia:
lo que la ventura ha hecho,
no es bien que yo lo deshaga:
ella os casó con Clemencia. (*Vase Gilote.*)

CLEMENCIA.

Y ella ha sido quien me engaña;
que yo el papel que escribí,
con Rosela le enviaba
al conde Enrique.

ROSELA.

Eso no;
que si á Enrique me nombraras,
yo fuera esposa de Oton.
Al conde dijiste.

DUQUE.

Basta;
que la fortuna se esmera
en hacer por vos hazañas.

Clemencia es ya vuestra esposa.

CLEMENCIA.

Hasta en aquesto le ampara
su dicha; que le he cobrado
tanto amor, que es suya el alma.

DUQUE.

Dalde, Criselio, á Clavela
la mano, y sereis de Pádua
y de Cremona marques.

CRISELIO.

Yo beso las tuyas francas.

CLEMENCIA.

Al conde Enrique perdona.

DUQUE.

Criselio tiene una hermana;
su estado le restituyo,
si Enrique con ella casa.

ENRIQUE.

Con el sí te doy, señor,
debidas y justas gracias,
sin que en tu sangre y la mia
mas enemistades haya.

DUQUE.

Oton, pues Césaro quiso
daros muerte, ejecutalda
en él, ó haced vuestro gusto.

CÉSARO, *aparte.*

¡Cielos, esto me faltaba!

OTON.

Dóile, en fé de esa licencia,
dos villas, porque así paga
á las letras envidiosas,
cuando es noble, la ignorancia.

CÉSARO.

Disculparme es ofenderte:
no hay en el mundo venganza
como es el dar bien por mal,
que afrenta y obliga.

OTON.

Basta.
A Rosela porque cumpla
de ser condesa las ansias,

que há tanto la traen inquieta,
con el conde he de casalla
de Florel.

ROSELA.

Beso tus pies.

ESCENA XXVII.

GILOTE.— DICHOS.

GILOTE.

Tus padres, señor, acaban
de llegar, que á verte vienen.

DUQUE.

Vamos, pues, á ver á Octavia,
y á Grimaldo, pues que son
vuestros padres.

GILOTE.

¿Y sin nada
me dejas?

OTON.

Por tuya queda
la hacienda, prados y granja,
principio de mi ventura.

GILOTE.

Vivas mas que una madrastra.

DUQUE.

En vos, Oton, quede ejemplo,
con que inmortalice Italia
lo que puede la ventura.

OTON.

Sin ella no valen nada
sangre, hacienda, armas ni letras;
pues es proverbio de España:
Ventura te dé Dios, hijo;
que el saber poco, te basta.

EXAMEN

DE

VENTURA TE DÉ DIOS, HIJO.

Comedias en prosa llamó Lope de Vega por vituperio á las novelas de Cervantes: con mas justicia se podria calificar de novelas dialogadas á casi todas las comedias del *ingenio fenix*, y aun á casi todas las de nuestro antiguo teatro. Una novela es, en efecto, la comedia de *Ventura te dé Dios, hijo*, y novela con tantos lances, que no pudiendo el autor acomodarlos sin estrechez en el espacio de que no podia salir, hubo de renunciar á darles la preparacion, desarrollo y coherencia suficientes; por lo cual esta vez, para seguir al maestro Tellez, nos será preciso examinar por actos y escenas su obra, á fin de que sea mas facil apuntar, tanto sus principales bellezas, como los defectos de mas bulto.

Un adagio vulgar dió á Tellez el título y el argumento de esta composicion; pero el espíritu filosófico con que está escrita no fue ciertamente inspiracion del adagio. No quiso nuestro eminente poeta predicar el abandono del estudio; no pretendió ridiculizar el saber, ni mostrar con un ejemplo que la prosperidad es el patrimonio de los mentecatos: quiso manifestar que es injusto, que es desacertado violentar la inclinacion del hombre en la eleccion de carrera ó modo de vivir, y que los decretos de la Providencia se cumplen á despecho de todos los cálculos de la humana cordura. Para que Oton amparase á una princesa fugitiva, para que se apoderase de un conde que acababa de ganar una victoria, para que recibiese dos cartas que le encaminasen á los brazos de la hija de su soberano, ninguna falta le hacia saber latin; pero acaso sin el empeño de Grimaldo en hacérselo estudiar contra viento y marea, Oton no hubiera sido confinado en la granja donde tuvo el encuentro, primer escalon de su ventura, á la cual era mas acreedor ciertamente que el impostor

Criselio, ni el menguado Enrique. El bien de Oton nace de la persecucion que sufre, del mal que le quieren hacer: nunca aparece la fortuna mas justificada que cuando con las armas que asestan á la inocencia sus enemigos, le forma el escabel de su elevacion, el trofeo de su victoria.

ACTO PRIMERO.

ESCENAS I, II Y III.

No hay que molestarse en averiguar si en Italia se enseñaba latin por el arte de Nebrija: diversas veces hemos dicho que para nuestros antiguos dramáticos no habia mas mundo que España, ó que en todas partes veian los hombres y las cosas de nuestro pais. El monólogo de Oton es bueno: ahora nos parece largo; pero cien versos ¿qué suponian para espectadores que escuchaban atentos, al principio de una comedia, relaciones mas largas que actos enteros de una tragedia de Alfieri? Nada hubiera que pedir á esta esposicion, si se nos hubiera dicho que Oton residia en Pádua.

El maestro que halla al discípulo con el libro caido en el suelo, que le anima al pronto, y un momento despues le amenaza, es sin duda un preceptor de aquella época en que se infundia la ciencia á latigazos; pero actor que habia de retirarse inmediatamente y no volver á figurar, no debia haberse introducido en la fábula. Lo mismo puede decirse de los personages de Honorato y Agudo.

Pues decí el tiempo presente.—
¿No fué en ese tiempo Adan?

Este olvido de Oton es chistoso. Cuando el maestro repite la pregunta despues, y Oton le dice: "el presente es bien bellaco" &c., entonces ya no responde distraido, sino amostazado, y resuelto á no tomar en la mano jamás la gramática.

La última redondilla de Fulvio era un insulto á los espectadores: afortunadamente los insultaba en latin.

ESCENA VII.

Es muy buen pensamiento el de introducir en este drama un hombre de humilde cuna á quien ha sublimado,

no la casualidad, no la fortuna, sino su aplicacion, su ingenio. Si la estrella de Césaro se oscurece luego ante el astro esplendente de Oton, no hay que estrañarlo: justo es que brille mas la virtud que el orgullo y la envidia. ¿Quién no ve á un doctorazo que rebienta de presuncion en estas palabras enfáticas?

Estudie, haga lo que manda
su padre; que el tiempo ablanda
el ingenio mas grosero.
Sus treinta años, poco mas,
debe tener: muchacho es.

. . . . . .

¿Azótale el preceptor?

ESCENAS VIII, IX Y X.

Grimaldo y Honorato son vecinos: es muy natural que el padre de Oton vaya á felicitar á Césaro, y que haga el cotejo de la ciencia del villano con la rudeza del noble; pero despues que el letrado, su padre y su engreida hermana se han retirado, ofreciendo por mofa sus servicios á Grimaldo, á Octavia y Oton, estos no deben permanecer en una casa donde ven que les hacen burla, y no es creible que el padre irritado mande allí á su hijo cambiar de trage con un pastor. La sumision de aquel es propia de un mancebo virtuoso, y el espectador desea que se cumpla el vaticinio de Octavia, de la buena madre.

La dicha que Dios te guarda
tu obediencia solicita.

ESCENA XII.

El despecho de Criselio está perfectamente espresado: los versos son robustos, los afectos naturales.

¿Yo, Liseno, á Clavela? ¿yo su esposo?
¿Qué importa que del duque sea sobrina?
¿Qué importa que su dote caudaloso
incline al interes, si á amor no inclina?

. . . . . .

¿Yo autor infame de mi propia injuria?
¿yo vil ejecutor de mi sentencia?
¿yo amante suyo á intitular me atrevo?
¿yo que la adoro, yo, á casar la llevo?

Así habla la pasion.

ESCENAS XIII, XIV Y XV.

CLEMENCIA.

Sin verle, me dan marido:
no sé si mi padre yerra;
pero sí que su hija soy,
y que es fuerza obedecelle.

CLAVELA.

Hoy, prima tienes de velle.

CLEMENCIA.

Y tambien me casan hoy.
¿Cuándo has visto tú, Clavela,
boda y vistas en un dia?

La repugnancia de la princesa al casamiento que va á contraer, está ingeniosamente ideada para que Clemencia crea sobre su palabra á Criselio. El lector desearia mas preparacion, mas artificio, para que apareciese mas verosimil y disculpable la credulidad y atolondramiento de Clemencia, que la determinan á huir del castillo: en el teatro, interesado el espectador, no echa menos estos toques delicados.

ESCENAS XVI Y XVII.

Oton desterrado al campo, no desmiente su caracter de obediencia y respeto á sus padres: no piensa en huir la pena que le han impuesto, sino que la sufre con resignacion. Con la princesa se muestra generoso, valiente, cortés y precavido. Concluye oportunamente el acto; creemos traslucir la ventura de Oton, y se la deseamos grande, porque le vemos digno de ella.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Yo he procurado ver
si á solas se hablan, y han sido
tantas las muestras y tales
de amor, que me han persuadido
á que en lazos desiguales
se han de casar, si no impido
este desatino luego.

Grimaldo se equivoca muy verosimilmente; pero engaña sin necesidad á los espectadores, y perjudica á Clemencia que ha de manifestarse despues inclinada á Enrique.

ESCENA II.

Odiosa hasta lo sumo nos parece Clemencia al calumniar vilmente á Enrique, aunque lo haga en un romance magnífico. No es natural tampoco que el hombre á quien se imputa un crimen que no ha cometido, escuche con paciencia la larga relacion de su acusadora, sin interrumpirla indignado cien veces. Los endecasílabos de esta escena son admirables.

ESCENA XI.

La prontitud con que nos lleva el autor desde las cercanías de Mántua á las de Monferrato, no deja de repugnar. Hasta Lope de Vega en su *arte de hacer comedias* prescribe que si un actor tiene que hacer un viage, se suponga este verificado en un intermedio.

ESCENAS XVII, XVIII Y XIX.

El duque espera que sus armas obtengan un triunfo señalado porque las dirigen un caudillo valiente y un letrado docto. Las letras, empero, y las armas vuelven vencidas, culpándose mútuamente de la derrota. En estas circunstancias, Oton conduce prisionero al hijo del soberano enemigo. Su corto razonamiento al duque respira sencillez, modestia y generosidad. El favorito de la fortuna es un modelo de cuerda templanza, que solo se venga de Césaro y Rosela haciéndoles con sinceridad un ofrecimiento muy superior al que ellos anteriormente le hicieron de burlas. El acto segundo concluye bien; pero en su totalidad es muy inferior al primero.

ACTO TERCERO.

ESCENA III.

Clemencia, que prendada de Enrique se halla dispuesta á favorecer amores agenos, quiere recordar á Oton los

que tuvo con Rosela, y Oton entiende que la princesa habla de sí propia. Esta equivocacion es muy cómica y nada inverosimil en un hombre acostumbrado á la prosperidad.

ESCENA IX.

Otro pensamiento felicísimo. El envidioso Césaro, para perder á Oton, le acusa de seductor de la princesa, y el duque, para apartarle de Mántua, le nombra gobernador de Monferrato. No se puede castigar mejor á la envidia. Césaro, mohino por demas del mal éxito de sus embustes, no puede menos de esclamar:

¿Mas qué su estado le da,
si le persigo otra vez?

ESCENAS XIII, XIV, XVI Y XVII.

Va de equivocaciones: el duque, que desea alejar de su palacio á Oton, le da por yerro un papel en que le asegura la mano de su hija. Rosela, que quiere casarse con Oton, le da el billete en que le cita la princesa. La interpretacion que cada galan hace del papel que ha recibido es sobremanera ingeniosa. Este acto, hasta la escena veinte y una, es de los mejores del teatro español antiguo, de los de mas efecto á lo menos.

Lástima da que venga despues un desenlace, que sobre ser indecoroso y súcio, las bufonadas groseras de Gilote lo hacen aun mas repugnante. ¿Diremos en disculpa del padre Tellez que Clemencia, por haber acusado á Enrique de querer deshonrarla, merecia serlo? ¿Repetiremos que dos siglos há no se escandalizaba el público de ver en la escena situaciones de aquel género? Pero las obscenidades que dice el gracioso ¿agradarian á los espectadores, por mas graciosamente que las dijera? Se reiria con ellas el vulgacho soez; pero las personas cultas callarian, y ya sabemos lo que significa en ciertas ocasiones el silencio del cuerdo. La honestidad de las matronas castellanas no les permitiria ver dos veces esta comedia, y otras muchas de Tellez. Tan reprensible consideramos la licencia que á veces se tomaban nuestros antiguos cómicos, como la ruin suspicacia con que suele ahora algun que otro necio buscar un sentido malicioso donde no lo hay, y ver en un espectáculo la inmoralidad que solo existe en su corazon realmente.

INDICE.

Página.

Don Gil de las Calzas Verdes, *comedia*. 3
Examen. 125
El Celoso Prudente, *comedia*. 129
Examen. 255
Ventura te dé Dios, *hijo*, *comedia*. 259
Examen. 383

ERRATAS.

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
19	29	tarde,	, tarde
42	36	DONA	DOÑA
60	31	MARNIN.	MARTIN.
70	16	auseucia?	ausencia?
131	40	Mas	Mis
155	9	mí,	mí
208	11	querida,	adquirida,
246	30	mudará	mudara

545027

LS
M7223H

Molina, Tirso de (pseud.)
Teatro escogido. ed. J.E. Hartzenbusch.
v. 3

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED